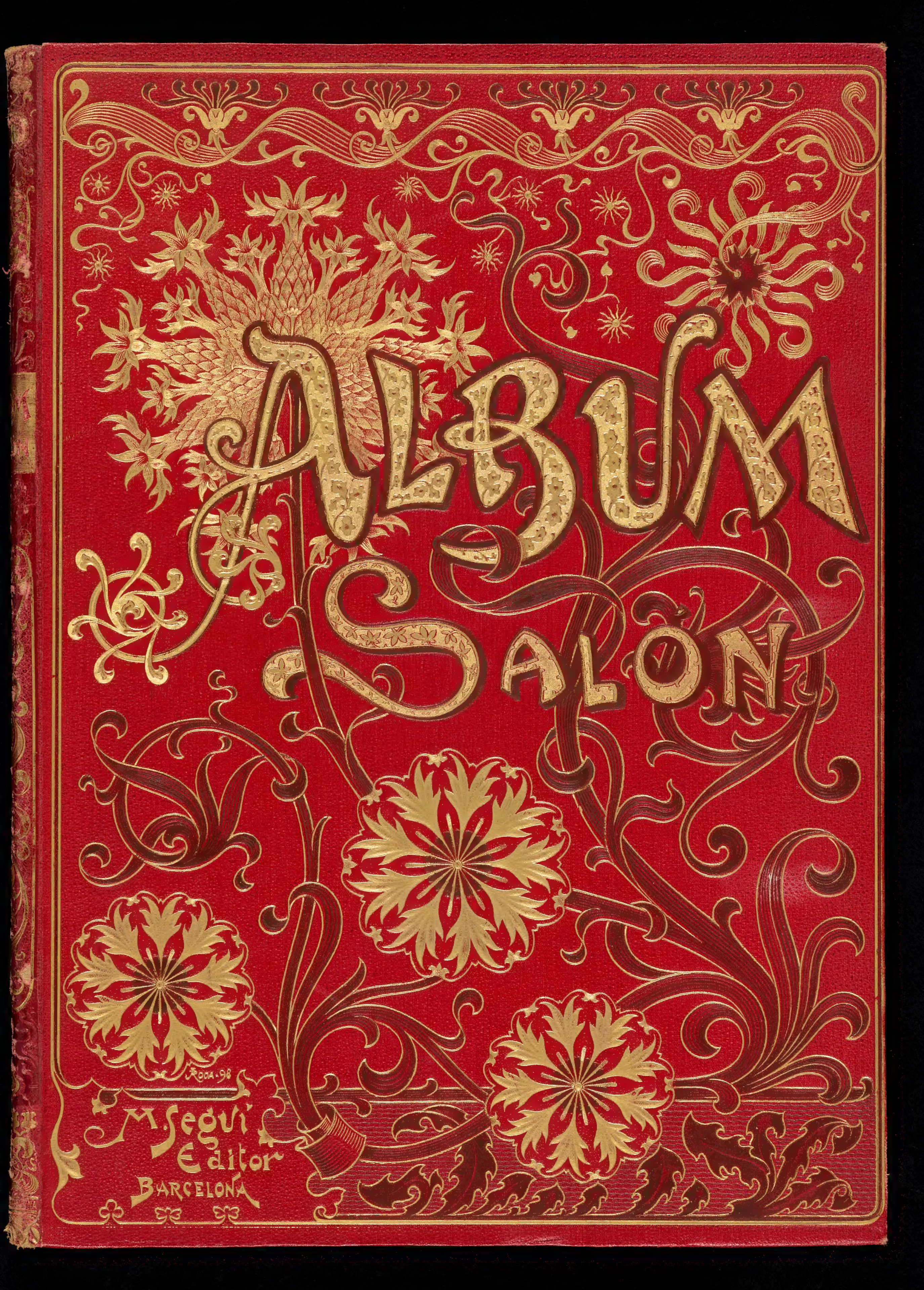
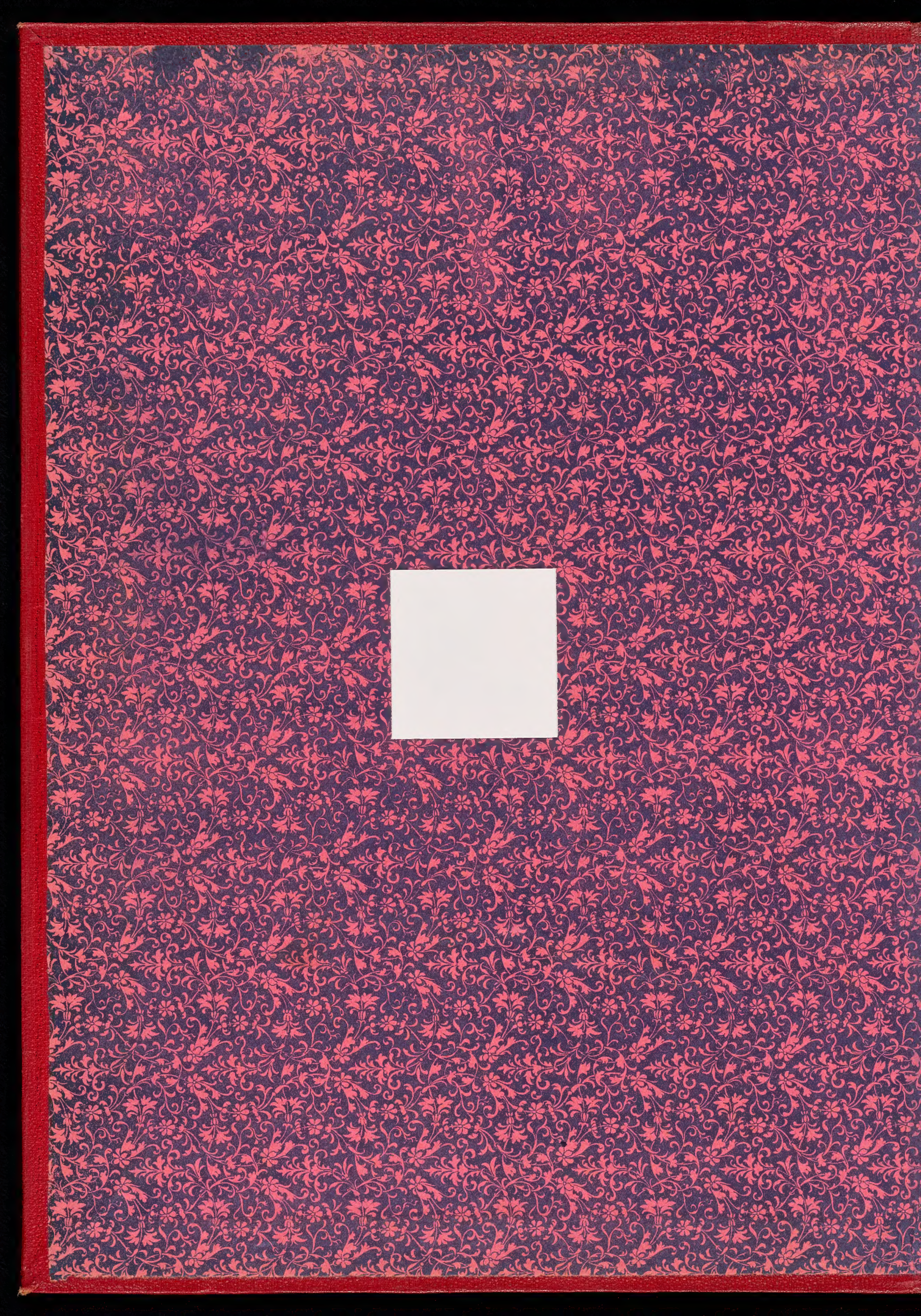
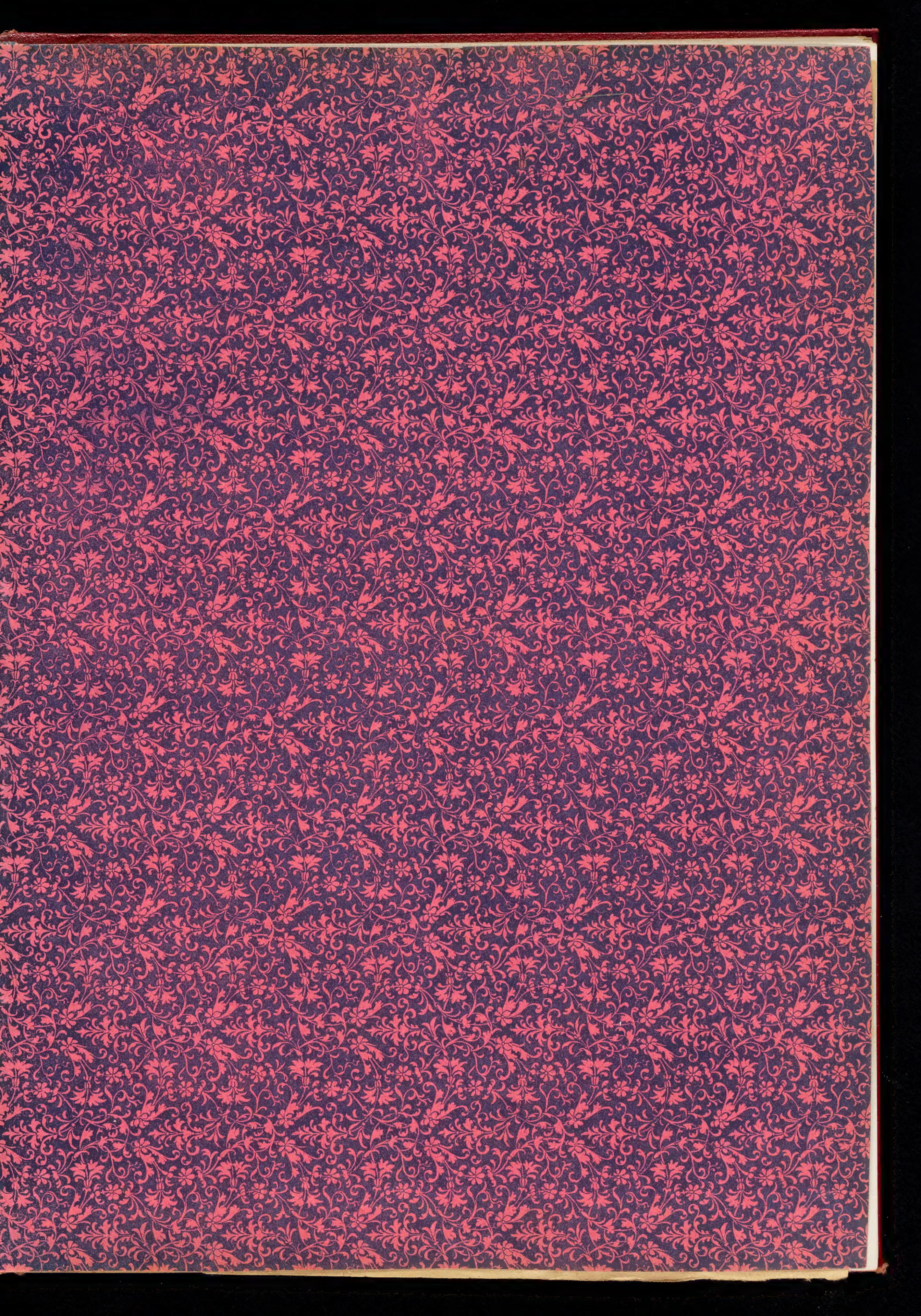
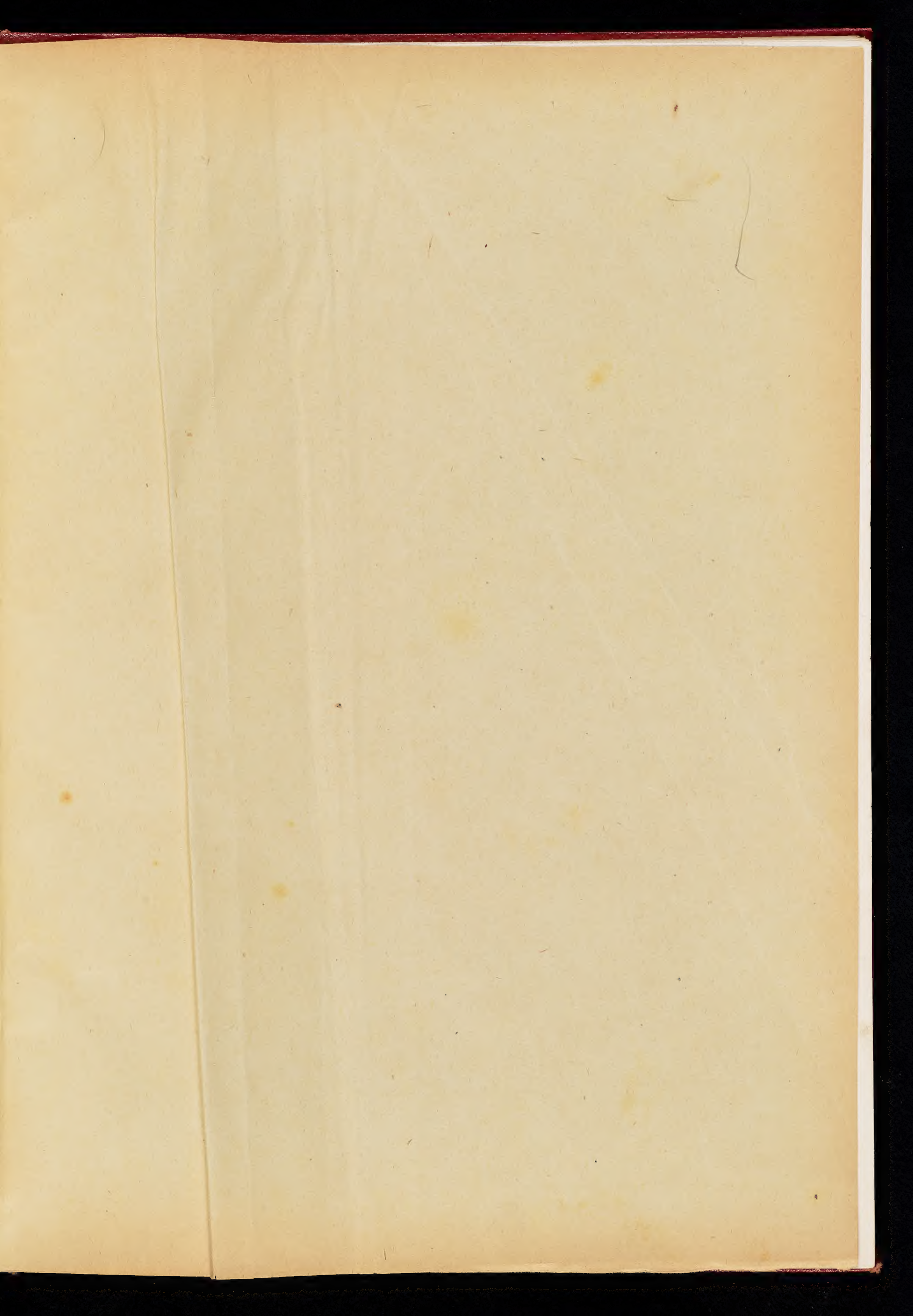

ALBUM
SALÓN
ROCA·98
M. Seguí
Editor
BARCELONA








ALBUM-SALON.
PRIMERA
ILUSTRACION
ESPAÑOLA
EN
COLORES
—1906—
MIGUEL SEGUI
·RAMBLA-DE-CATALUÑA-125·
BARCELONA
R. COSTA



Cuadro «La Penitente», de Francisco Masriera

Existente en el Museo Municipal de Barcelona.

1906

Un año más y un año menos. Un nuevo invierno que nos promete una primavera alegre y florida, un verano espléndido y un otoño cargado de frutos: porque las promesas de la Naturaleza se cumplen siempre, en lo cual no se parecen á las de los hombres.

En el año que empieza, como en el que termina, como en los miles que le precedieron, como en los que han de seguirle, continuarán los ríos llevando al mar su corriente, y los desengaños su dolor al corazón; pero así como el agua del Océano pierde su amargor al convertirse en lluvia que fecunda el suelo, así también el dolor perderá su acuidad cuando el olvido le habrá envuelto en su velo. Y cada desencanto engendrará una ilusión nueva por la fuerza de la esperanza inmortal y bienhechora, y los que ayer estaban desesperados obtendrán consuelo, y padecerán aquellos que se alegraban sin tasa, porque, contra lo que dice el refrán francés, *les jours se suivent et se ress mblent,* como los hombres de hoy se parecen á los de mañana.

Cada año que empieza es una esperanza, como toda existencia que surge; pero es también un aviso, un *memento* tremendo que nos recuerda que para nacer él ha tenido que morir el que le precedió, y los años que mueren, al revés del Fénix, no renacen jamás.

El año que empieza hace que el Album Salón entre en el décimo de su existencia, lo cual indica que ha sabido obtener y conservar el aprecio de sus lectores. Y como nobleza obliga, hemos de procurar que el favor que á nuestra publicación se dispensa quede agradecido en lo que vale, y para ello trataremos de hacer que en este nuevo año sea el Album Salón más ameno é interesante, si cabe, y del agrado de sus lectores, á todos los cuales deseamos de corazón un feliz año nuevo.

* * *

EL OTRO PADRE

El cadáver, tendido sobre la cama imperial, vestido correctamente, alumbrado por la amarillenta luz de cuatro blandones, que ardían chisporroteando, colocados en monumentales candeleros de labrado metal blanco enfrente de los cuatro vértices de los ángulos del funerario lecho, más bien que el despojo mortal de un hombre que fué, semejaba á un hombre que duerme tranquilo después de haber cumplido á conciencia su cuotidiana labor. Los albos cabellos que orlaban la soñadora frente del muerto se rizaban sobre las sienes formando una á modo de aureola, que aumentaba la hermosura de la cabeza, de perfil clásico; en los labios, levemente entreabiertos, vagaba una dulce sonrisa, semejante á la del hombre que, dormido, ve, con los ojos del alma, realizado un ideal por el que lucha constantemente cuando está despierto: parecía que al pasar los temerosos umbrales de la Eternidad, el pobre vencido de la vida había entrevisto ya á su alcance lo que constituyó su ilusión única mientras alentó su alma generosa y latió su noble corazón dentro de aquel cuerpo, antes de que fuese el despojo humano que yacía sobre la cama imperial, alumbrado por la amarillenta luz de los cirios. La mano derecha del muerto estaba crispada, al modo de una mano que se agarra á algo que no quiere perder; como si la última esperanza, la que se va con el postrer hálito de vida, hubiese sido una cosa material y aquella mano hubiera estado asida á ella en el momento en que la sorprendió la muerte.



MARIANO PERELLÓ — *Fot. de Audouard.*

Notable violinista, ovacionado recientemente en el teatro Principal de esta ciudad.

Pepe Sol entró en la cámara mortuoria y se puso á contemplar el cadáver. A su vista experimentó un sacudimiento extraño: parecióle que su voluntad se aflojaba, que él quedaba completamente atónito y que su inerte pensamiento obedecía al mandato del muerto. Parecióle que éste vivía; que bajo aquella frente, serena aún, vibraba potente el cerebro; que aquellos labios, levemente entreabiertos, iban á emitir sonidos, á pronunciar palabras, fórmulas de las ideas; parecióle que sonaban las palabras y que llegaban á su oído:

—«¡Si vieras cuánto quiero yo á esas niñas!...»

¡Era verdad! ¡El muerto hablaba!... ¡Se lo había repetido muchas veces, muchas!...

—«Si vieras cuánto quiero yo á esas niñas!... »

Se refería á la novia de Pepe Sol, Luisa, y á las hermanas de ella. Pepe conocía la historia: se la había contado el muerto, antes de serlo, una tarde de verano, bajo un árbol añoso en cuya rugosa corteza aún se podían leer los dos nombres tallados en ella muchos años atrás: «Luis, María»...

Hacía de aquéllo treinta años: él era un mocito avispado, emprendedor, violento, con mucha sangre en las venas y muchas ilusiones en el alma. Ella era «¡como tu novia de guapa — decía el narrador —pero con más *ángel!*... La misma cara morena, co-

rrecta y fina; la misma boca menudita, de labios como las guindas de rojos, los mismos cabellos, negros como las penas y rizados como el mar en días de brisa suave; la misma mano, nivea y pequeñísima; igual al suyo el pie breve; como los suyos el pecho alto y fuerte, la cintura inverosimil, las caderas amplias...»

¡Qué hermosa era!.. ¡Y cómo la amó él!...

—«Mira, añadió, no se lo digas á nadie. Yo hago mal en decirte estas cosas que ni aún á mí mismo me digo en voz alta; pero ¡no lo puedo remediar!... ¡La adoro, á pesar de todo lo pasado, á pesar de los años transcurridos, aunque ha sido de otro!... ¡Si ella me hubiese amado!... Yo hubiera sido bueno y juicioso por ella; por ella hubiera trabajado ansiosamente y me hubiera curado de mis vicios y hubiera exaltado mis virtudes; créeme, Pepe; si ella me hubiese querido yo hubiera sido sabio y santo!...»

«¡Tú no puedes comprender cómo la he amado! Dices que quieres mucho á su hija; lo creo; pero ese cariño tuyo no es una sombra de lo que fué el mío por la madre; por supuesto, que no te recrimino por ello; no, haces bien; como yo la quise á ella no se debe amar á las criaturas; ¡así se debe amar á Dios únicamente!



LAS GARSAS — Drama de Ignacio Iglesias, estrenado con aplauso en el Teatro Romea de Barcelona, el mismo día que su traducción (Las urracas), en el de la Comedia de Madrid. — Una escena del acto II.

»No puedo menos—continuó—de suspirar pensando en lo dichosos que hubiéramos sido: ¡Dios no lo quiso!... Por algo han llamado á la vida «valle de lágrimas»; aquí no se viene á gozar; se viene á sufrir únicamente; por eso, sólo por eso, no se lograron nuestros amores ¡porque ella me quería!... ¡Me lo dijo muchas veces, y ella (¡lo aseguro!) era incapaz de mentir! Quien nos separó fué nuestro destino: ella no lo dice, pero yo, Pepe, lo sé; hoy todavía me quiere!... Pasa por mi lado y baja los ojos por no verme. Y ¡ya ves!... no la he hecho mía ni aún con el pensamiento; la he respetado tanto como la he querido y, sin embargo, ¡mira qué locura!... no tengo ni he tenido nunca celos del que fué su marido, porque... ¡verás, Pepín;—¡á fuerza de ser grande es tonto lo que voy á decirte!—porque... ¡me parece que sus hijas no son *del otro*, sino mías!...



LAS GARSAS — Una escena del acto III

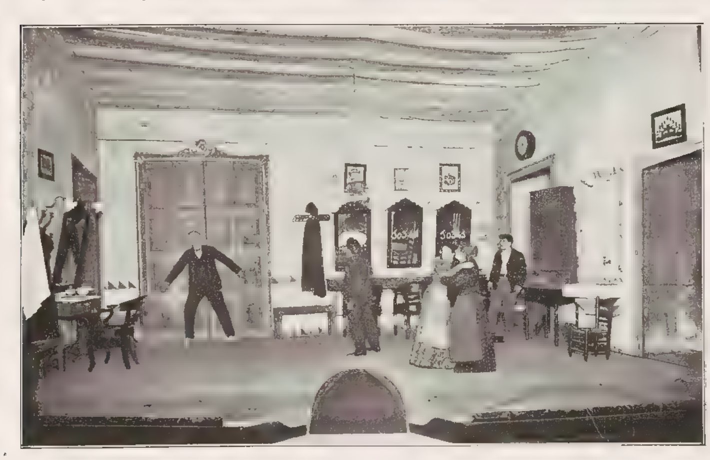
»Por eso á la madre no la miro—¡ni para qué mirarla si la llevo grabada dentro, donde no puede borrarse!—¡pero á las hijas!... ¡Se me van los ojos tras ellas... y con los ojos el alma!

»Como yo no he tenido hijos, no se me ha presentado ocasión de querer á otros pequeños: así es que, cuando eran chiquitas—pregúntalas y ellas te lo dirán—en cuanto las encontraba me las comía á besos y las atracaba de dulces: no me atrevía á comprarles juguetes por temor á que su madre se enfadara y no las dejase salir si no era con ella...

»Por eso te digo, Pepe: ¡si vieras cuánto quiero yo á esas niñas!...»

. . . .

La obsesión era completa: á Pepe le parecía aún escuchar las palabras del muerto; al fin, el eco de su voz se extinguió y sus entreabiertos labios no emitieron más sonidos: pero continuaba sonriendo, y aquella sonrisa era lo que perturbaba á Pepe Sol. Observó lo que en su vida había observado: sí, no cabía duda: su Luisa, su adorada Luisa, se parecía al muerto. Además, su novia y el muerto se llamaban del mismo modo, y aquella homonimia no era casual: seguramente era un tributo ofrecido por la madre al desdeñado, á quien—raro fenómeno de psicología femenil—amaba



LAS GARSAS — Escena final. *Fotogs. de Merletti*

ROMÁN



TALLER IM

RIBERA



PROVISADO

Salón Parés

aún secretamente... ¡Eso era! ¡De ahí su predilección por Luisa!, de ahí los mimos y regalos dedicados á ella con preferencia á sus hermanas; de ahí las lágrimas que había adivinado aquella noche en los ojos de la madre de su amada!

Parecióle á Pepe Sol que aquel cadáver no era el de un amigo como otro cualquiera; creyó estar en presencia del mortal despojo del padre de Luisa; no del padre de su cuerpo, sino *del otro*, del padre de su alma, que él adoraba, y que veía retratada en aquella soñadora frente y aquella dulce sonrisa que vagaba por los entreabiertos labios del muerto. Sintió de improviso una piedad filial hacia aquel pobre hombre, que parecía querer asir algo que se escapaba, —como una esperanza—la cogió con suavidad, dobló uno por uno los dedos, aún flexibles, hasta que quedó la mano cerrada artísticamente y luego, por un impulso irresistible, besó aquella mano que, cerrada ya, semejaba la del hombre que ha logrado asir algo largamente anhelado y que no se quiere perder, como un sueño realizado, como una esperanza lograda, como un amor que llena toda una vida y sobrevive á la muerte.

Emilio DE RUEDA Y MAESTRO

IDIOSINCRASIAS

Le conocí y le amé al comprenderle; tendría veinticinco años; era de estatura regular, moreno, grandes los ojos, la mirada profunda y reflexiva. Debíase al trabajo y el trabajo era su gloria; el porvenir le tranquilizaba, y el pasado le infundía temor; al tender atrás el pensamiento, recordaba una nube negra, horrible tiempo de hondas ansiedades, crueles aflicciones y miserias opresoras, como enorme yugo que aplasta el espíritu, originadas de catástrofes de familia y originarias, en él, de hecatombes misteriosas del corazón. De entre los jirones de aquella nube, se desprendió trabajosamente con la constancia y el estudio; pero en el torbellino, él solo pudo mantenerse firme, viendo caer á su madre, macerada por el dolor, barrida al hoyo por el hambre... Quedó aislado, con el recuerdo de su santa muerta, y no asesinó. La sociedad, ese látigo que cruje sobre el vicio, sin preocuparse de cortarlo en su raíz, vióse luego honrada por el mísero á quien negó muchas veces el mero mendrugo, alivio de su enfermedad de hambre, que parecía ya crónica. Robusto para la lucha honrada, luchó con valentía; cíclope de la voluntad, libró batallas de muerte con su destino, y cuando parecía ya el gigante de piedra, derrumbado y próximo á lanzar, rugiente, el resto de estertoroso hálito, vióse animado de pronto por aureola de luz, que le anegaba el corazón de paz, dándole vida inmensa, y haciendo circular como oleadas de fuego la sangre del gran organismo.

Era artista y su alma casta; su corazón, de fuego; sus ideas, grandes. Pintor, creía el realismo, libre de subjeciones convencionales, la fuente verdadera de la vida y del progreso. Advertíase en sus obras la siniestra mezcolanza de antiguas ruinas y mundos esplendorosos, surgiendo como la creación de entre las palpitantes olas de luz de su genio.

Era elogiado, grandemente elogiado. El conocía su valer y estaba satisfecho; no era orgullo, sino la conciencia que de su trabajo y perseverancia tenía. Sin experimentar goces grandes, tuvo galanteos que de galanteos no pasaron. Hacía mal á la mujer, inconscientemente, sin darse cuenta de que lo hacía. Sus galanteos costaron lágrimas á infelices que cifraban en él su dicha. Entregábanse confiadas al amor de aquel hombre, atraídas por su exterior agradable y su talento avasallador, y nunca, sin embargo, pudieron asomarse al abismo de su pecho, allí, donde solamente había glacial indiferentismo para lo que no fuese el arte á que se había consagrado.

Era ardiente en su palabra, correcto, fácil, embriagando á la mujer en saturaciones de cálidos efluvios, que revolvían su sangre, secaban sus labios y humedecían sus ojos, con extrañísimas vehemencias... Candorosa ó prevenida, ninguna de las mujeres á quien conoció, dejó de creer en tal ó cual tiempo que fué amada por el artista, consecuencia lógica de su natural fogoso, demostrado en su manera de ser, por entero suya, en sus menores actos, en sus más indiferentes frases; era la luz, el fuego, la vida, que se le desbordaba, cayendo y pesando sobre los otros seres. Imponíase sin conocerlo él, sin pretenderlo. Hacía esclavos á los que le rodeaban, sin darse cuenta del poder absoluto que sobre los demás ejercía.

Llegó un día en que mi hombre amó, al fin, como debía amar un hombre de su fibra. Amó de veras y amó para siempre. A la mujer que le cautivara; la vió por primera vez en un paseo, de noche y con luna, y sintió miedo de haberla conocido y amarla. Otro, hubiera recordado muchas veces aquel cantar de su tierra:

« Yo me enamoré de noche... »

pero él nunca; pensaba que era desgraciado, pero sin culpar á nadie. Desde aquella noche de luna comenzó la gran batalla de su vida, con aquel rival invencible, digno de él por todos extremos. Se encontraron dos polos; volcán y nieve; los árboles y el resplandor de la luna fueron la decoración, principio de la tragedia.



Vió á la mujer y no hubo progresiones en su cariño; se conmovió todo y sufrió hondamente, porque en el mismo instante no pudo acercarse á ella, hablarla frenético, estrechar su mano, morir de felicidad, besando su sonrisa... ¡Oh, divino Coco!

La conoció en un paseo, dije, y no pudo saber aquella noche cómo se llamaba; preguntar á otros su nombre, érale imposible. Poníase enfermo de pensar que alguien que no fuera él conociese el nombre de la que era ya su ídolo. La confirmó con uno que se amoldaba, como todo lo emanado de él, á su intransigencia con el medio ambiente... La llamó *Divina*. Era blanca, Divina, blanca y pálida, como aquella hermosa luna de la noche en que la conoció; regular de estatura, delgada, de proporciones agradables, pero no para admirar á un

artista. Era suave, indiferente, su ademán lento, no pronunciadas sus facciones, los rasgos de su cara inseguros, débiles como su temperamento y su organismo. A ser verdad que es el organismo del animal humano máquina perfecta que funciona con ese impulso imperceptible de vitalidad que calienta y mueve la sangre, ese algo, motor de las funciones de la vida, parecía un absurdo tratándose de esta mujer; no había en su cuerpo pulsaciones regulares; parecía la sangre coagulada en las arterias, como esos ríos cristalizados por los hielos, allá, en las regiones árticas Su epidermis, había ido adquiriendo mate blancura con aquel desequilibrio de la sangre; no circulaba la sangre debidamente; no parecía latir el corazón con la fuerza necesaria.

Manifestó él su cariño, al fin, después de muchos días de incertidumbres; le oyó ella con calma, con mucha calma... Pareció comprender hasta qué punto era querida, erigiéndose en déspota desde el primer momento de su reinado.

Todas las ocasiones eran aprovechadas por él, para contarle sus ansias, su enamoramiento, su ilusión; y muchas veces notaba el apasionado que hacía ella un movimiento de asombro á tal ó cual arranque de su corazón, cuando agitado y conmovido vertía sus ideas en dulcísima y fogosa palabra. Pero encerrábase Divina al momento en la misma quietud y silencio indiferente. Era la suya una serenidad de limbo. No decía *sí* ni *no*... Movía algunas veces la cabeza, como al yugo de un peso que la aplanara.

Asombrábase el hombre á su vez y se confundía en inquietud indescriptible, cuando, en medio de sus peroraciones amorosas, del himno ardiente á la vida y al amor, interrumpíale ella para quejarse de haber comido poco ó hablar de asuntos indiferentes... ¡Horrible contraposición con lo que él sentía, mientras! La conceptuó de sandia alguna vez... En uno de estos casos, examinándola detenidamente, sin dejar un rasgo ni un detalle, pensó:

—No, imposible; no es lo que aparenta. No es idiota.

Efectivamente; si lo era, no lo parecía á lo menos; aquella figura delicada, aquella suavidad de contornos, la dignidad de sus ademanes, el reposo de su voz, la bondad, que, como beso de la gracia, parecía extenderse por aquel rostro pálido y dulce, cual marfil lustrosísimo, sin una tinta roja, sin un cambiante de grana, revelando su complexión débil, enfermiza, delatadora de la escasa sangre, todo esto revelaba en ella temperamento exquisito, imaginación soñadora, fecundidad de ideas. Contemplaba, además, sus dientes finos, su cabello negro, luminoso, su sonrisa sutil; escuchaba su voz, no argentina, sino un tanto apagada, pastosa, y, cerrando los ojos, estremecíase en un brusco sacudimiento.

—No, —decía, —no es posible que Dios se haya equivocado; en esta mujer hay alma. La buscaré.

Otro mes había pasado desde que hizo su declaración en la forma y con las conveniencias usuales entre un caballero finísimo y una señorita distinguida. Mejor hubiera querido cogerla del brazo, mirarla fijamente, confundirla en una ráfaga de aquel fuego que le quemaba el corazón, y exclamar:

—¡Eres mía! ¡te juro ser tuyo siempre! —«¡Oh, las buenas formas!»

Hubo dudas por parte de Divina, vacilaciones; afirmó que sus padres no la permitían tener *novio*, y él alentaba apenas. Además, aquello de *novio* no le cuadraba á él; le parecía feo, insulso, vulgar, poco significativo. Era en todo igual, nervioso, fuerte, exaltado. ¿*Novio*? ¿Por qué? ¡No quería ser novio!... ¡Un pedazo del corazón de la mujer amada! Su inquietud, su insomnio, su pensamiento fijo, su alegría eterna. ¡Eso quería ser! Escuchábale ella con inquietud, y sentía una especie de terror instintivo, no comprendiendo el amor de aquella manera.

Cierta noche, creyó volverse loco de ventura. Tuvo ocasión de hablar con Divina detenidamente. Divina dió el *sí*. Salió el hombre hondamente excitado por la emoción. Le amaba Divina... ¡Le amaba!

—¡Benditas horas que pasé, de torturas inmensas y lágrimas de fuego! ¡Ayes quejumbrosos de los moribundos seres queridos, noches horribles de ventisca y nieve, sin fuego para confortar las ateridas carnes, sin pan que mitigara el ansia devoradora! ¡Benditas, benditas sean una y mil veces, si fuísteis precisas, para llegar al instante supremo de oir la palabra dulce de ella, diciendo amores!

Creyóse por un momento amado de igual manera que él amaba... ¡Ay!, al verla de nuevo, después, no la conoció. Apoyando la frente en la hechicera mano, miraba al que era ya *su novio*, con fijeza reflexiva, Mirándola él, sonriendo, suspiró de dolor calladamente. Era que en la mirada de Divina no encontraba su ansiedad satisfecha, no asomaba á aquellos ojos el sentimiento que buscaban los suyos. No advertía allí ternura ni inquietudes... No era la de Divina una mirada de amor, de aquel amor que minaba la existencia del hombre y del que se hizo esclavo.

Transcurrieron días, meses; fueron aquéllas unas *relaciones* anómalas, extrañas; él, amante como siempre, apasionado; ella, tranquila, dulce; tenía novio y nada más; él, ambicionaba la frase balbuciente de la pasión que se desborda; la sangre encendida que estalla en un beso, la ráfaga centelleante de los ojos, la lucha, la agonía, la muerte en el mismo círculo de luz y en apretado yugo; el egoísmo, en todo absorbente, de un amor sin dique, con infiernos y glorias, con nubes negras y soles espléndidos... Quejábase ella, porque no la seguía el novio al ir de compras ó visitas; le participaba fielmente á qué hora y en qué templo era la novena á que pensaba asistir, cuándo su papá quería llevarla al teatro ó cualquiera otra diversión, y á cada palabra de Divina, él sentía una congoja nueva.... Acometíanle sacudidas nerviosas, miraba con locura á la mujer y se preguntaba eomo loco:

—¿Pero esto es amor?

M. MARTÍNEZ
BARRIONUEVO

(Se continuará).



Ilustraciones de V. CASTILL.

N. GÓMEZ



En la biblioteca.

Existente en el Museo Municipal de Barcelona.



Cuadro de Julio Borrell

IDIOSINCRASIAS

Conclusión).

Cierta vez, al pasar por casa de Divina, la vió hablar desde uno de sus balcones con una señora antipática, para él al menos.

— Divina, — díjola — no te impido que hables con ella, pero no pasaré más á esta hora, para no verte.

— Pasa, — contestó Divina, — te prometo que no me verás otra vez.

Y cuando pasó al día siguiente, estaba hablando con aquella señora. El inclinó la cabeza, para que no viese Divina la sangre que, como brasa de fuego, le había subido al rostro. Cuando volvió á mirar, no estaba ella en el balcón. La vió después y no la dijo una palabra. Al siguiente día, lo mismo, hablando con la otra. ¿Sería Divina una imbécil? Le pareció que un dardo sutil se le clavaba en el corazón y palpitaron con fuerza las arterias de sus sienes... ¡Bah, no sería nada! Pero sintió ya en adelante algún malestar y dolor pungitivo, de vez en cuando, en el pecho.



Vivía Divina en antigua casa solariega de Córdoba. En muchas ocasiones, quedó mi héroe embelesado ante la fachada de aquel gran edificio, negro y solitario, que erguíase, como espectro de otras edades, en una placeta iluminada de noche vagamente por un farolillo colgado ante un *Ecce-homo;* asomábase Divina al balcón de piedra, medio arabesco, con remembranzas bizantinas, y la luz del farol proyectábase sobre su rostro pálido é inmóvil. La miraba él y conmovíase, impresionábase hondamente. ¡Qué amor aquél!

Era muy delicada Divina; sentía frecuentemente tormentos en la cabeza, la marcaba cualquier cosa, padecía desganas y quejábase á menudo. Algunas noches, cuando los dolores de la cabeza más señoreaban en el precioso modelo, — las horquillas me estorban, — hablaba Divina; arrancábaselas del cabello, caían las pesadas trenzas sobre su vestido blanco y semejaban serpientes deslizándose por un tronco alabastrino.

La vió una noche allí, tras la vidriera, abrió Divina el balcón, asomó el busto é inclinó la cabeza para oir algunas palabras confusas del hombre; vínosele una trenza, desde la espalda al pecho, cayendo después hacia afuera, larga y brillante, y creyó él, por un segundo, que era la escala de gloria por donde hubiera podido ascender al cielo. ¡Ah, Divina! Acometiéronle deseos de postrarse de hinojos para adorar al ídolo... Un ídolo verdadero; un ídolo de piedra. ¡Divina!

Interrumpiéndole ella del éxtasis, le dijo que aquella tarde no comió... que sólo había tomado un pastelito y media copa de vino de Madera... porque estaba muy desganada. El, sintió á esta salida, así, como bascas de furia. Sonrió, sin embargo, diciéndola:

— Cúidate, Divina... Come bastante — y añadió, como en un suspiro: — ¡Frívola!

Oyendo Divina esta palabra, exclamó:

— Si me dices frívola, no te quiero.

El, rugió de pena... y se echó á reir.

Pasaba tiempo; Divina, siempre la misma; impresionándose poco, siendo sus emociones cortas, sus actos cerebrales lentos, como su ademán y como su palabra; nada de empuje intelectual; ni violencia ni energía. No enojándose nunca ó durándole poco el enojo, si éste llegaba, displicente sin desdén, lánguida, sin romanticismo, cariñosa, sin expresión, no podía ser estremecida masa orgánica tal, por la trepidación fuerte de las grandes pasiones.

Paseábase Divina con otras amigas; iban á tal ó cual parte, y él con ellas; en este caso, hablaba él en el tono de Divina, chancero, frívolo, el tono de la juventud bulliciosa; hablaba así, pero ocultando su contrariedad y no consiguiéndolo siempre. Violentábase, porque hubiera querido estar solo con Divina, hablar con el otro lenguaje de su corazón apasionado hasta la fiereza. Sentíase molesto cuando Divina reía, cuando hablaba, como no fuese para él la risa, para él la palabra, para él todo. Si hubiera tenido este hombre corazón para odiar, hubiera odiado hasta el nombre de Dios, cuando ella, velado el rostro por los encajes de la mantilla, se arrodillaba en la iglesia piadosamente, sujeto el devocionario en los dedos, y puesta la contrita mirada en el cuerpo de Cristo crucificado.

A uno de sus arranques de pasión frenética contestó Divina cierto día:

— Mira que no te quiero así ¿sabes?

— ¿Cómo me quieres?

— Ten calma, me asustas con esas cosas.

— Si fueras como yo, — replicó él, afanoso, — no te asustarías; no te perturba nada.

— Yo seré como tú, no tengas cuidado... Pero ¡es que quieres de una manera!

Este coloquio, á que no estaba acostumbrado, le llenó de alegría. Iba ella á la iglesia. Hallándose solos, por un descuido de los de la casa, y arrebatado el hombre siempre, la dió un beso. Escapó ella, aturdida, y cuando se vieron otra vez, acompañados, por supuesto, acercósele Divina con sigilo y le preguntó curiosamente:

— ¿Por qué te quemaban los labios? ¡Qué susto me diste! — Y sin aguardar respuesta, añadió volublemente:

— Ah, mira; mañana salimos con unas señoras...

Y se alejó para recibir á una amiguita que llegaba.

Quedó él reflexivo; una tristeza invencible acometiale. Aquella noche soñó con Divina; comenzaba á dormir y despertábase sobresaltado; abría los ojos despavoridamente; creía verla llegar hasta él como una visión, con los ojos acariciadores, húmedos de pasión los labios, sonriente, palpitante, y que le decía: — ¡Oh, mi amado... mi amor es como el tuyo; nuestras almas son iguales... No temas... Quiero morir... morir, de la pasión que me abrasa, si tú dudas...!

Se levantó, pensando en su sueño... Se vistió... Quiso escribir á Divina. No pudo. Cruzó los brazos sobre la carpeta, apoyó en ellos la frente, cerró los ojos, pasaron así las horas... Se extinguió la luz.

Cuando despertó era de noche aún; le dolía un poco el pecho. Sentía también en la cabeza debilidad extraña. Al levantarse del sillón, notó flojedad en los músculos, mucho cansancio; lo achacó á la mala noche.

Transcurrieron algunas semanas aún, de este modo. Dos meses después, estaban casados. La fiesta, con motivo de la boda, fué brillantísima. Encontróse el matrimonio solo al fin. Divina habíase dejado caer en una *chaisse longue.* El hombre temblaba. La mujer no.

¡Estaba á solas con Divina! ¡Divina era suya! Divina, con aquel cuerpo gracioso que se doblegaba envuelto en crujientes sedas y blancos tules. «¿Estaría soñando? Para convencerse de que no era sueño» se sentó en el filo del taburete donde ella tenía los pies. Cogió una mano de Divina... No estaba aquella mano fría ni ardiente; estaba tibia, con su calor natural. Ella le miró suavemente y sonrió... El seguía estrechando la mano. Expresión dolorida pintóse en el rostro de ella...

— ¡Me haces daño! — exclamó.

— Acaba, Divina, — dijo él, como si agonizara.

— Pero ¿qué quieres?

— ¿Me quieres?



clavándose en el corazón, en las entrañas, en el cerebro de Divina...

—¡No te sueltes! ¡Ven, Divina, ven por Dios! Pero ¿será posible que este calor en que mi alma se abrasa no te lo pueda yo infundir? ¡Ah, no, ven! Mira el cielo y la luna, que nos sonríen. Siéntate aquí, á mi lado... Levanta la cabeza... ¿Por qué escondes el rostro? ¿No ves que muero? Así, apóyate sobre mi corazón. ¡Oye sus latidos! ¿Quieres sonreir? Sonríe, mujer mía, que yo estoy á tu lado para sellar con mis lágrimas cada una de tus sonrisas. ¿Quieres llorar? Yo estoy aquí para secar tus lágrimas con mis besos. Mira la luna qué resplandeciente, mira la noche qué hermosa; mira tu frente qué pura, mira mi cariño qué grande...

Era su palabra candente, dulce, embriagadora, llena de vida y armonía... ¡irritada y quejumbrosa, tímida y soberana... Fué inclinando Divina la cabeza con lentitud... El relámpago reverberaba sin extinguirse; la irradiación engrandecíase; escuchábale ella, feliz, radiosa; era aquel acento música grata, que la embriagó primero, que la adormeció después, para irla despertando, en fin, en otras esferas, en otros mundos desconocidos. Revolvíase con inquietud...

Sintió él, de pronto, como si el corazón le diera un salto en el pecho. Hizo una exclamación extraña y se estrechó aterrado á Divina.

—¿Qué tienes?—volvió ella á preguntarle.

—¡Nada!

Y ella siguió escuchando la interrumpida música, de notas grandes y suspiros tristes... ¿Qué le pasó á Divina? De pronto, extrañas corrientes operaron revolución espantosa en su organismo; sintió sacudimientos, cuyas causas no trató de explicarse; la chispa había prendido en el combustible; la lava llegó á las venas; los glóbulos blancos de aquella sangre parecieron enrojecerse con fuego que brotó á los ojos, en relámpagos y rayos; como si aquel inmenso fuego hiciera desaparecer por un instante la linfa, carcoma roedor de todo su organismo, circuló con rapidez la sangre ardiente, rica, triunfadora, los nervios estallaron, y cual serpientetes retorciéndose, enroscadas unas á otras, amenazaban despedazar en un segundo aquel cuerpo precioso, cuando sintió Divina así como un eco lejano que repitiera por última vez:

—¿Me quieres? ¿Me quieres?

—Te quiero mucho,—respondió; y desprendiéndose de las manos que la retenían, fué pacíficamente á poner en agua una flor que se había quitado del pecho.

Ahogó él su amargura en una sonrisa, que ella no pudo ver, y quedó contemplándola...

¡Oh, pálida luna misteriosa, la de compungido semblante y dulces languideces! Si tú hablaras, ¡qué bien contarías lo que pasó aquella noche de infausta recordación! No niegues, no, que pendía del techo, por cadena de bronce, finísima lámpara de cristal, cuyo color de rosa pálido daba al rostro de Divina suavísimo matiz. No niegues, no, que la luz de la lámpara parecía extinguirse, y su reflejo, débil, tenía menos fuerza quizás que un rayo tuyo que se filtraba curioso por entre las persianas, yendo á fijarse con blanda molicie sobre la rica alfombra. Corría un vientecillo sutil y cálido á la vez, pero sin ser molesto, con un olor suave, mezcla del que despide la tierra húmeda y la brisa de mar... Un aire dulce que adormecía y perfumaba... El azahar de la virgen mezclábase también á este perfume...

¡Oh, el hombre moría! ¡Moría de amor, de dolor, de no poder despertar aquel alma... el alma de aquella mujer, que era su existencia...!

—¡Divina!—exclamó de pronto, desgarradoramente.

Ella, de espaldas entonces, se volvió rápida hacia él.

¿Qué era aquéllo? ¿Qué modulaciones había creído encontrar Divina en aquella voz?

—¡Divina!—repitió él.

Palpitante, temblorosa, dijo ella:

—¿Qué tienes?

No contestó el hombre... La miraba estremecido... Había notado la primera chispa en los apagados ojos del ídolo, que relampaguearon un momento en la sombra. ¿Podría la chispa prender en el gran combustible? Habíase apagado la lámpara, quedando dueño y señor el rayo tenue de luna. Y al rayo de luna se contemplaron los dos... Se acariciaban aquellos ojos... ¡Ah! ¿Qué vió él en ella? ¿Qué sintió? Atrajo entonces á Divina.

—¿Me quieres?—exclamó, repitiendo aquellas palabras fatales, motivo único de la gran tragedia.

—Sí, te quiero; pero ¿por qué me miras así?—contestó ella, sin apartar los ojos del hombre.

—Porque no quiero que me quieras de ese modo.

—¿Cómo, pues?

La atrajo él más y se oyó un leve, continuado susurro. ¡Qué palabras! Eran agudos puñales candentes,



Ilustraciones de V. Castell.

JULIO BORRELL





TIPO HUNGARO

No oyó más. Cogiendo entre sus pequeñas manos la cabeza del hombre, le miró con vértigo, y estampó en su boca un *beso de amor*. No era un ídolo quien le había besado. Era una mujer. Lanzó el hombre un suspiro y cayó exánime... en los brazos de Divina... Retúvole ella un poco, no pudo más y rodó el cuerpo á tierra. Le llamó Divina y no contestó. Le llamó otra vez, más fuerte... Le removió... Tampoco. Estaba muerto.

Lloró la viuda al muerto, pero le lloró poco. Un año después, en el mismo día que cumplió su luto, se casó con un rico mercader, barrigón y alegre, á quien hizo feliz con su carita de Madona, y con quien fué felicísima, porque no le pidió nunca más de lo que ella podía darle.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

LOS REYES

Consuelito era una niña encantadora que apenas contaba siete años de edad. Tenía los cabellos negros como el azabache y rizados; unas mejillas tan sonrosadas, el cutis tan fino y blanco, que parecía de cera; unos ojos tan bonitos, tan negros, tan rasgados, y con tanta expresión, que verdaderamente era la admiración de cuantos la veían.

La niña mandaba en absoluto en su casa; sus papás eran muy ricos y, por lo tanto, podían costearle todos sus gustos y caprichos.

Habitaban en un bonito *chalet* de la Castellana, que era de su propiedad, como otras muchas casas en distintos sitios de la capital.

Se acercaban los Reyes; ¡qué día tan venturoso iba á ser para Consuelito! ¡cuántos juguetes le iban á traer! ¡qué muñeca tan bonita y tan grande! Ella la quería que hablase y que anduviese sola.

† AGAPITO VALLMITJANA

Llegó la víspera; los papás de Consuelito mandaron enganchar el coche para ir á encargar los juguetes á los Reyes, no sin antes dejar á ésta acostada y á la doncella á su lado.

A la mañana siguiente, ¡qué alegría tan grande!... lo primero que vió al abrir los ojos fué la muñeca, que estaba de pie encima de una silla, con los brazos abiertos delante de la cama... ¡Cuántos juguetes le habían traído los Reyes! ¡Qué espléndidos habían sido! ¡cuánto iba á jugar con aquella muñeca, que tenía el pelo tan rubio, los ojos tan azules; en fin, para Consuelito no había otra igual.



Su taller.

Serían próximamente las doce. Consuelito se hallaba jugando en el hermoso jardín de su casa, cuando llamaron á la verja; la doncella que se hallaba con la niña salió á abrir. Las que habían llamado, eran una mujer y una niña; la mujer tendría próximamente treinta y cinco años, iba pobremente vestida, y en su cara se notaban las huellas del hambre y el sufrimiento. Llevaba de la mano á una niña que tendría unos ocho años de edad, el cabello rubio, los ojos azules y las mejillas sonrosadas, los dorados bucles que caían en desorden sobre sus pequeños hombros daban á su rostro una expresión encantadora.

—¿Está la señora?—preguntó la desconocida.

—No, —respondió la doncella, —hace poco salió á misa y todavía no ha vuelto.

—¿Y el señor?

—Sí.

—El caso es que yo quisiera ver antes á la señora, pues como es tan buena y compasiva, pero en fin... si no está, veré al señor.

—No sé si recibirá.

—Haga el favor de decirle que deseo hablarle sólo un momento y que con recibirme me hará un favor muy grande.

La doncella pasó recado á otra para que avisara al señor. Mientras tanto, la niña de los dorados bucles no hacía más que mirar á Consuelito y su preciosa muñeca; por fin, dijo la niñita, señalando á la muñeca:

—Mira, mamá, una muñeca como esa quiero yo.



Su última obra.

La desconocida suspiró; entonces, Consuelito preguntó, dirigiéndose á la niña:

—¿No te han traído nada los Reyes?

—No, —respondió la niña, —dice mamá que á las niñas que no tienen papá, los Reyes no les traen nada; y yo, como no lo tengo hace mucho tiempo... ¿Y tú tienes papá?

—Yo sí, y mira lo que me han traído los Reyes;—dijo Consuelito, mostrándole la muñeca. —¿Te gusta?

—Mucho.

—Entonces ¿por qué no dices que tienes papá y engañas á los Reyes? —volvió á decir Consuelito.

En esto, la doncella avisó á la desconocida que el señor estaba á punto de salir, pero que la recibiría un momento. Esta pasó á hablar con el señor, y la niña se quedó allí; apenas se marchó su mamá, la niña se fué arrimando poco á poco á la muñeca, como si tuviese miedo.

—Ven, no tengas miedo; no hace nada; ¿quieres tomarla un poquito?, habla, ¿no la has oído? mira, mira,—decía Consuelito, apretando el resorte de la muñeca, para que dijese *papá* y *mamá*, —¿quieres que juguemos? dime cómo te llamas.

—Me llamo Amelia—respondió la niña, un poco más resuelta.

—Toma—dijo Consuelito, dándole á coger la muñeca por una mano—así, entre las dos la llevaremos á pasear un poquito. ¿Por qué no te quedas á jugar conmigo? Yo estoy sola, y si te quedas jugaremos mucho; díselo á tu mamá.

—Ya se lo diré,—dijo Amelia,—pero tengo que pedir limosna con ella, pues no tenemos para comer; antes, mi mamá cosía á la máquina para una tienda; pero vinieron unos hombres muy malos y se llevaron la máquina. Mamá lloró mucho, pero ellos dijeron que como no la pagaba, se la llevaban: entonces, como no podía trabajar, pues no teníamos para comer, mamá se puso muy mala y ayer nos echaron de la casa, y esta noche he tenido que dormir en la falda de mamá, en un portal.

—¡Pobrecita! —exclamó Consuelito, cogiéndola y dándole un fuerte beso. —¿Pero qué es esto que tienes en este carrillo?

—Es que anoche me arrimé á un coche á pedir limosna. Y el cochero me dió con el látigo en la cara — dijo Amelia.

—¿Te duele mucho?, yo le diré á mi papá que os deje vivir en una casa de las que tiene, y como es muy bueno lo hará, y cuando tu mamá trabaje entonces le pagará, y así no te pegará ningún cochero, ni pedirás limosna.

En esto, apareció la mamá de Amelia llorando y el papá de Consuelito con el sombrero y el gabán que salía hacia la calle, diciendo en voz alta:

—Nada, es inútil: he dicho que no: haber pagado la casa; lo que hace mi administrador está muy bien hecho.

Consuelito corrió entonces á su encuentro con Amelia de la mano y le dijo:

—Mira, papá, qué niña tan mona: dile á su mamá que la deje quedarse á jugar conmigo ¡pobrecita! ¡no tiene papá y los Reyes no le han traído nada!

Fotogs. de Ballell Maymi.

Consuelito refirió á su papá todo lo que la niña le había contado, al par que acariciaba á Amelia, y por último acabó diciendo:

— Mira, papá, como tú eres tan bueno, le he dicho que la dejarás vivir en una casa nuestra y cuando su mamá gane dinero te pagará. A propósito: á mamá le hace falta costurera; ella puede venir á coser, y yo mientras tanto, jugaré con esta niña. Mira á la pobrecita lo que le hizo anoche un cochero — dijo señalando el cardenal que tenía Amelia en la cara:—ya ves ¡pobrecita! como que el amo de la casa era tan malo que los echó porque no tenían, se ven en medio del arroyo.

La mamá de Amelia, que había oído la conversación de la niña, se acercó y dijo: — ¡Bendita seas! ¡tan hermosa como buena! — Y dirigiéndose á su padre, exclamó: — señor, hacedlo, que os lo pide un ángel.

— Pobrecita, mira como llora — añadió Consuelito, señalando á la desconocida.

Entonces el papá de Consuelito, en cuyos oídos resonaban aún las palabras de su hija, referentes á lo despiadado de los dueños de la casa, recordó con vergüenza que él las había echado y que su cochero fué el que la noche antes había pegado á la niña con la fusta. Levantó la cabeza y dijo:

— Pues bien; que se queden hoy aquí; yo iré á ver á mi administrador y tendrán casa.

La mamá de Amelia exclamó: — Gracias, señor; que Dios le conserve á ese ángel muchos años, para consuelo de los pobres...

Consuelito abrazó á su papá y le besó repetidas veces, diciéndole á Amelia:

— ¿No te dije yo que mi papá es muy bueno?...

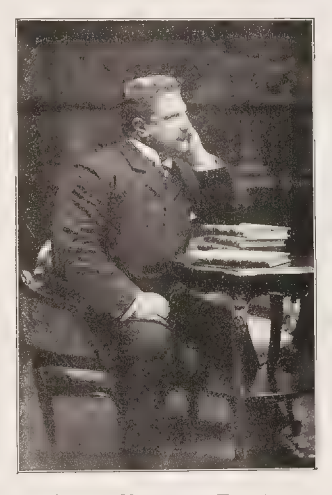
Cuando llegó la mamá de Consuelito, le contaron lo ocurrido y tuvo una gran alegría, disponiendo que la mamá de Amelia sería su costurera. A Amelia le pusieron un vestido de Consuelito, y ésta le regaló una muñeca de las suyas.

Aquel año también hubo Reyes para Amelia.

Carmen GUERRERO



GRAN TEATRO DEL LICEO — Mtro. Eduardo Mascheroni.
Fot. de Napoleón.



Miguel Mariacher (Tenor).
Fot. de Audouard.

NUESTROS GRABADOS

Los que figuran en la página anterior corresponden á un triste acontecimiento de que con profundo pesar hemos de dar cuenta á nuestros lectores: el fallecimiento, recientemente acaecido, del eminente escultor catalán Agapito Vallmitjana, que por su talento, patentizado en innumerables obras á cual más inspirada y valiosa, gozaba de gran prestigio en el mundo del arte, así como era querido de todos sus muchos amigos y discípulos por la llaneza de su carácter y su nunca desmentida bondad.

Profesor desde hace largos años en esta Escuela Superior de Bellas Artes y dignísimo miembro de la Academia Provincial de Bellas Artes, ha muerto legando á su patria un tesoro escultórico y á su familia un nombre por todos conceptos respetable.

Los grabados que figuran en esta páginas son, como salta á la vista, retratos de algunos de los artistas líricos que, en unión de otros á quienes en procedentes números hemos tributado igual homenaje, están realizando esta temporada en nuestro «Gran Liceo» la magnífica campaña de que el público y la prensa hablan en general con inusitado y merecido elogio. Si la falta de espacio nos impide detallar hoy sus méritos individuales, nos complacemos en consignar que hasta ahora cada uno de ellos ha cumplido como bueno su misión, contribuyendo á los continuados éxitos que registra la temporada.

Por supuesto, que el aplauso primero y más entusiasta corresponde en justicia al señor Bernis, de quien ya en otra ocasión dijimos, como demuestra la experiencia, que es el único empresario capaz, por su inteligencia y actividad, de administrar nuestro suntuoso Coliseo Lírico con la brillantez que requieren su importancia y el buen nombre de Barcelona. ¡Lástima que no siempre sus desvelos y sacrificios obtengan la debida recompensa!

* * *



Virginia Guerrini (Mezzo-soprano)



Amelia Talexis (Soprano).



Nini Frascani (Mezzo-soprano).

JULIO BORRELL

IGLESIA DE SANTA LEOCADIA (Cerdaña francesa).



Cabeza de estudio; por J. Ferrer y Carreras.

Salón Murillo (Rambla de Cataluña, 24).

BELLAS ARTES

Ocupa el frontispicio de este número una buena cabeza de estudio de J. Ferrer; uno de esos tipos bondadosos y sufridos de pescador de las costas catalanas, tostado por el sol y por las salobres brisas del mar. Sin alardes de facilidad ni de elegancia de toque, esta cabeza está sólidamente dibujada y no carece de colorido vigoroso y bien acentuado en el claro-obscuro.

Carlos Pellicer es un artista que posee una cultura no común y que ofrece un no sé qué de exótico, á lo que habrá contribuído ciertamente su larga estancia en París, donde ha sido discípulo predilecto del espiritual Bouguereau. Bien se echa de ver, en la elección de los asuntos, en el modo de desarrollarlos y en la casi identidad de tipos y procedimientos, que Pellicer se asimiló en muchos puntos el estilo de su maestro, muy cuidadoso de la forma, meticuloso en los detalles y purista en la selección de la belleza.

Como Bouguereau, desdeña también Pellicer los asuntos modernos, donde hallaría tan ancho campo para su delicada técnica, dedicándola á reproducir las infinitas y ricas combinaciones de telas y colores que integran el traje actual. Y de que sabría reproducirlas de mano maestra son testigo unos grandes retratos de señora que expuso al público algunos meses atrás, y en los que vencía victoriosamente multitud de dificultades de ejecución imitativa.

Sus temas favoritos, por el contrario, consisten en mujeres que visten la holgada túnica griega ó romana y el manto, combinando los pliegues con buen gusto y sacando gran partido de todos los matices del blanco. A este género pertenecen los dos cuadros que publicamos también hoy, *Prisionero* y *El velo*.

En el primero, especialmente, está de manifiesto el discípulo de Bouguereau; bella la cabeza, bellas y graciosas las manos, que son el trozo mejor del cuadro en punto á verdad pictórica; bien tratados los paños, plegados con simple elegancia. El otro es más bien una impresión, más ligera de toque, menos acabada, pero severamente puesta. En aquél hay más ternura, en éste más impetuosidad. En ambos se destaca una personalidad artística única, que contrasta visiblemente, no ya solo con las corrientes naturalistas ó espirituales del arte catalán, sino también de los desbordamientos coloristas de otras regiones de España.

Dos acuarelas de J. Boniquet completan las páginas en color de este número, por cierto muy merecidamente; pues si en la nota de paisaje demuestra tener notable intuición del color, en el estudio de un patio, á toda luz, se le ve estudioso y correcto hasta dar la ilusión de la verdad.

Francisco CASANOVAS

LA SANTIDAD Y EL INGENIO

(Tradición madrileña).

Fué, en lo antiguo, la calle de Leganitos, una de las más raras de la Villa y Corte.

Situada entre las plazas de Santo Domingo y Afligidos, aparece en el plano de Texeira con el nombre de *calle del Pardo*, y es, sin disputa, de las vías que más han costado al Ayuntamiento, así para urbanizarla, como para suavizar las dos ásperas pendientes que, en la época de lluvias, venían á transformar el arroyo que en su punto de unión corría, en un verdadero río y aun en un asolador torrente.

Al pie de dos altas colinas, correspondientes á las plazas de Santo Domingo y Afligidos, corría al descubierto una esgueva ó barranco, procedente de la parte alta de Santa Bárbara, interceptando el paso y la comunicación, formando una especie de acequia que al recibir las aguas de las dos vertientes citadas, con más la de Santa Bárbara, convertíase, en las épocas de lluvias, por entonces tan comunes en Madrid, quizás á causa del mucho arbolado que rodeaba la Villa y Corte, en un elemento asolador, peligroso para las personas y terrible para los edificios, por los destrozos que ocasionaba, hasta que fué cubierta la temible alcantarilla.

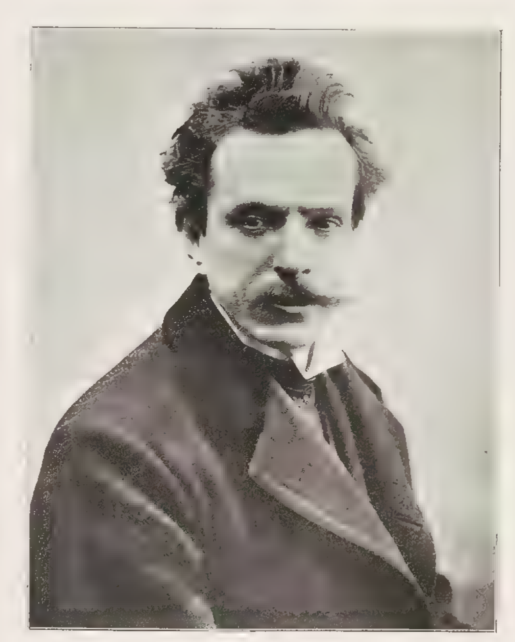
Los que no conozcan la historia y la topografía de la capital de España, los que no hayan tenido ocasión de visitarla hace algunos años no podrán comprender, ni explicarse, que en éste, que era en las apariencias un pequeño arroyuelo, pudiese,—como lo afirman varios publicistas,—llegar á ahogarse, en los pasados siglos, un pobre soldado de caballería que iba á llevar un parte, y cuyo cuerpo fué arrastrado hasta el Manzanares por la que hoy llamamos Cuesta ó Paseo de San Vicente, y conduce, desde la esquina de la calle de Leganitos, por delante del cuartel de San Gil, á la estación del Norte.

El nombre de Leganitos que hoy lleva esta calle parece lo recibió de los árabes, de la palabra *algannet, algannit*, que quiere decir *las huertas*, suponiéndose que los terrenos en que esta calle empezó á formarse pertenecieron y formaron parte de las huertas del Monasterio de San Martín; de lo cual parece resultar que no toda la calle se tituló del Pardo, y sí únicamente cierta parte de ella.

Los poetas del *Siglo de oro* la dedicaron sangrientos epigramas, por sus terribles cuestas, que nadie creyó pudieran desaparecer. No han desaparecido, en efecto, pero se han suavizado de modo que es una de las vías de mayor movimiento, especialmente desde la apertura del nuevo Barrio de Pozas.

En el año 1600 debía contar con muchos y buenos álamos, ya que al tratarse por el Concejo del ensanche de la calle se acordó no perjudicar la dicha plantación; y más tarde (1618), procurando su urbanización y mejoramiento, adquirió el Ayuntamiento una buena parte de la huerta de doña Francisca Valdemoro, por cima de la fuente llamada de Leganitos, que en la calle existía, lindante con el arroyo que bajaba desde la fuente al río Manzanares, levantando, de paso, un puente para poner en comunicación la Villa con el Monasterio de San Bernardino.

En esta calle y á fines del siglo XVII hirieron al favorito de la Reina Doña Mariana de Austria, el célebre don Fernando de Valenzuela.



Mtro. Enrique Morera. Fot. de Areñas.
Autor de la nueva ópera *Emporium*.

Otros datos notables presenta, tales como el haberse instalado en ella, durante el reinado del *hechizado* Monarca Carlos II, el Colegio de Santa Bárbara para educar los niños músicos, destinados á la Capilla Real: el haberse instalado en el número 4 una Capilla Evangélica; y en el 44 el Colegio de Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús; y el haber vivido y muerto, en los números 13 y 33, respectivamente, el eminente poeta don Juan Eugenio Hartzenbusch y el sabio don Fernando de Castro; y en el 18, el gran repúblico don Francisco Pi y Margall.

* * *

Y vamos con la tradición, notable por más de un concepto, que marcha unida á la historia de esta calle.

El Duque de Gandía, Marqués de Lombay, general de los ejércitos españoles y Virrey de Cataluña, por causas ignoradas todavía abandonó el servicio del Emperador Carlos V, después de acompañar á Granada los restos mortales de la Emperatriz Catalina; dejó los altos cargos que ocupaba en Palacio, despreció los grandes destinos que servía, y renunciando al brillantísimo porvenir que la suerte le deparaba entró en la naciente Compañía de Jesús, produciendo el asom-



Poblaciones de Cataluña. — Rubí.

bro consiguiente determinación tan inesperada.

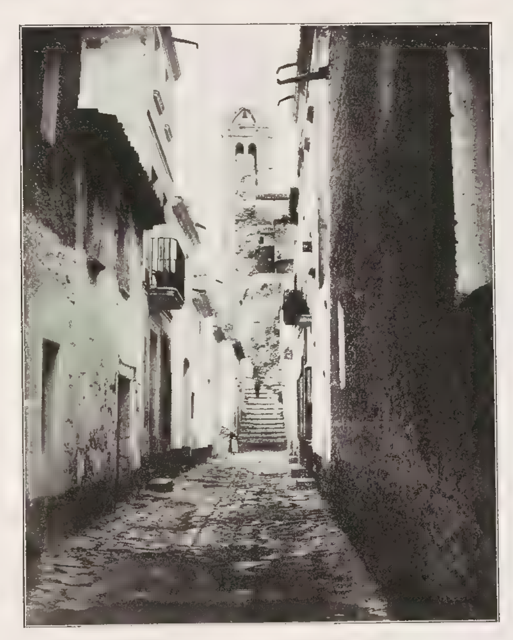
Bien pronto la Compañía, á la que prestó inmensos servicios, le elevó al generalato, muriendo en el año 1572 en olor de santidad, y siendo beatificado por el Papa Urbano VIII en 1624 y canonizado por Clemente X en 1671, venerándosele desde entonces en los altares con el nombre de San Francisco de Borja.

Al objeto de procurar una *Liga general* contra los turcos, que tanto dañaban á la cristiandad, el nuevo general de los jesuítas vino á Madrid por los años de 1571, y procuró, con el mayor empeño la entrada en ella del Rey Don Felipe II.

Y á esta época, sin duda, se refiere el suceso que vamos narrando, y que algunos cronistas, mal informados, han atribuído á San Francisco de Asis; que jamás estuvo en España.

Era aquél un tiempo de numerosos criminales, y Madrid, ya capital de la Nación y refugio de todos los pícaros de España, Italia y Portugal, ofrecía, por sus espesos bosques en el campo, y por su falta de vigilancia en las plazas y calles, lugar propicio para aquellos bandoleros, asesinos y fanfarrones.

Para evitar sus criminales hazañas, el Concejo de la Villa y Corte tenía en constante movimiento á los *Cuadrilleros de la Santa Hermandad*. Esta milicia, formada entre los pueblos y destinada á perseguir á los foragidos, la fundó el Rey San Fernando en 1249, la confirmó Enrique IV en aquellos aciagos días en que peligró su Trono y aun su vida, y la mejoraron los *Reyes Católicos*, otorgándola mayores privilegios y autoridad, hasta el punto de que nadie, *por alto que fuese*, podía amparar á ningún malhechor, — como algunos nobles solían hacer, por los servicios no muy limpios que les prestaban, — bajo pena de ver arrasados sus castillos y confiscadas sus tierras.



Una calle de Blanes.

La mayoría de los pueblos tenía creada esta milicia, eligiendo anualmente dos Alcaldes de la Hermandad, uno por los caballeros y escuderos, y otro por los ciudadanos y plebeyos.

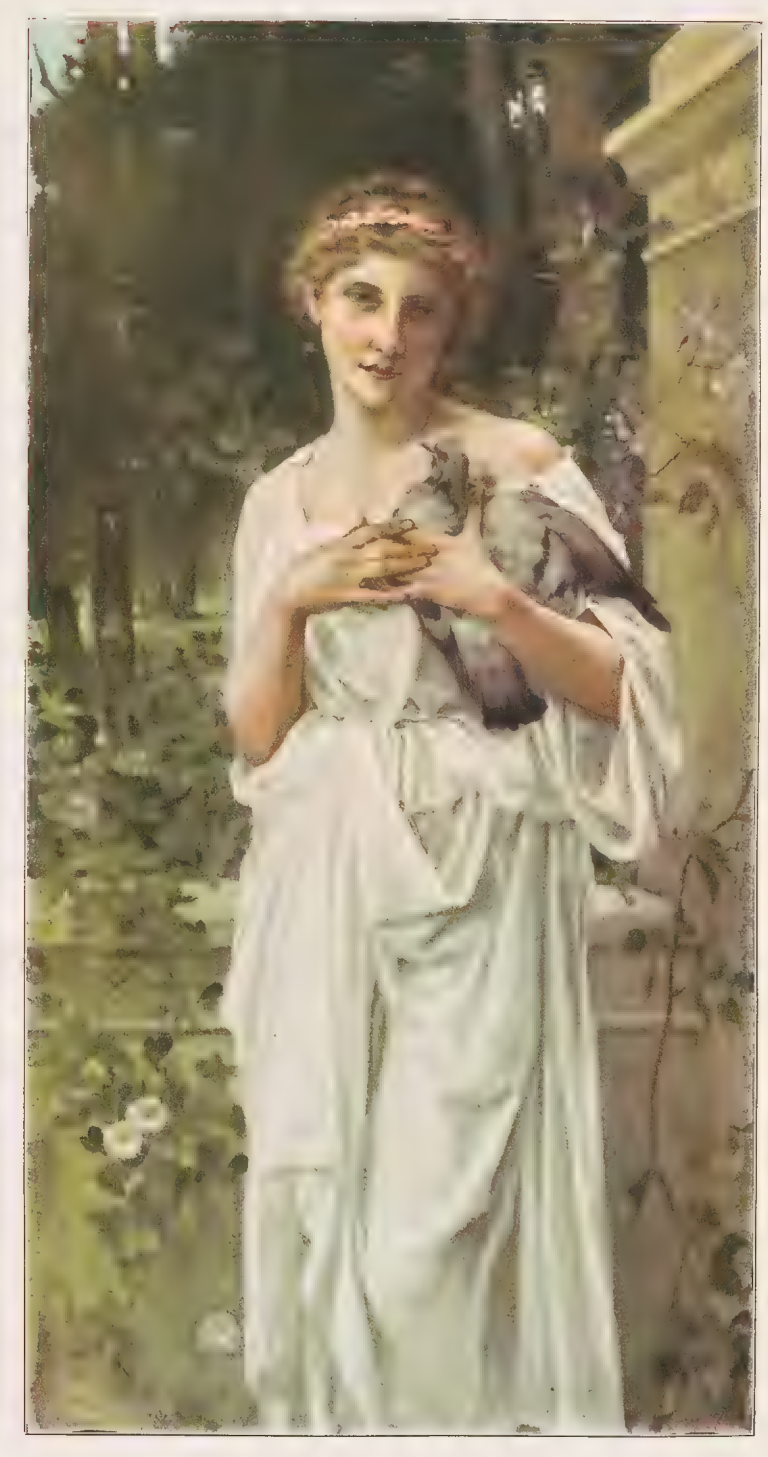
Los *Cuadrilleros*, para mejor cumplir su misión, pregonaban á los criminales en cuya pesecución salían, y á toques de campana reclamaban el auxilio de aquellos pueblos que debían recorrer en busca del malhechor ó malhechores.

***

Una noche en que San Francisco de Borja volvía á Madrid, quizás del Monasterio de San Martín, vióse detenido, de una



Caldas de Montbuy.



¡Prisionero!



EL VELO. *Salón Parés.*

manera tan rápida como inesperada, por un bandolero, en cuya persecución y próximo alcance venían los *Cuadrilleros*. El criminal, pálido, jadeante, tembloroso, suplicó de rodillas al sacerdote que no le entregase á sus perseguidores. Díjole, bañado en lágrimas el rostro, que tenía una madre anciana, de la que era el único sostén; que se arrepentía de sus faltas; que abominaba de sus crímenes, y que le juraba, por lo más sagrado, ser un hombre de bien si escapaba con vida. ¿Mentía, temeroso de la suerte que le aguardaba? ¿Decía la verdad, harto de una vida de maldades? ¡Quién puede leer en el corazón de la criatura, ni quién es capaz de adivinar cuándo una palabra es falsa ó verdadera!



Poblaciones de Cataluña. — Hostalrich.

Ofrecióle el clérigo su silencio, confiado en sus promesas, y el foragido corrió á ocultarse en uno de los próximos bosquecillos. Ya era tiempo, pues los *Cuadrilleros* llegaban. Sorprendido el jefe al encontrarse con un sacerdote en lugar de hallarse con un bandolero, pidió al Santo le dijese si el criminal que perseguían había pasado por allí. ¡Conflicto grave! ¿Cómo salir con bien de tan extraño lance?

De un lado un foragido...
Del otro la Justicia...
Cerca de allí un malhechor...
Dentro de él su conciencia...

Puesta en tortura su imaginación, el antiguo Duque de Gandía encontró en aquel ingenio que tanta y tan justificada fama le diera, la luz para salir de tan obscuro caos.

El fraile, metiendo las manos en las amplias mangas del hábito que llevaba, contestó con la mayor naturalidad y sencillez:

—Puedo juraros, señor capitán, que el bandolero que buscáis no ha pasado *por aquí*.

Dióle las gracias el jefe de los *Cuadrilleros* y retrocedió con su gente por el mismo camino que había traído.

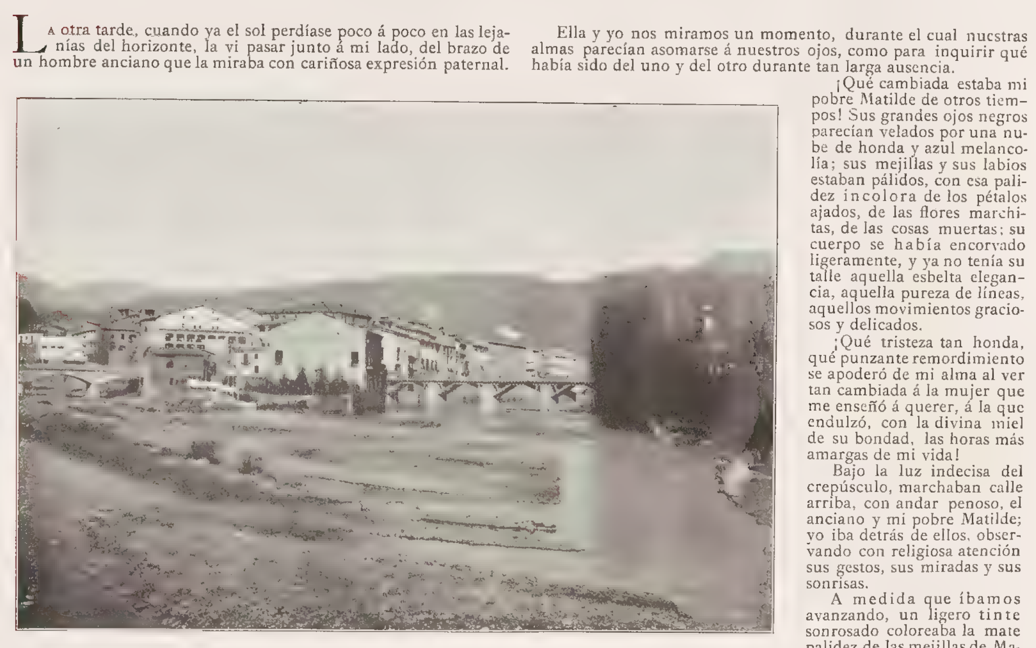
El Santo, al verlos partir, elevó sus ojos al cielo y sus labios murmuraron una oración consagrada á suplicar á Dios, padre de todas las criaturas, que le perdonase aquel acto, aquel rasgo de ingenio, que en tan extrema situación había puesto su elevada santidad.

E. RODRÍGUEZ-SOLÍS

ALMA SUBLIME

La otra tarde, cuando ya el sol perdíase poco á poco en las lejanías del horizonte, la vi pasar junto á mi lado, del brazo de un hombre anciano que la miraba con cariñosa expresión paternal.

Ella y yo nos miramos un momento, durante el cual nuestras almas parecían asomarse á nuestros ojos, como para inquirir qué había sido del uno y del otro durante tan larga ausencia.



Ripoll.

¡Qué cambiada estaba mi pobre Matilde de otros tiempos! Sus grandes ojos negros parecían velados por una nube de honda y azul melancolía; sus mejillas y sus labios estaban pálidos, con esa palidez incolora de los pétalos ajados, de las flores marchitas, de las cosas muertas; su cuerpo se había encorvado ligeramente, y ya no tenía su talle aquella esbelta elegancia, aquella pureza de líneas, aquellos movimientos graciosos y delicados.

¡Qué tristeza tan honda, qué punzante remordimiento se apoderó de mi alma al ver tan cambiada á la mujer que me enseñó á querer, á la que endulzó, con la divina miel de su bondad, las horas más amargas de mi vida!

Bajo la luz indecisa del crepúsculo, marchaban calle arriba, con andar penoso, el anciano y mi pobre Matilde; yo iba detrás de ellos, observando con religiosa atención sus gestos, sus miradas y sus sonrisas.

A medida que íbamos avanzando, un ligero tinte sonrosado coloreaba la mate palidez de las mejillas de Matilde; sus labios se entre-



La Garriga.

—¡Qué buena eres, Matilde! Sin el dulce calor de tu cuerpo, sin la savia de tus besos infantiles, tu pobrecito viejo hubiera muerto ya,—decíale el anciano.

Y ella, tierna y amante, respondía:

—¿A quién, sino á ti, he de dar lo único que poseo: mi calor y mi cariño? Para ti, la única alma buena con que he tropezado en mi camino por la vida, para ti, mi pobre viejecito, serán siempre mis anhelos.

Al llegar aquí, hice un esfuerzo poderoso y alejé el pensamiento. Mi corazón latía con tal violencia, que hube de apretarlo con mis manos para contener su marcha desenfrenada.

Estuve paseando por espacio de un cuarto de hora, sin poder alejarme de aquel sitio. Un presentimiento halagador deteníame allí; y como en amor los presentimientos son el todo, yo esperaba, esperaba...

Por fin, percibí claramente el ruido de un balcón que se abría; miré hacia lo alto y, á través de la obscuridad, distinguí la blanca silueta de Matilde que, muda, silenciosamente, alargó el brazo y

abrían con frecuencia para dar paso á un suspiro entrecortado que pasaba por entre el divino pabellón de una sonrisa, y sus ojos adquirían esa expresión inefable, ese brillar sereno que comunica á los ojos el latido de un alma que torna á la vida, tras un período de mortal anonadamiento.

Yo, ante aquel súbito renacer de Matilde, sentía en mi alma una oleada de tristeza aplastante, de horribles remordimientos, pues algo oculto me decía que ya no era tiempo de enmendar mis yerros pasados, que aquel anciano era su esposo...

Ante esta idea, mi desesperación no tenía límites. ¿Cómo, si era casada, emprender la empresa imposible de deshacer lo hecho? ¡Ah! ¿Por qué humillaciones, por qué dolorosos trances, por qué interminables días de angustias habría pasado mi pobre Matilde, para verse obligada á aceptar por esposo á un pobre viejo, achacoso y temblón, á quien no podía amar?

Después de media hora de andar lento, llegamos á una callejuela estrecha en la que sólo había ocho ó diez casas destartaladas y míseras. Entraron en el estrecho portal de una de ellas y empezaron á subir pausadamente, Matilde delante, el anciano detrás, apoyado el brazo derecho en la barandilla...

La noche había ya tendido su manto obscuro, inundando de sombras la desierta calle. Allá arriba, tras de un celaje nebuloso, la luna pugnaba por asomar su cara de plata.

Al hallarme solo, mi pensamiento voló á la habitación de Matilde, una pobre habitación sin lujos ni comodidades. El anciano habíase sentado en un antiguo diván de terciopelo incoloro, y ella, mi pobre Matilde, le acariciaba, resignada y caritativa, instigando el cansancio de aquel cuerpo medio muerto con la trémula y dulce elocuencia de sus palabras alentadoras.

Luego, á una insinuación del viejo, Matilde sentábase á su lado, besándole en la frente, en aquella frente llena de arrugas que, al contacto de la caricia, parecía ensancharse y adquirir la tersa suavidad de otros tiempos.

dejó caer esta carta, que, como dijo el poeta,

«he leído más veces en mi vida
que cabellos contiene mi cabeza».

«No creas que voy á recriminarte, recordándote cosas que pasaron. ¡Te he perdonado tantas veces desde el fondo de mi alma...! Alguien ha dicho, creo que fué Gautier, que el amor verdadero no perdona nunca ciertas ofensas. Yo puedo asegurarte que te quise mucho, que te he perdonado... ¡y que sigo queriéndote! ¡Sí, no he negado, no negaré nunca que te amo cuanto es posible amar y que difícilmente se apagará en mi alma la llama que encendió tu amor!

J. PASTOR RUBIRA

(Concluirá).



Portbou. *Fotografías de Bressanini.*





ACUARELAS.


ALBUM SALON
A
B. MITRE
R. COSTA

† BARTOLOMÉ MITRE

Ha fallecido recientemente en Buenos Aires, rodeado por la veneración de un pueblo entero que le adora, por ver en él, no sólo el más ilustre de los argentinos, sino, en estos últimos tiempos, el más eminente de los americanos.

Largo sería relatar detalladamente sus hechos, porque, desde mediados del siglo pasado, su vida fué la misma que la de su patria á quien sirvió con la espada y con la pluma, con la palabra y el escrito, con la acción y el pensamiento, como soldado, como administrador, como estadista, como literato, como sapiente, como escritor y publicista, ó como mero ciudadano, durante más de sesenta años de infatigable, honesta, delicada y brillante labor.

Espíritu ampliamente liberal, á quien una vasta cultura universal permitió emanciparse de los preconceptos americanos, Mitre ha sido, en los últimos treinta años, el inspirador, el consejero, el director espiritual de la República Argentina, y su influencia, tan necesaria y útil para un pueblo en formación y lleno de vicios heredados del régimen colonial ó nacidos de las mismas condiciones de su evolución, fué siempre benéfica y se ejerció siempre en el sentido del progreso de su patria.

Destrozada la República por las facciones, restos de la tiranía del tristemente célebre Rosas, hostiles las provincias contra la capital, apareció Mitre como varón providencial, como símbolo y bandera de reconstitución, poniendo al servicio de la patria un corazón heroico, una inteligencia poderosa, una firmeza serena é incontrastable, feliz conjunción de aptitudes que, aplicadas con oportunidad y decisión, crearon y consolidaron la nacionalidad Argentina.

En los campos de Pavón, luchando contra las fuerzas de trece provincias, y en la guerra del Paraguay, acreditó su talento y realizó su obra portentosa. Presidente de la República (1862), coronado por el doble laurel del militar y del estadista, organizó y consolidó las instituciones que tanta virtualidad han mostrado después, haciendo de la Argentina un Estado preponderante. Retiróse al finir el término legal de su mando (1868), y fundó revistas y periódicos, en los que mostró con innumerables artículos sus condiciones de observador profundo y escritor culto y castizo. Seis años después, se alzó en armas, por motivos que estimó justificados, contra el presidente Sarmiento; mas la fortuna no favoreció sus esfuerzos. Privado de sus honores por un Consejo de guerra, fué luego reintegrado en ellos por acuerdo de las Cámaras, y sus amigos entonces le facilitaron medios y recursos pecuniarios para la fundación de *La Nación*, soberbio periódico, honra de la lengua castellana. Mitre estaba dotado de un vigor intelectual extraordinario, y, con admiración general, se le veía trabajar trece horas al día, cuando ya contaba setenta años de edad. Al cumplir los ochenta, fué objeto de una apoteosis popular, y medio millón de personas desfilaron en su presencia, pasando ante su casa de la calle de San Martín, y aclamándole con delirante entusiasmo. Aún entonces tuvo un hermoso alarde de resistencia, sufriendo sin quebranto aquellas emociones, y pronunciando multitud de discursos ante las comisiones que iban á saludarle desde los puntos más apartados del inmenso territorio argentino. Fué compañero y amigo de Garibaldi, mantuvo con él correspondencia muy afectuosa, y en 1890 visitó Italia, que le acogió con calurosos aplausos, pues eran sabidos los sentimientos de su alma genuinamente latina. Contribuyó también, por ese motivo, al movimiento de aproximación á España, el cual se ha ido acentuando cada día más en la gran República del Plata, y es por nuestra parte fraternalmente correspondido.

Pero Mitre no es sólo un general (y quizá para mayor bien suyo es lo que fué menos), un hombre político, sino también un hombre de estudio, un erudito, podemos decir un sabio, un hombre de grande y sólida cultura, un escritor.

Muy joven aún, publicó su primer libro, que fué un volumen de versos, «Ecos de mi lira»; porque en este hombre de acción y de lucha había también un contemplativo, un poeta. Y las letras, las graves letras históricas y la alta poesía, así como la propagación de sus ideas por medio de ellas como periodista, fueron quizá sus más gratas y queridas preocupaciones.

Aparte de sus grandes obras históricas sobre Belgrano y San Martín, que han alcanzado varias ediciones, el general Mitre colaboró infatigablemente en casi todos los periódicos de su país, y, entre muchos volúmenes de crítica histórica, política y literaria, dió á luz un volumen de «Arengas», otro de «Rimas», y traducciones de Dante, Víctor Hugo y Horacio.

Conservó en la vejez todo el vigor mental de sus mejores años, y, ora en el senado, ora en la arena literaria, no consintió en abdicar su puesto activo invocando un bien ganado derecho al reposo.

El Album Salón toma parte en el sentimiento que embarga al pueblo argentino y rinde un legítimo tributo de admiración al hombre, por tantos conceptos ilustre, que no honró solamente á su patria, sino también á América y á la humanidad.



SS. AA. los Infantes D.ª María Teresa y D. Fernando, en traje de boda — *Fot. de Franzen.*

ALMA SUBLIME

(Conclusión).

» Ya sé que tú querrás tener una entrevista conmigo, acaso para explicarme cosas que no tienen explicación posible. Y como yo también necesito hablarte sin demora, te ruego que mañana, á las cuatro de la tarde, me esperes en el mismo paseo y en el mismo banco en que nos conocimos. ¿Te acuerdas?

» Fué en una mañana rica de sol y de perfumes; el cielo brillaba con bruñidas irisaciones de turquesa y los pájaros cantaban en las altas copas de los árboles un himno muy hermoso al amor y á la vida. ¿Te acuerdas...?— Matilde. »

* * *

Aquella noche no dormí. La carta de Matilde había despertado en mí un mundo de esperanzas y mi corazón latía ya más tranquilo, como si hubiese entrado en una fase nueva de una nueva vida.

¡Iba á verla, á hablar toda una tarde con ella, á disculparme de mis errores pasados, á jurarle amor eterno, eterna fidelidad para los días venideros...! Pero aquel viejo que se apoyaba en ella, que la miraba con aquella divina expresión paternal y la sonreía con aquella risa de muerto, ¿quién era? ¿Sería su esposo? Esta idea me azotaba el alma, me martilleaba el corazón. Ser esposa de aquel hombre, ¿no significaba haber perdido á Matilde para siempre? ¡Ah, sí! Yo estaba seguro de que Matilde era incapaz de manchar el honor de un hombre con el amor de otro hombre cualquiera. Sufriría, resignada, las amarguras del destino cruel, lloraría lágrimas de sangre, se arrancaría el corazón, si era preciso; pero engañar á su esposo,



EDIFICIOS Y ESTABLECIMIENTOS PREMIADOS EN EL CONCURSO DEL AYUNTAMIENTO, CORRESPONDIENTE AL AÑO 1904

TORRE DE AGUAS DE LA «SOCIEDAD TIBIDABO», EN LA CUMBRE DEL MISMO. OBSERVATORIO FABRA, EN LA FALDA DEL TIBIDABO.

TORRE ARNÚS EN LA AVENIDA TIBIDABO.

CAFÉ DE NOVEDADES. FARMACIA DEL DR. COMABELLA.



¡A LAS CA

USACHS



ARRERAS!

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).

nunca, ¡eso nunca! Al día siguiente fuí puntual á la cita. En el mismo paseo, en el mismo banco en que nos conocimos, permanecí sentado un rato muy corto, pero que me pareció una eternidad, completamente abstraído en el recuerdo de Matilde.

La tarde era tranquila. Un sol radiante caía en agujas de oro sobre la verde alfombra de los jardincillos, y un viento fresco, lleno de aromas, jugueteaba entre los árboles en flor, meciendo sus ramas en un vaivén rítmico.

Súbitamente, apareció Matilde por una de las callejuelas del paseo, vestida con un sencillo traje de muselina blanca, pálido el rostro, los labios trémulos, velados los ojos por un cendal de lágrimas, y lento y cansado el andar.

— ¡Matilde!

Me tendió su mano, una mano trémula y fría, y se sentó á mi lado, mirándome con tristeza.

— ¿Te acuerdas? — me dijo.

— ¡Sí, me acuerdo de todo, mi pobre Matilde! ¡Si supieras cuán arrepentido estoy y cuántas veces, en medio de mi soledad, he bendecido tu nombre...! ¡No, ciertamente que no merece el perdón de una santa el hombre que ha obrado como yo!

— ¿Por qué no? Yo sé que tú eres bueno, que lo que hiciste conmigo lo hacen muchos hombres con muchas mujeres. Jurarme que me querías, que te casarías conmigo, y marcharte luego porque sí, sin un motivo fundado. Eso es lo que hiciste. ¿Y por ventura no es eso lo que se ve todos los días? Los hombres no sóis, generalmente, constantes en vuestros amores. Vivís de impresiones del momento, de sueños que forja unas veces el pensamiento y la ambición otras veces, y no sabéis apreciar la diferencia que existe entre una mujer que os ama y una mujer que os codicia. Así sóis todos y así fuíste tú también. Luego, el tiempo trae los desengaños y con los desengaños vienen los arrepentimientos, las ansias de recobrar lo perdido, si es que aún es tiempo de recobrarlo, y las grandes catástrofes morales, las infelicidades eternas, cuando se ha perdido toda esperanza.

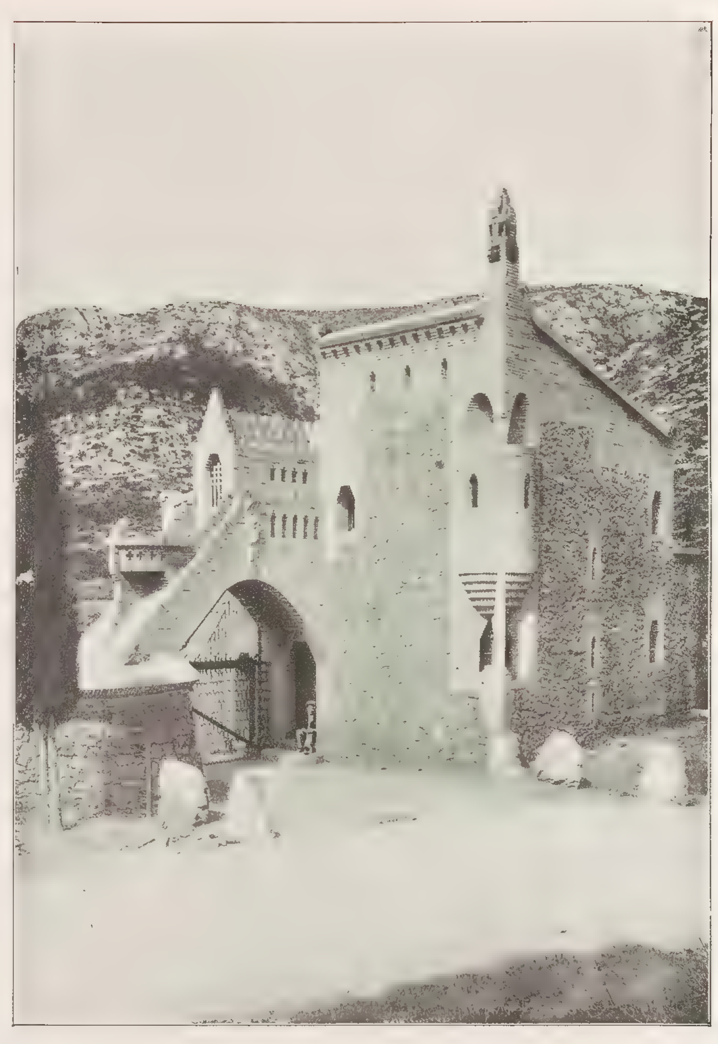
Conforme iba hablando, sus mejillas adquirían un tinte encendido, se acarminaban sus labios y sus ojos rebosaban más vida.

— Es preciso, — me dijo después de un rato de silencio, — que nos separemos pronto, porque mi viejecito me espera. ¿Tienes algo que decirme?

— ¡Sí; que me cuentes todo cuanto has hecho en mi ausencia, que me digas quién es ese anciano y lo que significa para ti... y que me digas la verdad de tus pensamientos, aunque sea muy amarga!

— ¡Pobre! — me dijo Matilde, suspirando. — ¡Cuánto hubiera yo dado por no volverte á ver, porque no hubiese llegado este momento tan cruel! ¡Lo que yo he hecho durante tu ausencia, lo que significa ese anciano para mí...! ¡Ay! Ni yo misma podría contarte todas las rudas peripecias de mi calvario. Muchas horas sin pan, muchas noches sin asilo, desdeñada de todos, por nadie atendida, siempre con una nube de lágrimas en los ojos, siempre con una tormenta en el corazón... y siempre errante, vagando de aquí para allá sin rumbo determinado, muerto el espíritu, rendido el cuerpo. ¡Dos años así, dos años y qué crueles! ¡Pero no, el mundo no consiguió de mí lo que se había propuesto! Como entré en la calle de la Amargura, así salí: sin una mancha; limpia y radiante como un rayo de sol; encorvado el cuerpo, pero alta la frente, que ensangrentaron las saetas de mi corona de espinas. ¿Para qué contarte más? Después, Dios se apiadó de mí é interpuso en mi camino á ese pobre viejo que has visto, á modo de puerto de salvación. Me habló como hablan los padres á los hijos; yo le conté mi calvario, mis dos años de amarguras, y el pobre viejo, con lágrimas en los ojos, me ofreció cuanto tenía: su nombre y un sueldo para poder vivir... y yo acepté. ¡Yo estaba desesperada y sin fuerzas ya para seguir en aquella lucha titánica! Por otra parte, había perdido ya todas las esperanzas respecto á ti y eso me dió fuerzas para aceptar el sacrificio. ¿Que si te guardo rencor? Ninguno. ¿Que si te amo todavía? ¡Más que nunca! Como se quieren las cosas que hemos perdido para siempre; porque tú y yo, mi pobre amigo, hemos muerto ya el uno para el otro. ¡Sí, es preciso! Como yo ahogaré en mi pecho mi amor por ti, ahoga tú en el tuyo esa pasión que dices que te abrasa. ¿Qué cosa mejor puedes hacer para merecer mi gratitud eterna? Yo ya no soy *mía*, no me pertenezco. Dios ha levantado una barrera entre los dos, y es preciso no forzarla. ¿Pero qué importa, — me dijo levantándose y tendiéndome una mano, — que no nos volvamos á hablar, que vayamos en la vida por caminos diferentes, que nuestros cuerpos estén separados, si nuestras almas, bendecidas por Dios, vivirán eternamente unidas en el altar del amor...?

J. PASTOR RUBIRA



Torre Güell en las costas de Garraf (Barcelona).

EL CUMPLEAÑOS DE LA ABUELA

A las diez de la noche empezaron á llenarse los salones de los señores de L. de lo más selecto y respetable en personas de cierta edad, y de lo más florido, bello y elegante de nuestra juventud. Todos acudían á festejar el cumpleaños de la muy respetable señora de la casa; sus hijos, sus tesoros habían echado el resto, disputándose el obsequiarla, felicitándola unos en francés, otros

en inglés, el pequeñín en catalán. Una nena de nueve años, después de presentarle linda labor, le cantó al piano una sentida canción que le valió entusiastas aplausos: todo era alegría y felicidad. Rompieron el primer baile los señores de L., para complacer á sus numerosos amigos; pero el que se hubiera fijado un instante en la señora protagonista de la fiesta, la hubiera visto triste la mirada, intranquila, como si aquella fiesta, preparada en honor suyo, no alcanzase á llenar sus aspiraciones. Pudo al fin aprovechar un momento, durante el torbellino del baile, en que su ausencia no fuese notada, y fué á su dormitorio, á donde llegaban los dulces acordes de la música. Allí sola, sin testigos, abrió con mano temblorosa su secreter, sacó un retrato y un dientecillo pendiente de un hilo, besó con toda su alma aquellas reliquias tan amadas, mientras que de sus ojos se desprendían raudales de lágrimas, risotadas y aplausos de la multitud que invadía su hogar, la hicieron volver á la realidad; guardó aquellos recuerdos tan caros despidiéndolos con suspiros de su corazón, arregló un poco su tocado, hizo un esfuerzo sobre sí misma para ensayar una sonrisa y volvió á cumplir con el deber que la sociedad le imponía.

El año anterior la había visitado su hijo mayor, en compañía de su esposa y nietecilla; venían de América.

A su regreso á aquel país, la niña murió en Panamá; faltaba pues á la abuelita el beso de aquel ángel que estaba en el cielo.

JUDIT

LA COMPASION

Ormuz, el dios todo bondad, dispuso que dos hermanos que vivían en Raijapuri fueran los hombres más felices de la tierra porque habían sido, desde niños, buenos entre los mejores. Mozos y colmados de riquezas, inteligentes y bravos, queridos por los ancianos, respetados por sus iguales, nada faltaba para su bienestar. Pero he ahí que un día Ahrimán, el ángel malo, el que tienta á los hombres para perderlos, se apareció á los dos hermanos en figura de una mujer bellísima. Nahem supo dominar el impulso que le llevaba hacia aquella mujer, pero Yohauk quedó prendado de ella, y por seguirla olvidó patria, familia, todo.

Los vecinos compadecieron á Nahem y éste repetía á menudo:

— Tal horror me inspira Yohauk por su conducta, que aun cuando se arrepintiera no volvería jamás á recibirle en mi presencia.

Pasaron años, y un día Yohauk, pobre, desesperado, abandonado por la mujer que le había trastornado el seso, llamó á la puerta de la casa de su hermano. Y la puerta de la que fué su casa no se abrió para él y murió de fatiga y de dolor en mitad de la calle.

El mismo día, en el mismo instante, murió Nahem, de suerte que sus almas llegaron juntas á presencia de Ormuz el misericordioso.

Y Ormuz preguntó á Yohauk:

— ¿Por qué abandonaste la senda del bien?

— Una fuerza que no pude vencer me compelió á ello.

— ¿Por qué moriste en la calle?

— Porque era pobre y mi hermano me cerró la puerta de la casa en que naciera.

Entonces Ormuz preguntó á Nahem:

— ¿Por qué rechazaste á tu hermano?

— Porque temí que me contaminara sus culpas. Yo siempre viví adorándote, Señor, y no quise que un mal ejemplo pudiese apartarme del buen camino.

Ormuz dijo entonces:

— Ven á mi lado, Yohauk. Has amado y padecido; estás perdonado. En cuanto á ti, Nahem, no puedo perdonarte; el que no siente la compasión, no la inspira jamás.

Y Nahem fué precipitado en el abismo, y comprendió harto tarde que la compasión y la bondad son las que salvan á los hombres y que el egoísmo les condena.

* * *

CANTARES

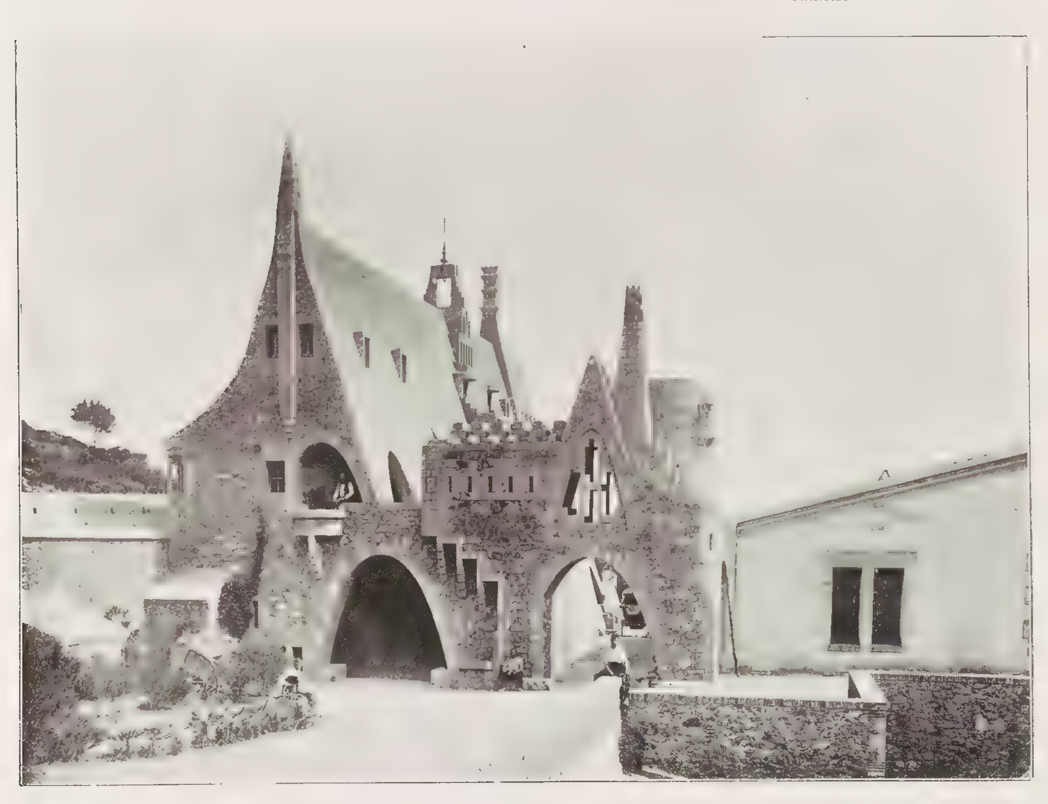
Como al cariño te entregues
tendrás que llorar bastante,
y sellarás tu cariño
con lagrimitas de sangre.

Ahorcaron á un inocente
porque dijo la verdad,
y ahora levantan estatuas
al que debieron ahorcar.

Perro que ladra no muerde,
gato que chilla no caza,
¡charlando se pierde el tiempo
que aprovecha el que se calla!

Yo me figuro tu cara
como un pedazo de gloria,
con dos ventanas muy grandes
donde tus ojos se asoman.

Narciso DIAZ DE ESCOVAR



Otra vista de la misma torre. *Fotogs. de Bressanini.*



Acuarela.



Cabeza de estudio; por Pablo Béjar.

BELLAS ARTES

El conocido marinista Hernández Monjo ha resuelto compartir las delicias de su arte con los azares del comercio, abriendo en uno de los sitios más céntricos de esta ciudad un salón de exposiciones, donde ha reunido en poco tiempo varias de las firmas que mejor se cotizan en el mercado de obras artísticas. No son muchas aún, pero, como dice el adagio, principio quieren las cosas. No es dudoso que, con la inteligencia de su dueño, el establecimiento «El Arte» logrará rodearse de todos los elementos que dan prestigio á un salón de su clase.

Llama allí la atención, en primer lugar, un precioso paisaje con un grupo de animales, de Armet, uno de los pintores más fáciles y agradables que hayan figurado en nuestra tierra. Varias obras de Pinós, el estudioso y sincero reproductor de las costumbres campesinas de la región catalana, una de las cuales, *La recolección de la fresa,* reproducimos en el presente número; así como un apunte de color de Canals, de extraordinaria firmeza.

Vense allí, además, algunas deliciosas tablitas de Matilla, tan elegante como justo; varias acuarelas de Boniquet, de sobria y apropiada factura; dos cuadros del madrileño Alcázar Tejedor, luminosos y bien compuestos; algunas cabezas de Sans Castaño, y otros y otros, entre los que no debemos olvidar alguna marina del dueño del establecimiento, en cuya especialidad se ha ganado legítima reputación.

En una vitrina hay expuestas varias esculturas de salón, de tipo moderno, joyeros, tarjeteros y *bibelots,* algunas de las cuales ostentan las firmas de Campeny, Casanovas y Clarassó, prenda segura de que no son una vulgaridad.

Auguramos al señor Hernández Monjo prosperidad en su empresa, que redundará, siguiendo el camino emprendido, en beneficio general del arte, por lo que ha de contribuir á fomentar el gusto del público.

Francisco CASANOVAS



Escultura, de Enrique Clarassó (1).

CON FRANQUEZA

Que Dios te libre y preserve, lector amigo, de ser tratado por nadie con franqueza; porque, créeme — y hablo por experiencia propia — que ni es conveniente tratar á los demás con franqueza, ni medianamente tolerable que los demás le traten á uno de ese modo. Antaño, *in diebus illis,* allá cuando yo contaba cuarenta y pico de años menos de los que hoy callo y oculto; confieso que fuí durante muchos el prototipo de la franqueza, á tal punto exagerada, que ni el famoso don Tomás, bellísima creación de Narciso Serra, me aventajaba en lo franco.

Mi franqueza, que rayaba en grosería y que, si mal no recuerdo, llegaba á pasar de raya muchas veces, sobre proporcionarme algún que otro disgusto, me hacía incurrir en mil ridiculeces, una de las cuales era la de darme por riojano, siendo, no sé si por fortuna ó por desgracia, madrileño; bien es verdad que, aunque no nací en la Rioja, en ella pasé los primeros años de mi vida, á pesar de lo cual no era ésta la causa que me hacía darme por hijo de la clásica tierra de los pimientos morrones, sino el amor á la más proverbial que real franqueza de los hijos de aquel país, émulo y rival de Aragón en lo de pasar por franco. Afortunadamente, el tiempo, que, con más razón que la Historia, puede y debe ser llamado ejemplo de la vida y maestro de las costumbres, me ha curado ya de aquella fiebre, adquirida por contagio; y hoy reniego y abomino con toda mi alma de eso que las gentes llaman franqueza.

El gato escaldado huye, según el refrán, del agua fresca, y yo soy gato de Madrid escaldado varias veces.

Voy á referir algunas.

***

Por el año 67 del pasado siglo, Ricardo y yo éramos amigos, íntimos amigos, y como es natural, dada nuestra íntima amistad, nos tratábamos con gran confianza y con absoluta franqueza.

Perseguido y vigilado constantemente por la policía de la capital de la provincia donde residía, tanto por lo avanzado de sus ideas políticas, cuanto por su amistad con el general don Blas Pierrard, Ricardo, sin decir siquiera ahí queda eso y procurando, por el contrario, ocultar su viaje, se plantó en Madrid una mañana, instalándose en



Escultura, de José Casanovas.

(1) Esta y las demás que reproducimos en el presente número, proceden del Salón «El Arte».

una casa de huéspedes que previamente y por encargo suyo le tenía yo buscada.

Después de vivir cerca de dos meses en la citada casa, que era de gran confianza y en la cual podía, por tanto, el ardiente revolucionario considerarse seguro, mi amigo, que, si en realidad de verdad no conspiraba más que en los cafés y con la lengua, se daba por lo menos por un terrible conspirador y aun por jefe y cabeza de terribles conspiradores, tuvo necesidad ó capricho de salir de Madrid, y después de proveerse de una cédula de vecindad, que yo le busqué, y, como no tenía dinero para pagar su pupilaje, tras de ofrecer á la Sebastiana, así se llamaba la pupilera, que le mandaría en breve plazo el importe de su cuenta, me hizo responder por él y salir por fiador suyo. ¡Quién se acuerda de sus deudas, cuando se ocupa en salvar la patria, ni qué importan los menguados intereses de una pupilera, ante los grandes, sagrados y generales de una nación que agoniza esclavizada!



Escultura, de José Campeny.

Ricardo, por efecto de esto á no dudar, no volvió á acordarse de la Sebastiana, la cual, aunque era muy patriota, muy liberal y muy entusiasta de Pierrard, era pupilera al fin y al cabo, y cansada de esperar un día y otro, ó por mejor decir una y otra semana, se presentó una tarde, y, no estando yo en mi casa y como Ricardo había hablado en la suya más de lo que convenía, la iracunda Sebastiana, á su vez, habló aquella tarde y habló gordo; amenazó á mi familia con descubrir á la policía todos cuantos planes, embustes y sueños revolucionarios había oído á mi amigo, consiguiendo que mi mujer y mi suegra, que mientras vivió fué para mí una verdadera madre, alarmadas, y no sin motivo, porque Marfori por aquel entonces se complacía en hacer que las gentes se ilustraran viajando, le satisfacieran en el acto el importe del pupilaje de Ricardo, el cual, aunque volvió á Madrid y en cierto período revolucionario obtuvo en el gobierno civil de la provincia un cargo de gran importancia, no se acordó ni de visitarnos, ni de satisfacerme las pesetas que me costó su hospedaje.

Era mi amigo, me trataba con franqueza y tenía conmigo gran confianza...

***

Por la misma época, me aconteció otro incidente muy cómico.

Mi amigo don Luis, hombre respetable por sus canas, era un verdadero avaro que, á pesar de tener dos ó tres mil duros de renta, vivía y vestía pobremente.



Escultura, de José Casanovas.

A consecuencia de algunos favores que hube de hacerle y con la esperanza, á no dudar, de otros que deseaba don Luis, me invitó cierto día á comer con él, ofreciéndome, más bien que una comida, un suntuosísimo banquete.

Epulæ epularum, *Lúculo come en casa de Lúculo*, frases usuales cuando se trata de pintar un gran festín, son locuciones poco expresivas y no describen más que pálidamente todo lo espléndido y suntuoso de aquella comida, en la cual don Luis, *non plus ultra* de los avaros, gastó cuanta generosidad, hasta entonces jamás por él usada, había ido

J. PI



LA RECOLECCIÓ

INÓS



N DE LA FRESA

Salón «El Arte».



Escultura, de José Campeny.

acumulando durante los cincuenta y tantos años de su vida.

Pasado algún tiempo, creció mi amistad con don Luis, y ya nos tratábamos con gran confianza, cuando, hallándome un día en su casa á la hora del almuerzo, quiso, me rogó y consiguió por fin que me quedara á almorzar con él, no sin decirme previamente que sería tratado con franqueza.

Y con ella, en efecto, me trató mi buen amigo.

Un par de huevos fritos por barba, sin más principio ni más postre, constituyeron todo el *menú* de nuestro festín, y yo, que me quedé con hambre, comparando la mezquindad del almuerzo de confianza con la esplendidez de la comida de cumplido, juré no aceptar jamás invitación alguna que fuera precedida de la promesa de ser tratado con franqueza.

Al decir que en el fementido almuerzo de que hablo no hubo postres, no he sido enteramente exacto, porque mi amigo me obsequió con uno que, aun cuando no mención honorífica, merece especial mención.

Don Luis, en efecto, que como avaro de pura raza jamás había ejercido la caridad, apeló á la mía al final del almuerzo, y para socorrer, según dijo, á una familia desgraciada y que se veía en la mayor miseria, logró que le diera tres duros, por lo cual un par de huevos fritos vinieron á costarme quince pesetas.

Más otra que me costó el café que, para hacer la digestión, fuímos á tomar al Suizo.

* * *

El año 67 también, y este es otro *caso* de confianza, mi amigo Antonio publicó un chispeante libro que, á ruego suyo, tuve el honor de presentar al público, escribiendo, *velis aut noles* y en unas cuantas horas, el indispensable prólogo.

Como Antonio y yo éramos muy amigos y por tanto nos tratábamos con gran franqueza, aun cuando tiró algunos ejemplares en papel de lujo y mandó encuadernar á todo coste los que regaló á los personajes, personas y personillas de cumplido, á mí, como tenía conmigo gran confianza, me mandó uno de los de la tirada general, en rústica por cierto y con la siguiente dedicatoria: — « A mi compinche Mariano le dedico este libro y le perdono los 10 *riales*, por aquello de que su prólogo vale lo menos... *seis mais* (tres ochavos).

¿Conciben mis lectores ni más franqueza, ni menos cumplimientos, ni más rústica?

* * *

Me parece, amigo lector, que con lo dicho basta y sobra para que te hayas convencido de lo perjudicial que es el que á uno le traten con franqueza; pero como los mortales rara vez escarmentamos en cabeza ajena, si mi relato no ha logrado convencerte, sal de un café, verbi gracia, en un día de lluvia, y no llevando paraguas, en compañía de un amigo que lo lleve, y si, como es de creer, te ofrece que te apoyes en su brazo, apoyáte en él, en la seguridad de que si al ir por la calle hace tu mala fortuna que tu amigo, y en aquellos momentos protector, tropiece á su paso con una persona á la cual trate con cumplido, aunque tú lleves sombrero nuevo, aunque no tengas, y tu amigo lo sepa, dinero para comprar otro, aunque estés acatarrado ó padezcas de reuma, él, tu amigo, que te quiere mucho, muchísimo, pero que tiene contigo gran confianza, procurará librar con su paraguas y resguardar de la lluvia al venturoso sér, persona para él de etiqueta.

Porque con el amigo cumplido está, y por algo y para algo puede tratarle con franqueza.

No me trates tú con ella, ¡oh! respetable y respetado lector, y, por el contrario, trátame con los mismos miramientos y con iguales etiqueta y cumplido conque tratarías á nuestros más valiosos y más respetables escritores; porque, dicho sea sin modestia y aunque mal me esté el decirlo, soy más acreedor que ellos á tus cumplidos, puesto que á ellos los conoces mucho, los buscas con empeño y con ellos, deleitándote en lo que dicen, pasas algunas veces horas y horas, mientras que á mí ni me conoces siquiera.

Por esta razón, pues, porque soy para ti desconocido, debes tratarme con toda etiqueta y con el mayor cumplido; y si mi artículo, como temo, no te agrada, haz en obsequio mío lo que por tu buena educación habrás hecho millones de veces cuando en sociedad, y de boca de personas con las cuales no tenías confianza, hayas oído tonterías.

Sé amable, sé cortés, sé tolerante y, como no me conoces ni tienes confianza conmigo, no me trates con franqueza.

Tiemblo cuando me tratan de ese modo.

Mariano VALLEJO



Escultura, de José Casanovas.

EL LENGUAJE DE UNA MARIPOSA

EN EL REINO DE LA FANTASIA



TEXTO Y DIBUJOS DE FERNANDO XUMETRA.

Por la vertiente de un florido ramaje, Ikko, artista japonés, se dirigió á un pequeño y solitario paraíso acapullado, descubriendo á una espléndida mariposa que lucía en la belleza de sus alas ricos colores de fuego, rojo Van Dick y diminutas chispas de oscilante polvillo de oro á que daban vida límpidos rayos de sol.

Estaba en interesante capítulo de amores, entre unos arrogantes capullos con diamantino rocío; sorprendido de su belleza el artista, sintió vehemente deseo de trasladar este bello ideal de la vida al lienzo que llevaba, y con devoto recogimiento pintó la poética escena que á su vista se ofrecía.

Después, la mariposa fué á acariciarle, y el artista, sin esfuerzo alguno, la cautivó entre sus manos; mas luego, arrepentido de su



propio impulso, le devolvió su libertad. Entonces oyó Ikko esta narración de su modelo:

—Yo te he inspirado esta entrevista, para sellar con mi sentimiento más puro y mi simpatía el dón del maravilloso talismán de la inspiración, cual emblema represento. Mi simpatía hacia ti me inspiró revolotear sobre tu frente y besarla, para que tu divisa fuera el sello de mi inspiración más pura; pero tú, hombre egoísta y terrenal, no satisfecho con mis caricias, querías aprisionarme entre tus manos, sin que te inspiraras en las justas quejas de la protesta mía, hasta tanto que lograste los deseos de tu posesión injusta. Quise recobrar mi libertad é impulsé todas mis energías hacia tu noble corazón para que me soltaras, no sin dejar entre tus dedos, en mi latir emocionante, parte del polvillo de oro de mis alas.

»Recuerdo mi promesa mental de que si me permitías gozar mi vida de inspiraciones felices sobre las purísimas flores donde cosquillea el sol con sus rayos vitales, te colmaría de inspiraciones, vendría á depositar en ti mi último beso terrenal y á hacerte el presente de mi rica mortaja.

»Voló el tiempo: vino el duro invierno, y una tarde en que el cielo parecía grisáceo sudario, sentí que mi corazón se helaba, tuve deseos de verte por postrera vez en la vida material, y, después de una dolorosa jornada, llamé moribunda en los cristales fríos de tu cerrada ventana... ¡Qué angustias, Dios mío!.... Me sentía morir y no estabas en la sala de tu estudio; luché un minuto, que me pareció de eterno calvario, hasta que entraste en ella por intuición mía, con gran expresión de tristeza y sentimiento, por la reciente pérdida de tu querida madre. En vano intentabas croquizar un encargo que te habían confiado; porque te faltaba aliento y concepción. Al verte entrar se animó súbitamente mi espíritu, procurando concentrar el resto de mis fuerzas postreras, y golpeé con fuerza los cristales.

»Entonces, como efecto de un acto sobrenatural, se obscureció rápidamente tu estancia por las sombras de las milagrosas proporciones que proyectaban mis alas, y un brusco chispazo estalló dentro tu cerebro. Al verme, rápido como un relámpago, abriste la ventana, chocando mi frío cuerpo con la fiebre ardorosa de tu frente, que sellé con mi último ósculo de amor puro, resbalando extenuada sobre tu pecho palpitante.

»Un ardiente raudal de tus lágrimas devolvió el calor por breves instantes á mi rígida existencia, expresando con mis oscilantes alas la última sensación y el eterno agradecimiento de mi última alegría, hasta que mi cuerpo helado se paralizó, rígido y muerto, entre el generoso derroche de tus lágrimas y tus besos.

»Por largo paréntesis, quedaron entrelazados en éxtasis mudo mi triste mortaja y tus puros sentimientos, fecundados en holocausto mío con tus besos y preciosas lágrimas, ahorradas en la hermosa arquilla moral de tu sentimiento.

»Había, pues, cumplido mi promesa contigo. Con la devoción ferviente de tu diario culto, me adoras en el altar de tu corazón, y tu respetuoso amor filial, ángel custodio del retrato que pintaste en vida de tu madre cariñosa, conserva su recuerdo, prendidas mis alas sobre los secos capullos, compañeros de mi pasada dicha, de la que sólo quedan agudas espinas, por ser la realidad del dolor mundanal.

»En algunas ocasiones, sin que tú lo presientas, mi estado espiritual, sonriente, contempla mi seca envoltura, que ya no conserva tampoco sus vivos y armoniosos colores, porque al salir de mi cuerpo el alma se alejaron con ella.

»Ahora, independiente y feliz, vuela triunfante y muy alta, entre salmos fervientes de gloria eterna, rodeada de un limbo de pureza, muy por encima de vuestra pestilente frontera terrestre, que deslinda con opacas cadenas nebulosas el reino del gozo santo é infinito y el del mundo de vuestro placer momentáneo, doloroso y destructor. ¡Cuántas veces te visita mi espíritu para fortalecerte con la savia de mis buenas inspiraciones, que tanto necesita todo mortal en el curso de su existencia!



J. CANALS



TOMANDO EL SOL (BOCETO) — *Salon «El Arte».*



TINA DI LORENZO

EMINENTE ARTISTA ITALIANA



NÚMERO DEDICADO AL EMINENTE ESCULTOR

AGUSTÍN QUEROL

AGUSTIN QUEROL

España es un país de sol que parece hecho, como Italia, como Grecia, para el florecimiento de la Escultura. Su cielo luminoso, su aire seco, su horizonte sereno y dilatado, donde la bruma tiene honores de extraordinario acontecimiento, donde no se comprende la persistencia de las nubes, donde, si es plaga la sequía, la luz nos consuela del hambre, parecen pedir, pareeen estar preparados para el triunfo de la bella forma, para la glorificación de la estatua, que puede erguirse y destacarse, mármol sobre azul, bronce sobre oro, del cielo, del aire.

Y, sin embargo, no ha sido así; España, que tiene en la historia de la Pintura universal, rangos de maestra y honores de madre fecunda, en la historia de la palabra bella tantas prosas que no han de morir y tantos versos que vivirán siempre; España, que levanta al cielo, como banderas de belleza, tantas agujas de tantas catedrales; España, donde la piedra con el paso del tiempo se va aurificando y haciéndose augusta, tiene bien pocas piedras hechas carne que hablen por ella en el mundo de la hermosura plástica. Los nombres de Montañés, de Alonso Cano, de Berruguete, si erguidos como cimas, también solitarios como cumbres, no han suscitado abundancia de servidores; modernamente, la decadencia escultórica había llegado á un punto desconsolador. Pero contemporáneamente ha habido un feliz florecimiento, del cual ha sido rama primera y vigorosa Agustín Querol.

Agustín Querol ha nacido en la costa del Mediterráneo, en la Cataluña heroica, que es como un privilegiado hogar del Arte dentro del corazón de España. De su inspiración podemos decir que ha sido como flor del terruño: espontánea, imprevista; Querol no tuvo rituados estudios preliminares; no supo ni de oídas lo que es arte; nadie le habló de bellas formas, ni le enseñó á mirar, ni le adiestró la mano; pobre, hijo de pobres, no supo cómo la belleza es un hijo más para las gentes ricas; pero tenía enfrente el mar y á espaldas las montañas, y el aire radiante sobre el agua azul, y el sentido de la belleza, cuando en su alma y sus manos aún niñas, poniéndose á jugar con el barro, hicieron labor de belleza. Después, aquellas manos se han hecho sabias; pero conservan siempre en la fiebre del más arduo trabajo algo de aquella exaltación juvenil, mucho de la exaltación emocionada de los primeros días, y por ello en toda su obra hay un poderoso hálito romántico, una vibración viva, un movimiento *enlairador*.



Retrato del eminente escultor.

Querol es un fuerte por raza, un ingenuo por alma, un ilusionado por arte, un trabajador formidable por voluntad; y en la obra, clásico por instinto, místico por atavismo irrevocable, realista por estudio y por ley de los tiempos, pone una extraña fusión de serenidad y sentimiento que es su carácter distintivo.

Querol fué, muy joven, completamente desconocido, pensionado á Roma; su primer envío causó una revolución en España; era él, ni más ni menos que la incomparable «Tradición», obra por la cual se le dirá siempre maestro. La escultura española estaba por entonces sumida en lamentable convencionalismo académico, y este alarido de realidad se acogió con todo el estrépito envidioso é indignado de un fanatismo que ve caer por tierra fórmulas cómodas y viejas; se habló del desacato á leyes perdurables de estética; se trajo á cuenta la tan encarecida serenidad clásica que en «Tradición», al decir de ellos, quedaba conculcada, hecha polvo: pero, á pesar de todo, la obra triunfó y sigue triunfando. Y triunfaron, tras ella, los otros envíos: «San Francisco curando á los leprosos» (relieve), y el relieve de «Tulia pasando sobre el cuerpo de su padre muerto», obras la una de místico y dulce significado, serena, conmovida, real y amable; la otra de gallardo empuje y desenfado heroico: como dos



SU TALLER, EN MADRID

Vista general. — El comedor. — Entrada principal.



Frontón de la Biblioteca y Museos nacionales (1)

cifras de epopeyas distintas que han encontrado corazón comprendedor en el de este artista, nacido en España y amamantado con la leche pagana de Roma. De Roma vinieron también los bustos de «Tulia» y de «San Francisco», el de la «Modestia» y no pocos retratos. Hoy, la obra de Agustín Querol es innumerable: bustos, estatuas, grupos monumentales, monumentos: mármol y bronce en España y fuera de España hacen su historia, con la forma elocuente, mejor que toda crítica; y, sin embargo, la crítica puede decir de él no pocas palabras buenas. Ya hemos dicho como en los comienzos su labor sorprendió por realista; y, en efecto, ha sido en España el campeón del realismo. Esto debe contársele como mérito único y aun como obra de misericordia, ya que lo es siempre el mostrar la verdad á ojos alucinados; de esta cualidad nace el mérito principal de sus estatuas y bustos retratos; de ellos puede decirse que son trasuntos de la vida misma. Entre los más notables pueden citarse la estatua de «Moyano», emplazada en Madrid; la de «Méndez Núñez» en Vigo; la de «Legazpi y Undaneta» en Manila; la de los «Bomberos» en la Habana, y los bustos de S. M. la Reina, de Alfonso XIII, etc. Ultimamente ha hecho, por encargo del Príncipe viudo, el busto retrato de la Princesa de Asturias, prodigio de verdad y labor dificilísima, ya que al artista le ha faltado el au-



Grupo de autoridades, periodistas, y amigos de Querol, reunidos en el Frontón.

(1) Todas las esculturas que figuran en este número forman parte de la obra colosal de Querol: para evitar la monotonía, no lo consignamos al pie de cada una.



Fragmento y detalle del Frontón.

xilio indispensable del modelo vivo.

Una de las que pudieran llamarse *especialidades* del arte de Querol está en los monumentos; y digo especialidad, no sólo porque en estos últimos tiempos ha constituído ello lo esencial de su labor, sino también porque en esta clase de trabajo han encontrado adecuado empleo y perfeccionamiento completo sus cualidades distintivas. Ya hemos dicho que este escultor tiene en la inspiración un cierto aliento, no sólo romántico, sino *poemático*: ya hemos dicho que, junto con esta juvenil cualidad, posee en el más alto grado el respeto á la augusta serenidad de la escultura; debemos decir, además, que es característica de su concepción, y de la composición de sus obras, la perfección en el ajustamiento de la línea, que hace que sus *conjuntos* sean bellos desde cualquier punto de vista. Esta, que pudiera llamarse *ubicuidad de bella perspectiva*, es como cifra del arte monumental, y así, merced á ella, los monumentos de Agustín Querol son grandes masas harmónicas, que surten con vivacidad, pulcritud y belleza de fuente; de un solo golpe, de un gallardo empuje, en lineamientos de ondulación sabia y, sin embargo, perfectamente natural, con unidad varia de algo vivo y hermoso, como un árbol robusto, como un soneto bien rimado. El movimiento ha de ser en Escultura como una sinfonía, como el andar sobre nubes, con empuje de alas. Ved la ideal «Victoria» del arte griego: envuelta en aire, desafiando el aire, hendiendo el aire con el seno robusto, acogiéndole con sus alas incomparables; los pies se posan con majestad resuelta, las piernas, como torres, dicen la gracia de la fuerza, el ropaje huye,



MONUMENTO AL GENERAL BOLOGNESI, EN LIMA (PERÚ).

la belleza triunfa. Así en los monumentos de Querol la belleza triunfa por todas estas cosas, por conmovida, por serena, por fuerte, por amable, por bien compuesta y por robustamente sostenida. Aquí está el monumento erigido para conmemorar en Lima la memoria del héroe Bolognesi. ¿Quién dirá que es algo, sino canto de una soberana epopeya? Ved cómo huyen de la tierra, cómo surgió el caballo guerrero de la costa griega, herida por el tridente de Neptuno, hombres de guerra, jinetes en corceles fogosos; ved con qué empuje suben, más bien asaltan, la gradería, que acaso simboliza la áspera salida, en busca de la gloria; ved cómo el torrente bélico se desborda, viene á estrellarse contra la arrogante pilastra que sirve de pedestal al héroe moribundo; y en la figura de éste, en su desplomarse, asido á la enseña de la patria, ¡ved cuánta grandeza, unida á cuánta realidad dolorosa!

Y ved el monumento á Quevedo, el poeta, el satírico, el filósofo, el historiador: vedle despojado de toda pompa de exterioridad, recogido, como un pensamiento; sobrio, como una buena estrofa; unánime, como un perfecto y breve poema; nada de bronces, nada de oros: mármol blanco, sobre blanca piedra: la figura, entre absorta y sonriente, del irónico pensador sobre un sencillo pedestal, cuyas líneas se esfuman como un sueño: el paso de las musas, que fueron suyas; la Sátira, la Historia, la Poesía, no hieráticas, no ofrendosas de póstumos inciensos oficiales, sino del incienso íntimo, harto más halagador para un buen poeta, de la gracia, de la amabilidad, de la línea bella, que sabe quebrarse donosamente á tiempo en un exaltado rompimiento



DETALLES DEL MONUMENTO Á BOLOGNESI

LA FAMA Y LA GLORIA. — ESCUDO DEL PERÚ. — LA FAMA Y LA GLORIA.



MONUMENTO Á BOLOGNESI — Grupo titulado «El último cartucho».

de alas. En el monumento á la señora «Viuda de Epalza», de Bilbao, Querol ha hecho un dulce poema casi familiar; el busto de la bienhechora, sonriente, y en torno de él los desdichados que vienen en busca del pan de su misericordia. Ha hecho un himno á la fe en el monumento á los «Mártires» de Zaragoza, una oda á la gracia pagana en su «Frontón» para el palacio de Bibliotecas y Museos de Madrid, inaugurado últimamente. Aquí las bellas figuras simbólicas de la actividad humana, Arte, Ciencia, Trabajo, están agrupadas sobria y serenamente, en composición harmoniosa, bien unidas y bien separadas, con valor propio, que, con ser tan grande, no perjudica al valor único de la composición.

Queremos hablar también de los grupos monumentales que hacen grandioso coronamiento al Ministerio de Agricultura y Bellas Artes de Madrid.

El central presenta la gallarda figura de la Gloria, que corona á las Ciencias y las Artes y yergue sobre ellas la palma simbólica: forman los laterales dos Pegasos, cabalgados y conducidos por alegóricas figuras del Trabajo y del Genio, del Esfuerzo y de la Inspiración.

Yo creo que en estos agrupamientos, el arte de Querol ha llevado á cabo su obra de mayor importancia; ya que en ellos está la clara cifra de sus cualidades más características; arrogantemente concebidos, poderosamente ejecutados, resuelven un problema importante de perspectiva aérea, y lo resuelven dando por resultado una subyugadora impresión de belleza, al destacar la blancura de la piedra; hecha vida, sobre el azul intenso de este cielo de España.

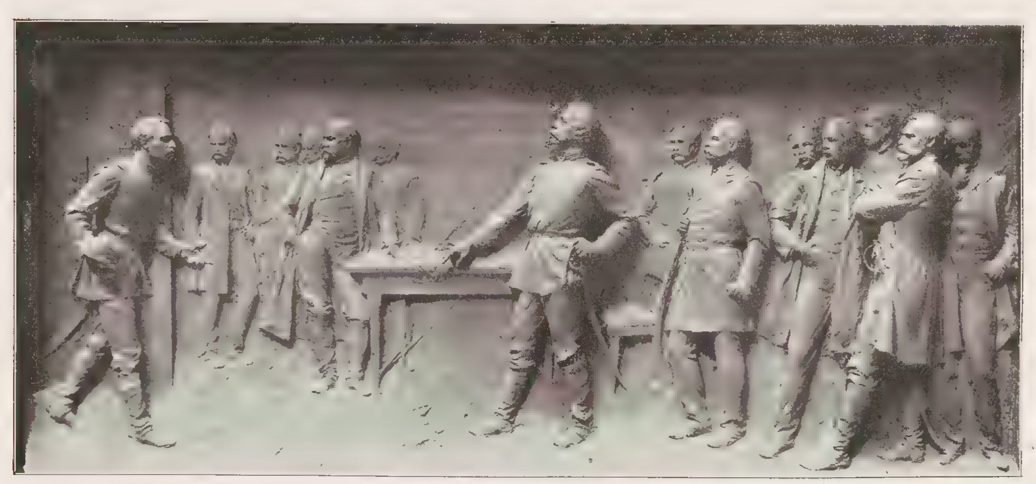


MONUMENTO A BOLOGNESI — Figura de la Fe.

La figura central es una serena concepción que habla, para quien sepa entenderla, un lenguaje revelador de espirituales misterios: esta Gloria—imaginada después de gustada,—es una figura de reposo, de seguridad, de grave gozo satisfecho; la sombra de la palma con que acaricia la frente de las inmortales que á sus pies han venido á acogerse, tienen unción majestuosa y acordada tranquilidad, algo del gozo místico, que se promete como suprema recompensa, luego de cumplida la labor de espíritu, que es obra de amor.

Y también hay serenidad majestuosa en el vuelo de los Pegasos, en el ademán dominador del Genio, que vence, en el gesto de Inspiración, que noblemente señala el camino: las alas blancas se abren para el vuelo consciente, para el camino áspero, á cuyo fin está la presentida victoria; pero no se precipitan: más bien se ciernen con cierta pausa rítmica de movimiento, que sin apagar la peculiar nota de entusiasmo que sabe siempre poner en sus obras Agustín Querol—y que es como el alma de ellas—les da quietud en harmonía con el concepto inmortal de la escultura, arte de dioses, creado para cuerpo de dioses solamente.

Y hemos de decir también algo de una de las últimas y más grandiosas obras de este maestro; del monumento recientemente erigido en Madrid á Cánovas del Castillo. Consta de dos partes; el sepulcro propiamente dicho y un relieve adosado al muro y flanqueado



MONUMENTO Á BOLOGNESI — Respuesta de éste al enemigo.



MONUMENTO Á BOLOGNESI — Figura de la Historia.

por dos pilares. Sobre el sepulcro, la estatua yacente de Cánovas; á su lado una hermosa figura de mujer representa la Patria, que se desploma dolorida; en el ara, en hornacinas, decoradas con flora simbólica, las virtudes políticas del grande hombre: Justicia, Prudencia, Templanza, Sabiduría, Fortaleza, Elocuencia; luego un escudo en que arrogantemente campean las palabras PRO PATRIA por todo blasón. Es el relieve una conmovedora sucesión de alegorías; las almas llegan ante los pórticos de la ciudad eterna, que se adivinan en el fondo; el Dolor, postrado y sollozante, rechaza las flores que la melancólica Remembranza quiere derramar sobre él, y que la Fe sublima, levantando los ojos al cielo; la Vida llora sobre el fuste truncado de su columna, cuyo capitel yace á sus pies, si coronado de laureles, roto; la Religión y la Resignación, simbolizadas en dos místicas figuras femeninas, meditan y oran señalando á lo alto, y con empuje sereno y heroico llega el ángel de la Inmortalidad á ofrendar su corona de roble. Esta figura, que surge de la pilastra lateral, donde triunfa una palma, está en alto relieve y ofrece bellísimo contraste con el resto de la composición, medio esfumada entre nieblas ensoñadoras, envuelta en un ambiente de indecisión respetuosa, de niebla mística. Bien se ve que la idea capital del artista está en esa figura de la Gloria que llega, trayendo el atributo de los fuertes, el roble antiguo, «en cuyas hojas — dice el poeta — suspira el viento la íntima melodía turbadora». En la pilastra opuesta, la Historia, cubierta con un velo, el libro terrible entre las manos, medita honda y dolorosamente; también la palma se yergue sobre ella, y hay flores á sus pies. Corona el monumento una elegante crestería; en el friso el nombre de CÁNOVAS, una fecha borrosa de la vida, la del nacimiento; otra bien señalada, 1897, la de la muerte; lámparas funerarias, dos coronas y dos plañideras que se lamentan bajo la cruz, y que tienen alas de ángel. Todo sobrio, severo, impregnado de esa serenidad que es privilegio de la buena escultura, todo habla de reposo en este monumento, del reposo trágico de la muerte, del reposo augusto de la inmortalidad. La estatua yacente descansa con nobleza en el morir; la sollozante Patria, escultura de un realismo austero, evoca otros laureles bien ganados en pasadas lides por el autor ilustre de la «Tradición». La Historia es una concepción romántica de la más sugestiva melancolía; las figuras simbólicas, que se adivinan en el relieve, tienen toda la serenidad de un ensueño resignado y triste, como una esperanza que surge del seno del dolor. Toda la obra es grande, consciente, serena, y es digno monumento de la patria que quiere honrar con piedra hecha belleza, la piedra fuerte de un espíritu recio y una voluntad dominadora.



MONUMENTO Á CÁNOVAS DEL CASTILLO, EN MADRID

Figura de la Historia.

Una vista al estudio de este escultor poeta, tiene algo de fantástica fiesta: allí, en las grandes naves, se agrupan las figuras, huéspedes muy amados; y entre ellas el alma solitaria del autor vive y sueña con nuevos triunfos, con nuevas obras: porque Agustín Querol es un infatigable y un inquieto, y, llegado tan joven á la gloria, deja de saborearla, por saborear la esperanza de inspiraciones nuevas, de formas bellas recién nacidas.

Su estudio de la calle del Cisne, es un verdadero templo del Arte. Allí está Querol, siempre consagrado á sus grandiosas producciones, á sus queridas estatuas que ama como puede amarse á los seres á quienes hemos dado nuestra propia vida. Hay allí también una vitrina de reliquias, testimonio de sus triunfos: medallas y condecoraciones de todos los países donde Querol ha llevado sus obras: 3 medallas de honor: Munich, 1895; Berlín, 1896; Viena, 1898; 7 grandes medallas de oro: Munich, 1881; Madrid, 1887; Barcelona, 1888; París, 1889; Berlín, 1892; Viena, 1894, y Madrid, 1895.

Además, diplomas de honor en las Exposiciones de Málaga, en 1895, y de Canarias, en 1900; la medalla de la Exposición de Chicago de 1893, y las condecoraciones Proiglesia y Pontífice y la de la Milicia dorada de San Silvestre, concedidas por el Papa; la encomienda de número de Santiago de Portugal, la de San Miguel de Alemania y la de Francisco José de Austria.

Querol es joven; de modo que aún puede esperarse mucho de su potente imaginación, de su infatigable laboriosidad y de su acendrado amor al arte que cultiva.

* * *



MONUMENTO Á CÁNOVAS DEL CASTILLO, EN MADRID

Detalle del sepulcro.



ESTATUA DE QUEVEDO, EN MADRID

DERECHO DE PATALEO

LETRILLA

Torero, cómico, autor,
ó celebridad política
que de la Prensa y la Crítica
es constante detractor,
cuanto más habla y peor,
menos daña, á lo que creo;
pues su necio clamoreo,
por sus mismas saña y hiel,
demuestra que es hijo del
derecho de pataleo.

—

Solterona, no por gusto,
y sí porque no hubo un hombre
capaz de dar mano y nombre
á una mujer de su busto;
si, Matusalem vetusto,
reniega del sexo feo
y jura que su deseo
es que la entierren doncella,
tal juramento es en ella
derecho de pataleo.

—

Político vividor
que se separa y diside,
cuando en aquello que pide
no le dan gusto al señor;
si arma, fogoso orador,
en la Cámara un jaleo,
no le mueve al vapuleo
un noble elevado fin,
ese habla por el ruin
derecho de pataleo.

—

Criada que por sisona
al mirarse despedida
da en darse por perseguida
y de Susana blasona;
si de su señor pregona
que desoyó el galanteo
y que éste llama saqueo
á no sacar nada él,
esa ejercita el cruel
derecho de pataleo.



MONUMENTO Á LEGAZPI Y URDANETA,
EN FILIPINAS

Cesante que, deslenguado,
no hay vicio ó falta que no halle
en quien lo mandó á la calle
por no mandarlo á un Juzgado,
si afirma que hay quien, menguado,
debe á su mujer su empleo
y que todo al menudeo
se compra y vende en España,
de ese que habla así es la saña
derecho de pataleo.

—

Que gusta de una actriz bella,
dice otra actriz que hubo en Price,
más que por lo que ella dice,
por lo que se dice de ella;
que los que aplauden de aquélla
el lascivo bailoteo,
le dan en cambio un pateo
á otra actriz mucho mejor;
pero esto que dice es por
derecho de pataleo.

—

Litigante que en justicia
obtiene adversa sentencia
y al oro ó á la influencia
la atribuye en su malicia,
si dice que la impudicia
ha llegado á su apogeo
y el que reos juzga, reo
merecía ser juzgado,
ese ejercita el llamado
derecho de pataleo.

—

Que aquellos á los que zurro
hueso sano no me dejen,
que iracundos me motejen
y burros me llamen burro;
que las faltas en que incurro
muestran cual triunfal trofeo,
con gusto y gozo lo veo,
pues más honra que difama
eso que la gente llama
derecho de pataleo.

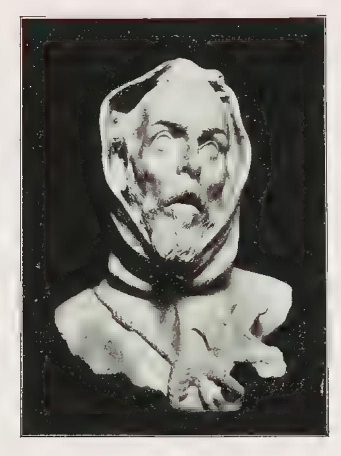
MARIANO VALLEJO



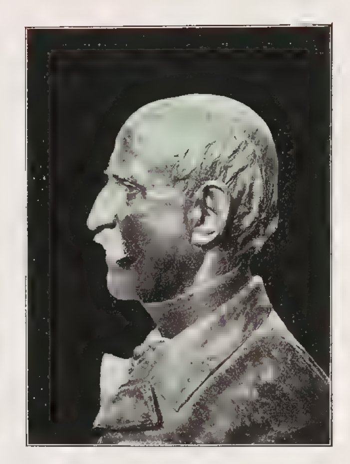
ALEGORÍA «LA CARIDAD»



Busto de «Tulia».



Busto de «San Francisco».

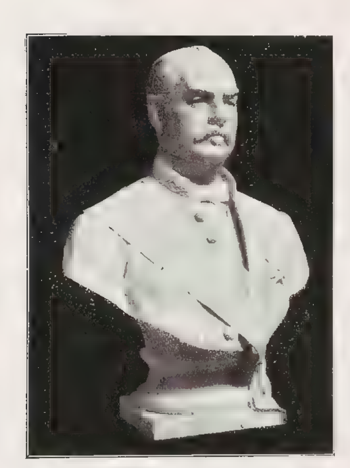


Busto del Conde de Rascón.





Bustos de la malograda Princesa de Asturias



Busto de D. José de Elduayen.



Busto de «Helena».



Busto de Mr. Buttesfield.





MONUMENTO «LOS MÁRTIRES»
Erigido en Zaragoza.



LA GLORIA
Que corona el actual ministerio de Fomento.



INTERIORES DEL TALLER DE QUEROL



Cuadro de R. MORELL.

Propiedad de D. Juan Martorell.

RESURRECCIÓN

El insomnio de aquella horrible noche, pasada toda entera velando el cadáver de su fe perdida, de su muerto amor, había trazado bajo sus hermosos ojos un violáceo cerco é impreso en su actitud una desolación y un quebranto que revelaban con elocuente signo el desamparo de su alma atribulada.

Era el mes de Abril: la naturaleza engalanaba las praderas con policromos festones de florecillas silvestres y rejuvenecido verdor de oliente musgo.

Sentada en un banco del jardín, Laura sentía ascender hasta ella un vapor matinal húmedo, preñado de fecundeces y de ardor vital.

Despuntaba la yema en la tierna rama; abría el rosal sus flores difundiendo un suave aroma, y entre la yerba trémula surgía la violeta con sus suaves tonos, semioculta por sus propias hojas, anchas y rugosas.

Sentíase vibrar la fertilidad siempre vigorosa de la tierra, y las gotas de rocío, titilando en las hojas, irisaban límpidas la luz diáfana del astro rey.

Toda aquella ostentación de vida, sana y riente, semejaba un sarcasmo horrible para la desolada joven, que repasaba en su mente los detalles dolorosos de la escena decisiva de la tarde anterior.

¡Toda su fe consagrada á Jacinto, el esposo bendecido!; Tanta ilusión mecida y alimentada en su alma, y á él confiada! ¡Tanto amar exclusiva é idolátricamente á aquel hombre, encarnación de su ideal de mujer! ¡Tanta ciega confianza en él depositada, quebrado todo de golpe, como por un desplome de alud, y todo envuelto en confuso desorden y arrastrado á sepultarse en el fondo de las negruras de su alma!

* * *

El enardecimiento de vida que palpitaba en su derredor, á sus plantas, sobre ella misma, en aquel firmamento azul, nacarado por cirrus caprichosos que voluteaban raudos á lo largo de la inmensa comba, rumoraba apenas como la vibración última de una nota grave en la tendida cuerda que la sordina debilita y apaga.

En su alma bullía la tempestad: rugidos de protesta, gemidos de dolor, apóstrofes estallantes de desatentada cólera, impotentes rebeliones, entremezclados, confundidos, la sacudían y enervaban, y la intensidad misma de su desesperada agitación contenía la explosión de sus sollozos que la ahogaban y las lágrimas que, al ascender de su alma á los ojos, evaporaba la fiebre.

Las horas transcurrían con anonadadora uniformidad.

El sol, en su marcha triunfal, se acercaba al zenit, derramando una lluvia de candentes rayos, tornasolando las verdes hojas y los tintes varios de las flores, que mecían sus pétalos sobre el erguido tallo.

Sumida en el amargo saborear de su dolor, perdía la noción del tiempo y, bajo la presión de su horrible desencanto, sentía cernerse sobre ella el fantasma negro de la desesperación que voluteaba en torno suyo, describiendo círculos encantados, fascinándola, subyugándola con la sugestión de sus sombras y haciendo surgir en su mente ideas de implacable venganza.

En tanto, sus ojos

.....parecían los de un ciego
que nos mira y no nos ve;

y sus manos entrelazadas se crispaban por la agitación de sus nervios.

* * *

Era el sábado de gloria.

Un clamor estruendoso de campanas echadas á vuelo y confuso vocerío de gentes la hicieron renacer á la conciencia de su situación.

Acometida, como de sólito acontece á los espíritus débiles cuando sufren del ansia de invocar á Dios en su auxilio, pensó en el regocijado festival que aquel día señalaba para la cristiandad, y se decidió á ir á orar, tratando de hallar en las vanas ilusiones de la fe ciega un consuelo que no le ofrecía su razón.

Ya en el templo, de hinojos sobre el mármol, apoyadas las manos en la verja que separa el presbiterio de la amplia nave, elevaba sus ojos hacia el ara, la misma que ocho meses antes presenció sus desposorios, la misma ante la cual cambiara, llena de esperanzas, que ahora yacían por tierra, las arras con Jacinto.

Y ahora, cuando en su pecho el amor se mantenía aún enhiesto y vigoroso, cuando el tiempo no había debilitado la intensidad de su amor, la perfidia de él tronchaba su vida, anonadaba sus ilusiones. Sin preparación, sin sospecha, por la delación fortuita de una carta hallada en el despacho de su marido, conoció la traición de éste. Y en la explicación que con él tuvo se había mostrado altanera, hasta el punto de ser inexorable: se había negado á escucharle; no quiso permitirle que se sincerase, dudando del arrepentimiento.

La ceremonia proseguía; el sacerdote, frente al altar, consumaba el incruento sacrificio. El incienso la envolvía en su perfume, trayendo en sus emanaciones reminiscencias de su niñez; la música del coro la predisponía, á su vez, al llanto, y toda aquella pompa y aquellas graves armonías, filtrándose en el aire, la inclinaban á un estado de melancolía, propenso á la dulzura y á las lágrimas.

El sacerdote se volvía en aquel momento, y algo como un nimbo de paz ungía su rostro al pronunciar con voz llena:

— *¡Pax hominibus bone voluntatis!...*

Y ella, ¿por qué no perdonaría? Sentía en aquel instante toda su pequeñez ante la grandeza del Justo que por labios de Ministro deseaba la paz á aquellos por quienes ofrendó su vida...

Invadida de inmensa laxitud, reclinó la cabeza entre las manos y dió curso á las lágrimas dulcísimas que brotaban de sus ojos, calmándola.

Ahora sólo ansiaba hallar de nuevo al esposo querido y borrar con su perdón, y con un ósculo, la falta cometida.

* * *

Salió del templo enteramente confortada, y al salir al atrio, como respondiendo á su deseo, percibió á Jacinto á pocos pasos de la puerta; perdidamente, sin reflexión, se abalanzó á sus brazos, y se dejó estrechar en ellos en presencia de las gentes, que los contemplaba asombrada con irónicas sonrisas, y en tanto, en aquel día de espléndido sol, resonaba en todos los ámbitos del orbe cristiano:

— *¡Resurrexit!. . ¡Resurrexit!...*

ARTURO R. DE CARRICARTE

MADRE Y ARTISTA

Había terminado la función. La hermosa artista, al ponerse su abrigo, hacía recoger á su camarera los preciosos ramilletes que un público entusiasta había arrojado á sus pies; el marido y empresario, poco satisfecho de la entrada de esa noche, estaba de pésimo humor, y dirigiéndose á las dos mujeres, al par que echaba una mirada despreciativa sobre las perfumadas flores, dijo con voz de trueno:

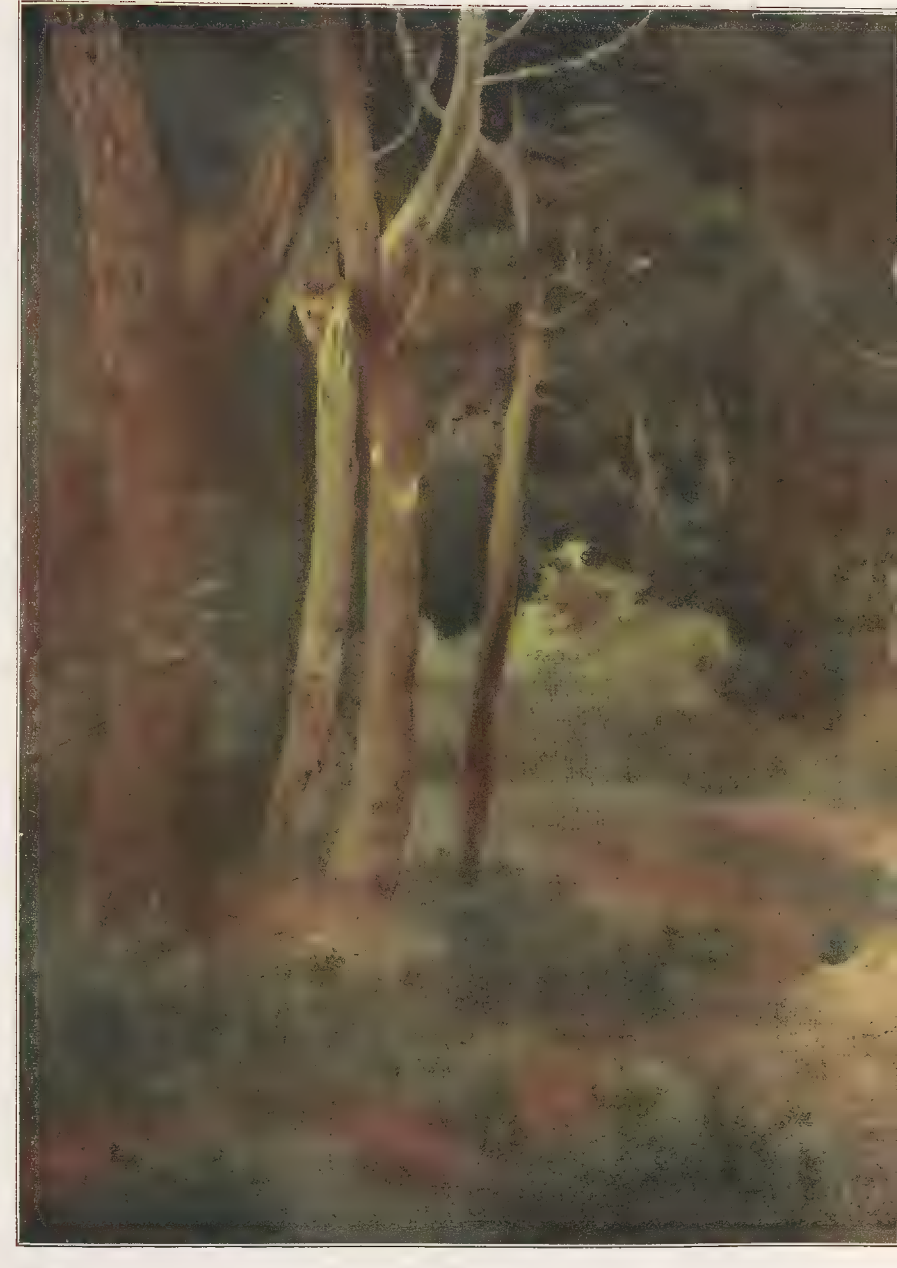
— Vamos pronto, que quiero dormir.

Nublóse la blanca frente de la actriz, de sus hermosos ojos brotó una lágrima, y así como en el campo de batalla se precipita el soldado para recoger un trofeo de gloria, así ella, precipitadamente ayudó á levantar del suelo sus glorias escénicas; cada ramillete era un corazón que se había conmovido, que recompensaba su talento artístico. Salieron del teatro; la noche fría, cansancio en el cuerpo, entristecida el alma, aquella linda mujer no tenía un brazo en quien apoyarse; el marido, preocupado su pensamiento en negocios teatrales, no pensaba en los tropezones que en noche obscura y mal alumbrada diera aquella infeliz. A ella esto no la impresionaba; ya estaba acostumbrada á las galanterías de su cara mitad. Sus hijos, en ellos estaba su mente fija; por su profesión se veía obligada á dejarlos en poder del servicio, personas asalariadas en cuyas manos los pequeñuelos nunca encuentran la ternura, el cariño, el desinterés de que está lleno el corazón maternal. ¡Oh! ¡cuánto envidiaba nuestra artista al número sin fin de madres cuya única misión es velar constantemente á esos pedazos de sus entrañas! ¿Tendría ella algún día esa suprema dicha? Blanca Guzmán pertenecía á una riquísima familia de Granada; en su casa, como diversión, se había formado un teatrito; fué llamado un actor para que enseñara y dirigiera á los distinguidos aficionados; era este actor joven y simpático; al poco tiempo de conocerse Blanca y él se amaron, se amaron sin pensar la distancia que los separaba, sin pensar las consecuencias de aquellos amores imposibles. Ricardo (este es el nombre del actor), arrostrando el todo por el todo, pidió á su padre la mano de la joven; no hay para qué decir que el señor Guzmán, indignado, le dió rotundamente su negativa, sin apelación de ninguna clase; resentido en su amor propio nuestro joven actor, se puso de acuerdo con Blanca para sacarla depositada, y aunque ella era tímida, aunque el cariño que profesaba á sus padres y hermanos era inmenso, pudo más la pasión que sentía por Ricardo y accedió á dejar su hogar. Horrible fué la impresión que recibió aquella familia, al ver á su hija querida, criada en la opulencia, unir su destino á un hombre de teatro; cerraron para siempre sus puertas á la pobre Blanca, cuya única culpa era amar con todas las fuerzas de su alma. Comprendió Ricardo que aquella bellísima criatura, á quien nada había negado naturaleza, tenía sorprendentes dotes artísticos; la llevó á América, y al cabo de dos años no se hablaba más que de la notable actríz española. Recorrieron juntos Centro América, California, la América del Sur, México; Ricardo hubiera querido (para su negocio) que Blanca perteneciese á esas mujeres estériles, á quien Dios niega el sublime atributo de la maternidad; pero contra su deseo tuvieron un hijo cada dos años, de modo que á los seis de casados contaban con dos varones y una preciosa

JULIO BORRELL



El triunfo del cristianismo.



PAIS

ASRIERA



SAJE

Salón Parés.

niña, que era el retrato de su madre. A pesar del resentimiento que hacia ella conservaba su familia, Blanca escribía siempre á sus hermanos, los cuales, por su juventud y nobleza de sentimientos, al ver aquellas cartas en que su compañera de la niñez les refería sus luchas, sus triunfos, el deseo de hacer fortuna para un día retirarse á la vida privada en compañía de su esposo y pequeñuelos, acabaron por leer esta continua correspondencia á sus padres. La madre de Blanca lloraba; en cuanto al señor Guzmán, poco á poco su semblante perdía aquella expresión dura, altiva, y cuando llegaba la lectura al momento de nombrar sus nietecillos, se revolvía en su sillón, donde la gota lo tenía postrado, tosía, estornudaba, síntomas todos de las luchas que aún quería sostener contra su amor paternal, el cual, aunque muy escondido, guardaba en lo más profundo de su corazón. Pero, perdónenme mis lectores la digresión hecha, y volvamos á buscar á nuestros artistas á la salida del teatro; trabajaban en la actualidad en Centro América (Costa Rica), vivían en el Hotel Francés, llamado de M. Labín; algunos abonados cenaban allí después de la función; pero, en verdad, la cena era un pretexto para poder ver de cerca y admirar á la notabilísima actriz, que con tanto talento interpretaba á Echegaray, á Galdós, Cano y Masas, en fin, á los autores, honra y prez de toda España. Llegados á su Hotel, nuestros artistas, en lugar de cenar en el piso bajo como solían, subieron á sus habitaciones del primer piso, donde con gran sorpresa los esperaba despierta la pequeña, en compañía de una mulatita, la cual dijo al abrir la puerta de las habitaciones:

— Niña Blanca, perdone; la niña ha querido esperarla para entregarle carta de España.

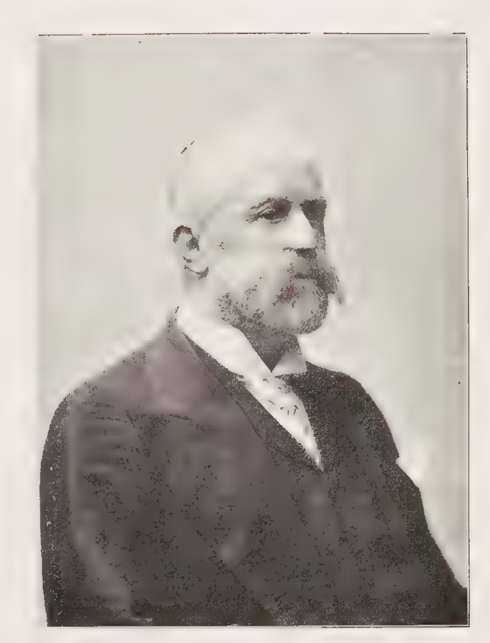
Al recogerla, Blanca se fijó en que el sobre era de luto; horrible sacudida recibió su corazón; con paso vacilante llegó á una mesa, donde un quinqué alumbraba débilmente el pequeño saloncito que precedía al dormitorio de sus adorados hijos; con mano temblorosa abrió la carta, presagio de desgracias, que decía así:

«Adorada hija. Tu padre, al morir, no solamente te perdona, sino que te deja medio millón para que tú, á tu vez, dejes el teatro y vivas para tus hijos y para los que tanto te queremos; tu madre,

» Leonor de Guzmán.»

¿Qué pasó por el corazón de nuestra artista, tan hermoso como su semblante divino? ¡lágrimas de gratitud á su anciano padre, remordimientos de haberle hecho sufrir, deseo de llevar sus pequeños ante su tumba, gracias á Dios por poder ser verdaderamente madre!...

Soledad ALBA DE LUQUE



† FRANCISCO ROMERO ROBLEDO

EMINENTE POLÍTICO *Fot. Franzen* (Madrid).

CANTARES

Esos ojillos azules
deben ir al juicio oral,
á responder de una muerte,
de la muerte que me dan.

Cuando entras en el Juzgado
baja los ojos el Juez,
se santigua el Escribano,
y el Fiscal echa á correr.

Espumillas de los mares,
y nieves de la Alpujarra,
se juntaron para dar
la blancura á tu garganta.

Quisiera ofrecerte un trono,
donde te adoraran reyes
y te venerasen todos.

N. DIAZ DE ESCOVAR



† MANUEL FERNÁNDEZ CABALLERO

INSIGNE MAESTRO COMPOSITOR *Fot. Gombau* (Madrid).



† JOSÉ MARIA PEREDA

EXIMIO NOVELISTA

EXPOSICIÓN DE ARTE DECORATIVO

EN EL INSTITUTO DE FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL



El día 6 del pasado mes, quedó inaugurada en los salones del Fomento del Trabajo Nacional la Exposición de Arte Decorativo organizada por el Fomento de las Artes Decorativas, que en breves días ha llevado á cabo la comisión gestora, compuesta de los señores don Víctor Brossa, don Jaime Brugarolas, don Joaquín Diéguez, don Víctor Masriera y don Joaquín Renart.

Presidió el acto inaugural, que se efectuó en el salón rotonda, el vicepresidente del Fomento de las Artes Decorativas, don Juan Busquets, quien tenía á sus lados al presidente de la Excma. Diputación provincial, don Joaquín Sostres; al teniente de Alcalde don Hermenegildo Giner de los Ríos, en representación del señor Alcalde, y á don Eduardo Calvet, en la del Fomento del Trabajo Nacional.

Después de la lectura por el secretario, señor Renart, del acta en que se consigna el acuerdo, el señor don José Masriera leyó un notabilísimo trabajo, nutrido de consideraciones acerca del arte en sus diversas manifestaciones decorativas, trabajo que la concurrencia acogió con complacencia y premió con nutridos aplausos.

El señor Calvet pronunció á continuación un breve discurso enalteciendo la idea del Fomento de las Artes Decorativas, sus iniciativas en pro de ellas y el éxito representado por la Exposición que se inauguraba.

Le siguió en el uso de la palabra el señor Giner de los Ríos, dedicando un cariñoso y cortés saludo al bello sexo que con su presencia realzaba el acto que se celebraba; felicitó á los artistas barceloneses y al Fomento, que en todas ocasiones ha abierto sus puertas á todo lo que significa actividad y trabajo honrado, y terminó ofreciendo en nombre del Ayuntamiento su eficaz concurso á cuantas exposiciones se organicen en demostración de lo que vale y puede el artista catalán.

El señor Sostres pronunció algunas frases en análogo sentido que las precedentes y, como el señor Giner de los Ríos, ofreció el apoyo de la corporación que representa.

Terminó el acto inaugural con un discurso del señor Busquets, quien dedicó un recuerdo al decano de los artistas, don Luis Masriera; dió las gracias al Fomento y á las autoridades por sus buenos propósitos para que el arte alcance el mayor grado de esplendor posible por la valía de los artistas catalanes é invitó á los presentes á visitar las instalaciones. El señor Busquets fué muy aplaudido.

Pueden darse por satisfechos los expositores todos, pues las obras presentadas han merecido, en su generalidad, los aplausos de cuantas personas han visitado la Exposición. He aquí los nombres de los que con sus obras, á cual más valiosa, han contribuido á tan brillante resultado: J. Busquets é hijo, Lagunas, Pinedo, Ana Pons, Roig, Brosa, Brugarolas, Masriera, Boves, Picas, Atché, Barbará, Triadó, Valls, Culell, Xumetra, Curdimets, Badia, Pilar Purtella, Dachs, Serrado, Madurell, Busquets, Borrás y Mestres, Renart, Oliva hermanos, Escaler, Miguel, Volart, Cordan, Miranda, Clapés y Serra hermanos y Rosell.



Fot. de Ballell Maymí.

J. CANALS



ESTUDIO — *Salon «El Arte».*



Acuarela de G. Puig Roda.

Exposición Robira (Fscudillers, 5, 7 y 9).

DOCTOR D. ANDRÉS MARTÍNEZ VARGAS

RARO es el día en que no aparece en la prensa barcelonesa el nombre de este bravo adalid de la ciencia, con el calificativo de sabio, que no sólo aceptan sino que aplauden cuantos han podido apreciar debidamente las continuas manifestaciones de su privilegiado talento, al que acompaña una bondad sin límites y una caballerosidad nunca desmentida.

Las justísimas razones en que se apoyan á cada paso nuestros caros colegas para batirle palmas y tributarle públicas alabanzas, tenemos también nosotros para ofrecerle, una vez para siempre, en estas páginas el testimonio de la alta consideración que nos merece y del afecto amistoso que le profesamos.

El doctor Martínez Vargas es conocido en todo el mundo científico como pediatra notable, pidiéndole consejo y trabajos científicos notabilidades del extranjero, que le consideran como superior en muchos casos y admiran su talento, laboriosidad y envidiables cualidades como clínico, terapeuta en general y, sobre todo, como un incomparable pediatra y operador experto en la Cirujía infantil.



Fot. de J. E. Puig.

Nació el doctor Martínez Vargas en Barbastro (Provincia de Huesca, en el año 1861), y cursó sus estudios de Medicina en la Universidad de Zaragoza, demostrando gran aplicación y laboriosidad y obteniendo la nota de sobresaliente en la mayor parte de las asignaturas. En la licenciatura obtuvo tan honrosa calificación, que alcanzó el título por premio extraordinario; no desmereciendo de nota al cursar en la Universidad Central el doctorado, pues obtuvo también la de sobresaliente. ¡Buen principio de carrera, que ya profetizaba los triunfos sucesivos!

Poco después de terminarla ingresó, tras de brillantes oposiciones, en la Beneficencia municipal de Madrid, á la que perteneció desde el año 1884 á 1887, prestando en ella valiosos servicios.

En 1887, reñidas y lucidísimas oposiciones le conquistaron la cátedra de Enfermedades de la Infancia de la Universidad de Granada, cuyo destino desempeñó hasta el año 1892, en que, por concurso, se le destinó á explicar igual cátedra en la Universidad de Barcelona, ancho palanque donde ha podido desarrollar sus iniciativas y patentizar, en grado sumo, sus profundos conocimientos y constante laboriosidad.

No es extraño que el nombre de Martínez Vargas haya logrado traspasar las fronteras, pues el insigne doctor ha viajado mucho, con fines científicos, por el extranjero; posee casi todas las lenguas vivas, ha concurrido á las clínicas de los médicos más eminentes de Europa y América y ha asistido y puesto á contribución, con buen éxito, sus conocimientos médicos en todos los certámenes científicos celebrados en estos últimos años.

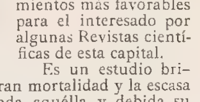
Sucesivamente, ha sido uno de los más sobresalientes miembros del primer Congreso para el estudio de la tuberculosis, celebrado en París en 1888; del Congreso de Obstetricia y Pediatría que se verificó en Burdeos en 1895; de los XII y XIII Congresos internacionales de Medicina de Moscou en 1897 y París en 1900; del Congreso de Obstetricia y Pediatría de Marsella en 1898 y, por último, del XIV Congreso internacional de Medicina, que se reunió en Madrid en Abril de 1903, ocupando en éste lugar muy preferente, pues se le vió á todas horas interviniendo en los debates de las varias secciones de que aquél se componía y presentando trabajos tan originales y nuevos, que llamaron grandemente la atención, por lo que fué nombrado presidente de honor de algunas de dichas secciones.

Los norte-americanos celebraron en el año 1900 el 70 aniversario del nacimiento del sabio profesor médico *Abraham Jacobi*, organizando una *Festschift* (Fiesta-escrita) é invitando á todas las eminencias médicas á que contribuyeran con su ciencia al mayor explendor de la misma. Entre los invitados figuraba nuestro biografiado, quién mandó trabajos, en inglés y español, que figuraron luego en el libro que con tal motivo se imprimió en Nueva-York, con la particularidad de que uno de ellos apareció en el idioma propio del autor, distinción de que hasta aquella fecha no se conocía ejemplo.

Los lauros que mereció en los últimos Congresos internacionales de Medicina y de la Prensa Médica verificados en 1903, están tan recientes, que no hay necesidad de recordarlos. Y por si esto no era bastante, la Academia del Cuerpo Médico-Municipal premiaba á tan esclarecido catedrático un trabajo sobre el *Paludismo en Cataluña* (Investigaciones sobre las formas parasitarias del plano endémico de la provincia de Barcelona) en colaboración con el doctor G. Pottaluga de Roma.

En el año 1904 y primer Congreso de Higiene Escolar, celebrado en Nuremberg, se vió designado por el comité alemán para que pronunciara un discurso en la Asamblea general, honor que hasta la fecha no habían concedido los alemanes á ningún español.

La Real Academia de Medicina y Cirujía de esta capital le encomendó el discurso de inauguración de la misma en el propio 1904, y en él, bajo el epígrafe de «Deberes Benéficos de Barcelona» desarrolló y ventiló los principales puntos de un concienzudo estudio médico filosófico, trabajo notable por muchos conceptos, que fué justamente aplaudido por la distinguida y docta concurrencia y comentado con los pronunciamientos más favorables para el interesado por algunas Revistas científicas de esta capital.



Es un estudio brillante, en el que pone de manifiesto la gran mortalidad y la escasa natalidad de esta culta ciudad, clasificada aquélla y debida su mayor parte á enfermedades infecciosas. Hace atinadas observaciones, proponiendo medidas para combatir y evitar considerablemente lo que, muy acertadamente, llama *defunciones* evitables.

La obra del doctor Martínez Vargas es digna de que las autoridades fijen en ella su atención si se quiere vivir prevenidos para las posibles contingencias que en ella señala, y que de no estar preparados han de producir la necesaria confusión, llegado que sea el caso, ocasionando mayores dispendios y nunca los apetecidos y saludables efectos de cuando las cosas se hacen con la conveniente preparación.

Allí plantea el problema de los niños vagabundos y ofrece remedios para cortar esas raíces del crimen, cumpliendo las auto-

ridades con el sagrado deber que su alta misión les impone, cual es el evitar el crimen para quitar seres desgraciados, que son conducidos al castigo por no haber evitado, en tiempo oportuno, el que se hicieran criminales y merced al desamparo en que la sociedad tiene á muchos de sus individuos

Ese estudio del dortor Martínez Vargas, hecho por lo que se refiere á Barcelona, es de aplicación á toda España, lo mismo en las ciudades populosas que en los villorrios y aldeas, puesto que las lacras sociales que nos presenta existen por igual en todas partes.

En su afán de difundir la ciencia, da con frecuencia asombrosa importantes conferencias de Higiene en la Escuela Moderna, Ateneos obreros, etc., etc.; es colaborador, entre otras, de Revistas científicas inglesas, alemanas y francesas, cuyos tres idiomas habla y escribe correctamente, como así lo hizo constar *El Imparcial de Madrid* en su artículo «Los hombres del Congreso» al ocuparse del Congreso Médico Internacional, celebrado en la Corte el año 1904.

Como trabajos científicos tiene publicados una infinidad: tantos, que si fuéramos á hacer la crítica de todos ellos necesitaríamos, no los límites de una Revista, sino la extensión de un voluminoso tomo, y su enumeración más bien parecería el catálogo de un librero que la biografía de un sabio.

* * *

NOVELA RELÁMPAGO

Era una mañana fría, cosa muy extraña en el mes de Enero.

Había nevado, pero ya no nevaba.

El clima de Madrid es de lo más variable que se conoce.

Unas veces nieva y otras no nieva.

Verdad es que lo mismo, poco más ó menos, suele acontecer en el resto de la nación.

De aquí que los españoles estemos frescos y que no pocos de mis compatriotas lo sean.

También hay muchos que, además, son frioleros.

Por eso, en días como el de que se trata, se ve á individuos de todas las capas sociales, envueltos en toda clase de capas.

Nada más fácil que hacer una clasificación exacta de los individuos del sexo masculino residentes en la Corte, con arreglo al precio y al color de los embozos de la capa que llevan.

Pero dejémonos de prendas de abrigo ó, mejor, limitémonos á consignar que, la capa del protagonista de nuestra novela era de paño casi negro, con embozos encarnados y contraembozos azules.

Total, cincuenta pesetas bien gastadas.

Iba embozado hasta los ojos y, sobre éstos, le caía el ala de un sombrero flexible, por cuyo motivo no podemos decir, por ahora, si era guapo ó feo, rubio ó moreno, joven ó viejo.

Fastidiarse.

***

Nuestro héroe murmuraba y no del gobierno, cosa rara en un español.

— ¡Sí! — decía con reconcentrado acento. — ¡La mato!... ¡No hay remedio!... ¡La mato hoy mismo, en cuanto llegue á casa!

Un temblor nervioso agitó su cuerpo.

La cruel determinación que había tomado, le estremecía.

Le repugnaba.

Le horrorizaba.

Pero así lo había dispuesto el hado, es decir, el helado ministro del ramo de las pesetas, que le había dejado á él, uno de los más antiguos y consecuentes oficiales cuartos de la pública administración, cesante *con el haber que por clasificación le correspondiese...* ¡Y no le correspondía nada!

¡Todo por haber cometido doce faltas de ortografía en un oficio de siete líneas!...

¡Como si por ocho mil reales al año con descuento, hubiera derecho á exigir gollerías!

— ¡No tengo más remedio! — murmuraba angustiado. — ¡Es preciso que muera, pues carezco de valor para verla sufrir privaciones, hambre, para sujetarla á una muerte lenta!... ¡No!... ¡Mil veces no!... ¡La muerte es preferible á las privaciones!... ¡Eso es más humano... y más radical!... ¡Está dicho!... ¡La mato!... ¡No hay que pensar más en ello!... ¡Que su sangre caiga sobre la cabeza del desalmado ministro!...

En realidad, nuestro héroe tenía razón por encima de la cabeza.

La injusticia que con él se había cometido, era horrible.

¡Si se hubiese de dejar cesantes á todos los empleados ineptos, las oficinas nacionales, provinciales y municipales, parecerían el desierto de Sahara y, el mismo ministro que había firmado la cesantía del pobre hombre, tendría que extenderse la suya propia!...

¿Y qué iba á hacer aquella triste víctima de las *haches*, las *jotas* y las *gés*, de las *bés* y las *vés*?

Un empleado es, por lo común, el sér más inútil de la Creación.

Si se le saca de los legajos, las minutas y los expedientes; de los oficios y los títulos y los asientos, no de rejilla sino del registro, no sirve para otra cosa.

¡Y como expendientes y minutas, asientos y oficios, no sirven absolutamente para nada... saquen ustedes la consecuencia!

Razón tenía, pues, el pobre diablo, para desesperarse.

— Llegaré á casa, — proseguía monologueando cada vez más agitado. — Llegaré á casa, y ella saldrá á recibirme con su acostumbrada alegría, me llenará de caricias; esperará, sin duda, que yo, como de costumbre también, la corresponda afable y cariñoso... La apartaré de mi lado y, al fijar en mí sus ojos llenos de profunda sorpresa, de tristeza conmovedora, parecerá decirme: — «¿Qué es lo que te pasa?... ¿A qué viene ese desvío?... ¿En qué



BOCETO DE UN MONUMENTO
Á LOS HÉROES DEL BRUCH; por Rafael Atché.

Habiéndose vertido recientemente en el Congreso la idea de levantar en Cadiz, Gerona y Manresa, un monumento que conmemore las heroicidades del pueblo español durante la famosa guerra de la Independencia, creemos oportuno publicar este boceto que, por indicación del ex capitán general de Cataluña, don Manuel Delgado Zuleta, proyectó el distinguido escultor señor Atché.

Para que nuestros lectores puedan apreciar en todo su valor el pensamiento del autor, nos complacemos en completar la vista gráfica con los siguientes detalles de las partes que lo componen:

En el cuerpo principal se ve un grupo de individuos del Somatén, con la bandera del Santo Cristo de Igualada; en el lado posterior la estatua del Valor Cívico, y en los dos costados, no visibles en la fotografía, las de Cataluña y la Historia. Figura también en dicho cuerpo un león envuelto con la bandera nacional, en representación de España.

En la base está la Patria, escribiendo la dedicatoria á los Héroes, y la Fe, con una puesta de sol á espaldas de Montserrat, en lo alto de la columna, que ostenta en su parte media, á modo de abrazadera, una corona simbólica del Principado.

El monumento resulta sumamente artístico y digno de los altos hechos que quiere conmemorar.



«L'ERA D'EN MANDRI», E

CORTÉS RIERA



N LLAVANERAS (Cataluña).

» te he faltado?... ¿Dudas acaso de la inquebrantable fidelidad de que te he dado tantas pruebas, en el espacio de largos años de vida común?» —¡Ah! ¡No! ¡No tengo de ella la menor queja! ¡Ha compartido mis goces y mis infortunios, sin exhalar una queja y sin tener la menor exigencia, siempre igual, siempre dulce y tranquila, siempre sumisa y obediente! ¡No me ha dado el menor disgusto!... Al contrario; me ha proporcionado grandes satisfacciones y ha sido motivo de que me envidiaran mis compañeros y mis amigos, cuando yo, en mis momentos de expansión, les hereferido de qué manera, en situaciones críticas, me ha ayudado á ganar el pan!... —«¡Quién pudiera decir otro tanto!» —exclamaban... ¡Y yo me sonreía satisfecho!... Ahora tal vez... ¡Pero no!... ¡No debo ni puedo imponerla nuevos sacrificios!... ¡No me siento ya con fuerzas para renovar la lucha, la terrible lucha por la existencia, ni ella está ya en edad de secundarme!... ¡Sin embargo, como conserva, á pesar de su edad, su primitiva hermosura, fácil la sería encontrar quien se prestara á proporcionarla lo que yo ya no voy á poderla dar!... Mas, ¿tendría yo valor para hacer tan heroico sacrificio, para renunciar á ella sin temor al qué dirán para verla en poder de otro?... ¡Oh!... ¡Ese remedio es demasiado heroico para mis escasas fuerzas... y ella misma se resistiría seguramente á aceptarlo! ¡Sí! ¡Se resistiría, se negaría resueltamente á seguir á otro, á recibir otras caricias que las mías!... ¡Es un modelo, un verdadero modelo!... ¡Como ella, no hay otra en el mundo!... Y por lo mismo, es indudable que el supremo recurso á que pienso apelar es el único posible, el más conveniente para ambos... ¡Ay!... ¡Cuán espantosas tragedias puede ocasionar un pliego de papel con el membrete del Ministerio, con ese membrete que tantas veces he tenido ante mis ojos y he mirado casi despreciativamente, como se mira á un esclavo, pues esclavo mío era, y yo lo maltrataba, lo despedazaba, lo arrojaba al cesto, hacía de él lo que se me antojaba, como un tirano hace con sus vasallos, como un señor de horca y cuchillo hacía con sus siervos!... ¡Yo lo sujetaba con las fuertes ligaduras del balduque entre duros cartones, y lo condenaba al celular presidio de mi armario, donde pasaba un día y otro... y meses y años... Pero ella... ¡ella!... ¡No hay remedio!... Apenas llegue á casa y antes que sus miradas y sus caricias me hayan quitado el valor que necesito para realizar mi plan... ¡la mato! ¡la mato!...



Vista parcial del Parque Güell (Barcelona).

* * *

Y como si le corriese prisa realizar su sanguinario proyecto, aceleró el paso dándole casi la rapidez de la carrera é importándosele poco llamar la atención de los transeuntes.

¡A fe que repara en pelillos, un cesante del ramo de Hacienda, á raíz de haber recibido el oficio que le condena á morir de hambre ó á pedir limosna! . . . .

. . . .

Por fin, llegó á su casa.

Ante el portal, detúvose un momento jadeante y vacilando.

Luego se pasó la mano por la frente, hizo un desesperado ademán y subió de cuatro en cuatro los escalones, hasta llegar á un cuarto piso con entresuelo.

Y en tanto que con la mano izquierda introducía el llavín en la cerradura de la puerta de su domicilio, con la diestra empuñaba una acerada navaja de esas que se abren mediante una ligera presión.

¡Estaba resuelto!...

Pero aún no había abierto la puerta, *ella*... la hermosa perra de casa del modesto ex empleado, solterón impenitente, salió á recibirle, comenzó á hacer cabriolas, le lamió la mano que empuñaba el arma... *canicida* y ésta cayó inofensiva al suelo...

El pobre hombre se dejó caer abrumado de dolor, en



Vista parcial del Parque Güell.



Vista parcial del Parque Güell.

la única butaca de su despacho. La perra, subiéndole sobre las rodillas, le lamió la cara...

Los ojos del amo se llenaron de lágrimas.

Echóse mano al bolsillo, sacó el último terrón de azúcar del último café que había tomado sobre los legajos de expedientes y, dándoselo al noble animal, murmuró:

—¡Pobre Mariano!... ¡Cuando podré pagarle los veintiocho cafés que le debo!...

* * *

Y tras esta exclamación que revela al hombre honrado, limpióse los húmedos ojos con el oficio que le declaraba cesante... «con el haber que por clasificación... etc.»

¡Y se resignó á esperar una crisis que le devolviera su destino!...

Eduardo BLASCO

LA MENTIRA

Pide lo que quieras, muchacho, y cuanto pidas te será otorgado.

Juan reflexionó un momento, porque no sabía qué pedir. Era joven y no necesitaba juventud; era rico y no había para qué pedir riquezas; una mujer le amaba, ¿para qué pedir amor? Tenía un amigo y no le convenía ya más amistad. Como jamás fué ambicioso, no se le ocurrió pedir poder.

—Quisiera que nadie me engañase.

—Es una locura lo que pides; reflexiónalo bien.

—Estoy decidido.

—Entonces, sea como quieres. Yo te aseguro que nadie te mentirá.

El mago desapareció, y Juan fué á casa de un amigo de su padre que le había invitado la víspera á almorzar.

—Creí que ya no venías y me alegraba.

—¿Se alegraba usted?, —preguntó Juan con extrañeza.

—Sí, no sé nunca de qué demontre hablarte. ¡Eres tan estúpido!...

—Crea usted que siento...

—No, no; debo muchas atenciones á tu padre, que me puede jeringar si quiere. He aquí porque ya no te he puesto de patitas en la calle...

Juan se marchó.

Por el camino, yendo hacia su casa, se le ocurrió entrar en una tienda.

—¡Vaya una cara de estúpido que tiene este hombre! —exclamó el tendero, y añadió dirigiéndose á un hortelilla: —¡Dale de lo peor y cuéntaselo caro!

Juan salió sin comprar. El dón que le otorgara el mago ya no le parecía envidiable. Mohino y desilusionado fué á la casa de la mujer amada, queriendo confiarle sus cuitas.

—¿No podías venir á otra hora, mentecato?

—¿Por qué?

—Porque ahora estaba con el otro.

—¿Con el otro?

—Sí, con el que te engaño. ¿Imaginabas acaso que podía ser fiel á un gaznápiro como tú?

Juan se marchó echando chispas y fué á contar su desventura á su amigo.

Este le contestó:

—¿Y á quien sino á un asno como tú se le ocurre pedir tal cosa al mago? Ya ves, ahora me veo precisado á decirte que, efectivamente, eres tonto de capirote, cargante é insoportable.

—Entonces ¿por qué te fingías amigo?

—Para sacarte los cuartos; porque tienes influencia; porque á tu lado podía medrar. En fin, chico, eres un idiota.

Sólo entonces, es decir, cuando ya la cosa no tenía remedio, comprendió Juan que el mago le había hecho un flaco servicio.

* * *

TARJETA POSTAL

A escribirte aquí me avengo
y en grave apuro me pones,
porque no hay espacio y tengo
que meterme en los rincones.
Más de ellas sacarme puedes
y hacer que cante victoria,
si á mí recuerdo concedes
un rincón en tu memoria.

Carlos CANO



Vista parcial del Parque Güell.

Fotogs. de Bressanini.

FERNANDO CORTÉS RIERA

La pradera de Vilatorta (Cataluña).



† RAMÓN BLANCO Y ERENAS, Marqués de Peñaplata.

Último retrato.

SER Y NO SER

La cuna y el sepulcro me los represento como una cadena más ó menos larga, más ó menos frágil ó consistente. Los eslabones de esta cadena son las fases de la vida, que simboliza.

Es un lazo inmaterial, y, sin embargo, la materia lo forma y alimenta; es un agente imponderable, y, sin embargo, arranca de la célula, que es la cicatrícula de la ponderable creación; es una fuerza incoercible, y, sin embargo, permanece aprisionada en la trama del organismo, de cuyas funciones depende, no obstante su condición de independencia y libertad.

Nada tan difícil de sostener, nada tan incierto de conservar, nada más tiránico, más infiel y proceloso; pero, tampoco, nada tan querido y adorable, nada con parejo ardor defendido, ni más dulce y placentero.

Son sus extremos dos misterios, y ella misma no deja de ser un arcano impenetrable.

Augusta por naturaleza, es augusto también su término contrario: la muerte.

La vida y la muerte, el sér y el no sér, ¿quién, sintiendo bajo el cráneo el calor de la idea, puede substraerse al deleite de meditar en ellos, de *filosofarlos*?

Hondas filosofías, esas de estos dos tremendos problemas del pensamiento. Ejercen sobre el espíritu encantos infinitos y, sumergiéndole en un caos de incertidumbres, lo seducen y aterran de consuno.

Vivir y no vivir: he aquí la incógnita del plan supremo.

Aférrase la mente á la idea de la vida con afán sólo comparable al horror con que rechaza la de la muerte. ¿La causa, el secreto de esos encontrados instintos de atracción y repulsión? Sea amor á la vida, sea temor á la muerte, sean ambos sentimientos á la vez, queda siempre en pie y sin explicación el fenómeno: nos atrae la una con no menos fuerza que nos espanta la otra, sin lograr jamás explicarnos satisfactoriamente el por qué verdadero.

Pero, ¿acaso el suicidio no proclama con robusto y funerario acento que afán y pavor tales son convencionalismos de la mente erráctil? ¿Acaso los que por acto espontáneo y con propia mano escriben el *Inri* en el libro de su existencia, no dan inequívoco ejemplo de que uno y otro son tan sólo verdades que tienen su asiento en la movediza voluntad y en los engaños de la imaginación?

Cábeme la dicha de poder invocar mi personal experiencia.

Nó pasiones insanas ni mercenarios intereses; nó dolores físicos ni torpes preocupaciones habían puesto en mis manos, aquel inolvidable día de prueba, el instrumento de muerte que iba á cortar mi vida. La ciencia moderna reconocería en propósito semejante un estado morboso, un desequilibrio de las facultades, una depauperación de la voluntad, que pone al sujeto en el dintel de la locura y lo precipita en el obscuro laberinto do la *no-razón* impera.

No me lo explico por la ciencia; me lo explican los hechos que se reproducen y toman caracteres de realidad en mi memoria.

Iba siendo mi voluntad gradualmente esclavizada por una serie de fenómenos que la atormentaban.

El recuerdo, ora vago, ora luminoso de lo pasado y la certidumbre cruel de que los sucesos pretéritos no debían revivir; la esperanza vacilante en un porvenir dudoso; la seguridad en la fatal destrucción de la materia y con ella el temido aniquilamiento de la personalidad; la fe vacilante, la decepción victoriosa; amores sentidos, seres conocidos; escenas de la infancia, sueños de la edad florida..., todo, todo se me representaba con rara insistencia, al punto de obsesionarme... Y llegué á sentirme abrumado por la pesada sedación de mis ideas, y acabé por considerarme un expósito del planeta, un sér huérfano de vínculos y afectos, sin misión alguna que cumplir, sin otro deber que el de reintegrarme á la nada, de donde había salido.

¡La nada!... la nada había ya perdido para mí su apariencia desoladora; mas, antes, con ser *nada*, la veía paradójicamente como el *todo* de mis ansias. Ansiaba confundirme en ella y gozar de su eterna paz.

Iba ya á consumar el acto, provocado por artero mal del alma, cuando súbitamente, y como obedeciendo á misterioso mandato, arrojé, lleno de espanto, lejos de mí el arma suicida, y, como presa de vehemente deseo de sensaciones, corría, corría desolado por aquella frondosa selva, elegida momentos antes á manera de sombrío escenario de funesta intención, y en mi ciega carrera anhelaba dejar atrás, muy atrás, el negro espectro de la muerte y alcanzar la imagen coruscante de la vida.

Y me encontré en una planicie extensa, recubierta de esmaltado tapiz, bañada por el fecundo sol de espléndido día primaveral y limitada á lo lejos por accidentada cadena de montañas de pardos tonos y enhiestas cumbres.

Mi pecho aspiraba con fruición el puro aire matinal; sentíame arrullado por los rumores que de la selva llegaban, en tanto que, maravillado ante la naturaleza que me rodeaba, dirigía alternativamente mi atónita mirada á la silueta irregular de la cordillera que se esfumaba en el horizonte, á la llanura que parecía exhalar vahos de vida, y al cielo diáfano y azul, de donde partían los fulgores que inundaban de luz y calor las mesetas y faldas de los montes, el tapizado suelo de la planicie y los altos copos de la tupida selva.

Esto es la vida, me decía; abarcar, sentir *esto*, equivale á *ser*. Y pues que la vida es tan arrobadora, *seamos*, anhelemos vivir, para disfrutar de ese dón sin igual que emana del Sér que vive en todo y todo lo anima y gobierna, desde el corpúsculo impalpable que flota en el éter, á las ingentes moles que giran en la maravillosa mecánica del universo infinito.

Antonio ASTORT



El cadáver del general Blanco en la capilla ardiente improvisada en la estación de los ferrocarriles de M. Z. y A. *Fot. de Castellá.*

LA CASA MALDITA

La comida había sido opípara y el servicio todo lo espléndido y deslumbrador que cabe en la morada de modestos labriegos. Verdad es que si estos son siempre francamente obsequiosos, raya en lo increíble su amabilidad cuando se trata de reuniones de cierto carácter; y la á que me refiero era lo más solemne que podía caber en la casa de un padre que cede sus derechos al esposo elegido en mancomún entre la familia y su hija.

Los cascos de los comensales habíanse calentado; los vapores de la comida comenzaban á subirse á la cabeza, los nervios adquirían fuerte tensión y la sangre iba caldeándose en las venas á cada latido del corazón.

Las conversaciones se habían generalizado y la ruda franqueza estaba á punto de dar al traste con el último átomo de la rígida etiqueta labriega; el copeo menudeaba cada vez con más brío, y con la substitución de los vinos las mejillas tomaban color más rojo, las lenguas se desataban, colocándose la conversación al borde de la licencia.

Lo mismo las mujeres que los hombres brindaban personalmente con los de su agrado, y la algazara crecía y las manos comenzaban á propasarse, á pesar de los constantes alertas del señor Antonio que, cual otro jefe de tribu, grave y severo ocupaba la presidencia de la mesa.

Habíanme colocado á su derecha y el anciano tenía á su izquierda á su nieta Rosita, cuyas frescas y rojas mejillas podían competir ventajosamente con las de la flor de su nombre, siguiéndonos como unas treinta personas, casi todas jóvenes y movedizas cual retozones corderos.

Una de las veces que se llenaron los vasos, ofrecí un brindis á Rosa, cuya copa de agua chocó con la mía.



ENTIERRO DEL GENERAL BLANCO — El cortejo fúnebre en el Paseo de Colón.

— Nada de agua, — dije, en el tono que parecía tácitamente haberse convenido.

— No bebo vino, señor, — me dijo.

— Hoy es una excepción, — insistí; — algo debemos á la alegría.

— ¡Eso, eso; con vino, con vino! — gritaron los jóvenes, apoyando mi deseo, — que beban vino las de Salillas.

Y uniendo la acción á la palabra, quisieron llenar las copas de las hijas del pueblo, las que hasta entonces se habían abstenido de usarlo. Yo hice coro á aquel deseo, proclamado á voces, insistiendo tanto en ello respecto á mi hermosa vecina, que el anciano hubo de mezclarse, diciendo:

— ¡Eso nunca!, ya sabéis el por qué. Las hijas de este barrio no pueden beber vino.

— ¿Es algún voto? — pregunté.

— Sí, señor. Lo cree usted ridículo, ¿verdad?

— Al menos, en estos momentos, sí señor.

— Pues bien. — repuso el anciano; — si usted me lo permite, referiré en cuatro palabras el origen de ese voto, y estoy cierto que al terminar mi narración no pensará de la misma manera.

— Escucho á usted con gusto.

Al anuncio de la historieta, todos guardaron silencio.

— Hace medio siglo, poco más ó menos, — prosiguió el anciano, — que se cerraron las puertas de esa casa que hay enfrente, dándole el nombre de *casa maldita*, cuyos habitantes perecieron trágicamente. La casa está desde entonces inhabitada, y no se ocupará nunca más. Ahora sabréis por qué. La habitaban Zacarías, su mujer y sus dos hijos. El era un borracho, y cuando *la cogía* no había bestia que le igualase. Vanas resultaban las súplicas de los suyos, vanas las amenazas de la autoridad.

« Una noche, llegó á su casa tambaleándose y comenzó á dar golpes á diestro y siniestro. A los gritos de las víctimas acudieron los vecinos, pero ya era tarde. El hijo menor de aquél yacía en el suelo con la cabeza abierta por un tremendo garrotazo.

» El borracho fué conducido á la cárcel; se le formó causa por parricidio; pero, como al cometer el crimen no estaba en su sana razón, fué absuelto. Al regresar á su casa, su mujer recibióle cuchillo en mano, y rugiendo de cólera le dijo:

» — Vete, ó no respondo de nada.

» — Perdón, Bernarda... Yo me arrepiento y me enmendaré.

» — No; eso nunca. Borracho eras y borracho serás.

» Zacarías se marchó; nadie le daba trabajo en el pueblo. Todos huían de él como de un apestado. Como el peor de los peores, aceptó el cargo de sepulturero para no morirse de hambre... Ya no bebía. Al pasar por delante de alguna taberna, echaba á correr apretando los puños para resistir la tentación. El agua era el único líquido que, aumentado con lágrimas de arrepentimiento, sorbían sus labios. Un día le llamaron para que llevara á enterrar un niño. Se encontró frente á frente con Bernarda en la habitación de su propia casa, y al ver en el niño á su propio hijo, volvió á gritar abatido y sollozando:

» — ¡Perdón, Bernarda, perdón!

» La madre, que en aquel cadáver veía el recuerdo de otro, contestó emocionada:



ENTIERRO DEL GENERAL BLANCO — Paso del armón fúnebre por la Puerta de la Paz.

Fotogs. de Merletti.

J. AR



UNA YE

MET



EGUADA

Salón «El Arte»



Ascensión del señor Fernández Duro, para cruzar el Mediterráneo. — Maniobras preliminares.

miedo al alcoholismo y sus furores.

» En una ocasión llegó el mozo á un estado lamentable, perdida la cabeza y presa de una gran excitación. A las primeras palabras de sus padres cogió un palo y lo rompió sobre la cabeza de Zacarías. Al ver Bernarda la sangre y los sesos del desdichado por el suelo, recordó la antigua escena, y loca, fuera de sí, viendo á su difunto hijo, inclinóse sobre el moribundo, y presa de un vértigo repentino, ciega por la cólera, exclamó con sarcasmo terrible:

» — ¡Crápula! ¡Muere como el pequeño; Dios es justo.

» Y soltando una estridente carcajada salió á la calle como una loca.

» Para olvidar se metió en una taberna y bebió hasta emborracharse. Tras de aquel día vivió con intermitencias de razón y locura, hasta que presa por fin de un acceso furioso precipitóse por la escalera y estrelló contra las losas

» — ¡Nunca!

» Siguió el féretro con paso vacilante, haciendo murmurar á cuantos lo reconocían:

» — No hay quien lo corrija.

» A punto estuvo Zacarías de caer de bruces en el vicio, buscando en él el olvido del dolor. Un año después supo por un compañero que iba á enterrar una niña. Obtuvo detalles y comprendió que se trataba de su hija mayor. No tenía más hijos. Substituyó á su compañero, siguió al carro fúnebre, volvió á su casa y otra vez pidió perdón. Bernarda quedaba sola, y ante la muerte y la miseria respondió:

» — Bueno; probemos.

» Zacarías rechazaba hasta el vino en la comida, entregando á su mujer la paga íntegra; semejante conducta hizo que su mujer le perdonara en absoluto, y un hijo nació de aquel tratado de paz.

» Creció el niño dando muestras constantes de terror al agua, y he aquí por dónde empezaron, cuando fué hombre, escenas antiguas. Bernarda se desconsolaba y Zacarías inclinaba la cabeza, pensando lo miserable que había sido su pasado. Ahora, viejo, fatigado, débil como un niño, le había llegado la hora de tener

del patio, gritando: — ¿Los ves? ¿Ves los cráneos abiertos? ¡Malditos, malditos sean los borrachos!»

Desde entonces, en nuestro pueblo, dejóse de beber vino, y aunque luego los hombres, por razón de nuestra ruda labor, volvimos á beber con gran moderación, las mujeres jamás lo han bebido, y ojalá sigan cumpliendo su voto.

Miróme el anciano. esperando mi respuesta, que no pude dar; tal era mi impresión. Reflexioné y todo lo comprendí.

R. B. GIRÓN

CHASCARRILLOS DE MI TIERRA

Existe en el Llano del Mariscal de Málaga, casi á espaldas de la Cárcel Pública, uno de esos corralones inmensos, con puerta á dos calles, que se encuentra habitado por centenares de vecinos, de todas edades, sexos y condiciones.

Desde la señorita *cursi* que vive con el honrado producto de la costura y sale los domingos con capa, boa y vestido negro, lleno de adornos y encajes baratos, hasta el gitano que se busca la vida cambiando burros agonizantes, ó esquilando caballerías mayores ó menores, todos tienen salas en aquella arca de Noé, digna de estudio, especialmente cuando algunas noches de verano, invitados por *Ahica la Rubia*, que se canta y se baila muy retebién, y por Paco el Carabinero, que tocando la guitarra no tiene rival, se reunen los vecinos en el patio, que adornan tiestos de albahacas, claveles y rosas, y comienza una *juerga* que dura hasta la madrugada.

Habitaba en ese Corralón el popular Cayetano González, conocido por *Pincha gatos*, como consecuencia de las malas ideas que en su juventud tuvo y le llevaron á perseguir animales felinos por las calles de la ciudad del *Tanto Monta*, unas veces matándolos á pedradas y en otras ensartándolos en una mohosa bayoneta que heredó de su padre, miliciano entusiasta de la revolución del 68. Se dedicó al oficio de *esquilaor*, que siempre le resultó productivo, pues como su especialidad era hacer en el lomo de las



Los señores Fernández Duro y Duque de Bivona, presenciando la operación de hinchar el globo «Huracán», propiedad del primero y en que debía efectuar el viaje.

Fotogs. de Merletti.

caballerías ciertos dibujos llamativos, los parroquianos se hacían lenguas de su habilidad y no le regateaban los miserables cuartos que cobraba por su esmerado trabajo, con harta envidia de sus compañeros de oficio.

Era gitano por ambas líneas, es decir, por parte de padre y de madre. El primero había sido célebre, como lo probaba su apodo de *El Tío Matagente;* la otra una gitana de lo más robusto y saleroso que ha producido el barrio de la Trinidad, se pintaba sola para decir la buenaventura á las *cursis* casaderas y para vender ó cambiar telas, con ganancias del ciento por ciento.

Alardeaba *Pincha gatos* de buen mozo y en sus buenos tiempos cuentan que tuvo gran partido entre las *jembras* de su raza, que se dejaron seducir por aquellos ojos tan negros, aquel bigote más negro todavía y aquella apostura de *perdona vidas.*

Una tarde del mes de Febrero, se hallaba mi gitano sentado en una silla, á la puerta del Corralón ya citado, muy vestido de limpio, luciendo su pesada cadena de doublé y una sortija que le regaló su madrina, cuando se acercó un vendedor ambulante, gritando:

—Gafas y cristales vendo.

Pincha gatos que estaba de buen humor, levantando la cabeza y dirigiéndose al comerciante en objetos de óptica, le dijo:

—Vamo á ver, compare, que trae osté en ese baúl.

—¡Oh! aquí traigo un gran surtido en gemelos de teatro, cristales de roca, anteojos de todas clases, tarros de tocador... y sobre todo gafas... ¡En gafas traigo un gran surtido! ¡Para miopes, para vista cansada... ¿Usted la querrá para vista cansada? ¿Qué número necesita usted?

—Yo no entiendo esa retahila—interrumióle el gitano.

—¡Ah!... eso es otra cosa,—prosiguió el vendedor—usted querrá gafas para leer, que hagan las letras gordas; entendido.

—¿Gafas pa leer? ¡Eso es otra cosa!—añadió el *cañí.*

—Véales usted, aquí en el bolsillo tengo la *Unión Mercantil,* es el número de hoy, acabo de comprarlo al ciego de Puerta de Buena Ventura... Póngase usted estas gafas... ¡ajajá!

Y que quiso ó no quiso, el vendedor colocó sobre las narices del gitano unas gafas lucientes, con armadura de acero. En seguida le puso por delante el ejemplar de la *Unión Mercantil.*

—Vea usted, ¿son buenos, eh? Se los daré muy baratos.

—Yo no veo ni jota—replicó el gitano.

—¿Cómo que no? Pruébese usted estas otras. Son más caras, pero de la mejor fábrica.

Y quitándole las gafas que tenía, le colocó otras, diciendo:

—¡Ahora sí que verá usted bien! Lea, lea aquí.

—Pus tampoco leo.

—Eso sí que no me lo explico,—agregó el vendedor, sudando la gota gorda.

Entonces *Pincha gatos,* con mucha calma y soltando el periódico, exclamó:—¡Si es que yo no sé leer, compadre!

Narciso DIAZ DE ESCOVAR



Abelardo Coma. *Fot. de Napoleón.*
Autor de la pieza de música que acompaña al número.



Fot. de Mariné.

ANTONIO SALA

Toda la prensa local ha tributado los más lisonjeros elogios á este precoz artista, con motivo del concierto que, en unión de la señorita Campins, discípula predilecta del insigne Vidiella, ha dado recientemente en nuestro «Teatro Principal». Al general aplauso hemos de asociar el del Album Salón, que experimenta un verdadero placer siempre que se le ofrece ocasión de rendir homenaje á las glorias legítimamente adquiridas, ó de alentar á las que se presentan en lontananza; á cuyo número pertenece el niño violoncelista, objeto de estas líneas.

Hijo del conocido profesor de piano don Salvador Sala, nació en esta ciudad en el día 1.° de Enero de 1893, de modo que cuenta actualmente poco más de doce años, demostrando desde la infancia gran intuición musical, y empezando antes de cumplir los siete á estudiar solfeo y piano, bajo la dirección de su padre.

En 1902, para recompensar su aprovechamiento, los Reyes Magos le regalaron un violoncelo que con verdadero afán les había pedido, y emprendió en seguida, lleno de entusiasmo, como es de suponer, el estudio de dicho instrumento con el profesor don Juan Soler, de la Escuela Municipal de Música, habiendo completado en tres años los cinco cursos, y conquistado en todos ellos, además de la nota de sobresaliente, la admiración del tribunal calificador.

Ya era un artista; ya podía, debía, mejor dicho, ofrecer al público las galas de su inteligencia y habilidad, y así lo verificó, tomando parte en varios conciertos, organizados para fines benéficos, después de haber hecho su primera aparición en la sala del conocido establecimiento editorial, Dessy y Compañía, acompañándole entonces los mentados maestros Vidiella y Soler. Esta audición pudo considerarse como privada, pues estaba exclusivamente dedicada á los profesores de música; pero repitióla poco después en el Centro Artístico, ya con carácter público, alcanzando un ruidoso triunfo y juicios críticos no menos encomiásticos que los últimamente insertos en los periódicos locales, á propósito de su concierto en el «Teatro Principal».

Mucho cabe esperar del talento natural del niño Sala y, sobre todo, de su pasión por el arte que cultiva: siga trabajando con ahinco en el desarrollo de las envidiables dotes que la naturaleza le ha concedido, y conforme es hoy una fundada esperanza, será muy pronto en el mundo del arte una admirable realidad.

* * *



IDILIO DE LA POBREZA.



Cabeza de estudio; por Félix Mestres.

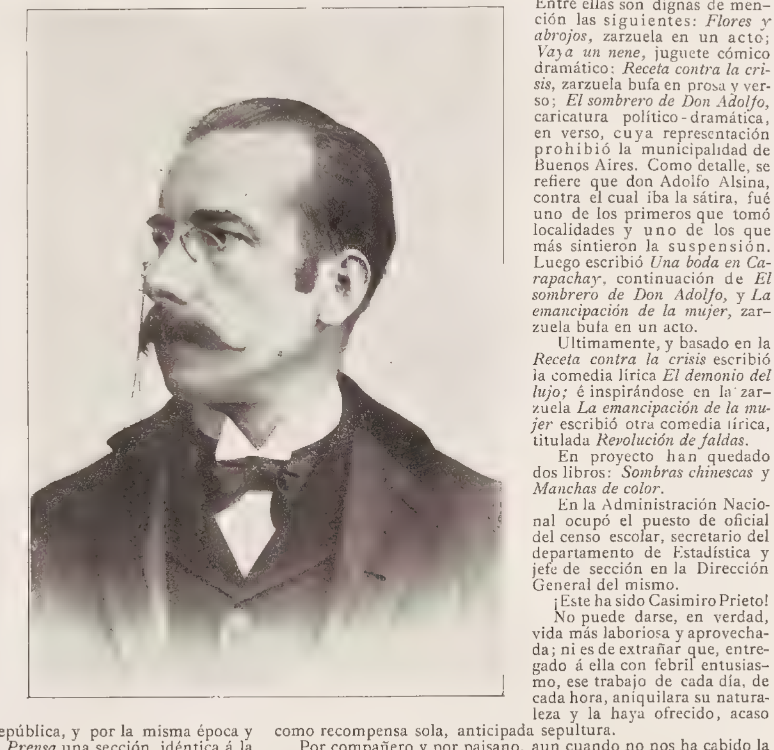
† CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS

Con hondo sentimiento ha sabido esta Redacción la muerte, acaecida recientemente en la capital de la República Argentina, del notable literato é infatigable periodista cuyo nombre sirve de epígrafe á estas líneas.

Cuando todavía podía esperarse mucho de su fecunda inteligencia y sus poderosas iniciativas, sonó para él la hora triste de pagar á la madre-tierra el tributo que le debemos todos los nacidos.

Hijo de don Casimiro Prieto y de doña Josefa de Valdés, nació en Reus, el 27 de Octubre de 1847.

Sus primeros estudios los cursó bajo la dirección de don Alejandro García, celebridad pedagógica, que fué maestro también del célebre Fortuny, del malogrado general Prim y de otras personalidades que llegaron á tener un sitio preeminente en la consideración general.



Desde jovencito mostró Prieto sus tendencias y gustos literarios: á principios de 1867, cuando aún no contaba veinte años de edad, redactó, conjuntamente con Bartrina y con Martí Folguera, el periódico titulado *El Crepúsculo*, en el cual empezó á publicar una novela titulada *Pilar*, que ilustraba Lloveras y que dejó sin terminar, pues no bien se vió exento del servicio militar, por su enfermedad á la vista, decidió trasladarse á América; embarcándose en el puerto de Tarragona, el 12 de Octubre de 1867, en un buque de vela llamado *Joven Joaquín*.

Una vez en Buenos Aires, en donde ha residido hasta su fallecimiento, ingresó en la redacción del diario *España*, que dirigía don Benito Hortelano. Pasó luego á la redacción del diario *La Nación Argentina*, que dirigía el doctor don José M.ª Gutiérrez, y que abrevió su título llamándose solamente *La Nación*, cuando lo adquirió el general Bartolomé Mitre. Durante trece años consecutivos colaboró en él, haciendo célebre la sección á su cargo, *Conversación*, que refundía los principales acontecimientos del día y que firmaba con el seudónimo de Aben-Xoar.

Con don Nicolás Avellaneda escribió también otro importante diario que defendía y preconizaba la candidatura de este señor para la presidencia de la República, y por la misma época y durante tres años redactó en *La Prensa* una sección idéntica á la de *La Nación*.

En 1876 escribió con Villergas el semanario satírico *Anton Perulero;* en 1888 fundó, con Rafael Carrillo y Ricardo Conde Salgado, otro diario que se llamó *La Prensa Española*.

Colaboró, además, en *El Correo Español, El Nacional, El Sud America, Unión Argentina, El Sud Americano, La Ilustración Sud Americana, Pluma y Lápiz, Caras y Caretas* y en muchísimas revistas y periódicos de América y España.

En 1877 publicó por primera vez el *Almanaque Sud Americano* y desde esa fecha hasta el año 1902, esta antología, que dió á conocer á muchísimos literatos del país y de toda la América latina, se vino publicando año por año, sin interrupción, hasta que los editores, por fracasos financieros, cesaron en su publicación. La historia del *Almanaque Sud Americano* es la historia del desenvolvimiento intelectual de América en un cuarto de siglo.

Casimiro Prieto ha escrito también para el teatro, y sus obras fueron representadas con éxito. Entre ellas son dignas de mención las siguientes: *Flores y abrojos*, zarzuela en un acto; *Vaya un nene*, juguete cómico dramático: *Receta contra la crisis*, zarzuela bufa en prosa y verso; *El sombrero de Don Adolfo*, caricatura político-dramática, en verso, cuya representación prohibió la municipalidad de Buenos Aires. Como detalle, se refiere que don Adolfo Alsina, contra el cual iba la sátira, fué uno de los primeros que tomó localidades y uno de los que más sintieron la suspensión. Luego escribió *Una boda en Carapachay*, continuación de *El sombrero de Don Adolfo*, y *La emancipación de la mujer*, zarzuela bufa en un acto.

Ultimamente, y basado en la *Receta contra la crisis* escribió la comedia lírica *El demonio del lujo;* é inspirándose en la zarzuela *La emancipación de la mujer* escribió otra comedia lírica, titulada *Revolución de faldas*.

En proyecto han quedado dos libros: *Sombras chinescas* y *Manchas de color*.

En la Administración Nacional ocupó el puesto de oficial del censo escolar, secretario del departamento de Estadística y jefe de sección en la Dirección General del mismo.

¡Este ha sido Casimiro Prieto! No puede darse, en verdad, vida más laboriosa y aprovechada; ni es de extrañar que, entregado á ella con febril entusiasmo, ese trabajo de cada día, de cada hora, aniquilara su naturaleza y la haya ofrecido, acaso como recompensa sola, anticipada sepultura.

Por compañero y por paisano, aun cuando no nos ha cabido la satisfacción de conocerle personalmente, estamos en el deber de tributar un cariñoso recuerdo á su memoria, y lo hacemos con toda el alma, asociándonos al sentimiento que su irreparable pérdida ha producido en las repúblicas sud americanas, á las que, realmente, más que á nosotros, pertenece esa gloria literaria.

* * *

DE JUEVES SANTO

Hacía algunos días que no le había visto.

La última vez le dejé como las otras, sentado en el ancho sillón de brazos, la cabeza caída, la boca medio abierta, la respiración fatigosa. Estaba más pálido y ojeroso que nunca y tosía continuamente; el pecho se le henchía con fuerza y volvía á bajarse: la concavidad negra de la alcoba resonaba lúgubre. Aquella misma mañana había tenido un vómito de sangre.

Las palabras que salían pausadamente y con pena de sus labios transparentes me hicieron aquel día una impresión tan honda, que, mientras volvía á su casa, invadía todo mi sér un tétrico presentimiento que me helaba el corazón.

Y es que aún en mis oídos se renovaba perfectamente el tono seco y apagado de su voz que me decía, como la última vez:

— Bien, y qué gano con seguir en el mundo!... Mi corazón es un cementerio, donde yo mismo voy enterrando día por día todas mis ilusiones y esperanzas de joven...

Y al decir eso, parábase en medio de la frase, como si le faltara aire ó se le borraran las ideas. La luz entraba más apagada por los fríos vidrios del balcón, y las primeras sombras iban ocupando todos los rincones, se hospedaban en la alcoba y, resiguiendo las vigas y las paredes poco á poco, acababan de borrar la última luz de la puerta, para llenar de frío y de misterio toda aquella parte de la casa.

Le animé como pude, cerrando quietamente aquella puerta que me pareció la de un sepulcro, donde se consumía, en las tristes claridades del día y horrorosas tinieblas de la noche, un muerto que vivía muriendo.

Su mano era helada, huesosa, transparente como sus orejas belludas de tísico.

Su madre lloraba calladamente, como se lloran todas las penas grandes, derecha en el dintel de la puerta que daba á la sala, casi obscura del todo.

* * *

Hacía algunos días que no le había visto; mi pulso andaba con cierta irregularidad á medida que me acercaba á su casa.

Caminaba cabizbajo, como si me hubieran de dar una mala nueva.

El tiempo y las circunstancias aumentaban el triste estado de mi alma: durante el camino había penetrado en mi espíritu el lúgubre y lloroso són de las bandas de ciegos que tocaban las fúnebres notas de la Pasión de Cristo, arrimados en la fría pared de las iglesias mudas; los vendedores alzaban sus voces lentas y penetrantes, que resonaban en mí para lastimarme.

El día iba languideciendo á medida que se acercaban las doce.

Era el Jueves Santo.

* * *

Subí lentamente la escalera, y lleno de miedo extraño llamé en la insondable puerta de un piso.

Me abrió la criada; la expresión de su rostro era de una tristeza honda; hablaba muy poco, ella que hablaba tanto los otros días.

La casa estaba silenciosa, parecía sola, deshabitada.

La criada, después de acompañarme á la sala, pasó recado á su señora.



Puente viejo. — Manresa (Cataluña).

Y me encontré completamente solo. Los postigos del balcón estaban medio cerrados, como el otro día; la luz lloraba por las junturas, y una cierta claridad penetraba en la sala casi obscura.

Me sentí conmovido ante aquel silencio á media luz.

El cuarto de mi amigo también estaba silencioso, y me pareció como si aquella quietud se interrumpiera á menudo por el chisporroteo de unos cirios que brillaran iluminando un difunto, alzando negruzcas espirales de humo, y proyectando trémulas y espantables sombras.

Para mitigar el efecto que me produjo esta sensación terrible, paseé mis ojos por las paredes de la sala.

Tras de mí se alargaba el corredor completamente blanco y lleno de luz.

La impresión que me estaba reservada era dura; al extremo del largo corredor avanzaba lentamente, como una momia, la madre de mi amigo, toda enlutada, los ojos en tierra, los brazos caídos.

Era la imagen viviente de la misma tristeza.

Entonces lo comprendí todo: aquel chisporroteo de los cirios no eran producidos por mi espasmo; era real; el cuarto de mi amigo era un cuarto mortuorio, y el pobre tísico... ¡ah!... ¡sin duda!... Ved ahí el silencio que invadía toda la casa; ved ahí mis fúnebres presentimientos, mis temblores helados.

Caí aplanado en una silla de la sala, mientras que por aquel corredor, que se alargaba de un extremo á otro del piso, por aquel corredor blanco é interminable, avanzaba una sombra negra, espantable, destacando entre la luz como otra Mater Dolorosa.

Y los cirios fúnebres seguían llorando la larga lágrima de su luz, interrumpiendo aquellas silenciosidades de muerte de aquel día de agonía.

* * *

En vano probamos de modular alguna palabra: la expresión de nuestro sentimiento se manifestó con suspiros inexplicables para un indiferente y que por nosotros lo decían todo. Las grandes amarguras no se traslucen de otra manera.

Pasado el primer instante, probé de consolar á aquella madre afligida, pero la idea no encontraba forma para exteriorizarse; ignoro lo que salió de mis labios.

Ella, sin duda agradeció mi profundo sentimiento; se secó los ojos, que me miraron tiernamente doloridos y abrió la puerta del cuarto mortuorio.

El esfuerzo que hice para entrar fué supremo y la impresión terrible, imborrable.

Las líneas del rostro extremadamente amarillo de mi pobre amigo hacían vivir una mueca continua, casi eterna.

Vestido de negro; sus brazos se extendían á lo largo del lecho de ropas enlutadas, sus manos eran huesosas y transparentes, por la rendija de sus párpados los ojos brillaban duros y helados como



Cueva de San Ignacio. — Manresa (Cataluña). *Fotogs. de Bressanini.*

ALBERTO PL



MAYO FLORIDO

LA Y RUBIO



Y HERMOSO



Puerta de la Iglesia de la Cueva de San Ignacio. — Manresa.



Iglesia parroquial. — Ripollet (Cataluña).

dos vidrios. Los cirios temblaban ante aquella inmovilidad terrible, proyectando tenebrosas sombras sobre la amarilla faz del difunto.

La madre se lanzó sobre el cuerpo inanimado de su hijo y besó sus manos frías, y procuró calentarlas, mas el brazo cayó; aquella mano era de mármol.

Y ella lo llamó desesperadamente, y él, que la amaba tanto, no movió ni una sola línea de su cuerpo, su rostro permaneció inmutable, mirando sin ver. Solamente la concavidad de la alcoba, que tantas veces había escarnecido la tos seca y continua del pobre tísico, convirtióse otra vez en terrible eco.

La sacamos de allí.

La puerta de aquel piso de dolor tras de mí se cerró llorando; el aire húmedo que subía de la calle me ofendía; dentro de mi cabeza vibraban ruidos atroces, parecía que iba á estallar; bajaba los peldaños de la escalera inconscientemente, pensando en la pobre madre, aquella otra Dolorosa que lloraba amargamente, y mi corazón se encogía en sus temblores helados.

Los ruidos de la calle habíanse apagado del todo; comenzaban las oras tristes y solemnes.

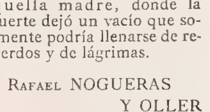
Muy pronto el pueblo arrastraría pesadamente sus pies por las calles llenas de trozos de hierba triste, sintiendo ó simulando una tristeza profunda. La gente, completamente enlutada, visitaría los templos, buscando el fausto en la majestuosa agonía, compacta, arrastrando los pies por encima de un silencio sepulcral, pasando por medio de las calles, por las aceras, como séquito interminable de un entierro.

¡Qué profundidades de dolor y de silencio obscuro habría en el cuarto del cadáver y en todo el piso, á medida que se acercara el ocaso; de qué manera se pegaría en aquellas paredes y en aquellas cámaras, heladas y negras, el ruido perfidioso y lúgubre de las matracas y los golpes pesados y secos que con los mazos descargan los chicos sobre las puertas!...

Y al ser de noche, ¡cuánta soledad sentiría aquella pobre madre!...

* * *

Luego, al llegar el sábado y en domingo, todo el pueblo dejaría aquel dolor y volvería á sonreir. El buen tiempo, con la Pascua, inundaría de vida y de alegría á la tierra; mas el invierno, completamente vencido, encontraría un refugio eterno en aquella casa triste y en el corazón de aquella madre, donde la muerte dejó un vacío que solamente podría llenarse de recuerdos y de lágrimas.



Rafael NOGUERAS
Y OLLER



Vista de Blanes (Cataluña). *Fotogs. de Bressanini.*

CANTARES

Siento ganas de llorar,
¡más que por el daño hecho,
por el daño que me harás!

Cuando estoy solo en el campo
siento ganas de llorar,
por las penillas que vienen
y las dichas que se van.

Voy recorriendo los sitios
que ayer contigo crucé,
¡lágrimas se han vuelto hoy
las alegrías de ayer!

Aire son mis esperanzas,
como aire son mis amores....
¡llegan pronto y pronto pasan!

Eras mala y te hice mía
por dar gusto á mi capricho,
¡ahora quiero hacerte buena
y no puedo conseguirlo!

Para el que está enamorado,
el campo tiene tristezas,
¡y en él lloran más los ojos
y más los labios se quejan!

NARCISO DÍAZ
DE ESCOVAR



RUINAS, EN BLANES (CATALUÑA). *Fot. de Bressanini.*

SABIDURIA ARABE

No digas jamás, hablando de lo que ves en la Naturaleza: «Esto está bien. esto está mal.» Recuerda siempre que todo es necesario y que lo bueno y lo malo son términos relativos. ¿Sabes la historia de Ibrahím al Mansur?

Era un hombre justo é inteligente, caudillo valeroso, varón de buen consejo; pero había dado en la manía de hallarle faltas á todas las cosas.

Entró una vez en su establo y se enfureció al advertir que por todas partes colgaban telarañas.

«—¿Pará qué sirven esos bichos asquerosos que así empuercan las habitaciones? ¿Qué necesidad tenía Allah de crear esas arañas? ¿Qué falta les hacen á los creyentes?»

En aquel mismo instante, llegó uno de sus servidores.

«—Señor, monta en tu yegua y corre hacia Medina sin descanso. Tu enemigo Ahmed llega por Occidente con gran número de jinetes. Sólo con la fuga te librarás de la muerte.»

Ibrahím montó á caballo y galopó. Pero sus enemigos le persiguieron, y después de unas horas de carrera desenfrenada, la yegua de Ibrahím cayó reventada al suelo.

¿Cómo escapar? Ahmed y los suyos le seguían; dentro de un un cuarto de hora le habrían alcanzado. Y la llanura se extendía monótona, sin un accidente, sin un árbol.

De pronto, Ibrahím vió una covacha junto al camino y se metió en ella por la estrecha abertura. Apenas dentro, una gran araña empezó á tejer una tela, con la que tapó el agujero de entrada.

Llegaron Ahmed y los suyos. Se detuvieron ante la cueva.

«—¿Estará aquí?»

«—No perdamos tiempo; ¿no véis que la entrada está cerrada con una telaraña?»

Y los jinetes se alejaron.

Ibrahím cayó de rodillas y exclamó:

«—Gracias, Señor. Me habéis salvado la vida y enseñádome que nada huelga en vuestra obra. A no ser por la araña, estaría yo ahora en manos de Ahmed. *¡Allah akbar!*»

* * *

EN EL «CENTRO ARTISTICO MUSICAL



Fot. de Ricardo Güell.

El último concierto realizado en esta importante Sociedad ha sido una prueba más del desarrollo creciente que la música clásica va obteniendo entre nuestra juventud, siendo extraordinario el número de los que se dedican al divino arte, ya como ejecutantes, ya como entusiastas auditores.

En la fiesta á que nos referimos hicieron gala de su talento y raras cualidades los señores Antonio Margalet (violín primero), Luis Vergé (violín segundo), Alberto Deschamps (viola) y Mario Vergé (violoncello); ejecutando los cuartetos en *sol mayor*, de Mozart y el en *re mayor op. XI*, de Tschikowsky, con admirable precisión y un ajuste impropio de sus pocos años. Todos los tiempos fueron interpretados con gran seriedad de estilo por los jóvenes artistas, quienes merecieron calurosos aplausos del numeroso y distinguido público que llenaba los elegantes salones del aristocrático centro docente, con tanta autoridad dirigido por el maestro Delfín Armengol.

Publicamos el grupo fotográfico del notable cuarteto para que pueda apreciarse la edad de los noveles artistas que lo componen, de alguno de los cuales ya tuvimos ocasión de ocuparnos en números anteriores, y para alentarles á que sigan trabajando con igual constancia y provecho en el arte que cultivan y tan justos lauros les ofrece ya.

* * *

F. SANS CASTAÑO



¡No tendrías tú la culpa!...



Cuadro de ROMÁN RIBERA.

Exposición de D. Pio Clos (Rambla de los Estudios, 6).

CÓMO SE ESCRIBE LA HISTORIA... Y CÓMO SE RECTIFICA

Entre las cartas de un historiador que fué, por las trazas, literato de vuelos y alma bien templada, hay un borrador de carta y la contestación de un héroe que, aparte del interés histórico, pueden servir de modelo en el género epistolar. Pero la publicación de estos dos documentos históricos encierra, además, una enseñanza moral, tanto más conveniente, cuanto que hoy, á impulsos de un amor propio excesivo, los escritores y periodistas se muestran reacios en rectificar conceptos ó ampliarlos, aclarándolos, aunque la reputación y buen nombre ajeno padezcan menoscabo.

Ciertamente, es mejor escribir con tal conocimiento de los hechos, imparcialidad y mesura, que no haya lugar á rectificarse; pero de no ser posible escribir serenamente, no debemos ser parcos en confesar un error, máxime cuando se perjudica á tercero por modo grave. Una justa reparación, sobre no desdorar á nadie, puede, como en el caso presente, convertir en cariñoso amigo un enemigo poderoso y temible.

* * *

Al Excmo. Sr. Teniente General, D. Juan Prim, Conde de Reus
Madrid.

París, 25 de Octubre de 1858.

Muy Sr. mío:

Varios amigos de V., que lo son míos también, celosos del buen nombre y del honor de entrambos, se han dirigido á mí, hace pocos días, llamándome la atención sobre un incidente del cual estaba yo completamente ajeno y olvidado, porque data él ya de unos doce años y casi todo este período de tiempo le he pasado en el extranjero.

Dícenme que, en las épocas de elecciones y siempre que se revuelven en España los humores y las pasiones propias de la política militante, algunos adversarios de V. sacan á plaza, en su daño, la cita de un pasaje que se halla en la historia de la Regencia del general Espartero, que yo escribí en Madrid por los años 1844-46, pasaje relativo á la supuesta tentativa de envenenamiento contra un general tan desventurado en su muerte trágica como había él sido valeroso, honrado y buen patricio durante su vida.

La fecha nada importa. Los puntos de honra y de justicia no prescriben jamás; y yo reconozco á V. igual derecho á esta mi reparación espontánea y justa á los doce años de inferido el agravio, si agravio existe, que al día siguiente de su publicación. Ni de otro modo pudiera yo avenirme tampoco con mi propia conciencia y con los sagrados deberes que me impone el sentimiento de mi propio honor, el cual no debe mantenerse á expensas del honor ajeno.

En vano he buscado estos días en París un ejemplar de la obra, que siento no tener á la vista, para recordar lo que es imposible que mi frágil memoria retenga al cabo de tanto tiempo. Trátase sin duda de un rumor cuya existencia consigné yo en las páginas de esa historia; pero consignar la existencia del rumor no es consignar la existencia del hecho al cual aquél se refiere; no es dar crédito al rumor mismo.

Si tal es el sentido del pasaje á que aluden las personas que desde una provincia de España me consultan acerca de este delicado asunto; si en ese pasaje existe una sombra, una penumbra siquiera de velo ó de sospecha que pueda mancillar en lo más mínimo el buen nombre, la reputación y el honor del general Prim, yo repudio, sin vacilar, la página ó esas páginas, porque tal es mi deber, porque mi conciencia así lo exige, porque lo reclama igualmente el interés mismo de la Historia y, finalmente, porque es un tributo de justicia, una deuda sagrada para con el general Prim.

Es verdad que éste ha callado durante doce años y que calla aún en medio de esa vocería que sin cesar se hace oir por todas partes en los tiempos turbulentos que alcanzamos. Pero este silencio, cuyo heroísmo generoso trae á mi mente el:

«Est non parva prudentia silere in tempore malo»,

del más grandioso poema que la civilización católica ha producido, es un timbre glorioso y un título más á la justificación, á la satisfacción plena y completa, cual la recibe por la presente carta, para cuya publicidad le autorizo y, si necesario fuere, se lo ruego.

No; el general Prim no ha podido ser nunca un envenenador. Su conducta desde 1843 acá, su conducta anterior, durante su vida entera, son el mejor garante y la más elocuente respuesta á ese cargo tremendo, inventado por las pasiones de sus émulos. Militar pundonoroso, honrado, leal, valiente, avezado al pomo de la espada, ¿cómo pudiera él jamás recurrir al pomo del veneno? Hay, en efecto, una incompatibilidad evidente y manifiesta.

Si pues ese rumor existió entonces, ese rumor fué una calumnia. Si mi historia le dió acogida en sus páginas por alguno de esos infinitos informes que, de todas partes, recibía yo en aquel tiempo, es porque toda historia contemporánea tiene que pagar, naturalmente, ese tributo á las circunstancias del momento, á las pasiones que están en ebullición. No será éste, por desgracia, el único error que contenga esa historia, escrita á la raíz misma de los sucesos que ella refiere, publicada por entregas que se iban redactando según y bajo las condiciones materiales propias de una empresa menos literaria que mercantil.

Harto feliz me contemplaré yo conque al cabo contenga ella algo útil y provechoso para mi país, sin que llegue á justificar el proverbio francés que dice:

«Le temps n'approuve pas ce que l'on fait sans lui.»

Luz de la verdad y maestra de la vida, llamó un varón eminente de la antigüedad á la Historia, y la mía faltaría á esta necesaria condición si la obscurecieran lunares como el que me propongo borrar en ella por la presente carta.

Permítame V., pues, la satisfacción que me cabe al ofrecerle ésta, que, poniendo su honor en el lugar que de derecho le corresponde y llevando la tranquilidad á su corazón, dejará el mío descargado de una responsabilidad que le inquieta.

Desde que en mis primeros años adquirí una educación semi-clásica que han osado criticarme en ese país personas que creen más ventajoso el no tener ninguna, siempre he observado como regla invariable de mi conducta moral la sencilla fórmula que encierran los famosos edictos del Pastor romano que tan poderosamente contribuyeron á la fundación del Cristianismo:

«Honesto vivere;
»Altero non lædere;
»Sua cuique tribuere.»

Sólo el que sea incapaz de comprender este sucinto có-



Convento antiguo, en Blanes (Cataluña).



Plaza mayor de Manlleu (Cataluña).

digo, será capaz de rehusar su aprobación á ésta mi carta. Por eso la escribo con tanto aplomo, con tanta seguridad de conciencia.

Sírvase V. aceptarla como una prueba de sinceridad y afecto con el cual me ofrezco á sus órdenes atento y s. s. q. b. s. m., José Segundo Flores.

22. Rue du Bel Air á Passy.

* * *

Sr. D. José Segundo Flores.

París.

Madrid, 16 de Noviembre de 1858.

Muy estimado Sr. mío:

Por grave que fué la injuria que me infirió un párrafo de la historia de Espartero que escribió V. por los años 44 y por decidido que yo estuviera á exigir algún día la responsabilidad de una aseveración tan destituída de fundamento, todavía tomaba mayor carácter y consideración la calumnia cuanto que había sido vertida por un hombre de las prendas morales que á usted distinguen, por un escritor de la nombradía, justamente adquirida, que V. disfruta dentro y fuera de España.

Estas mismas prendas me aseguraban que, pasados los estímulos y las impresiones bajo las cuales fué escrita aquella obra, como V. mismo confiesa, más mercantil que literaria, científica y concienzuda, me haría justicia.

Se ha anticipado V. espontánea y francamente, y acto tan caballeroso acredita la justicia conque obtiene usted una merecida reputación.

Yo quedo muy satisfecho de que, al cabo de tantos años, haya V. comprendido la ligereza conque dejó correr su pluma en materia tan grave, prestando atención á informes apasionados de mis gratuitos y cobardes enemigos.

La carta que V. ha tenido la bondad de dirigirme la conservaré entre mis títulos y despachos, y sólo haré uso de ella el día en que, desencadenadas nuevamente las malas pasiones se apoyen en el libro de V. para repetir la injuria.

Crea V. que me será grato acreditar á V. la sinceridad con que me ofrezco su atento servidor y amigo Q. B. S. M., El Conde de Reus.

Hay una postdata autógrafa que dice: « Dispense usted que esta carta no vaya de mi letra, pues no tengo tiempo y ando hoy algo indispuesto. »

* * *

Después de estas dos cartas tan hidalgas y caballerescas, una verdadera amistad unió á sus autores por durante la vida, porque dos corazones nobles vibran al unísono como los instrumentos bien acordados. La rectificación del historiador fué el principio de una correspondencia verdaderamente íntima entre aquellos dos hombres. El archivo de la Biblioteca-Museo Balaguer, de donde tomamos copia literal de las cartas transcritas, posee otras pruebas de estas afirmaciones.

J. FABRÉ Y OLIVER

EL PILLUELO DEL RELOJ

Hace ya días que un periódico, de cuyo nombre siento no acordarme, publicó una serie de setenta y tres letras, las cuales, según leí en el mismo, constituyen y forman una sola palabra alemana, para cuya traducción á nuestro idioma hay que emplear nada menos que veintitrés de las nuestras, algunas de ellas de tres y de cuatro sílabas.

Presidente de la sociedad de ascensión para subir todos los días, una vez ó más, á la torre de la catedral de Strasburgo, es, en efecto, un título compuesto de casi dos docenas de palabras castellanas, las cuales en alemán forman una sola, que voy á reproducir copiando letra por letra.

Strasburgersmunsterthurmalletageeinodermeheremalebesteigunsvereinpresident.

Ignoro, á decir verdad, cómo se las compondrán los alemanes para pronunciar de un tirón y con un solo aliento las setenta y



Caldetas (Cataluña). *Fotogs. de Bressanini.*

ELÍSEO MEIFRÉN





MARINA

Exposición de D. Pio Clos (Rambla de los Estudios, 6).

tres letras copiadas; no cupiéndome, en cambio, duda de que si, en efecto, todas ellas suenan y son pronunciadas como una sola palabra, los súbditos del kaiser tienen forzosamente que ser hombres de grandes alientos y de excelentes pulmones; pero de muy pocas palabras, porque un ciento de ellas, siendo como la de muestra, no se dicen en un día.

Sea de esto lo que quiera, y exista ó no en alemán, la, si bien no breve, compendiosa palabra de las setenta y tres letras, lo cierto es que al leer la traducción de ella, traducción que prueba la importancia que los ciudadanos de Strasburgo conceden á su elevada y famosa torre, recordé no sólo la historia de este célebre monumento arquitectónico, reputado como la primera maravilla de Alemania, sino también una historieta relativa al celebérrimo reloj, que en la catedral existe, y que es tenido y considerado como la tercera de las maravillas alemanas.

Voy á referir esta historieta.



Cabaña «Las Acacias». — Vista general.

* * *

En los últimos años del siglo xviii, había en la catedral de Strasburgo un sacristán mayor, que célibe, tal vez contra su voluntad, odiaba con todo su corazón á las mujeres y con más intensidad aún á los muchachos; verdad es que mujeres y muchachos le habían tratado siempre con inmerecida crueldad, porque ¿qué culpa tenía él, ni de que su cuerpo y su cabeza, éste por lo largo y enjuto, y aquélla por su forma y volumen, le hicieran parecido al apaga-luces de que muy pocas veces, por no necesitarlo, se servía, ni de que su boca, incisión que carecía de labios, llegara de oreja á oreja, ni de que cada una de éstas fuera un aventador cubierto de vello, ni de que naturaleza, que tan generosa y pródiga se había mostrado con él en cuanto á estatura, boca y orejas, le hubiera negado, en cambio, y casi por completo, el órgano del olfato; dando á su cara con esta falta, la menos visible y más chica de las que el pobre hombre tenía, el aspecto de una horripilante calavera?

No todos los hombres hemos de ser Adonis y Narciso, y el sacristán de mi cuento, que nació real y verdaderamente feo, gozó, desde muy niño y durante toda su vida, una tan grande y extendida fama de fealdad, que las madres, no sólo de Strasburgo, sino de la Alsacia toda, acallaban á sus hijos amenazándolos con el inofensivo rapa-velas; que, sabiendo esto y viéndose por todos escarnecido, llegó á mirar con profundo y justificado encono á los que tan sin piedad le escarnecían y de él, hasta en su misma cara, se mofaban; porque en particular la gente menuda, cuando ya mayor, llegaba á perder el miedo que en los primeros años el escuálido sacristán la producía, tal vez por lo mismo que antes había temblado al verlo, se complacía después viéndolo y haciendo de él befa y escarnio.

Por este motivo, por ser frecuentemente y casi á diario víctima de su ojeriza y mala voluntad, el rapa-velas odiaba á todos los muchachos en general, y en particular, aunque injustamente, á uno de ellos, y digo injustamente por que aquél al cual odiaba más, era tal vez el único de los chicos de Strasburgo que, lejos de burlarse de él, le miraba con cierto agrado y con relativo respeto. A pesar de esto y de no haber recibido de él ofensa alguna, la bilis y los nervios del sacristán se revolvían y exasperaban en cuanto veía á aquel maldito muchacho, cuyo nombre ignoraba; y el cual, para distinguirlo de alguna manera de los demás, denominaba el pilluelo del reloj, porque todos los días del año, todos invariablemente, ya por la mañana, ya por la tarde, el chico, que podía tener ocho ó nueve años, se pasaba horas y horas contemplando, tan inmóvil como ellas, las, á la sazón, inmóviles figuras del famoso reloj, tercera maravilla de Alemania.

— Ya; ya está ahí ese granuja; ya está ahí mirando, como todos los días, el reloj. ¿Por qué lo mirará tanto? De fijo que no será por nada bueno; porque no hay un solo muchacho que no sea de la piel del diablo, y éste es el peor de todos, porque es el más fastidioso y el más posma. ¡Qué lástima que de vez en cuando no haya otro rey Herodes! Mala peste para todos los muchachos.



Cabaña «Las Acacias» — Galpón de Rambouillets argentinos.

Esto, ó algo muy parecido á esto, refunfuñaba entre dientes cierto día el sacristán viendo inmóvil ante el reloj á su más odiado enemigo, al cual de buena gana hubiera obsequiado con un par de pescozones, y como mientras esto refunfuñaba se había ido acercando al muchacho poco á poco,

— ¿Qué haces tú aquí? — le dijo amenazante y con voz dura. — Largo de aquí, — añadió con acento imperativo, — á la escuela: á leer, que hacen falta obispos, y aquí no se te ha perdido nada, que yo sepa. ¡Qué desgracia, Dios mío! — repuso en tono lacrimoso, — ¡qué desgracia tan grande la de los padres cuyos hijos salen tan holgazanes y granujas como éste!

Haciendo oídos de mercader á las ofensivas palabras del rapa-velas y dando por no oída su inmotivada filípica, en vez de contestarla agresivo,

— Señor, — dijo el muchacho afablemente, — ¿queréis decirme por qué no anda el reloj?

— A ti que te importa, — contestó bruscamente el sacristán. — ¿Qué te importa á ti que este reloj ande ó no ande?

Por segunda vez, durante su diálogo con el sacristán, dió el muchacho clara y evidente prueba ó de su bondad natural ó de su paciencia, porque haciendo caso omiso de lo áspero y desabrido de las palabras y de los malos modos de su interlocutor,

MARIANO VALLEJO

(Se continuará).



CABAÑA «LAS ACACIAS». — POLIKAO II.



CABAÑA «LAS ACACIAS». — GRUPO DE CARNEROS DEL RAMBOUILLET ARGENTINO.

EN LA ARGENTINA

LAS GRANDES CABAÑAS

La República Argentina es, sin disputa, una de las naciones que más grandes progresos ha realizado en la industria ganadera. Posee en la actualidad cabañas de primer orden, que son la admiración de los extranjeros que visitan aquel país, y especialmente de los ingleses, que en esta materia — como en tantas otras — han marchado siempre á la cabeza.

Y es la ganadería la base del engrandecimiento de la Argentina. Esta importantísima industria se encuentra actualmente en pleno desarrollo. No sólo posee aquel hermoso país rebaños numerosos, sino que en ellos están representadas en cantidades ya notables las mejores razas de reproductores del mundo; y de día en día entran en el país lotes considerables de los principales sementales de Inglaterra, Francia, etc., que los criadores argentinos adquieren á precios verdaderamente admirables, pues no se paran en medios para conseguir su objeto, á fin de cruzar y perfeccionar sus razas.

De ahí que hayan pagado últimamente algunos *hacendados y sportsmen* los precios de 500,000, 750,000 y 800,000 francos por padrillos comprados en Inglaterra y Francia. El señor Unzué ha adquirido recientemente en París el famoso caballo «Val d'Or», célebre en los hipódromos de aquel país por haber obtenido los primeros premios, y ha pagado por él la bonita suma de 750 mil francos, al contado.

Lamentamos no tener las fotografías de esos célebres padrillos para hacerlos conocer de los lectores del «ALBUM SALÓN». En cambio, publicamos en el presente número varias ilustraciones que representan vistas de la importante cabaña «Las Acacias», de los inteligentes criadores de Buenos Aires, señores Carlos C. Olivera é Hijos, cuyos productos han obtenido primeros premios en las diversas Exposiciones realizadas en la capital argentina. Dichos señores han adquirido, hace poco tiempo, el toro «Polikao II», nacido en la cabaña de los señores Vivot, situada en el Sud de la provincia de Buenos Aires, y han pagado por este ejemplar el precio de 40,000 nacionales (alrededor de 100,000 pesetas), que es el más alto que ha obtenido en el mundo hasta ahora un toro.

Y al mismo tiempo que hacemos conocer este famoso ejemplar, publicamos también una vista de un grupo de carneros Rambouillets, nacidos en la renombrada cabaña «Las Acacias», así como un rodeo de vacas y toros Durham, que pastan en los campos, saboreando las riquísimas gramillas que la naturaleza les ofrece pródiga en la estancia «Malál-tuél», propiedad de los mismos señores Olivera é Hijos.

* * *



ESTANCIA «MALÁL-TUÉL». — RODEO DE CRÍA DURHAM.

M. OBIOLS DELGADO



FLORISTA PARISIENSE.

FIESTAS DE LA

SOLIDARIDAD CATALANA

Fecha memorable, fecha gloriosa era ya para Barcelona la del 20 de Mayo, pues en tal día de 1888 vió inaugurada oficialmente su Exposición Universal, primera y hasta ahora única en España, y congregadas con tal motivo en su puerto escuadras de todos los países, siendo tan grande el número total de buques, que, como manifestación naval, no se recordaba otra de igual importancia. Desde hoy, lo será doblemente, ya que, por coincidencia feliz, si es que la circunstancia citada no fué tenida en cuenta para la elección de fecha, en 20 de Mayo de este año ha dado Barcelona una prueba elocuentísima de su progreso moral é intelectual, realizando uno de aquellos actos hermosos, conmovedores, de patriotismo, virilidad y cultura, que forzosamente han de ser admirados y aplaudidos. Nos referimos á la gran manifestación cívica y demás festejos con que la región catalana ha querido demostrar su gratitud á los diputados y senadores que se pusieron á su lado para combatir el llamado proyecto de las jurisdicciones que al fin ha sido promulgado como ley; festejos que durante tres días han tenido engalanada y sonriente nuestra ciudad, y rebosando satisfacción y entusiasmo, cual si en vez de una derrota celebrara un fausto acontecimiento.

Ajena esta Revista á toda idea política, pues nació y vive exclusivamente consagrada á las tareas literarias y artísticas, faltaría á sus propósitos si se extendiera en consideraciones acerca del referido homenaje ó discutiera su finalidad y trascendencia; pero se halla en el deber de traducir fielmente la impresión general que en propios y extraños ha dejado ese por tantos títulos magnífico espectáculo de la Solidaridad catalana, valiéndose con preferencia de los materiales que le suministran sus colaboradores fotógrafos, merced á los cuales puede ofrecer á sus suscriptores una información gráfica, más elocuente y exacta que cuanto escribiera la pluma nunca enteramente desapasionada del reporter. Las vistas que reproducimos en estas cuatro páginas hablan por nosotros: en cada una, en todas ellas se refleja la nota entusiasta, la nota alegre, por nada deslucida, por nadie turbada, á pesar de intervenir en los festejos elementos de encarnizada rivalidad y oposición, cual si ese entusiasmo, esa alegría flotaran en la atmósfera y los aspiraran á un tiempo el pueblo barcelonés y los infinitos forasteros que con él fraternizaban, compartiendo sus emociones é identificados con sus sentimientos y deseos. Sin pecar de presuntuosos, hemos de pregonar que en la ocasión presente Barcelona ha dado un grandioso ejemplo de ilustración y patriotismo.—***



El Apeadero de la calle de Aragón á la llegada de los diputados y senadores.

Fot. de Castellá.



Entrada de éstos en Barcelona, por el Paseo de Gracia.

Llegada de los mismos al Hotel Colón, donde se hospedaron.



Público estacionado en el Arco de Triunfo, esperando la manifestación cívica.



El Salón de San Juan, antes de la llegada de la manifestación.

Fotogs. de Merletti.



Tribuna en el Salón de San Juan, donde se hallaban los diputados y senadores objeto del homenaje.
Fot. de Merletti.



Paso de la manifestación cívica por delante de la tribuna. *Fot. de Castellá.*



Banquete de 325 cubiertos en el Salón Restaurant del Tibidabo. *Fot. de Merletti.*



La plazoleta del Tibidabo durante los discursos, pronunciados desde la tribuna habilitada en la estación del Funicular. *Fot. de Castellá.*

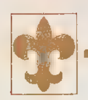




LA PRINCESA VICTORIA DE BATTENBERG

(Hoy Reina de España)





BODAS REALES

Con el ceremonial y la suntuosidad propios de la Corte española, que cuando se ofrece la ocasión recuerda aún la grandeza y poderío de mejores tiempos, y entre auras de popularidad pocas veces tan manifiesta, celebróse en el día 31 del pasado Mayo el matrimonio de S. M. el Rey Don Alfonso XIII con la Princesa Victoria Eugenia de Battenberg, cuyos preparativos vino siguiendo con verdadero interés la Nación entera desde que se iniciaron las amorosas relaciones que en la iglesia de los Jerónimos han tenido feliz santificación.

Y cual si, con motivo de este fausto suceso, la Europa toda, buena parte de América y hasta nuestros vecinos africanos se hubieran puesto de acuerdo para demostrar que España no carece de prestigio y es acreedora todavía á su consideración, los personajes que con carácter oficial han enviado á presenciar la boda han sido tantos en número y de tan elevada categoría, que ellos solos hubiesen bastado para darla un esplendor de que acaso no haya otro ejemplo. Que la opinión pública, en general, ha visto con simpatía, con satisfacción el regio enlace, no cabe dudarlo y lo ha patentizado particularmente el pueblo de Madrid, asociándose al entusiasmo oficial, en sus no escasas manifestaciones, engalanando calles y plazas, sembrando de flores el camino que debía recorrer la comitiva y vitoreando frenéticamente á los novios durante la carrera, alrededor del templo y al pie de los balcones de Palacio. Y se comprende que así fuese; pues en el alma popular, siempre noble y dispuesta á impresionarse, habían de ejercer extraordinaria influencia aquellos dos apuestos Príncipes que, rebosando juventud, llevando impresa en el rostro la felicidad que inundaba sus corazones, enlazaban sus altos destinos á impulsos de un amor dulcísimo, poético, sin que influyera para nada en esa unión eterna la malhadada razón de Estado, que en la historia de las naciones registra con harta frecuencia resultados funestos.

Mentira parece que en medio de tanta luz y expansión se fraguara villanamente en la sombra el horrible complot que una hora después de la nupcial ceremonia y antes de que la gentil pareja pudiera apreciar en toda su intensidad la dicha que el cielo le concediera, puso en inminente peligro su preciosa existencia, al sembrar en torno suyo el pánico y la muerte. Nuestra pluma se resiste á recordar el monstruoso atentado, causa más que suficiente para anular parte de los festejos y envolver los demás en nubes de tristeza; limitándose á protestar enérgicamente de tamaño salvajismo; tristísima, desconsoladora repetición de los muchos que con lágrimas de sangre ha llorado la culta Barcelona; mientras consagra un testimonio de dolor á las inocentes víctimas y eleva á los regios esposos cordialísima felicitación por haber salido milagrosamente ilesos de aquella horrible catástrofe.

De obra de la casualidad calificarán algunos tan milagrosa salvación: ¡los que sentimos hondo y vivimos todavía al calor de las creencias, preferimos admirar en ella una clara manifestación providencial, de excelente agüero para el porvenir!

* * *



Llegada de la Princesa Victoria al apeadero de «El Plantío».



EN EL PARDO — Fiesta automovilista en honor de la Princesa Victoria.

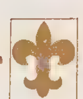
Fotografías todas de Campúa (Nuevo Mundo).



S. M. el Rey y la Princesa Coburgo-Gota en la fiesta automovilista.








Traje de boda, confeccionado en los talleres de la casa Herce.

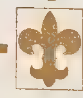




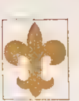

Manto del traje de boda, de cuatro metros y medio de largo.

Manto real de Isabel II, regalo del Rey á su esposa.

TROUSSEAU DE LA REINA VICTORIA





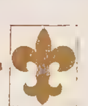

La Princesa Victoria bajando de la carroza en la Iglesia de los Jerónimos.



Los Reyes Alfonso y Victoria saliendo de los Jerónimos después de la ceremonia nupcial.






Las augustas madres de los desposados saliendo de los Jerónimos después de la ceremonia nupcial



Paso del coche de la Corona por la Puerta del Sol al regresar el cortejo al Real Palacio.












Vestido de Corte de raso color rosa.

TROUSSEAU DE LA REINA VICTORIA

Vestido «princesa» de encajes blancos.

Confeccionados en los talleres de la casa Gozálbez.

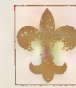


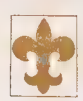


Traje de recepción de raso blanco.

Traje de recepción de crespón de china azul pálido.

Confeccionados en los talleres de la casa de Dionisia Ruiz.







El «Wedding cake». Pastel que, según la costumbre inglesa, introducida en España por S. M. el Rey, se come en el banquete de boda y la novia distribuye entre los comensales.

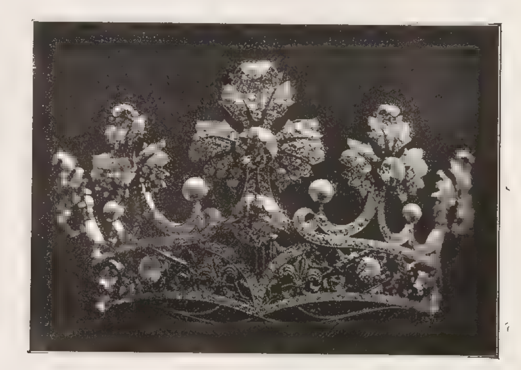
Fotografía de Underwood Underwood.



Tapa del album de pintores catalanes, regalado al Rey por los monárquicos de Barcelona. Ejecutada en los talleres de H. Miralles, según dibujo de A. Riquer y aplicaciones preciosas hechas en la joyería de los Hijos de F. Carreras.

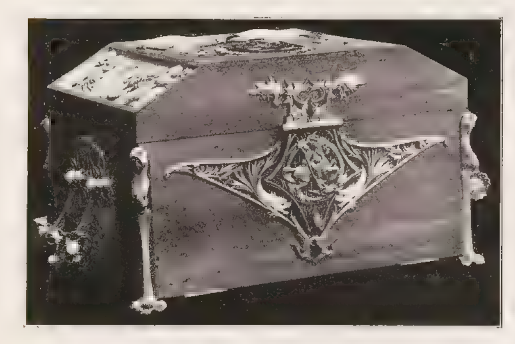


Corona regalada por el Rey á la Princesa. Entre sus otras ofrendas figuran un collar de perlas y un broche de perlas y brillantes, valuados en 2.000,000 de francos.



Corona regalada á la Princesa por los monárquicos barceloneses. Construída en los talleres de Masriera, según dibujo de Luis Masriera.

Fotografía de Matorrodona.



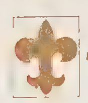
Arquilla donde va encerrada la corona de los monárquicos barceloneses.

Fotografías de Matorrodona.



¡Tapa de la mencionada arquilla.







LA CORRIDA REGIA — Palco de los Reyes.

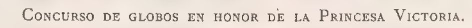
Tendido 9, ocupado por las señoritas de la aristocracia.



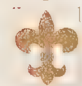
LOS REGIOS ESPOSOS

Fot. de Resines





Concurso de globos en honor de la Princesa Victoria.






ROSARIO PINO *Fotografía de Audouard.*

Primera actriz de la compañía que actúa en el teatro «Eldorado».

NOTA TEATRAL

BRILLANTE campaña está haciendo en el teatro «Eldorado» la compañía cómico-dramática, procedente del de la «Comedia» de Madrid, á cuyo frente figuran los distinguidos artistas Enrique Borrás y Rosario Pino, y que cuenta con otros de justa y ya bien cimentada reputación. No somos suficientemente calculistas para apreciar si los resultados positivos corresponden á esa brillante campaña, pero sí podemos asegurar que, en punto á honra, tanto los actores como la empresa deben estar muy satisfechos.

Por supuesto, que quien mayor satisfacción experimenta es el público inteligente y culto, pues le ofrece «Eldorado», en la presente temporada, arte verdadero, espectáculos dignos que le hagan olvidar por un momento el estado lastimoso á que ha descendido el, en otros tiempos, tan floreciente teatro español. Hoy, salvo contadas y muy meritorias excepciones, el arte escénico, engolfado cada vez más en el lodazal de una licencia por todo extremo censurable, olvida su misión de instruir deleitando y se convierte en escuela de malas costumbres, en donde actores y auditorio se contagian insensible y mutuamente, hasta olvidarse del propio decoro. Hablando con juicio y sin ambages, contrista el alma y subleva la conciencia ver que autores de nota gastan su talento en producciones de género, más que chico, grosero y repugnante, y pensar que hay actrices (por tales se dan al menos), capaces de decir y ejecutar en el proscenio frases y acciones que acaso causarían repulsiva vergüenza á mujeres... dispensadas de tenerla.



ENRIQUE BORRÁS *Fot. de Napoleón*

PRIMER ACTOR DE LA COMPAÑÍA QUE ACTÚA EN EL TEATRO «ELDORADO».

Afortunadamente, como hemos manifestado, quedan todavía autores y actores que velan el fuego sagrado, ejerciendo su delicado sacerdocio con dignidad, con entusiasmo, con vehementísimos deseos de que aquél no se apague, y estos son acreedores á toda consideración y respeto, conquistando legítimamente el cariño del público y de la prensa, que recompensan con aplausos y elogios su seria y honrosa labor. En el número de los artistas que luchan con loable denuedo por el decoro y prestigio de nuestro decadente teatro nacional figuran ventajosamente Rosario Pino y Enrique Borrás, cuyos retratos nos cabe la satisfacción de publicar en este número; lo propio que sus compañeros de «Eldorado», y los no menos aplaudidos que actúan en «Novedades», procedentes del teatro «Lara», de Madrid.

A los dos primeros los conocemos casi desde que, arrastrados por una vocación decidida, emprendieron la espinosa carrera de las tablas, y no nos equivocamos en el juicio favorabilísimo que una y otro nos merecieron, ni resultaron fallidas las esperanzas que fundamos en la firmeza de su vocación, circunstancia sin la cual no es posible pasar de una medianía, pues falta voluntad para el asiduo estudio que el arte escénico requiere.

La Pino, que además de un talento claro se recomendaba desde luego por las cualidades físicas que le ha prodigado la naturaleza, se abrió pronto paso, alcanzando un primer puesto en los teatros de Madrid, donde tiene sus reales y se la quiere de veras; Borrás, que había llegado á ser ya la primera figura del Teatro Catalán, decidióse, no sin largas vacilaciones y arrostrando la crítica de amigos y allegados, á aceptar la contrata que le ofrecía un empresario de la Corte, y como el oro de ley reluce en todas partes, y para el genio todo el mundo es patria, triunfó allí como había triunfado aquí, y hoy puede vanagloriarse de que su nombre rivalice con el de celebradas eminencias de que sólo nos queda gratísimo recuerdo. — ***

EL PILLUELO DEL RELOJ

Continuación).

—¡Es que debía ser muy hermoso este reloj, cuando todas sus figuras se pusieran en movimiento! — repuso con mezcla de admiración y de tristeza.

—¡Hermoso!, ¡que debía ser hermoso! — dijo el rapavelas, halagado en su amor propio de sacristán y de alsaciano, — tan hermoso era que, no sin fundamento, este reloj fué tenido y considerado, mientras anduvo, como la tercera de las maravillas alemanas.

—¡Mientras anduvo! ¿Por qué no anda ahora? ¿Por qué no lo hacen que ande?

—A ti te están esperando para que lo hagas andar. Habrá granuja, — dijo todo hosco el rapavelas, recobrando su acritud y su irascibilidad habituales. — Largo, largo á la escuela, — añadió. — Yo me estoy aquí perdiendo contigo mi tiempo y mi paciencia, y veo que vienen unos extranjeros á los cuales he de acompañar para enseñarles y explicarles todo lo que hay que ver aquí, que es mucho y bueno, — y al decir esto, componiendo cuanto le fué posible su nada atractivo semblante, dirigióse, afable, risueño y servicial, al encuentro de los que llegaban, sin escuchar al muchacho que, con la mayor humildad posible, le decía:

—¿Me permitís que oiga lo que váis á decir á esos señores?

Bien porque no lo oyera, bien porque no quisiera hacer caso de él, el rapavelas, atento sólo al provecho que los extranjeros podían proporcionarle, no contestó al muchacho, el cual, interpretando á su favor este silencio, por aquello de que el que calla otorga, se incorporó al grupo de los que á visitar la catedral venían, y mezclado y confundido con ellos pudo, á todo su sabor, escuchar al famoso sacristán, que, procurando aparecer amable, porque á mayor amabilidad mayor propina, se expresaba, nó sin cierto énfasis por cierto, de este modo:

» Antes de que Julio César, vencedor en la sangrienta batalla de Vannes, hiciera de las antiguas Galias una provincia romana, había en este mismo sitio un bosque sagrado, que los legionarios del famoso capitán é historiador talaron y destruyeron; edificando en medio de él un templo á Hércules, templo del cual, aunque sólidamente construído, no quedaba ya nada, cuando Clodoveo, rey de los francos, hizo construir, en el mismo lugar ocupado por el edificio pagano, una catedral de madera, á la que posteriormente Pepino *el Breve* quiso añadir un coro de piedra y una capilla subterránea, cuyas obras no pudieron quedar terminadas hasta el célebre emperador Carlo Magno.

» Nada, sin embargo, de todo lo hecho en aquella época existe hoy, porque la primitiva catedral fué, en el año 1002 de la era cristiana, entregada á las llamas por los soldados de Herman, duque de Alsacia, siendo la obra de destrucción que aquellos feroces guerreros comenzaron, terminada poco tiempo después por un rayo, que derrumbó y destruyó lo poco que aún en pie se sostenía.

» Sobre aquellas calcinadas ruinas, sentando tal vez los cimientos de la nueva construcción en el granítico pavimento de la capilla subterránea que el rey Pepino hizo labrar en la roca, Werner, obispo de Ausgburgo, dió en 1015 comienzo á las obras de la catedral que existe hoy, obras que duraron más de dos siglos, puesto que no fueron terminadas hasta el 1275, en cuyo año, terminado ya lo que pudiéramos llamar el templo, otro obispo, Conrado de Pichtemberg, empezó la edificación de esta torre maravillosa, de este prodigio de arte, debido al genio del célebre Erwin de Steinbach que lo ideó y trazó y bajo cuya inmediata dirección se dió comienzo las obras.

» Fueron continuadas éstas, al morir Erwin, por su hijo Juan y

últimamente por Hultz de Cologne, el cual, ciñéndose estrictamente al trazado y planos de Erwin, las dió término y glorioso remate en 1439. Esta torre, por su elevación, por su esbeltez, por su ligereza y elegancia no tiene igual en el mundo, porque su aguja, que se eleva á 437 pies, está toda ella calada y únicamente sostenida por la bien dispuesta mampostería de los ángulos.

» No hay monumento en el mundo, no ya que supere, pero ni siquiera que iguale en elevación á nuestra torre; porque la cúpula de San Pedro de Roma no tiene más que 430 pies, 425 la torre de la catedral de Viena, y 422 la principal y más grandiosa de las pirámides de Egipto; bien es verdad, señores, — y al decir esto, los pequeños y normalmente apagados ojos del escuálido rapavelas brillaban de orgullo y entusiasmo patrios — que la torre de la catedral de Strasburgo es la primera maravilla de Alemania.»

Terminada esta primera parte de su tarea de información, de intento y para no distraer con su charla la atención de los extranjeros, que con verdadero entusiasmo miraban y admiraban la atrevida torre cuyos primorosos calados, más bien que obra ejecutada con gruesas y formidables piedras, parecen sutil encaje ó delicada y artística labor de filigrana, nuestro sacristán hizo una larga pausa; pero, pensando tal vez que de un momento á otro podían acaso llegar otros touristas á visitar la catedral, y ser, en vez de una, dos, tres, ó más, las propinas que cayeran en el día, vencido su entusiasmo por las glorias y grandezas de su país, por el amor al dinero, se apresuró á reanudar la interrumpida tarea, diciendo á los visitantes:

» Vista ya esta prodigiosa torre, que ni tiene, ni tendrá jamás otra, no ya que la iguale, pero ni siquiera que á ella se aproxime en elevación y esbeltez, vean ahora los señores la tercera de las maravillas de este rico y poderoso país, ó sea este incomparable reloj, que, á pesar de haber sido construído en el año 1580, es decir, cuando las artes mecánicas no eran, ni con mucho, lo que hoy son, representaba todas las revoluciones del calendario y del cómputo eclesiástico, las ecuaciones y movimientos del sol y de la luna, y como si todo esto no fuera bastante, cada vez que sonaba una de las veinticuatro horas del día, estas hoy inmóviles figuras de los apóstoles se ponían en movimiento para saludar reverentes al Señor, y este gallo, emblema de la vigilancia, batía sus alas y cantaba. Nada, señores, tan bello, nada tan magnífico y admirable, como este reloj, mientras anduvo, pero ¡ay de mí! que fué muy poco tiempo, porque el mismo que inventó su maravilloso mecanismo, hubo poco después de destruirlo.

» Cuenta la tradición y una vieja crónica de aquella remota época, que temiendo el magistrado de la ciudad que Habrecht — así se llamaba el inventor y constructor de este portento — reprodujera en otro país, ó por lo menos en otra ciudad alemana esta maravilla que únicamente Strasburgo era llamada á poseer, se apoderó una noche del artífice, y con bárbara crueldad mandó é hizo que le arrancaran los ojos.

Tan negra é incomprensible ingratitud, tan alevoso y horrible crimen, que ni el más exaltado y más loco de los entusiasmos por las glorias de un pueblo puede, no ya disculpar, pero ni explicar siquiera, tuvieron su justo y merecido castigo, porque Habrecht, viéndose tan fiera y cruelmente herido y con tan villana ingratitud pagado, buscó y halló modo de acercarse á la complicada y prodigiosa maquinaria que ponía en movimiento tan hermosas y múltiples figuras, y, una vez conseguido esto, iracundo, desesperado, frenético, destrozó uno por uno los ejes y resortes principales de esta maravilla, que nadie, después que él la inmovilizó, ha sabido componer y que desde entonces no anda.»

— Andará: yo haré que ande — exclamó una voz infantil llena de fe, de convicción y de entusiasmo.

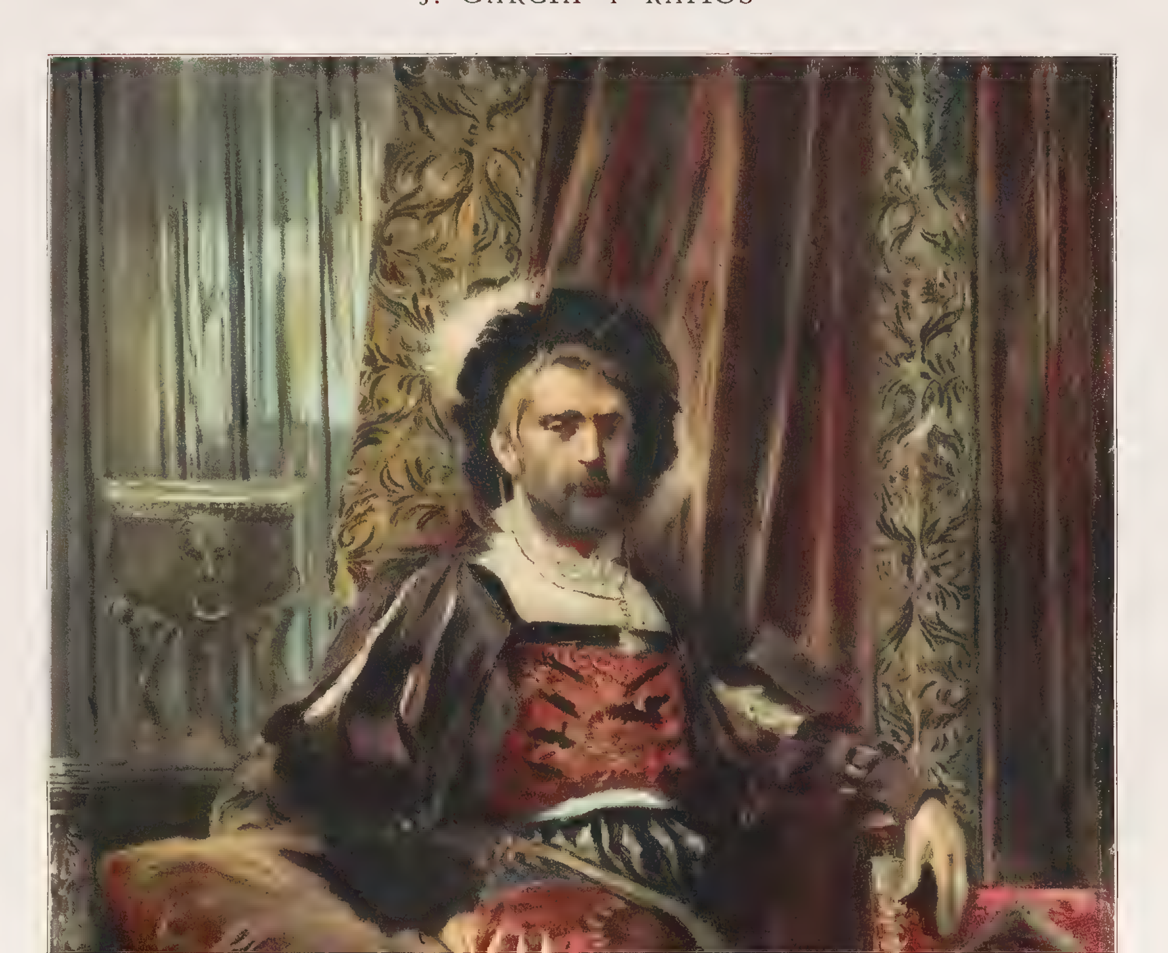
Santiguóse medroso el rapavelas creyendo que tan arrogantes y soberbias palabras únicamente podían haber salido de los blasfemos labios de aquel que un día y al grito de *¡quién como yo!* se alzó rebelde contra su Dios y Señor; pero, repuesto algún tanto de su susto, y comprendiendo por las miradas y sonrisas de los extranjeros y por la actitud del propio muchacho que era él y no el ángel caído el que con tanta soberbia había hablado, — tú, granuja, tú... — dijo lleno de indignación, y agarrándole por una oreja y haciéndole girar sobre sus talones hasta colocarlo de espaldas á sí, levantó iracundo una de sus inconmensurables piernas para darle un puntapié, que el muchacho, ágil y diestro, logró evitar con un airoso regate; gracias al cual, sobre librarse de todo daño, vino á dañar, aunque involuntariamente, á su cruel enemigo, el cual, no encontrando la resistencia necesaria para contrarrestar el violento impulso de su fuerza, tambaleó, perdió el pie y dió por fin en tierra con sus huesos.

Riéronse sin poderlo evitar los extranjeros de tan cómica escena, y cuando todo hosco, fiero y mohino se levantó el sacristán



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE AVILA. — Cuadro de GIMÉNEZ MARTÍN.

J. GARCÍA Y RAMOS





ESTUDIO PARA UN CUADRO

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).



In extremis. — Escultura de J. Campeny.
Primera de las segundas medallas concedidas en la Exposición de Bellas Artes de Madrid.

con ánimo de castigar al causante de su caída, vió que éste, ya á respetable distancia, puesto en la punta de su naríz el dedo pulgar de la mano izquierda, apoyando en el meñique de ella el pulgar de la derecha y bien extendidas ambas manos, le hacía una burlona mueca, que contra su voluntad hubo de dejar impune, porque sobre que estaba seguro de no poder alcanzar al chicuelo, pensó que para correr tras él tendría que abandonar á los que acompañaba y perder la apetecida gratificación que esperaba de ellos, cosa que, á decir verdad, le hubiera dolido más que el golpe recibido en la caída.

Resignóse, por tanto, á dejar su venganza para mejor ocasión; juróselas entre dientes al muchacho; limpióse como pudo el polvo al rodar por el suelo recogido, y, no pudiendo hacer cosa mejor, continuó, sonriente por fuera y dado á los demonios interiormente, su plácida labor de cicerone.

***

El 31 de Diciembre de 1842 la ciudad de Strasburgo, francesa en aquella época, presentaba un aspecto de extraordinaria animación y de inusitados alborozo y regocijo.

Adornados, en efecto, con ricas y vistosas colgaduras y con flotantes banderas y gallardetes los balcones de todos los edificios públicos; de igual suerte y con profusión igual aparecían engalanados desde los más soberbios palacios hasta las viviendas más humildes, y todo era contento, satisfacción y alegría en Strasburgo, por cuyas calles transitaban expansivos y bulliciosos, no sólo los habitantes de la ciudad, sino también los de todas las poblaciones circunvecinas, dirigiéndose en numerosos y compactos grupos hacia la plaza de la catedral, porque en ella radicaba la causa del entusiasmo público, puesto que el motivo de la general alegría era que el portentoso reloj de la Basílica, la maravillosa obra que Habrecht había creado primero y destruído después, y que todos creían parado para siempre, iba á resurgir espléndido de nuevo, haciendo que de nuevo la capital de la Alsacia pudiera ostentar ufana tan admirable y valiosa maravilla.

Schewilgne, famoso relojero, hijo de la ciudad, que hacía ya meses venía ocupándose en recomponer y arreglar la complicada maquinaria del parado reloj, había ofrecido solemnemente que á las seis de la tarde, y después de dos siglos de mortal quietud, recobraría su marcha y movimientos primitivos, y como Schewilgne lo había ofrecido así, y las pruebas hechas ya habían demostrado la exactitud de su promesa, desde muchas horas antes la población en masa, ó, por mejor decir, la Alsacia toda, se dirigía anhelante hacia la plaza de de la catedral, ávida de presenciar lo que llamaré resurrección de la tercera maravilla de Alemania.

Y no eran únicamente las masas populares las que en compactos grupos hacia la anchurosa plaza se dirigían, puesto que una hora antes de la señalada para el acto oficial de bendecir y hacer andar al reloj, una comitiva, sino la más brillante, la más entusiasta y magnífica que puede ofrecer un pueblo, se dirigía también á presenciar el glorioso y esperado acontecimiento.

He calificado de la más entusiasta y magnífica comitiva que puede formar un pueblo, á la que hacia la catedral se dirigía, y la he calificado así, porque no estaba compuesta ni formada como esas comitivas de complacientes cortesanos que sin entusiasmo alguno y casi siempre con marcado hastío siguen el paso de los reyes, ni tampoco como esas multitudes deslumbradoras y llenas de galones y bordados de oro que el poder y los gobiernos ostentan en las fiestas oficiales; la comitiva por la ciudad de Strasburgo formada era la manifestación del entusiasmo y del patriotismo generales; la expresión sincera y delirante del sentimiento unánime de un pueblo que, entusiasta, feliz, orgulloso del triunfo de uno de sus hijos, corría presuroso á rendir un brillante homenaje al poderoso esfuerzo del humilde y honrado obrero que, como Jesús dijo á Lázaro, iba á decir á la tercera maravilla de Alemania: «Resucita y anda; vive.»

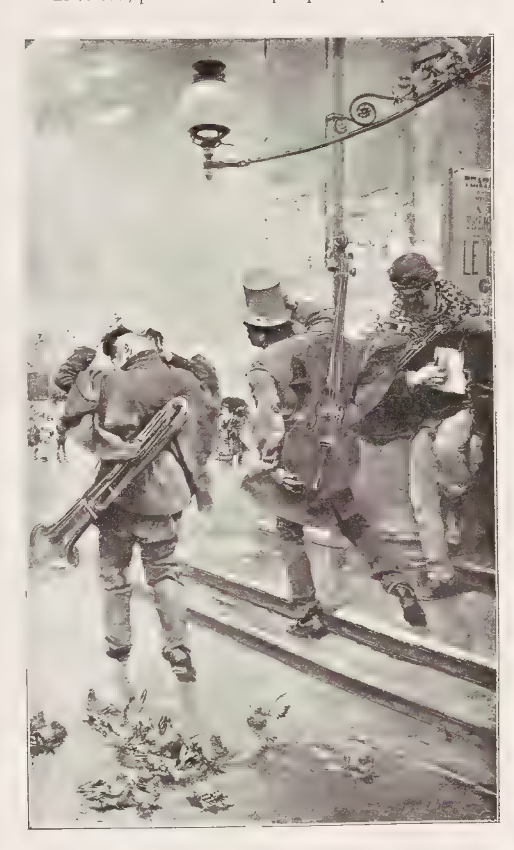
(Concluirá). Mariano VALLEJO

EL EGOISMO

Seleucis había llevado una conducta intachable. Fué mercader y no engañó jamás á nadie en el peso ni en la medida; fué juez y no vendió jamás su conciencia; tuvo una mujer más impertinente que la de Sócrates y nunca le puso la mano encima; pudo matar impunemente á un hombre que le causara grave daño y le perdonó la vida; debió altos cargos al voto de sus conciudadanos y no se mofó de ellos.

Cuando llegó ante el trono de Zeus, advirtió que el dios parecía malhumorado.

— ¿Con qué derecho pretendes gozar de mi presencia?
— Seguí siempre tu ley, Señor, y jamás causé daño á nadie.
— Es verdad; pero no me dices por qué así te portaste.



Una murga romana. — Cuadro de J. García y Ramos.

—Porque tales eran mis inclinaciones, Señor, porque tal fué tu voluntad.

Zeus frunció el ceño y temblaron las esferas.

—No mientas. Veo y sé. No robaste siendo mercader porque, á fuer de listo, sabías que no engañando tendrías más clientela; no perjuraste siendo juez, porque sabías que así llegarías á más altos cargos; no pegaste á tu mujer por cobardía y por no incomodarte; concediste la vida á tu enemigo porque pensaste en tu salvación; no burlaste la confianza de tus conciudadanos porque quisiste vivir honrado, siendo un egoísta de tomo y lomo. Sólo pensaste en ti; tu persona y tu alma fueron tu único pensamiento. Y pues sólo pudiste pensar en ti, en ti solo, solo permanecerás por los siglos de los siglos. ¡Ve!

* * *

FIESTA DE LA MUSICA CATALANA

Este acto hermoso y solemne, instituído por el «Orfeó Catalá», celebróse en el presente año con mayor esplendor que en los anteriores, contribuyendo á ello, sin duda, el que se otorgaba por primera vez la Flor natural y haber verdaderos deseos de conocer la composición premiada. El teatro de «Novedades» ofrecía deslumbrador aspecto por el buen gusto con que los artistas señores Brosa (don Víctor) y Brunet, habían adornado el local con vistosos frisos, tapices, guirnaldas y macizos de flores, banderas y plantas tropicales. En el escenario se había colocado el trono dispuesto para ocuparlo la Reina de la fiesta. El Ayuntamiento, la Diputación provincial, el jurado y representantes de otras corporaciones y entidades tomaron asiento en lugar preferente.

Ni una sola localidad quedó por ocupar, y las galerías rebosaban de público, predominando el bello sexo. Leídos por el presidente del «Orfeó», señor Cabot, el discurso del presidente del jurado, maestro Nicolau—trabajo meritísimo,—la Memoria escrita por el maestro Millet y el veredicto del jurado por el secretario del «Orfeó», señor Doménech, resultó ser el favorecido con la Flor Natural, el tantas veces laureado maestro compositor y profesor del Conservatorio del Liceo don Federico Alfonso por su coro mixto, titulado «A les estrelles», escrito sobre la poesía de Mossen Jacinto Verdaguer. Seguido de los señores de la Junta del «Orfeó» y de dos hermosas niñas que representaban ser las damas de honor de la Reina, y en medio de estruendosos aplausos, el autor premiado se dirigió al palco platea número 24, haciendo



Srta. FLORA ALFONSO
proclamada Reina de la Fiesta. *Fot. de Napoleón.*



Maestro FEDERICO ALFONSO
que obtuvo la Flor Natural. *Fot. de Napoleón.*

entrega de la Flor Natural á su gentil y bellísima hermana Flora Alfonso, designada por él para Reina de la fiesta, la cual, á los acordes de la marcha de los Reyes de Aragón, ejecutada por la Banda municipal y conducida del brazo de su hermano se dirigió á ocupar el trono, siendo acogida su presencia con prolongados y entusiastas aplausos.

Vestía la Reina rico y elegante traje blanco de seda, con valiosas aplicaciones de pasamanería y encajes y lucía la clásica mantilla catalana.

Las señoritas coristas vestían también de blanco, ofreciendo una nota simpática. Acto seguido se cantó la obra premiada, que produjo un entusiasmo delirante.

He aquí lo que acerca de su mérito dice el ilustrado crítico musical don F. Suárez Bravo:

«Para presentarse en este concurso, el joven compositor ha ido á inspirarse en una producción que, por la alteza de la concepción poética y por el ambiente de religiosidad y de grandeza que en ella se respira, exigiera del músico algo más que el dominio técnico de la forma musical: esta producción es la titulada *A les estrelles* de Verdaguer.—La obra del señor Alfonso está escrita á doce voces, y, sin embargo, no se nota en ella el aspecto compacto y macizo en que tan fácil es incurrir cuando no se tiene mano ligera y hábil para manejar un material sonoro tan complicado. Hay transparencia en la labor: las distintas voces se destacan claras y sueltas, y esa misma claridad se advierte en el plan general. Las voces blancas describen con sus agudas notas tenidas, como en un pedal ideal, aunque con ligeras ondulaciones, el centellear de los astros en una noche serena; las voces varoniles elevan el canto del hombre absorto ante el espectáculo sublime: ya en unísonos graves, ya harmonizándose todas las voces en crescendo muy bien conducido, el músico comenta la expresión religiosa del poeta. Sobre dos temas se halla construída toda la composición, que si todavía parecen no tener una decidida marca personal, se hallan manejados con sobriedad y buen gusto, logrando la composición, al ser ejecutada, un aplauso entusiasta.»

El maestro Alfonso fué también galardoneado con el premio del «Orfeó» por sus canciones harmonizadas para coro mixto «La Dama d'Aragó» y «La Filadora»; ésta tuvo que repetirse en medio de los aplausos del auditorio.

También obtuvieron premios los maestros Areso, Llongueras, Serra, Bosch, señorita Eulalia Lambert, Casademunt, Gibert, Cumellas y Romeu. Se concedieron varios accésits y menciones.

La fiesta terminó con un discurso de gracias del presidente señor Cabot.

* * *

A. DE FERRER



LAS PABORDESAS — Fiestas mayores de Cataluña (Alta montaña).

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).



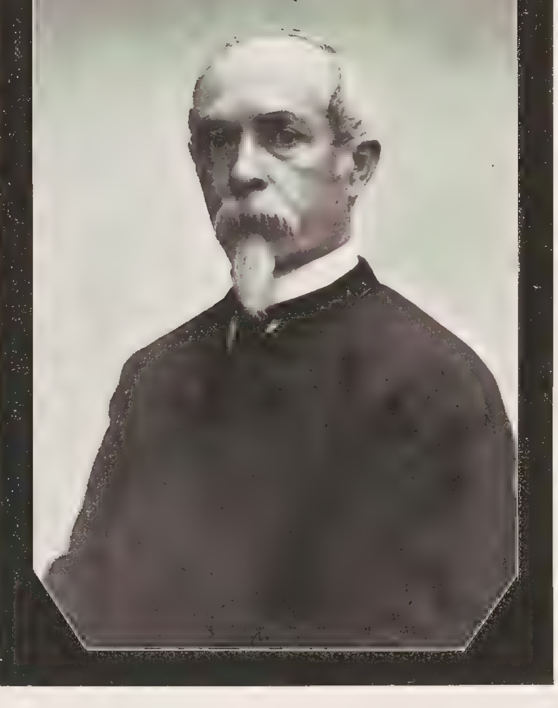
Cuadro de José Texidor.

NÚMERO DEDICADO Á LA MEMORIA DEL DISTINGUIDO PINTOR CATALÁN.
JOSÉ TEXIDOR, É ILUSTRADO EXCLUSIVAMENTE CON ORIGINALES DEL MISMO

† JOSÉ TEXIDOR

De tal modo corre el tiempo para los que ya peinamos canas, que con haber transcurrido unos catorce años desde que la muerte ejerció su destructora misión en el distinguido artista cuyo nombre encabeza estas líneas, — marco de su retrato — y que nos honraba con su amistad, nos parece que sólo han pasado algunos meses desde que dejó de existir; y esa creencia da, para nosotros, carácter de actualidad al homenaje que en este número le tributamos, toda vez que el recuerdo de su personalidad, respetabilísima en todos los terrenos, se mantiene todavía fresco y agradable en nuestra memoria. Además de que para honrar á un hombre bueno, laborioso y de talento, como lo era nuestro amigo, toda ocasión es oportuna, y no habíamos de desperdiciarla, después de desearla tanto, hoy que sus hijos, — también amigos nuestros — nos la han proporcionado, facilitándonos algunos de los originales y copias fotográficas que de la obra de su señor padre, como sagrada reliquia, conservan.

José Texidor nació en esta ciudad en el año 1826. Desde la más tierna edad mostró gran afición á la pintura, como si presintiera ya su sino; pero, respetando la voluntad de su familia, no se entregó desde luego al estudio del arte que tan brillante porvenir le brindaba, sino que hubo de dedicarse, á instancias de su abuelo, médico muy conocido en Barcelona á principios del pasado siglo, al ramo de lampistería; industria susceptible entonces de gran desarrollo, á causa del reciente invento del gas. En el ejercicio de esta profesión, vióse naturalmente precisado á aprender dibujo, para la proyección y construcción de aparatos, y lo hizo con aplicación tal y tanto provecho, que, siendo todavía muy joven, fué nombrado director de la primera fábrica en España — establecida en esta capital — de bronces y otros metales; en cuya época proyectó, dirigió y colocó el primer aparato para gas, muy suntuoso por cierto, que figuró en el salón de descanso del Gran Teatro del Liceo.



Adoptado é instalado por aquel entonces en Francia el nuevo sistema decimal, la fábrica que Texidor dirigía en Barcelona fué la encargada por el Gobierno español de fabricar todos los aparatos—medidas de longitud, capacidad, peso, etc.—que había resuelto enviar á las provincias todas, para su aplicación, y á este efecto tuvo que ir á París, de donde, después de estudiar convenientemente la cosa, se trajo la maquinaria y operarios indispensables para confeccionar los clichés-modelo, de que hizo luego entrega al Ministro del ramo, en Madrid.

Naturalmente, la dirección que ejercía obligábale á frecuentes viajes al extranjero, en busca de nuevos adelantos, y como, arrastrado por su siempre viva afición á la pintura, no dejaba de visitar allí los principales Museos y las Exposiciones, esta afición llegó á dominarle, hasta tal extremo, que, al tener la independencia necesaria, casado ya y con hijos, abandonó su honrosa y muy productiva profesión, para dedicarse definitivamente al cultivo del arte pictórico, determinación á que contribuyeron en gran parte las instigaciones repetidas de su amigo, más que maestro, el conocido pintor catalán Ramón Martí y Alsina, en compañía del cual realizó nuestro biografiado varios viajes á la capital de la vecina nación.

José Texidor mostró desde luego predilección especial por el paisaje, en cuyo género llegó á conquistarse una excelente reputación y muy lisonjeras distinciones; entre ellas, un premio en la Exposición General de Bellas Artes de Madrid en 1864, y el honor, que el artista tiene en alta estima, porque no suele prodigarse, de que el Estado adquiriera uno de sus lienzos. En la pintura del retrato, á que también se consagró con verdadero afán, su labor era inmejorable, pues, además de su finura y delicadeza como colorista, poseía el privilegio de saber imprimir al retrato el carácter del original y su exacto parecido, precisamente lo que, dentro del género, implica mayores dificultades.

Durante muchos años acudieron á su taller, convertido en cátedra de dibujo y pintura, gran número de discípulos, que tenían en singular aprecio los consejos de tan idóneo profesor; consejos leales y basados siempre en la obra de los grandes artistas antiguos y modernos, que Texidor había admirado y estudiado detenidamente en los Museos y Exposiciones de las más importantes capitales europeas.

Por su iniciativa y con la cooperación de su amigo, el no menos conocido maestro de obras Gerónimo Granell, también difunto, se llevó á cabo la «Sociedad para Exposiciones de Bellas Artes», que algunos recordarán y que levantó edificio propio en el Paseo de Gracia — chaflán de la Granvía — donde hoy existe el palacio Marcet.

Laborioso por temperamento y dotado de un admirable espíritu de empresa, instaló en 1868 una galería fotográfica que constituyó un verdadero adelanto para la Ciudad Condal, merced á haberla impreso un carácter artístico hasta entonces ajeno á esta clase de establecimientos, considerados simplemente como empresas industriales; habiéndole valido su esfuerzo en pro del progreso un premio especial que le otorgó la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, de la cual era socio y miembro de varias comisiones.

Sin dejar de mano su paleta, á la que rindió ferviente culto hasta el día de su muerte, fundó después el tan conocido y acreditado establecimiento de material artístico de la calle de Regomir, en donde se proveían casi todos los artistas catalanes, á los que con cariñoso afecto ayudaba por cuantos medios podía, para que llevasen á feliz término sus laudables aspiraciones; establecimiento que, en mayor escala y restaurado á la moderna, con exquisito gusto, explotan en la actualidad los Hijos de Texidor en la calle de Fontanella y cuyos lujosos escaparates atraen justamente la atención del público.

¡No puede, en verdad, darse una vida más activa y aprovechada!

De trato bondadoso y cortés; incapaz de perjudicar á nadie, ni siquiera en pensamiento, y dispuesto, por el contrario, á favorecer á cuantos legítimamente necesitaran de él, cabe decir que pasó los mejores años años de su harto corta existencia, granjeándose simpatías y cosechando amistades: así se comprende que, á los catorce de habernos abandonado, lo recordemos como si existiese todavía y le lloremos como si acabara de fallecer.

No siempre la virtud y el trabajo alcanzaron en la tierra justa recompensa, pero en el cielo sí, siempre. ¡Sírvanos de consuelo á familia y amigos, que el alma de José Texidor está de seguro gozando en el seno del Señor la paz de los justos!

* * *



Campesina balear. — Cuadro al óleo.

EL PILLUELO DEL RELOJ

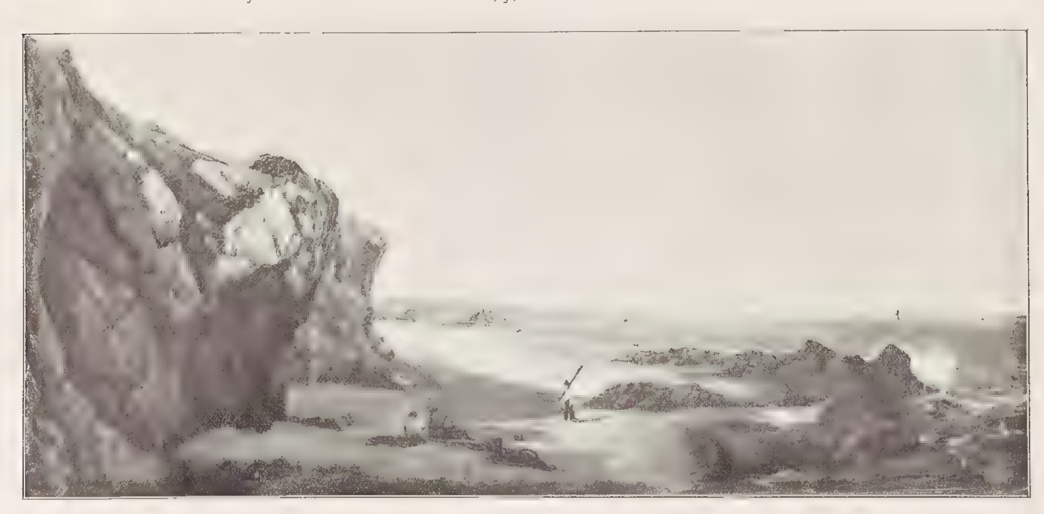
(Conclusión).

En medio de una doble fila de soldados, porque el ejército, que también es pueblo, tomaba también parte en la fiesta, adelantaban dos de hombres á caballo, llevando hachas encendidas; después una banda de música militar y un numeroso coro de cantores, y, por el orden con que voy á consignarlas, la gran bandera de la ciudad con la imagen de la Santísima Virgen y del niño Jesús; la diputación de maestros obreros, acompañada por las corporaciones y gremios con sus estandartes y banderas correspondientes; los obreros del taller de Schewilgne, orgullosos de trabajar á las órdenes de maestro tal, y los de las fábricas de Graffenstaden, seguidos de los discípulos de la escuela industrial y de una numerosa representación del cuerpo de artillería; la cual llevaba un hermoso transparente representando el célebre reloj y la figura de la Astronomía coronando el busto de Mr. Schewilgne, bajo el cual se leía esta inscripción: «A Schewilgne, la escuela industrial.»

Toda esta comitiva que acabo de describir, precedida, seguida y acompañada por muchos miles de almas, afluyó y se apiñó como pudo en la plaza de la catedral, donde Monseñor el Obispo, revestido de sus hábitos pontificales, precedido de los tuliferarios y acólitos, portadores de la cruz y rodeado de todas las autoridades eclesiásticas y civiles, esperaba ya y se adelantaba al encuentro del restaurador del célebre y prodigioso reloj que, cuarenta y tantos

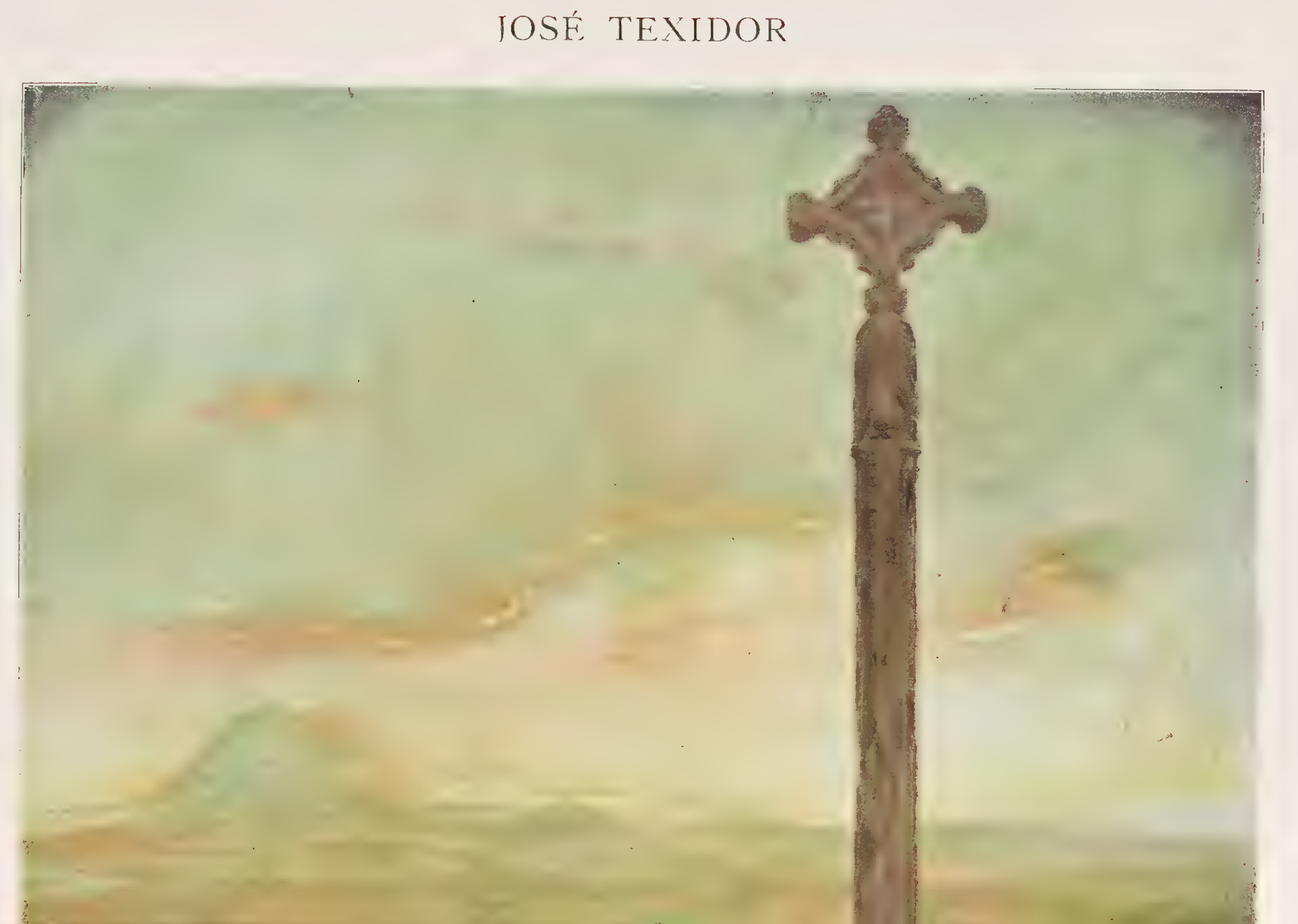


Ultimo cuadro de Texidor, pintado tres días antes de su muerte.



MARINA Mongat (Barcelona). — Cuadro al óleo adquirido por el Estado en la Exposición de Bellas Artes de Madrid en 1864.

JOSÉ TEXIDOR





¿ENCARA NO VE? (¿No viene todavía?)

maravillosa máquina, inmóvil aún y que, gracias á su aplicación, á su genio y á su constancia, debía dentro de breves instantes recuperar su marcha y movimientos primitivos

Y así, en efecto, fué; porque no bien Monseñor el Obispo bendijo el famoso reloj, esparciendo sobre él el agua santa, y el cabildo y la capilla de cantores de la catedral terminaron sus cánticos sagrados, cuando Schewilgne, seguro de su triunfo, se adelantó con paso firme hacia él, le tocó con su hábil mano y como por encanto é inmediatamente sus agujas comenzaron á girar, el ángel señaló las seis, los apóstoles, inmóviles durante más de dos siglos, volvieron á pasar é inclinarse reverentes delante de su divino maestro; el cuadrante marcó las diversas revoluciones del calendario, del cómputo y de las ecuaciones astronómicas, el gallo agitó sus alas y cantó, y la potente voz de la sonora campana, dilatándose en ondas sonoras, anunció á la ciudad que la restauración estaba hecha; que la tercera maravilla de Alemania vivía y andaba nuevamente.

Un grito, un inmenso grito, compuesto de muchos miles de exclamaciones de admiración resonó en el momento mismo, y la muchedumbre, delirante, entusiasmada, loca de alegría, aclamó una, y otra, y otra y un millón de veces más el nombre de Schewilgne, que, vitoreado incesantemente, fué llevado en triunfo hasta la modesta casa donde aquel preclaro y laborioso hijo del trabajo había concebido y ejecutado la prodigiosa restauración.



Estudio del natural.

años antes, cuando el sacristán mayor de la catedral la enseñaba á unos extranjeros, le hizo prorrumpir en éstas que el rapavelas juzgó poco menos que satánicas palabras: *Andará, yo haré que ande;* porque bueno será decir que Mr. Schewilgne, el admirado restaurador de la tercera maravilla de Alemania, era ni más ni menos que aquel odiado muchacho que el irascible sacristán mayor de la catedral llamaba el pilluelo del reloj.

Nuestro pilluelo, pues, transformado ya en Mr. Schewilgne, volvía después de muchos años á encontrarse delante de aquella



Cabeza de estudio.

***

Voy á concluir esta historieta.

Al sonar las doce de la mañana siguiente, un hombre muy anciano, seco, escuálido, pero extraordinariamente alto, puesto que á pesar de que los años encorvaban su cuerpo, amenguando, por tanto, su descomunal estatura, sobresalía entre los más altos, contemplaba con admiración y entusiasmo y como otras muchas personas el movimiento de las múltiples figuras del maravilloso reloj de la catedral, cuando otro hombre, que podría tener unos cincuenta años; se acercó á él y, tocándole cariñosamente en el hombro, le dijo:

—¿No me conocéis?, ¿no os acordáis ya de mí?

—La verdad, caballero, no os recuerdo. Dispensad, no sé quién sóis,—le contestó el anciano.

—Yo sí os conozco y os recuerdo perfectamente. Vos, aunque ya no prestáis servicio, sóis el antiguo sacristán mayor de la catedral; y yo os recuerdo desde que, teniendo unos ocho años y á fines del siglo pasado, quisísteis obsequiarme con un soberbio puntapié porque ofrecí, lleno de convicción y de entusiasmo, que este reloj andaría y que yo le haría andar. El reloj anda, como véis, y yo, Schewilgne, que lo he restaurado, quiero que bebáis á mi salud y celebréis la nueva vida de la tercera maravilla de Alemania. Tomad, amigo mío, tomad esta moneda,—añadió, poniendo una de oro en las temblorosas manos del estupefacto ex sacristán mayor, el cual, al tomarla, exclamó lleno de asombro:

—¡Y yo que odiaba tanto á aquel muchacho! ¡A aquel fastidioso muchacho que es hoy Mr. Schewilgne! Gracias, señor, gracias; pero más que por los veinte francos que me dáis, porque soy alsaciano, porque he nacido en Strasburgo, porque he pasado mi vida entera dentro de esta catedral, y este reloj anda y se mueve. ¡Que Dios, señor, os bendiga!

Mariano VALLEJO



Paisaje en San Hilario Sacalm. — Cuadro al óleo.

LA VIDA

Reunidos todos los hombres, clamaban contra la vida. Y he ahí que, de pronto, surgió entre ellos una aparición radiosa, que deslumbró todas las miradas, como si de pronto se hubieran encendido mil soles, é hizo palpitar con nueva fuerza todas las arterias, como



Apunte para el retrato de su esposa.

si de súbito tuviera la sangre bríos más potentes. Era que la Vida llegaba para contemplar de cerca á los que animara con su soplo, y, aun los que contra ella blasfemaban, sentían el beneficio de su presencia. Majestuosa y bella, contemplaba con lástima su obra, y desdeñosa oía las imprecaciones de los que no supieron aprovechar sus dones.

— No he vivido sino para padecer, — gemía un gotoso.

— Mi existencia ha sido una lucha continua y una derrota constante, — clamaba un pordiosero.

— El amor, el más apreciado de los dones, me ha inutilizado para siempre, — mascullaba nn atáxico.

— La dicha ajena causa mi tormento, — rugía un envidioso.

— Mis amigos me han engañado, — exclamaba un embustero.

Y el tremendo coro aumentaba á cada instante, y la Vida escuchaba con desdén imprecaciones y quejas.

Cuando más formidable era la tempestad desencadenada por su presencia, la Vida paseó su mirada soberana por aquel mar de cabezas doloridas ó repugnantes, y brilló la atmósfera, y palpitaron con mayor fuerza todos los corazones. Los ojos luminosos descubrieron dos bocas inmóviles, que no maldecían ni se quejaban.

— ¿Por qué no abominas de mí como tus hermanos? — preguntó la Vida á uno de los dos hombres.

— Porque no he conocido jamás la ambición, ni el odio, ni la envidia, ni la ira. Soy idiota.

— Y tú, — repuso la Vida, dirigiéndose al otro que permanecía callado, — ¿cómo no me maldices?

El taciturno se encogió de hombros, y con un ademán indicó que era mudo.

Comprendió la Vida la tremenda leeción y desde entonces abominó de aquellos que no sabían apreciar sus dones.

La Vida desapareció airada, y por primera vez conocieron los hombres el rostro de la Muerte.



Apunte para el retrato de su hijo Emilio.

***

LA MUERTE

No hay servidor más solícito y puntual que la Muerte, desde que la Vida le encargó del cuidado de aliviar las humanas desdichas.

— Tu vida es un perpetuo tormento; padeces sin esperanza de mejorar de estado. ¿Quieres que acabe con tu agonía?

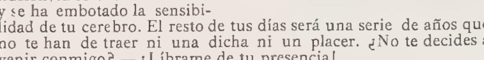
— ¡Aparta! ¡Huye! ¡Perdóname!

— Han muerto tu esposo, tus hijos; estás sola en el mundo; eres vieja y miserable: la enfermedad te muerde. ¿Quieres descansar para siempre?

— ¡No, no! ¡Deja que viva!

— No te queda ninguna ilusión: tu corazón ha muerto y se ha embotado la sensibilidad de tu cerebro. El resto de tus días será una serie de años que no te han de traer ni una dicha ni un placer. ¿No te decides á venir conmigo? — ¡Líbrame de tu presencia!

Apunte para el retrato de su hijo Modesto.



— Eres un fracasado, un imbécil destinado á ser blanco de las ajenas burlas. Nadie te hace caso, nadie te odia, nadie te envidia. ¿Qué provecho sacas de vivir? — ¡Por lo menos vivo!

— Hace años que estás en la cárcel y no saldrás de ella si no para ir al cementerio. ¿No es mucho más lógico que, abreviando tu vida, abrevies tus tormentos? — ¡No! ¡No me mates aún!

— Eres fea, horrible, contrahecha; inspiras repugnancia y horror á cuantos te miran; hasta para tu familia eres como un castigo perenne. ¿Te libro de la vida? — ¡Piedad!

La Muerte se encogió de hombros y se dirigió á un hombre que la miraba sin espanto, diciéndole: — ¿Te asusta morir?

— No.

— ¿De qué arcilla estás hecho, que tan distinto eres de tus semejantes? Gozas de buena salud; tu aspecto no revela pobreza. ¿Quién eres? — Haz el favor de hablar menos y de cumplir tu cometido. ¿También la Muerte resultará bachillera?

Y la gorgona se quedó con su curiosidad, y nadie sabe tampoco en el mundo quien fué el único hombre que no temió á la Muerte. Sin duda sería el único dotado de buen sentido. Y murió sin hijos.

***



Apunte para el retrato de su hija Elvira.

JOSÉ TEXIDOR

PAISAJE DE SAN HILARIO (CATALUÑA).



Cuadro de José Cuchy.

VÁNDALO

POEMA DE D. FRANCISCO TOMÁS Y ESTRUCH.

El eminente literato don Salvador Brau, ha publicado en *La Correspondencia*, de Puerto Rico, la siguiente crítica del poema *Vándalo*, deseando, dice, dar á conocer algunas bellezas de las que atesora el libro. Con el mismo objeto, ALBUM SALÓN utiliza los principales párrafos del señor Brau para presentar á sus lectores la reciente obra del señor Tomás y Estruch; prefiriendo este medio á la propia emisión de juicio, para que en él no pueda presumirse la menor participación del reconocimiento y afecto que sentimos por nuestro antiguo colaborador y amigo. Siendo *Vándalo*, por su índole, un poema americano y único en su género, hemos asimismo preferido esta crítica del escritor puertorriqueño á otras no menos autorizadas que en la prensa nacional y extranjera encontramos dedicadas á la producción del fecundo y laureado publicista.

Dice el señor Brau, después de un ligero preámbulo:

«Se trata de uno de los

« .... «Vándalos» de América,
eterna chusma, sin decoro no honra,»

que abandonan patria y familia, decididos á hacer fortuna en el mundo de Colón sin reparar en medios, y á Europa retornan con el fruto de sus rapiñas, después de agotar

«la nativa bondad de nuestra raza
hospitalaria, dulce, cariñosa.»

» La sola enunciación del tema ya deja presentir los arrestos de un poeta que no cultiva el Arte por el Arte ni á las Letras pide esparcimiento, sino que una y otras utiliza como instrumento de educación pública, fustigando vicios sociales que, según él mismo explica,

«comprendían los dolores
de mundos que se quieren
y que distancia el Mal.»

» Un voluntario garibaldino desahuciado en el reparto de recompensas y á quien el fisco exprime hasta el sudor, deja su aldea palermitana, y, en la sentina de un trasatlántico emigra, con su compañera de desdichas, á las riberas del Plata, donde, tras larga serie de años y bajezas, logra... adueñarse de bienes con flagrante infracción del séptimo mandamiento.

» Hé ahí en esqueleto, la Odisea de un emigrante cuyas vicisitudes proporcionan al señor Tomás y Estruch oportunidad para trazar, en fáciles y armoniosos endecasílabos asonantados, descripciones gráficas á que da vida é interés el contraste, ese resorte maravilloso de la concepción artística.

» El hacinamiento de personas en la proa del barco,

« .... corral de humanos
del ojo espanto, del olfato infierno;»

la llegada á la ubérrima tierra, adonde

«revueltos con ovejas van los lobos»

á luchar con los venidos ayer, que recelosos miran á los que llegan á disputarles el pan; la *Estancia*, ceñida por la fronda de los huertos que alegran con sus arrullos palomas y calandrias, y esconde en su recinto pasiones feroces y concupiscencias demoledoras; la lucha entre el garibaldino y el *gaucho*, á quien aquél arrebata el caudal y la grotesca querida; cuadros son primorosos en cuya factura cabe admirar, á la vez, la sutileza de un alto espíritu observador y el desenfado de la buena escuela realista.

» Los funerales de Elena, — la infeliz mujer anonadada por los padecimientos en la ruda travesía, — descritos se hallan con tal verdad, que en mi memoria evocaron espectáculo igual, presenciado á bordo de un trasatlántico español en indecisa y lúgubre alborada de primavera.

» No resisto á la tentación de reproducir el fragmento:

«Rígida está en el coy; atados tiene
manos y piés; entre el pulgar y el índice
un Cristo de metal: ¡la imagen santa
que vió el alma del cuerpo desasirse!...
¿Y ese lingote de aplastante peso?
¿Por qué á las plantas un cordel lo ciñe?
Es el *guía* que lleva hasta la tumba
donde presto, en opíparos festines,
peces á los gusanos substituyen
del hambre esclavos y del asco libres.
Las doce van á dar. Caduca el plazo
de exposición y ceremonias; sigue
la postrera, el entierro, el adiós último
de cuantos en el buque sobreviven.
. . . .
Hombres hercúleos el cadáver alzan:
puesto sobre dos barras en declive
á la baranda llegan; se detienen;
ya sólo esperan que su jefe avise
para impulsar al fondo de los mares
el fardo inútil que un jergón oprime!
Silencio sepulcral: nadie se mueve:
toda mirada á un punto se dirige...
La campana de á bordo marca la hora,
y el estampido del cañón coincide
con el trepar de la bandera á lo alto,
mientras, rota del agua la planicie,
el cuerpo se sumerje y con burbujas
un epitafio pasajero escribe...»

» Libre así del fardo conyugal, el aventurero es sorprendido en la *tierra de promisión*, por una de esas convulsiones del pandillaje político, tan frecuentes en América y cuyos efectos condensa el poeta en esta jugosa síntesis:

«¡Revolución! La fuerza que se alía
con el derecho ó la ambición bastarda...
. . . .
Voces de mando ¡vivas! anatemas;
rodaje de cañones; la metralla
que barre filas ó practica brechas;
el olor de la pólvora que embriaga;
el humo; el tremolar de una bandera
que aparece, se oculta, cae, se alza
y de la rebelión indica el núcleo
entre un himno, entre polvo y entre llamas!
¡Revolución! ¿Remedio para el pueblo
ó, en su estado fatal, última plaga?
¿Castigo del tirano á quien derroca?
¿Camino del poder de otro pirata?»
. . . .

» El *gringo*, compelido á luchar por una causa que desconoce y bajo una bandera que no es la de su patria, hiere, mata, y, herido á su vez, cae junto á un partidario que le salva la vida, le ofrece protección y le abre confiadamente las puertas de su hogar allá en la *campaña, como el mar inmensa,* donde

« .... en fecunda cópula propagan
su raza las ovejas y los toros
y el caballo veloz de espesas crines
que sacude contento y orgulloso .
Las montañas de Europa allí no abundan
con cumbres altas, con abismos hondos...
. . . .
La lluvia torrencial abre barrancos,
lagunas forma y alimenta arroyos
en cuyos bordes crecen los anfibios
y el bosque eleva sus umbríos toldos;
columnas les sostienen adornadas
por parásitos tallos olorosos
que se enroscan, ó penden, ó entrelazan,
dando, á la vez, con ilegible embrollo,
coraza al árbol, al insecto néctar,
columpio al ave, al vendaval estorbo.»

» Aquel espléndido vergel ofrece cumplida remuneración al trabajo honrado y perseverante, pero el *vándalo* quiere apagar presto su sed codiciosa, y de la *Estancia* huye, á favor de un incendio, llevándose á otra comarca el caudal y la mujer de su protector.

» Hé aquí el retrato en relieve de esa hembra tentadora:

«Como un bronce fenicio corroído
es la *china* que á Ruiz ha traicionado,
como un bronce que mancha la intemperie
y muerde la viruela de los años.
Ojos oblicuos tiene, amarillentos,
dándole sombra dos vellosos arcos .
Por pelo crin, crin recia del desierto
cayendo á mechas de anguloso cráneo.
Corto y robusto el cuello, asoma apenas
sobre el tronco macizo — casi un cuadro —
con dos piernas torcidas por columnas
y dos remos larguísimos por brazos.
¿Qué sangre es la que corre por las venas
de ese grotesco monumento humano?
¿Es tal vez la del indio y la del negro
que reunió la violencia de un asalto
y perpetúa el vicio ó el capricho
en ronda por estancias y poblados?»

»Querida, esclava y cómplice á la vez del malsín, esa mujer le ayuda en sus rapiñas, acrecentándose con préstamos usurarios, estafas y negocios leoninios el mal adquirido capital. Persígueles el *gaucho* ofendido, y, ya á punto de esgrimirse el puñal vengador, pone el *gringo* todo el Oceano de por medio y á Europa vuelve á ocupar en la sociedad honroso puesto, dejando allá en el teatro de sus fechorías sin amparo á su cómplice y sin nombre á los hijos que en ella engendró.

» El poema termina con esta enérgica maldición del *gaucho:*

«Mugre con chapas de diamante y oro;
alma de perro, corazón de *bota:*
hez que la vida de mi patria amarga;
damajuana de bilis y ponzoña:
¡Ojalá, por la *china* que me matas,
ojalá por la *plata* que nos robas,
naufragues en el mar y no te mueras,
veas al fondo descender tus bolsas,
el hambre te extenúe en una peña
y deshilen tus carnes las gaviotas!
Vosotros agotáis, lobos ingratos,
arañando la mano que os apoya,
la nativa bondad de nuestra raza
hospitalaria, dulce, cariñosa;
desunís lo que Dios enlazar quiso
á través de los tiempos y las ondas...
Si abandonáis la carne que engendrásteis,
hay alma en esa carne, ¡y ella os odia!
Pero, no! ¡pobres hijos! ¡Hijos *míos!*
¡Hijos de la mujer que amé, traidora,
aunque víctima al fin de mi verdugo!
¡También hay en mis venas sangre criolla!
Amad al extranjero cuando es bueno:
esfuerzo y luz y sacrificio aporta
á nuestras resistencias y conquistas.
Si alguna vez á vuestro padre os nombran,
decid: «*No le conozco;* — perdonadle; —
*¡mi padre es Ruiz! De su salud á costa,
nos dió pan, instrucción, honrado oficio.*»
No en el *facon* se funda nuestra gloria;
el porvenir del *páis* que idolatramos,
en el Trabajo está. — ¡Vamos á la obra!»

» Imposible es dar mayor extensión á estas líneas, pero ellas bastan para revelar el mérito de una obra, en que si no faltan ligeros lunares, hijos de la misma espontaneidad del autor, sobran las bellezas de forma para realzar la trascendencia del asunto.

» Bien merece el señor Tomás y Estruch copioso aplauso, y por mi parte se lo tributo, agradeciéndole el recreo espiritual que me ha proporcionado con sus hermosos versos.»

SALVADOR BRAU

EL HOMBRE SIN ILUSIONES

ERA Juan un hombre de un gran talento, de voluntades extraordinarias. A los veinticinco años era más sabio que Newton, Hackel y Lubock en una pieza. Sabía cuanto los hombres descubrieron antes que él y mucho más por él advertido. Era joven, buen mozo, de agradable trato, y no tenía que trabajar para vivir: la ley de herencia le hizo este último favor.

Y á pesar de tantas y tan buenas cualidades aparecía triste, se mostraba huraño, diríase que le concomía un mal inexorable. Es que así como los hombres creen ver, él veía.

Veía que la riqueza, los honores, el poder, son ilusión vana, ya que con la vida acaban y á ningún resultado práctico conducen. Veía que la piel más satinada y suave al tacto es un tejido que da asco examinado al microscopio.

Sabía lo que en suma es el amor, y no quería dejarse vencer por el genio de la especie; le repugnaba obedecer á leyes cuya finalidad no comprendía. Cuando se le hacía protestas de amistad, adivinaba al punto el interés que dictaba las palabras. Cuando se alababa su talento y sus méritos, leía la envidia que sus cualidades inspiraban.

La vida misma, que para todos es el supremo bien, la realidad por excelencia, no tenía valor alguno para Juan, porque mejor que todos sus predecesores, comprendía que sólo era el producto, no siempre bueno, de una ilusión. Juan sabía que nadie existe ni aun por el espacio de una diez millonésima de segundo. Los cambios contínuos del organismo son la propia negación de la vida.

Y con aburrirle ésta, no se decidió á preferirle la muerte porque también es otra ilusión, otra palabra; no un hecho. Y así vivió Juan largos años y padeció prolongado martirio, sin conocer ninguna de las dichas que alegran la existencia de los demás hombres. Y poco antes de morir, reunió á los muchos conocidos y dijo que iba á explicarles en dos palabras el secreto de la felicidad humana: «No pensar».

* * *

MUEBLES ARTÍSTICOS

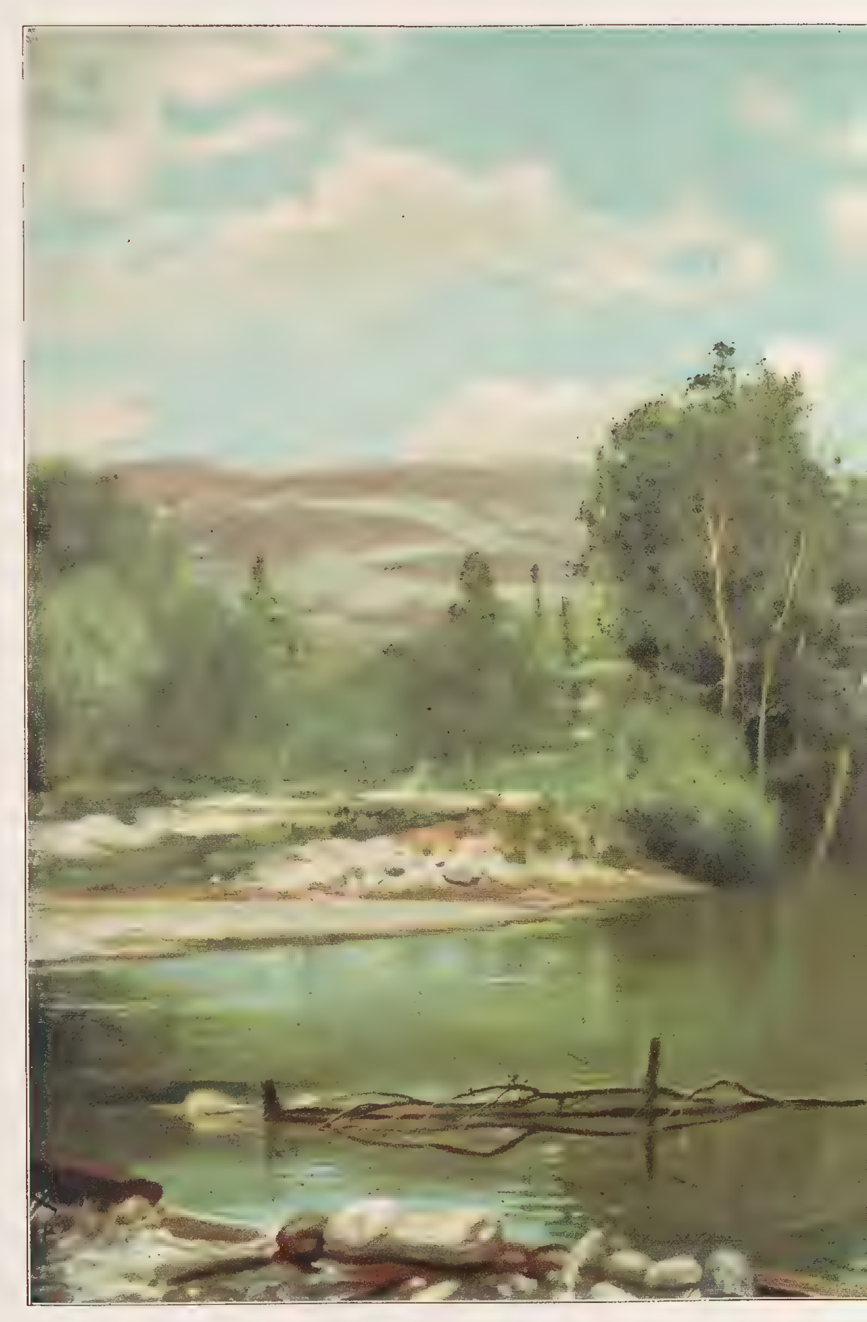
YA en varias ocasiones hemos hecho notar con íntima satisfacción el grado notorio de adelanto á que han llegado en esta capital las industrias artísticas, algunas de las cuales compiten ventajosamente con sus similares del extranjero. Impulsados hoy por el espíritu de justicia que siempre informa nuestros actos, vamos á dedicar cuatro líneas al mismo asunto, refiriéndonos á la especialidad de mobiliario, una de las que, á no dudar, corroboran en mayor escala el juicio favorable que nos merecen todas en general.

Y para poner en evidencia lo adelantada que está Barcelona en punto á muebles de arte, nos bastará dirigir una mirada al tan acreditado establecimiento que, desde hace años, explota don Juan Busquets en el número 9 de la calle de la Ciudad, nó sin recordar antes, que repetidas veces nuestros compañeros de prensa han tenido ocasión de dedicarle encomiastas gacetillas ó extensos artículos laudatorios; particularmente, con motivo de una no lejana exposición, en el mismo local, de suntuosos muebles destinados á una opulenta familia barcelonesa, y de la parte que tomó en la de Arte Decorativo verificada recientemente en el Instituto de Fomento del Trabajo Nacional.

Las obras todas de la Casa Busquets reunen las siguientes cualidades distintivas: gusto exquisito, propiedad absoluta dentro de los respectivos estilos, armonía en el conjunto y perfección completa en la construcción; cualidades que la persona inteligente aprecia á primera vista, y que le han valido el alto crédito de que goza. Fíjense nuestros lectores en los grabados que acompañamos y se convencerán de que cuantos elogios prodigamos á la belleza y magnificencia de los ejemplares que reprodu-



SALÓN - COMEDOR DE LA SRA. VDA. DE BAIXERAS.
MOBILIARIO Y DECORACIÓN DE LA CASA BUSQUETS. — PROYECTO Y DIRECCIÓN DE BUSQUETS (hijo).



PAIS

BORRELL



SAJE

cen, son pálidos ante la realidad.

Construídos éstos para el gran salón-comedor de la rica morada de la señora viuda de Baixeras, están dotados de una severidad suntuosa, distinguida, señorial. Pertenecen al estilo Renacimiento español, y las muchas y preciosas esculturas que los decoran llevan el sello de una extraordinaria solidez y de una admirable fastuosidad. Se reconoce desde luego que unos objetos tallados de tanto mérito no pueden ser obra de la improvisación, sino de un trabajo largo y detenido, y nadie se extraña de que, conforme hemos oído á su autor, el señor Busquets hijo, haya necesitado más de un año para su confección.

Cuatro grandes muebles: bufet, trinchante, escaño y mesa soberbiamente adornados con guirnaldas, arquerías y frontones circulares, columnas de follaje, monstruos y mascarones de gran carácter, constituyen las piezas capitales del referido comedor, todas ellas de roble claro que armoniza perfectamente con el mármol, de vetas verdes y ocres, empleado en su composición. Unas sillas auxiliares, cubiertas de rico guadamacil dorado y policromado, y unos sillones, tapizados de terciopelo labrado con fondo oro y flores carmíneas, completan tan aristocrático mueblaje, salpicado de algunas muestras de fina taracea que acaban de caracterizarlo y ennoblecerlo.

Además del salón-comedor, la Casa Busquets instaló en la aristocrática mansión de la señora viuda de Baixeras una salita de confianza y el gran salón de recibo (la exposición á que nos hemos referido al principio comprendía las tres habitaciones). ¡Qué admirable contraste ofrecen aquellos muebles macizos, robustos, casi monumentales con los caprichosos y fantásticos de la salita, concebidos y ejecutados según las fórmulas de estilo moderno, pero sin la excentricidad extravagante y empalagosa que afea á ciertas producciones de los tiempos actuales, vagamente calificadas de modernistas. En ellos es de aplaudir, por el contrario, un sentido no común de elegancia y buen gusto, que regula las libertades propias del arte.

Labrados con madera de fresno, ostentan preciosas combinaciones



Detalle del Salón-Comedor. — Aparador.



Detalle del Salón-Comedor. — Sillas.

de amaranto, sicomoro y otras y están decorados con pirograbados que dibujan, sobre el tono claro de la misma, lirios y orquídeas de variados colores. Un escaño, con bien entendidos aditamentos laterales, una mesa grande, una mesita auxiliar, una vitrina de policromada cristalería, un vargueño, que es sencillamente una preciosidad digna de figurar en un museo de arte moderno, forman el contingente principal de dicho mobiliario, completado por sillones y sillas elegantísimas, tapizadas de terciopelo de colores pálidos que encajan perfectamente con la adorable intimidad que respira el conjunto.

Para el salón de recepción se apeló, con excelente acierto, á un género muy distinto de los anteriores; al fastuoso estilo Luis XV, modificado de conformidad con las innovaciones que exigen de continuo las artes y las necesidades de la vida contemporánea. El espejo que corona la chimenea; la ventruda consola con pinturas de graciosos angelitos; la dorada sillería, escultural y cubierta de terciopelo blanco bordado á mano, constituyen un todo encantador, riquísimo, brillante, que recuerda los antiguos esplendores de Versalles.

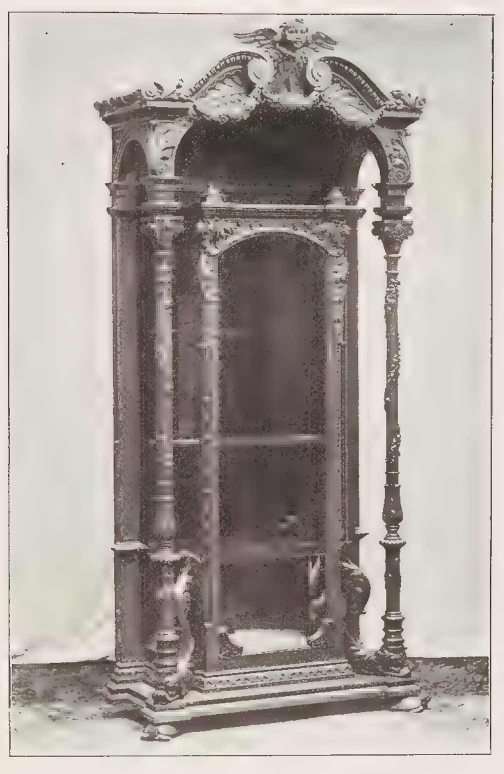
No es mucho el tiempo transcurrido desde que en los almacenes de casa Busquets estuvieron expuestos esos muebles, que todos nuestros lectores pudieron ver y que admira actualmente la buena sociedad barcelonesa en la suntuosa morada de su propietaria; por cual razón los hemos tomado como base de este ligero juicio, pues, lejos de ser una excepción, sintetizan la bondad, riqueza, propiedad y hermosura de cuantas obras elabora y vende la repetida casa; que ya dió una ostensible muestra de su importancia cuando la

Exposición Universal, presentando una instalación de primer orden, y, posteriormente, al decorar y amueblar las habitaciones que en la capitanía general ocupó S. M. el Rey, cuando estuvo en esta Ciudad.

Sin que tratemos de restar un solo quilate á los méritos del fundador, don Juan Busquets, que con privilegiada inteligencia y no común perseverancia supo elevar su industrial empresa hasta un nivel no alcanzado por entonces en Barcelona, debemos reconocer, como él mismo reconoce, con visible satisfacción por cierto, que al adelanto progresivo de su establecimiento y al favor que le dispensa el público en general, ha contribuído no poco, de algunos años á esta parte, la valiosísima cooperación de su hijo; quien, identificado desde niño con los ideales de su señor padre, y ganoso de poderle aligerar pronto de la pesada carga que venía sosteniendo, se entregó con tanta afición al estudio práctico y teórico del mueblaje artístico, que en este ramo ha conseguido realizar verdaderas proezas, ser una notable especialidad, sentar plaza de gran artista.

Busquets, hijo, proyectó y presidió la ejecución de los múltiples primores que dejamos señalados, cuidando de que resultaran perfectos hasta los menores detalles; y, en verdad, que esto solo bastaría para acreditarle de maestro en la materia, si, ante las pequeñas maravillas que á cada paso produce y expone, no le hubiesen dado este envidiable diploma el público y la prensa.

*



Detalle del Salón-Comedor. — Vitrina

CANTARES

Es tu corazón tan grande
que no debe tener fondo,
cuando caben dos cariños
y estás llorando por otro.

Porque ven que rezas mucho
dicen que debes ser monja,
¡cuando lo que á Dios le pides
es un novio á todas horas!

Palomita de mi vida,
regresa á tu palomar,
que no hallarás otro nido
en donde te cuiden más.

A todos los santos pido
que me vuelvas á querer;
¡los santos no me hacen caso
y ellos sabrán el por qué!

Porque te has ido, ya piensan
que me es fácil olvidarte,
¡aunque esté lejos el santo
yo no dejo de rezarle!

La Virgen va á castigarme,
y tendrá mucha razón,
al ver que pensando en ti
me olvido de ella y de Dios.

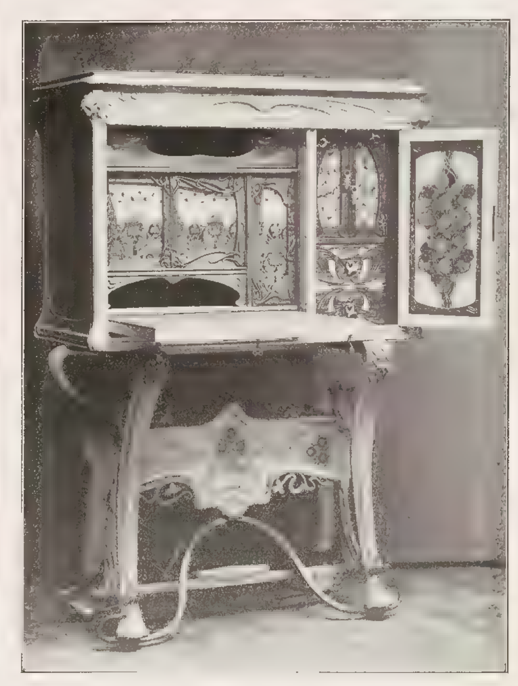
Nunca llegues á fiarte
de quien cuenta sus conquistas,
que es campana que está siempre
repica que te repica.

Quise en el mundo ser mucho
y esa ha sido mi desgracia,
pues por quererlo ser todo
he llegado á no ser nada.

Una y otra vez leí
serranilla, aquella carta:
¡quise clavarme el puñal
hasta el fondo de mi alma!

Narciso DÍAZ DE ESCOVAR





Arqueta estilo moderno construída por la Casa Busquets. — Proyecto, dirección y ejecución de Busquets (hijo).

CECILIO PLA



Paseo por mar.



Srta. LOLA FRAU Y JULIÁ — *Fot. de Napoleón.*

DISTINGUIDA MEZZO-SOPRANO BARCELONESA

LOLA FRAU Y JULIÁ

Como acto de justicia á par que de estímulo, consagramos esta página á la novel cantante cuyo retrato figura en la anterior.

Nació en Barcelona en 1884, recibiendo de sus padres, oriundos de las Baleares, de familia antigua y distinguida en el círculo de las Ciencias y de las Artes, una esmerada y selecta educación, que han hecho de ella una joven modesta, de sencillo y afable trato, dotada de una belleza de sentimientos envidiable y de una cultura superior.

En Octubre de 1898 ingresó en la Escuela Municipal de Música de esta ciudad, en la que cursó, con notable aprovechamiento, los idiomas italiano y francés, el solfeo y teoría, el piano y el canto, obteniendo en todos los cursos hasta el de 1902 á 1903, en que terminó sus estudios, la honrosa calificación de *sobresaliente*. Habíanse propuesto sus padres dedicarla al profesorado; pero en vista de la decidida vocación que desde sus más tiernos años manifestó por el canto y de las notables aptitudes que se revelaron en ella, hubieron de acceder, al fin, á que emprendiera esta carrera; y desde aquella fecha, pasó á ampliar sus conocimientos y á perfeccionar sus estudios musicales con el reputado maestro catalán. don Eugenio Labán, tan ventajosamente conocido en el mundo del Arte, bajo cuya inteligente dirección se ha formado un repertorio tan extenso y escogido, cual no les es dado poseer á muchas artistas, tras largos años de carrera.

Es la señorita Frau una excelente *musicista*, como dicen los italianos, no sólo por sus conocimientos musicales, sino muy especialmente también, por la facilidad con que lee de corrido y se hace cargo del sentido de una composición y la fija en su memoria.

Por su tranquila seguridad, por la naturalidad y clara dicción de su fraseo, así como por la expresión, el calor y el sentimiento con que canta; por su igual, bien impostada y hermosa voz de verdadera *mezzo-soprano*, fresca, extensa, potente, de dulce timbre y brillante sonoridad, de aquellas que tan gratamente impresionan y deleitan el oído, unido todo ello á una figura esbelta y á un rostro agraciado, de ese moreno indefinible que con unos ojos y cabellos negrísimos constituyen el tipo tan celebrado de la mujer española; por todo esto, repetimos, es por lo que, apenas adolescente todavía, se adivinó en ella á la futura artista, se la vió descollar y se la distinguió, como se la distingue y aprecia hoy, en lo mucho que vale y merece.

Con tales antecedentes se comprende que en diferentes ocasiones se le hiciera la oferta de debutar muy ventajosamente en teatros de Barcelona y fuera de ella; pero con muy buen acierto fueron declinadas, hasta que ya convenientemente preparada y con un repertorio de veinte obras escogidas, hubo llegado el momento, al formarse el verano pasado la importante compañía de ópera italiana que con tanta fortuna y aplauso funcionó en el teatro del «Bosque» de esta ciudad, de aceptar las proposiciones que se le hizo para cantar durante toda aquella temporada en dicho teatro, figurando desde luego en el cartel como una de las dos primeras mezzo-sopranos anunciadas en el cuadro de la citada compañía.

Tuvo lugar la inauguración de la temporada á que nos referimos en la noche del 21 de Junio con la ópera *Aida*, estando anunciado para la noche siguiente el estreno de la *Gioconda* y habiéndose encomendado á la otra contralto, á quien correspondía de derecho, por ser artista de sólida reputación y ya larga carrera, el estreno de ambas óperas. Pero habiendo decidido la Empresa, á última hora, dar una representación extraordinaria de la *Aida* en la tarde del día siguiente, con motivo de la solemne festividad de Corpus, no titubeó en comunicar de improviso á la señorita Frau, en la mañana de aquel mismo día, que se dispusiera para debutar con la citada obra: y ella, sin ensayo ni preparación alguna, sin tiempo apenas para reponerse de la sorpresa que semejante disposición no podía menos de producirle, hallóse pronta en su puesto en el momento oportuno, apareció en escena con la mayor naturalidad y cantó, se movió y accionó con una seguridad, con un ajuste y una expresión y sentimiento tan perfectos, que el público se los recompensó con nutridos aplausos; aunque pocos pudieron apreciar en todo su valor el triunfo que aquel excepcional debut representaba, por ignorar en su inmensa mayoría, compuesta de forasteros, que fuera aquella la primera salida á escena de la joven artista y las especiales circunstancias en que la verificaba.

No para aquí lo extraordinario y sorprendente; sino que la confianza de la Empresa en la debutante y la de ésta en sí misma había de rayar muy pronto en lo temerario. Estando la localidad casi completamente vendida para la función de la noche, á consecuencia de una repentina indisposición de la contralto, se veía aquélla obligada á suspender la *Gioconda* anunciada, y, por lo tanto, á devolver el dinero recaudado. En tal apuro, apenas terminada la representación de *Aida*, acudió á la brava debutante, sometiendo á su consideración el grave conflicto en que se veía y en súplica de que accediera á conjurarlo, encargándose del desempeño de la parte de «Laura» en el estreno de la *Gioconda*, que dentro de poco debía empezar. La respuesta fué tan inmediata como breve. «Que me traigan, dijo, el vestuario y atrezzo y envíenme seguidamente la modista.» Y poco después reaparecía en escena, y sin perdonar nota, ni siquiera la romanza de la plegaria del segundo acto, que desde larga fecha venía suprimiéndose en los teatros de Barcelona, cantó valientemente la parte de «Laura» conquistando los más calurosos aplausos del público que llenaba por completo el espacioso teatro; siendo contados los concurrentes que se avenían á admitir que fuera aquella artista la misma que por la tarde había salido por primera vez á las tablas.

Terminado en Septiembre su compromiso, pensó dedicarse por una temporada á la quietud y al reparo de sus fuerzas, harto quebrantadas por el dolor que le causara la pérdida de un hermano, fallecido después de larga enfermedad durante el período de tiempo á que acabamos de referirnos. Pero no había transcurrido un mes, cuando la empresa Castellano, que de paso con su importante compañía se había detenido para dar un corto número de representaciones en el teatro de «Novedades», acudió á ella, en ruego de que le prestara el señalado favor de encargarse de la parte de «Laura» en la *Gioconda*, que tenía anunciada para despido, por habérsele indispuesto la única contralto de que en aquel momento podía disponer. Y á pesar de que esta petición fué hecha casi á última hora y de que la señorita Frau no se hallaba restablecida aún, ni había probado en muchos días de emitir una sola nota, atenta y complaciente como siempre, accedió á prestarle aquel pequeño servicio, según sus frases, y, cual si se tratara de la cosa más natural y sencilla, cantó desinteresadamente y con el mayor éxito aquella obra, dando así una nueva prueba de su mucho valer.

Pocos días después, aceptó las ventajosas proposiciones que se le hizo para formar parte de la notable compañía que estaba organizando el reputado maestro Tolosa, para verificar una *tournée* por algunas capitales de las provincias del Norte de España. En el teatro «Calderón» de Valladolid evidenció de nuevo sus excepcionales aptitudes, así como su valentía y condescendencia; pues, á raíz de la inauguración, hubo de sentirse indispuesta la protagonista; con la diferencia notabilísima de que en este caso se trataba de una soprano á quien había que substituir, siendo la *Africana* la obra obligada. En tal conflicto, no titubeó aquella Empresa en acudir á la señorita Frau, solicitando que se encargara de la representación de la *Africana*. Con sólo tener presente que á la señorita Frau, en calidad de mezzo-soprano, nunca se le había ocurrido estudiar nada de la *Africana* y además, que, sucediendo esto en miércoles y debiendo tener lugar la función en la noche del viernes próximo, sólo quedaban á la artista tres días mal contados para aprender y ensayar una obra como la de que se trata, podrán nuestros lectores formarse concepto de lo apurado del caso. ¿Qué resolvió la señorita Frau? Lo diremos en pocas palabras: que momentos después daba con el maestro Tolosa una primera lectura á la obra para ver cómo iba á su voz; que, contando con la opinión favorable de éste, emprendió acto contínuo el estudio de su partichela, y que, sin darse punto de reposo, triunfó por completo en su colosal empeño, alcanzando en la representación de la *Africana* una ovación como pocas se han registrado en Valladolid, ovación que se repitió en las funciones sucesivas, y muy particularmente en *Lohengrin*, que se estrenaba en aquel teatro.

De Valladolid pasó la compañía á Logroño y luego á Bilbao, en donde la joven cantante pudo revelarse ya como artista de altura, alternando con celebridades como la Darclée, Biel y Tabuyo, y compartiendo con tales eminencias los entusiasmos del inteligente público bilbaíno. Por cierto que allí realizó una nueva hazaña. Entre las obras del gran repertorio que la Empresa se había comprometido á estrenar figuraba el *Profeta*, para cuya representación se necesitaba una contralto de verdadero empuje, y aunque la Empresa había puesto los ojos en la señorita Frau, como ésta era, al fin y al cabo, una *principiante*, harto tierna aún para un papel tan importante y difícil como el de «Fede», decidióse á escriturarla en Italia. Llegó la nueva artista cuando se estaban ultimando los ensayos de la obra, y sólo asistió al último, sin cantar siquiera á media voz; achaque propio de las grandes notabilidades. Recelando la Empresa un fiasco, hubiera deseado prorrogar el estreno, pero no le fué posible, y resultó... lo que se temía: un fracaso escandaloso que convirtió el escenario en una Babel y el teatro en una plaza de toros. Y ¡claro!, á la señorita Frau en seguida, para que con solo el medio ensayo con orquesta que se le podía otorgar, substituyera á la fracasada contralto en la segunda representación del *Profeta*,... que alcanzó un éxito colosal, confirmado por toda la prensa bilbaína; demostrando en ella la joven *principiante* ser una artista consumada y de grandes vuelos.

De regreso á esta capital, cantó en el «Gran Teatro del Liceo» durante el invierno y después en el teatro «Principal», contratada por la Asociación Musical para los grandes conciertos sinfónicos que dieron á conocer en España la célebre *Misa Solemnis* de Bethowen, volviendo luego á aquel Coliseo, donde hizo la temporada de primavera; siempre con éxito y á la altura de la reputación ya conquistada. Ultimamente, ha dejado de aceptar, por razones especiales, varias contratas, entre ellas las que se le ofrecía para San Sebastián, Grecia y otros puntos del extranjero.

No cabe un principio de carrera más glorioso que el de la señorita Frau; por él, es lógico vaticinarle un brillantísimo porvenir.

* * *



Conducción de las palomas belgas á la meseta del Funicular desde la Estación del Ferrocarril de M. Z. y A.

FIESTA EN LA CUMBRE DEL TIBIDABO, ORGANIZADA POR LA REAL SOCIEDAD COLOMBÓFILA Y CELEBRADA EN LA NOCHE DEL 21 Y MADRUGADA DEL 22 DEL PASADO JULIO, CON MOTIVO DE LA SUELTA DE 1160 PALOMAS MENSAJERAS ENVIADAS POR LAS SOCIEDADES BELGAS



Traslado, por ingenieros militares, de las palomas desde el límite del Tranvía, en la meseta del Funicular á la Estación del mismo.

Fotografías de Castellá.

ROMÁN



AL SALIR

RIBERA



DEL BAILE

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9).

NIEVES PRIMAVERALES

Volvía con mi amiga Rosa y su hermano del Tibidabo, á cuyo observatorio nos había llevado el afán de otear el sorprendente paisaje recamado por las nieves que habían caído durante la víspera con abundancia. Abril finaba.

Desde el Apeadero del Funicular hasta el Paseo de Gracia descendimos los tres á pie, impregnadas aún nuestras ropas del olor de los pinos, entre los que habíamos permanecido tres largas horas, callados y gozosos, guardando ese silencio espectante que sucede siempre á las admiraciones profundas, cual si la quietud de las contempladas alburas, la visión apocalíptica del paisaje nivoso hubiese dejado en suspenso nuestra atención por medio de una estela blanquísima, fúlgida, interminable...

El sol picaba, y el aire, lleno de vitales frescuras, repartía acá y acullá revoltosos besos pubescentes que, soliviantando la vegetación toda, remozaban con fogoso brío la sangre alborozada.

El trepidar de la carrera, mezclado á la inhalación oxigenada que sondeó deliciosamente los pulmones y al ocular entretenimiento que maravilla fué del espíritu, produce vértigo al cerebro. La imaginación, con aceleramientos mnemotécnicos se convierte en reflector, en cuya fúlgida placa reverberan como en cielo vespertino mil lucecitas abstractas, constelaciones de ideas...

—¿Quién es esa *anciana joven* que acaba usted de saludar? — me preguntó el hermano de mi amiga, en medio de la cháchara cotorril en que por uno de esos fenómenos de los nervios, tan frecuentes, nos habíamos de pronto enzarzado los tres, sin dar la más mínima importancia á estar en pleno paseo.

La *anciana joven* era un figurín vivo que en tal instante correspondía á mi saludo con una fina sonrisa, en quien llamaban singularmente la atención, con su apostura juvenil y el rostro hechicero, los blancos bucles que á manera de caprichoso turbante sobre aquél se ceñían, y que mis amigos compararon con las nieves que poco antes habíamos observado sobre ciertas flores nacientes...

— Es Olvido Fernández, — dije; — una asturianita, por cierto, de interesante historia..., interesante por lo triste, se entiende.

— Cuenta, cuéntanosla, — replicó Rosa, cerrando su sombrilla y enlazando al mío su brazo.

— Es hija única de una principal y acaudalada familia, cuyo prurito consiste en estar viajando casi siempre, si bien comparte entre esta ciudad y la Corte su habitual residencia. Merced á este ajetreo constante de vida, se asegura que Olvido conoce varios idiomas á la perfección y puede hablar de diferentes costumbres y maravillas extranjeras con admirable aplomo. En uno de sus viajes conoció á un simpático granadino, llamado Julio Coridán. A pesar de ser éste de amable trato y de más hermosa presencia, dicen que, en un principio, la joven le trató friamente, si bien los padres de ésta, que son la benevolencia suma, supieron contrarrestar tal desvío, correspondiendo con esmero á las atenciones del buen andaluz, en cuyos meridionales ojos negros había tanto fuego como bondad. Se espontanearon con él, al punto de comunicarle que para la próxima temporada pensaban visitar su tierra bendita. — A ver si nos vemos en Sevilla para Semana Santa (añadió el señor de Fernández con bondad).

»—¡Ya lo creo!, — afirmó Julio, mostrando holgarse no poco de aquella delicada cita.

»Al cumplirse ésta, ¡caso singular!, la extraña prevención con que mirara Olvido al simpático granadino cesó para ceder su puesto á un período de radiosa amistad, digno ciertamente de mención. El resultado forzoso de este cambio fué...

— El amor,—interrumpió vivamente Rosa.

— La historia de siempre, —aseveró Alfonso.

— En honor á la verdad,



Nueva Sucursal de la Caja de Ahorros de Barcelona (Detalle de la puerta).



Vista general de Manlleu (Cataluña).

Fotografías de Bressanini.



Nueva Sucursal de la Caja de Ahorros de Barcelona (Vista general).

— repuse, — quiero que conste que los amores de Olvido y Julio Coridán poco ó nada tuvieron de vulgares. Se abrieron fácil paso por entre sus convicciones gemelas, como se lo abre el manantial desde berroqueña cúspide para inundar en un instante la fértil llanura... Nacieron espontáneos, sin apenas perífrasis, casi sin *flirteos*, horros de las argucias de mujeril coquetería y de varoniles humos de conquista. Y semejantes á dos astros cuya misteriosa conjunción determinase faustos acontecimientos, vió la enamorada pareja que todo sonreía á su alrededor, que todo se empeñaba en concurrir á su dicha, empezando por los padres de ambos, que acordaron definitivamente para muy breve plazo la suspirada boda.

» Parte de aquel invierno pasólo Julio en Madrid cerca de su novia, partiendo en Febrero á Granada, de donde regresó dos meses después para llevar á efecto su enlace.

» Y he aquí cómo en una abrileña mañana, entre abrumador estrépito, marchaba á todo correr por la calle de Alcalá un carruaje que no se detuvo hasta llegar frente al portalón de cierto moderno edificio, Ocupaban su interior una hermosa dama, un señor de mediana edad y un joven de exaltada fisonomía y chispeantes ojos, quienes eran...

— Los de Coridán, sí, sí; los padres y el hijo...

— Que iban en busca del espíritu... ó sea de Olvido.

— Exactamente, — afirmé riendo: — y que, acabaditos de llegar de Andalucía, iban acompañados del firme convencimiento de que tan fausta trinidad pasaría á ser un hecho á los tres días de su llegada.

Era ésta cariñosamente esperada en casa de los de Fernández. Olvido, á quien idealizaba elegantísima *toilette*, como hipnotizada miraba á la calle tras el balcón de un saloncito tapizado todo él de rosa, en el que alboreaban, armonizando coquetonamente con exótica multitud de regalos de boda, los tenues encajes del rico *trousseau*, apretujados por simbólicos lazos... Atisbaba la joven bajo la rosada colgadura como entre un nimbo de ilusiones, cuando de pronto comenzó á darle el corazón tan fuertes saltos, que más que el importuno huésped, creyó tener en el pecho un pájaro loco, que, asustado de tan íntimo encierro, intentase procurarse á fuerza de cabezadas la libertad.

» Era que allá á lo lejos vió asomar por la ventanilla de un coche una cabeza y en seguida una mano que la saludaba con vivos destellos de alegría... Mas, de súbito, Olvido creyó ver como si sobre la cara de su novio pasase, ominosa cual la propia envidia, una nube que extendiéndose en inmensos círculos rojos acababa en una mueca de angustia suprema: que la cabeza se retiró bruscamente como si inexorable poder le ordenase desplomarse al interior del coche, mientras, abandonada á los movimientos de éste quedó la mano colgando fuera, como dislocada... ¡Qué de patrañas inventa la emoción cuando se nos sube á los ojos!

» Pero no: lo que acaban de ver los de Olvido era por desgracia realidad. Por uno de esos incomprensibles arcanos que abren en la naturaleza más pletórica el resquicio por donde se escapa la potente vida, el joven Coridán, como herido por el rayo, cayó redondo, después de dirigir á su novia un saludo que fué, ay, su postrer adiós. El cerebro, donde fulminó el mal, no le consintió entrar por su pie en el soñado hogar en que iban tan alegres á celebrarse sus esponsales y al que sólo fué conducido para dejar á las pocas horas de existir.

Con ánimo sereno y heroico, que admiró á cuantos la rodeaban, soportó la joven aquel rudísimo golpe de la burlona suerte: rodeó el cadáver de su prometido de los más prolijos cuidados que un noble amor puede sugerir, acusando tan sólo su íntimo trastorno la lividez de su semblante. Mas al día siguiente, al abrazar á su madre, Olvido hubo de admirarse de que aquélla, lanzando un grito, quedase mirando con dolorosa atención su cabeza.

Instintivamente, Olvido se buscó en un espejo y vió que á su hermoso pelo castaño había substituído, haciendo resaltar el profundo negror de sus ojos, un marco de níveos bucles que á las pelucas medioevales semejaba. En una noche había caído sobre su juvenil cabeza la nieve...

— Que nos maravilló ha poco sobre aquellas florecillas...

— Justamente.

Josefa CODINA UMBERT



Vista general de Palau Tordera (Cataluña).

Fotografías de Bressanini.



De vuelta del mercado.



Cabeza de estudio; por Julio Borrell.

LA JORNADA DE RIOSECO

La tienda de abacería y vinos situada en la calle de la Cárcel Baja de la Ciudad de Rioseco á principios del año 1808 era la más concurrida de la población, merced al natural alegre y bondadoso del dueño y á la selecta confección que daba á los embutidos, sin olvidar el rico chorizo castellano; y las reuniones que al anochecer se verificaban en la trastienda de la casa, donde hasta las ánimas y con asistencia de cinco ó seis personas respetables de la localidad se discutían y charlaban las peripecias de la guerra, se encomiaba el valor de Zayas, Castaños, Reding y Abadía, se rezaba por el narizotas de Fernando VII, y se maldecía á Murat, Dupont y sobre todo á *Pepe Botella*.

El *tío Patillas*, que era el dueño de la tienda, cuyo sobrenombre debíalo á dos largas patillas canosas que le tapaban entrambas mejillas, asentía á lo que murmuraban sus tertulianos y al sonar las ánimas sacaba un frasco de *Rosoli*, distribuía copitas entre ellos y con un trago de agua fresca del pozo, que su esposa la señora Catalina repartía en una alcarraza, se rezaba por el triunfo de los españoles, y después cada mochuelo á su olivo; pues, en aquellos tiempos, retirarse después de las diez de la noche era una verdadera temeridad y daba lugar á murmuraciones y comentarios.

* * *

Este feliz y tranquilo matrimonio tenía abundante fruto de bendición; cinco hijos varones, dos de los cuales, ó sean los mayores, militaban en la división del general don Gregorio de la Cuesta: los tres restantes, hombres ya, puesto que el menor contaba 18 años, compartían penosamente con sus padres las tareas de la tienda, pues sus aficiones corrían parejas con las de sus hermanos mayores; y una hija de 16 abriles que ayudaba á su madre en las faenas de la casa, y cosía la ropa de sus padres y hermanos.

* * *

Empezaba el oscurecer del 12 de Junio de 1808.

La trastienda del *tío Patillas* comenzaba á verse concurrida de sus diarios y asíduos visitantes.

El Padre Zoilo ya se había enjugado el sudor de su prolongada calva con el amplio pañolón de yerbas, y absorbido dos ó tres veces el contenido de su descomunal y repujada tabaquera de plata, provocando estrepitosos estornudos que eran coreados con la frase clásica y sacramental de «Jesús María».

El dómine don Serapio había sacado un minúsculo ejemplar de la Gaceta oficial, para leer por centésima vez la última hazaña de Castaños, y sólo faltaba para completar la reunión, la llegada de dos empleados de la Real Hacienda y un fiel de fechos que alternaban en la cuotidiana reunión.

La señora Catalina y su linda hija Casilda daban la última mano de planchado á la ropa de la semana, y el *tío Patillas* y sus hijos se preparaban á sentarse en la puerta interior de la tienda, para desde dicho sitio asistir á la tertulia y no perder de vista el mostrador, alumbrado ya poderosamente con dos relucientes velones de Lucena que parecían de oro, á fuerza de la tiza y el aguardiente empleados en ellos por las manos de la señora Catalina y su hija.

Un lejano redoble de tambor hizo estremecer á los asistentes á la trastienda del *tío Patillas*, corrieron á la puerta del establecimiento y ante sus ojos desfiló una columna, rota y maltrecha, de infantería.—La división del general Cuesta cursó ante ellos, macilentos, llenos de polvo, muchos sin armas y con el sello de la derrota en el semblante.

El *tío Patillas* no vió pasar sus hijos entre los soldados, y apresuróse á enterarse de la suerte que les había cabido.—Poco rato después, todo era llanto y desolación en la antes tan tranquila tienda.—Los dos hijos del *tío Patillas* habían sucumbido gloriosamente en la fatal jornada de Cabezón.

* * *

Amanece el día 14 de Julio de 1808.

En el llano y descampado, en forma de meseta, llamado Campos de Monclin, entre Rioseco y Palacios, estaba situado el cuerpo de ejército del general Blake, cuya vanguardia mandaba el conde de Maceda, y cuatro divisiones á las órdenes de los mariscales de campo don Felipe Jado Cagigal, don Rafael Martinengo, marqués del Portago, y el brigadier de la Real Armada, don Francisco Riquelme, cuyas fuerzas ascendían á unos 27,000 infantes, 30 piezas de campaña, y sólo unos 150 caballos de distintos cuerpos.

A espaldas de la ciudad de Rioseco se encontraba el general Cuesta con siete batallones de á 1,000 hombres cada uno, casi todos de nueva leva; 1,700 carabineros, unos 100 caballos del regimiento de la Reina y algunos guardias de Corps.

Al encuentro de los generales españoles había salido de Burgos el mariscal Bessieres con la división Merle, media de la de Montón y la división Lassalle, que componían un total de más de 16,000 infantes y 1,500 caballos, toda fuerza veterana y aguerrida y que había combatido en Austerlitz y en Friedland.

Blake concentró en el punto indicado, cerca de Rioseco, los destacamentos de Castromonte, Villabrajuna, la Mudarsa, y otros, y esperó tranquilo la acometida de los franceses.

Entre la fuerza de infantería del general Cuesta figuraban como voluntarios y llenos de patriotismo los tres hijos menores del *tío Patillas*, deseosos de vengar la muerte de sus hermanos.

Empezó la batalla interponiéndose el mariscal Bessieres entre las fuerzas de Blake y Cuesta. Siguió un avance general de la infantería contra las baterías nuestras, que apagaron pronto sus fuegos y fueron casi todas cogidas por el enemigo.

La izquierda y centro de Blake resistían valerosamente las acometidas de las brigadas Mesle y Sabathier junto con los escuadrones de Lassalle.

Los carabineros reales dieron á los franceses una brillantísima carga, á cuyo favor, nuestra infantería y guardias de Corps acometieron á la bayoneta, con tal ímpetu, que lograron apoderarse de



Cuadro del malogrado artista Francisco Masriera.

una batería francesa, causando tal espanto en el enemigo, que por un momento se creyó nuestra la victoria.

No duró, por desgracia, mucho ésta.—La columna de granaderos de Blake fué envuelta y deshecha por los franceses; la dispersión empezó, los nuestros se batieron en retirada, y los jinetes franceses y sus baterías hicieron una verdadera carnicería en nuestros bisoños batallones, y nuestros jefes y oficiales supieron morir con gloria, vendiendo caras sus vidas y sucumbiendo, por sostener la retirada de las tropas, el ilustre conde de Maceda, general que mandaba la vanguardia.

Alguna fuerza batiéndose en retirada penetró en Rioseco; tras ellos entraron los franceses y la batalla terminó en el campo para empezar dentro de la ciudad, donde los horrores y las escenas espantosas hicieron célebre la triste jornada de Rioseco.

La soldadesca francesa se entregó al saqueo durante aquella infausta noche, de una manera desenfrenada y horrible; mancha que

afea notablemente la historia militar francesa.

El enemigo se cebó horriblemente en aquella ciudad indefensa; asesinatos, violaciones, sacrilegios, incendios y robo en lugares y sitios sagrados; todo se consumó por aquellos soldados, ebrios y soeces, llegando á tal punto su brutalidad, que dieron agua á los caballos en la pila bautismal de la iglesia de Santa Cruz; hecho repugnante, pero rigurosamente histórico.

* *

El *tio Patillas* y su esposa, en unión de su hija Casilda, salen de Rioseco acompañados del Padre Zoilo, que con un farol en la mano les guía y acompaña á reconocer el campo de batalla.

La luna llena alumbra siniestramente el cuadro.

De vez en cuando, los pies de nuestros amigos resbalan en un charco de sangre ó tropiezan con un cadáver. — Cuando esto sucede, inclínanse aproximando el farol, examinan con ansiedad las facciones del muerto, y continúan en su penosa peregrinación.



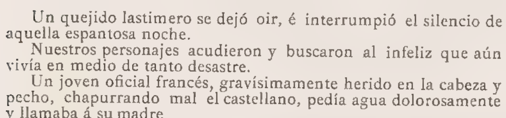
Vista general de Mataró (Cataluña).

De este modo atraviesan el ancho campo de Monclín.

En el estrecho sendero que separa un barranco vénse en confuso montón gran número de cadáveres de nuestra brava infantería; más allá un armón, cuyas ruedas rotas indican que aquel fué un sitio de gran empeño.

Los tres hijos del *tio Patillas* se encontraban allí, unidos como en vida y horriblemente mutilados. — Los tres habían dado heroicamente su sangre por la Patria. — Fray Zoilo rezó gravemente un responso, que los desdichados padres y hermana escucharon de rodillas, vertiendo abundantes y amargas lágrimas.

* * *



Un quejido lastimero se dejó oir, é interrumpió el silencio de aquella espantosa noche.

Nuestros personajes acudieron y buscaron al infeliz que aún vivía en medio de tanto desastre.

Un joven oficial francés, gravísimamente herido en la cabeza y pecho, chapurrando mal el castellano, pedía agua dolorosamente y llamaba á su madre

El *tio Patillas*, al reconocer el uniforme enemigo, rechinó los dientes, blandió un chuzo y aprestóse á rematar al herido.

Una mano detuvo el golpe. — Su esposa le señalaba el cielo con triste mirada y le decía con voz entrecortada por las lágrimas:

¡Perdónalo, esposo mío! — Está vencido; está moribundo; y sobre todo; ¡llama á su madre!

Miguel ALDERETE Y GONZÁLEZ

LA CEGUERA DE LOS CELOS

Inverosímil, enteramente inverosímil. Este acto segundo no puede admitirse de ninguna manera. Las cosas *pasan* como quiere el autor y no como querría la lógica; porque imagínate que...

—No, no te imagines nada. Eso de que los sucesos hayan de desarrollarse razonablemente, es muy fácil decirlo; pero es algo difícil el que así ocurra, no ya sólo en la obra literaria, drama ó novela, sí que en la realidad de la vida. Yo creo mejor que lo verosímil es lo más distante de lo verdadero, y aun pienso que buscando la verosimilitud se da más pronto con la vulgaridad que con la verdad; con el convencionalismo de una vida *de molde* que con la vida como debe ser y como es distinta siempre, diversa, personalísima. ¿La verosimilitud...? quizá estriba en lo ilógico de la acción.

—¡Paradójico estás. .!

—No hay tal paradojismo. La verosimilitud es un concepto tan ambiguo, una cualidad tan relativa, que lo ayer inverosímil, es hoy fácil. Cuando Lope dijo, hablando del correr de las noticias, que algún dia vendrían

quizá con el rayo mismo,

estuvo hiperbólico, inverosímil, como diríais vosotros, y hoy, repetir la frase, después de inventado el telégrafo, sería... una gedeonada. La visión á través de los cuerpos opacos, empleada como recurso dramático, habría parecido: ayer un desatino, hoy una ori-



Playa de Blanes (Cataluña). *Fotografías de Bressanini.*

JOSÉ C



TOMANDO

USACHS



POSICIONES

Exposición de D. Pío Clos (Rambla de los Estudios, 6).

ginalidad, mañana será acaso lo más natural y corriente.

Sin toda esta discusión, si yo te contase una historia muy triste y muy reciente y muy verdadera y te dijera que es el argumento, la acción de una obra dramática, seguro estoy de que exclamarías ¡inverosímil! Y, á pesar de todo, es un sucedido.

—Vaya, hombre, venga la *lata*. La sufriré resignado. ¿Es el argumento de tu próximo estreno?

—No. El público no entraría en la acción. Apenas daría ésta para un cuento.

—Pues venga el cuento que no parece historia ó la historia que no es cuento. Te prometo oirlo con paciencia y *fusilarlo* si me gusta el tema.

—Son los celos.

—No peca de novedad el asunto.

—Pero sí de original el suceso.

—Sí, sí. Ya imagino la historia. Esto era un hombre que, ciego de celos, hizo... una barbaridad cualquiera.

—Eso sería *verosímil*, según tu criterio. Lo mío, lo que te contaré, si me dejas, es inverosímil. ¿Tú conoces á Luis Tellez del Romeral?



Puente sobre el Río Sec. — La Bisbal (Cataluña).

—Mucho. Era de nuestra *peña* en el Clup Hípico. Pobrecillo; creo que está completamente ciego...

—De celos.

—No, hombre. Ciego, ciego... de la vista.

—Sí. Y de celos. Oyeme. Debes recordar, y recuerdas seguramente, porque de ello se habló mucho y se discutió demasiado, que hace unos meses, al comienzo del invierno, en los salones de la marquesa de Fulmen hubo un violento incidente que motivó un lance, en el que fué testigo de Luis, entre éste y Manolo Aranjo.

—Sí, hombre. Y recuerdo también que ni duelistas ni padrinos salísteis muy bien librados del opinar de las gentes. Aun los más belicosos y *quijotes* no comprendían y censuraban el que se hubiera llegado á un lance en condiciones tan duras, por cuatro frases gruesas cruzadas con motivo de una discusión de literatura.

—Claro que no podían comprenderlo. Había misterio.

—¿Quién es ella?

—No sé si habría más suspicacias que realidades; pero ello es que Luis suponía una asiduidad pecaminosa de miradas y encuentros casuales entre su mujer, Clarita, y Manolo Aranjo. Buscó Luis un pretexto para batirse con Manolo y no supo encontrar otro mejor que aquella nimiedad literaria.

»Después del lance, las miradas y los encuentros de Clarita y Manolo se habían acabado. Luis, creyendo ó aparentando creer las protestas de inocencia de su mujer, emprendió un viaje de negocios que no podía demorar.

»Durante la ausencia de Luis, corrióse en el hipódromo de la Castellana el gran premio de Madrid, y Clarita asistió á las carreras en el *maill-coach* de la de Retamoro. Estaba espléndida, chico, verdaderamente espléndida; pero... Luis hacía por entonces en doce tiros doce *dianas*.

—Sí, era un *sportman* completísimo.

—Cuando regresó de su viaje, el triunfo de Clarita en el *stand* y el de *Fifi II* en la pista eran todavía tema de actualidad en los círculos deportivos. Luis me pidió detalles de ambas cosas y yo se los di lo mejor que supe. Pero yo no soy colorista y mis descripciones resultaban harto pobres. Me ocurrió un medio de que Luis viese el espectáculo con las mayores apariencias de realidad: el cinematógrafo. En uno de los mejores de la corte se exhibía una película muy hermosa de la carrera del *gran premio*.

Al cinematógrafo nos fuimos y en él fuí testigo del mayor dolor que en mi vida haya visto y de la escena más intensamente dramática. «Carrera del *gran premio*», anunció un rótulo en el lienzo de las proyecciones, y en seguida vimos proyectado, con gran detalle, un trozo del hipódromo á un costado veíamos las tribunas, concurridísimas; la pista despejada, al centro; al otro costado un trozo del *stand*, lleno de coch es abiertos, y en primer término, por una maldita casualidad, el *maill-coach* de las Retamoso, y Clarita, en lo alto de una banqueta.

Luis me llamó la atención sobre ella. «Mira,—me dijo—qué guapa está mi mujer». La veíamos dirigir los gemelos en todas direcciones; parecía que buscase á alguien. Tan al frente se destacaba en la película la figura de Clarita, que podíamos precisar todos sus movimientos y casi seguir sus impresiones. La vimos animarse, mirar con insistencia á la derecha, saludar con la cabeza... ¿A quién saludaría? me decía Luis. No podíamos saberlo; el campo de proyección se cortaba á poco trecho del co-



Caldas de Malavella (Cataluña).

Fotografías de Bressanini.

che. Pasó un momento. Luis estaba inquieto, nerviosísimo. De pronto, me apretó fuertemente el brazo y, con voz velada por la emoción, me dijo: «Mira, es él, Aranjo». Efectivamente; en la dirección en que Clarita había saludado aparecía Manolo, sonriente, con un *bouquet* en la mano.

Luis se agitaba en la butaca, la película seguía su vibratorio movimiento y Aranjo aparecía avanzando en dirección al *maillcoach* con el ramo de flores en la mano y una sonrisa de triunfador en los labios. Oía como los dientes de Luis rechinaban; sus dedos crispados atenaceaban mi brazo, y con voz apenas perceptible, como si fuese un sollozo, exclamaba: ¡Miserables! ¡infames!

La película continuaba su vibratorio movimiento. El cuerpo de Luis tambalea como si siguiese el ritmo de la película, preso de un brutal acceso de furor. Veíamos á Aranjo avanzar hacia el coche mirando á Clarita . . . . .

. . . .

«¡Se lo ha entregado! ¡Sí, el ramo! ¡Canalla! ¡Oh, y ella lo acepta! ¡Lo acepta! ¡Y le brinda una copa de champagne! ¡Condenación!». Así musitaba Luis, y añadía: «¡Mira, mira! ¡Se sonríen! ¡Sólo les falta besarse... y se besan con los ojos!».

Miré al lienzo de proyecciones y en letras muy grandes y muy blancas, aparecía esta inscripción:

Película sensacional
El motín en San Petersburgo

Yo no oí lo que Luis decía. Sacudí su brazo, le invité á marcharnos. No me respondió. Estaba desmayado. Le auxiliamos como se pudo, y cuando volvió á la vida, sus ojos vagaron inciertos, espantosamente abiertos.

¡Luz! gritó desesperado ¡Luz! Se había quedado ciego.

. . . .

Muchas veces, cuando estamos solos, me pregunta insistente, como alucinado: Dime, dime ¿he visto? ¿he soñado?

Yo no recuerdo cuándo acabó la película su desarrollo; él no sabe en qué momento empezó á ver... lo que no veía. Quizá sea lo mejor.

Ciego de celos todavía, puede dudar de que ha visto. ¡Pobre Luis!

. . . .

—Verdaderamente es un drama inverosímil.

RAFAEL MAINAR



EL VAPOR TRASATLÁNTICO «SIRIO», NAUFRAGADO Á LAS 4 DE LA TARDE DEL DÍA 4 DEL PASADO AGOSTO, EN LOS BAJOS DE LAS HORMIGAS, FRENTE AL CABO PALOS.

LA CANCIÓN DE LA MISERIA

Yo soy el alma de las transformaciones del mundo, desde que muchos hombres han olvidado que tienen alma.

Yo soy la que hace realizar toda suerte de trabajos. Por mí las montañas se horadan, los ríos tienen fuentes, se nivelan los valles y se arrasan las montañas.

Yo soy la que hace que los ferrocarriles unan naciones á naciones, que las locomotoras devoren el espacio y que los grandes trasatlánticos surquen los mares.

Yo soy la que ha hecho que la raza blanca sujetara á su voluntad á las demás razas, y á mi voz se debe que la amarilla haya despertado de su sueño milenario, causando terror formidable á los blancos.

Yo soy la que ha descubierto y colonizado América y ante mi empuje las razas del Africa han cedido sus países más fértiles á los europeos.

Obra mía son los templos y palacios, los canales y los puertos, las obras todas de que el género humano se enorgullece.

Yo he creado las riquezas para unos pocos, he producido todas las maravillas que pasman á los hombres.

Y con ser tan fecunda y tan potente, todos abominan de mí. Me maldicen aquellos á quienes poseo y fecundo y me temen aquellos á quienes he dado poder, honores y riqueza.

Sin la ley de los contrastes sociales, que yo he promulgado, la vida sería una sucesión monótona de monótonos días.

¿Por qué, pues, aborrecerme y despreciarme? Soy fuerza avasalladora, capaz de transformar el mundo por una simple volición, y soy de índole tan buena que suprimo los mandatos de mi voluntad formidable.

Mía es la tierra y esclava mía la humanidad. ¡Guay del día en que quiera demostrarlo!



BURRO FENOMENAL, ORIUNDO DE FRANCIA Y PROPIEDAD DE D. SALVADOR SANMARTÍN, DE ESTA CAPITAL, QUIEN LO HA VENDIDO AL GOBIERNO ARGENTINO POR LA CRECIDA CANTIDAD DE 10,000 FRANCOS.

TARJETA POSTAL

A Marta Costa

Entre las frases que ensarta
El vulgo sin ton ni son,
Figura la locución
Muera Marta y muera harta.
Yo que á menudo la oí
Como quien oye llover
Juzgo cambiarla un deber
Porque te llamas así.
Y decir en puridad,
Viendo lo que vales, Marta,
Viva Marta y viva harta...
Harta de felicidad.

CARLOS CANO

Fotogs. de Merletti.



Sport de verano; por Trabal.



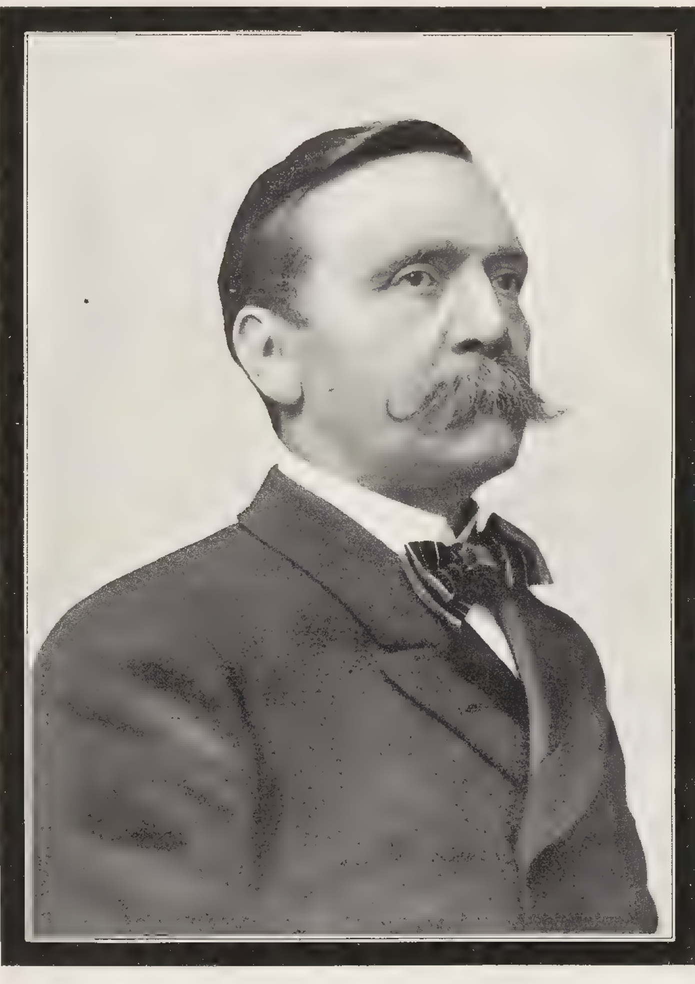
Cuadro de J. M. Tamburini.

DOCTOR D. CARLOS PELLEGRINI

† en Buenos Aires en 17 de Julio de 1906

La Argentina acaba de perder otro de sus predilectos hijos. Cuando aún estaban calientes las cenizas de Mitre y Quintana, la muerte le ha arrebatado á Carlos Pellegrini, ciudadano eminente, privilegiada intelectualidad de una gran fuerza moral y política, que estuvo siempre al servicio de las instituciones, de la tranquilidad, del orden y de la paz pública.

La consideración y aprecio de que gozaba el finado, su prestigio y valimiento como ciudadano, se ha patentizado por el dolor general que ha producido su fallecimiento en todos los círculos oficiales, políticos é intelectuales de la República, lo propio que en el resto de América y en Europa, donde el sabio doctor tenía numerosas amistades y relaciones; y lo han pregonado á la faz del mundo el Gobierno, el Senado, el Congreso de los Diputados, la Intendencia Municipal, la Suprema Corte de Justicia y, en una palabra, todas las corporaciones oficiales y particulares, rindiéndole el homenaje de su hondo sentimiento, y todos aquellos honores póstumos que las naciones civilizadas reservan exclusivamente para los grandes hombres.



Asociándonos nosotros al pesar intenso que por tal desgracia experimenta el pueblo argentino, unido al nuestro por lazos cada día más sinceros y cariñosos, publicamos el retrato del ilustre finado y reproducimos á continuación las notas biográficas del mismo, que insertó *La Prensa* de Buenos Aires en la misma fecha de su muerte á fin de que los lectores del Album Salón puedan apreciar debidamente con cuánta justicia se ha llorado su pérdida y honrado su memoria.

«El doctor Carlos Pellegrini nació en Buenos Aires el 11 de Octubre de 1846; su padre era un ingeniero francés de origen italiano que ha dejado su nombre vinculado á los primeros progresos del arte gráfico y pictórico de aquel país. Ultimamente se realizó una exposición de los trabajos artísticos del ingeniero Pellegrini, que fué objeto de una póstuma y unánime admiración. Su madre era argentina, de origen inglés.

A los veintitrés años se graduó de doctor en jurisprudencia en la Universidad de la capital; antes de terminar sus estudios universitarios prestó su contribución de sangre á la patria y formó en los regimientos de la guardia nacional que marcharon á los campos de batalla del Paraguay. En esta ruda lucha, el teniente Pellegrini comenzó á poner de manifiesto la indomable bravura que le había de carecterizar más tarde en los momentos más álgidos de su vida.

Cuando regresó de esta campaña, en la que en repetidas ocasiones figuró su nombre en las órdenes generales del ejército con menciones honrosas para él, terminó sus estudios y se dedicó á ejercer su profesión; pero la política le atraía viva é irresistiblemente y descuidó las promesas provechosas de su acreditado y naciente bufete para aplicar sus mejores energías á las luchas cívicas, en las que descolló por el entusiasmo de sus convicciones, la actividad de partidario y por las grandes condiciones oratorias que le distinguían.

Conquistó inmediatamente una posición prominente dentro de su partido, y en 1873 era elegido diputado nacional; su actuación en el Parlamento le destacó en seguida, poniéndolo á la cabeza de la generación joven é intelectual de la agrupación política á que se había afiliado.

Las energías de su temperamento le llevaron á ocupar el primer puesto de combate en la hora en que más sangrienta aparecía la lucha por la unidad nacional, y venciendo las seducciones del espíritu localista, él, porteño, se hizo el alma de las fuerzas nacionales que vencieron al gobierno y pueblo de Buenos Aires en su lucha contra las provincias.

Ocupó en 1880 el Ministerio de la Guerra, y en este cargo desplegó tal suma de energía, valor y actividad, que conquistó un prestigio indiscutible en el ejército, al extremo de que se ha dicho que jamás hombre civil alguno alcanzó á gozar de mayores preeminencias dentro de la institución armada, que el doctor Pellegrini.

Pero su vocación le llevó á estudiar con preferencia todo lo relacionado con las cuestiones financieras del país, y en tal concepto su obra ha sido amplia y profunda; en su tarea de financista ha tenido éxitos y fracasos, pero ha defendido siempre con sinceridad y talento las grandes cuestiones que se han debatido en los últimos años. El empréstito de 200 millones de pesos de 1885, fué contratado por él por encargo del Gobierno. Su mayor suma de labor en este sentido la realizó cuando, al hacerse cargo de la presidencia de la República, por renuncia del doctor Juárez Celman, presidió la liquidación de los bancos garantidos, propició la conclusión de las garantías ferroviarias y dirigió con mano firme y experimentada la crisis sobreviviente á los escándalos y desastre económicos de 1890.

Posteriormente, la ley de creación del Banco de la Nación, y más tarde la ley de conversión de la moneda y formación del fondo correspondiente, han venido á consagrar su notoria preparación.

El concepto de que á este respecto ha gozado durante muchos años en el mundo financiero europeo es su mejor elogio.

En 1886, el doctor Pellegrini fué elegido vicepresidente de la República, y poco después, desagradado por el giro que tomaban los negocios de Estado bajo la dirección irregular y combatida del doctor Juárez Celman, se marchó á Europa, donde visitó diversos países, recibiendo en todas partes demostraciones cariñosas y altas distinciones.

En 1890 le tocó reemplazar al doctor Juárez Celman en la presidencia de la República y tuvo necesidad de apelar á los más enérgicos resortes de gobierno para mantener la paz en un país hondamente perturbado por la acritud de las campañas políticas dirigidas contra el régimen predominante hasta entonces; el doctor Pellegrini tuvo frecuentemente que abandonar su gabinete de estudio para correr á los cuarteles á tomar las disposiciones preventivas y de defensa contra los diversos estallidos revolucionarios que se produjeron durante el breve plazo que tuvo que desempeñar el poder. Esto hizo que muchas de sus iniciativas, destinadas á propiciar la restauración económica del país, fracasasen, porque á pesar de que su primer ministerio llevó un sello especial de conciliación entre la tendencia revolucionaria y la predominante en los gobiernos de provincia, las impaciencias de los unos y los excesos de los otros, trajeron una situación tal de tirantez que condujeron á frecuentes revoluciones que él reprimió con energía y prontitud, aunque en todo momento reveló la grandeza de su carácter á la vez que su varonil y arrojada gallardía.

El ascenso de Pellegrini á la primera magistratura del país fué saludado como una era de paz y de progreso para el comercio y la industria, y su nombre fué aclamado por todos. Pero los sucesos políticos, á que nos hemos referido, esterilizaron en gran parte su acción de hombre de Estado.

En 1892, entregó el mando al doctor Luis Sáenz Peña; este presidente tuvo que reclamar repetidamente su concurso para dominar nuevos estallidos del partido radical.

Momento hubo en que el doctor Pellegrini aconsejó al doctor Sáenz Peña que llamara al Gabinete al elemento más representativo y de mayor valía intelectual del partido radical, el doctor del Valle, y le confiara la dirección de los negocios de Estado, y así se hizo. Pero el doctor del Valle fué también ineficaz y cayó por una revolución de palacio, y el doctor Sáenz Peña renunció para entregar el mando al doctor Uriburu, quien llamó como consejero también al doctor Pellegrini.

Candidato poco tiempo después á la gobernación de la provincia de Buenos Aires, renunció sus votos á favor del doctor Udaondo, quien resultó electo. En seguida se fué á Europa, donde cayó gravemente enfermo. De allí volvió para ser elegido senador por la provincia en el Senado Nacional.

Cesante en este último cargo, cuya activa y eficaz oposición al general Roca le valió su eliminación como candidato á la presidencia de la República, y cuya enérgica campaña contra el gobernador Ugarte le proporcionó la pérdida de la situación legislativa, pasó dos años fuera del Congreso, hasta que la reciente campaña coalicionista de que fué nervio, pensamiento y voz, le llevó por el voto libre de sus conciudadanos á ocupar una banca en la Cámara de Diputados, donde constituía una influencia imponderable.

Como parlamentarista ha tenido prestigios evidentes y ha tomado parte en todos los debates de importancia que han tenido lugar en los últimos treinta años; como político ha intervenido é influído con más eficacia que ninguno en todas las cuestiones y luchas suscitadas.»

***



REGRESO DE LAS «COLONIAS ESCOLARES DE VACACIONES» ORGANIZADAS POR EL AYUNTAMIENTO. *Fot. de Merletti.*

Espectáculo en verdad hermoso fué el que dieron á su regreso las colonias escolares de vacaciones organizadas por el Ayuntamiento.

A la hora anunciada del día 31 próximo pasado fueron llegando al Palacio de Bellas Artes aquellos regocijados grupos de lindas criaturas, que volvían al regazo de la ciudad condal después de haber respirado con libertad, durante todo el mes de Agosto, los aires sanos de San Feliu de Codinas, Vilasar de Mar, Caldas de Montbuy, San Celoni, Collbató y Llinás del Vallés.

El aspecto de los niños y niñas evidenciaba el lisonjero éxito de la excursión, pues todos llegaron muy mejorados y con un considerable aumento de peso.

Los grupos escolares fueron recibidos en las estaciones del Norte y de Francia por los individuos de la comisión organizadora de las colonias, señores Fuster, Batlle y González Prats.

En el Palacio de Bellas Artes aguardaban á los excursionistas, además de sus respectivas familias, el alcalde accidental, señor Bastardas, y los concejales señores Valentí Camp, Moré, Rovira, Marsá, Pla y Daniel y Esteve, y el secretario de la corporación municipal, señor Gómez del Castillo.

Los escolares fueron obsequiados por el Ayuntamiento con *sandwich, tortell* y vino de Jerez.

La banda municipal, bajo la inteligente batuta del maestro Sadurní, interpretó varias composiciones, y entre ellas una *sardana*, que fué aplaudida por la concurrencia. Luego, los escolares entonaron varios himnos patrióticos y canciones catalanas, organizándose poco después la comitiva, al frente de la cual figuraba el pendón de la ciudad, siguiendo los escolares con sus familias, la representación del Ayuntamiento y la banda municipal, para dirigirse á las Casas Consistoriales, donde debía disolverse. El grabado que antecede á estas líneas representa el momento de la salida del Palacio de Bellas Artes.

***

BALDOMERO



FIESTA AN

) GALOFRE



DALUZA

Exposición de D. Pio Clos (Rambla de los Estudios, 6).

AMOR DE AMORES

Lo que voy á contaros es tan vulgar, que os encogeréis de hombros tal vez; hay quien piensa que es absurdo escribir ciertas cosas que está el lector harto de haber visto y oído; no obstante, esas cosas vulgarísimas son las que el observador ha de tomar como modelo.

¿Hay algo tan vulgar como una mujer que tuvo un esposo amante y ya no lo tiene? ¿Que fué rica y ya no lo es? ¿Que vive pobre en un hogar pobre? ¿Hay cosa más corriente que esa mujer, anciana, por los pesares más que los años, enferma, triste, muerto su esposo que era su amor, destruída su fortuna que era su paz, tenga un hijo, en el que piense como su consuelo y que resulte, por el contrario, la odisea espantosa de su vejez? Porque no negaréis, tampoco, que es asunto de lo más vulgar y manoseado la ingratitud de los hijos.

Y en el ejemplo de hoy, no se trata de un hijo, precisamente, se trata de una hija, que es mucho peor. La odisea de esta madre, ya lo dije, fué espantosa, durante mucho tiempo. Vivió para su hija, nó como una madre para un hijo, sino como un paria para un tirano. La tierna, la cándida, la dulcísima Fe, aquel sarcasmo de hija, encubierto en una ideal criatura, blanca aparición á cuya vista el alma acordábase de Andrómeda, ¿nació con todos los instintos delicados, menos con el instinto filial, ó lo desterró la madre del alma infantil, desde que tuvo la niña raciocinio, con sumisiones serviles y complacencias vituperables, propias de una idolatría sin discernimiento?

La madre vivió en muerte, para que su hija viviera gozando; se privó de lo preciso para dar á la hija lo supérfluo; sufrió las injurias que ha de sufrir una mujer de educación por hacer todos los trabajos, aun los más viles, é hizo estos trabajos, porque en la diadema de cabellos rubios de la tirana brillase un prendido, ó porque refulgiese su preciosa persona con un lazo más ó con una cinta: hablaba Fe, y la madre manteníase en un silencio respetuoso; movíase Fe, y la madre apartábase temerosa, para no manchar con sus andrajos la linda indumentaria; daba Fe una opinión, absurda generalmente, y la madre acogíala con entusiasmo adulador; irritábase Fe, y la madre huía al rincón más obscuro, como perro tímido que teme el puntapié del amo; visitaba á Fe una amiga, y la madre escondíase, para que el ídolo no se avergonzara de su aspecto andrajoso; poníanse á la mesa en distintas horas, comía la madre las sobras de la hija, vestía las ropas viejas de la hija, y si la hija lloraba, de coraje por lo común, nunca de sentimiento, la madre, arrastrándose hasta ella, ciega, loca, besaba, estremecida de terror, sus largas trenzas de cabellos de oro.

Fe era hermosa, dulce, de una idealidad exquisita, de una delicadeza femenil emocionante, blanca y dorada como un beso de amores de la luna y el sol, pero nadie, en la intimidad del hogar, había visto arder sus ojos de cólera; nadie había oído los denuestos que escupían aquellos labios de clavel; nadie la había visto, en fin, transformarse de Andrómeda en Medusa ante los ojos aterrados, llenos de lágrimas, de una madre débil, castigada en su debilidad por el mismo adorado objeto de sus torturas.

Amó la niña, y este amor fué el golpe último, el golpe de gracia para la madre: amó Fe como ella podía amar, con un amor egoísta, imposible de compartir con otro alguno; si algún leve sentimiento de ternura por la esclava vivía dormido en el corazón de la déspota se durmió del todo, para no despertar nunca, al consagrarse al hombre de su amor, hombre que era, por un triste encadenamiento de miserias humanas, falso, duro y cruel; un hombre que la amó por un día viéndola hermosa, y que la torturó como ella torturaba á su madre, y como otro sér surgiría, tarde ó temprano, salido de Dios sabe dónde, para que él padeciese.

La amó porque era hermosa, pero la hermosura de Fe duró poco; empezó á marchitarse cuando apenas tendría Fe diez y ocho años; extinguíase de una enfermedad de consunción; era una flor de estufa, quemada por el mismo fuego que la nutría.

Amaba más Fe cuando se marchitaba y envejecíase, y el hombre de su amor alejábase cuanto más era amado; alejábase, nó de ella, de su demacración, de su enflaquecimiento, de sus órbitas hundidas, de su fealdad. ¡Hombre cruel! Estaba sola... *¡Sola!* Pero no volvía Fe los ojos á su madre; para lo que estaba allí su madre era para pagar médicos, no se sabía cómo, para pagar medicinas, para cuidarla, para verla de rodillas á su lado en las noches crueles, para quedarse ciega de llorar por la hija de su amor que iba á morir. ¿Creerían sinceramente, esta hija y esta madre, que las madres y los hijos deben nacer y vivir para eso?

Iba á morir Fe, y consiguió la madre arrastrar al hombre hasta el lecho... Yo admiro á las matronas augustas de la antigüedad; yo admiro sus acciones heroicas, pero se me figura muy poco todo aquello comparado con el amor de esta madre por una hija que la desprecia. Ante esta mujer olvidada en un rincón por su hija que muere; por su hija moribunda vuelta de espaldas á ella, para entregar su último estertor á un hombre, á un extraño, ¿qué vale la madre de los Macabeos ni sus arrogancias contra Antíoco, ni Lucrecia dándose de puñaladas por la injuria de Sexto, ni la mujer de Tráseas matándose para enseñar á su marido á matar á Claudio?

— Mi amor, — decía ella, agonizante, — una cosa te pido; después que haya muerto, bésame en la frente, para que tu beso me acompañe en la eterna soledad.

La esclava gime en su rincón. El tirano muere... Muere sin pedirle un beso á ella. No se le ocurre el pensamiento de que va á descansar de su tirano. Llora en su rincón, de rodillas, sin ofensas, sin cóleras, considerando quizás muy lógico y justo que no merezca ella la adoración que un extraño á su hija merece.



El hombre ha ofrecido á la moribunda cumplir su deseo... Y ofreciéndolo, reflexiona con disgusto que aquellas mejillas, antes de rosa, llenas y frescas, se han hundido, que aquella brillante tersura de los pómulos son huesos salientes, acardenados, que la flor

divina de su boca no tiene colores ni perfumes. Se va el hombre y muere ella, como si aquel sér siniestro hubiese sido árbitro de su vida. El alma va á lo infinito y la carne es cubierta de un velo blanco. Su frente y sus ojos lucen como con una aureola divina; son sus cabellos rubios.



La llevan al camposanto. Detrás del coche van algunas personas indiferentes, hablando de sus asuntos. Es el acompañamiento; pero el novio no va en él; después del acompañamiento, muy detrás, va la madre.

Se ha despedido el duelo; las preces concluyen; el cadáver está junto á la fosa; van á enterrarlo.

—¡Esperad! —dice la madre; —quiere esperar al hombre; vendrá sin duda á besar á la muerta; espera que cumpla, aunque sea en el borde de la fosa.

Pasa tiempo y van á enterrarla.

—¡Esperad!—dice la madre, de rodillas, con los brazos tendidos.

Esperan aún, pero pasa tiempo y van á enterrarla.

—¡Esperad!—repite la madre con desgarrado grito de súplica.

Piensa que él ha de condenarse y que su hija no encontrará reposo en la eternidad, esperando siempre el beso ofrecido.

Pero no aguardan más; están impacientes y van á enterrarla.

La madre entonces se arroja sobre el ataúd, convulsa, loca, palpitante y grita, en un rugido de dolor:

—¡Ya que él no viene, hija de mi alma, deja al menos que yo te bese por él!

Y allí, sobre el ataúd, quedan sus labios, y allí, junto al ataúd, queda ella muerta.

La tarde declina, una dulce tarde de estío, y todo, todo, al declinar aquella tarde, las siemprevivas de las tumbas, los arbustillos de la tierra, irguiéndose y doblándose como surtidores de lágrimas, las copas de los cipreses movidas con suavidad al impulso del viento, el susurro de la fuentecilla próxima, las bocas frías, heladas, de los sepulcros, todo en el silencio solemne de la noche que empieza, creyérase que se une en concertante melodioso para lanzar un himno á la maternidad, la maternidad santa, con todos sus misterios, todas sus hermosuras y todas sus debilidades.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

Ilustraciones de V. Castell.

TARJETA POSTAL

Contemplando tu belleza,
Que al más valiente atortola,
Me he quedado en una pieza
De los pies á la cabeza
Y no doy ya pie con bola.
Punto hago, y eso me evita
El que me den una grita,
Pues merezco llevar palos
Por hacer versos tan malos
A una mujer tan bonita.

Carlos CANO

PREGUNTA SUELTA

Que la honradez nada vale,
que cultivarla es estéril
porque para nada sirve,
oigo decir muchas veces;
y si la honradez, me digo,
nada vale ni merece,
¿por qué, sin embargo, todos
pasar por honrados quieren?

SOLUS ERIS

(Imitación de Horacio).

Las hojas de los árboles
y los amigos
brotan en el buen tiempo
por todos sitios;
y amigos y hojas,
cuando el mal tiempo llega,
nos abandonan.

Mariano VALLEJO



Estación de viajeros, en el Muelle de la Paz, de nueva construcción
y recibida provisionalmente por la Junta de Obras del Puerto en el día 4 de los corrientes.
Fot. de Merletti.

M. OBIOLS DELGADO



BATALLA DE FLORES.



Cuadro de ROMÁN RIBERA.

Exposición ***Miralles*** (Escudillers, 5, 7 y 9.)

quien tuvo, retuvo y guardó para la vejez, ni el amor que sentía aquél por su esposa, ni las excelentes condiciones de ésta, ni la circunstancia de haberle dado un hijo y una hija en los dos primeros años transcurridos desde su enlace, pudieron hacerle modelo de fidelidad conyugal.

Aurora, ó no se enteró de los devaneos de su marido ó tuvo prudencia y abnegación suficientes para no darse por entendida de ellos. Nunca salió de sus labios una palabra de queja; y como, por lo demás, don Antonio se mostraba siempre cariñoso, y, lo que no es tan frecuente, cortés y lleno de atenciones con su mujer y con los suyos, reinaba en la casa una paz octaviana, y la familia Ríos era citada por modelo entre cuantos conocían sus patriarcales costumbres.

Una de éstas consistía en que, al llegar el santo de don Antonio, esposa, hijos, parientes y amigos íntimos acompañaban su felicitación con regalos, demostrativos nó de la vanidad, sino del sincero afecto que el interesado les inspiraba.

Don Antonio recibía los obsequios, plácido y sonriente; celebraba un banquete íntimo al que sólo su familia asistía, á fin de que no turbase las naturales expansiones la presencia de ningún extraño, y por la noche daba una reunión en la que correspondía espléndidamente á los agasajos de que había sido objeto. Tal fué el programa invariable de todos los días de San Antonio de la Florida, durante algunos años.

Mas llegó uno en el que se realizó una variación trascendental.

Cerca ya del mediodía, don Antonio, que desde hacía más de dos horas mostrábase serio y cariacontecido, no pudiendo ya contenerse, dijo á su esposa:

—¡Válgame Dios, mujer! Tus hijos, nuestros primos, nuestros amigos, todos, siguiendo la no interrumpida tradición, me han regalado algo... ¡Solo tú pareces olvidar que estamos «en la primera verbena que Dios envía!...»

La aurora de los cielos no tiene tintas más suaves que la sonrisa y el acento con que Aurora de los Ríos contestó á su marido:

—¡Tonto! ¿Puedes presumir que yo haya incurrido en semejante falta?

—No! si no te riño...

—Ni yo lo merezco: es que este año mi regalo constituye una sorpresa que no puede ser presentada hasta el instante de la comida.

—Ah!—exclamó don Antonio como quien se quita un gran peso de encima.

Y desarrugando el ceño, abrazó á su esposa y esperó resignado el momento de recibir la sorpresa prometida.



Educación del Príncipe D. Juan. — Cuadro de S. Martínez Cubells. *Fot. de J. Laurent.*

El momento llegó.

Cuando avisaron que la comida estaba dispuesta, Aurora dijo á sus hijos:

—Esperad un poco: antes que paséis al comedor quiero que entre en él vuestro padre, para que me diga si falta algo.

Y añadió, cogiéndose del brazo de su esposo:

—Acompáñame.

Sólo ambos penetraron en el comedor.

—¿Qué te parece mi sorpresa?—preguntó intencionadamente Aurora.

Don Antonio, al dirigir la mirada al interior de la habitación, palideció, tambaleóse y cayó de rodillas ante su esposa, balbuceando:

—¡Perdón, Aurora, perdón!...

Levantóle ella dulcemente y señalando á un precioso niño de tres años, sentado en un sillón de brazos, á la derecha del asiento destinado al jefe de la casa, repuso:

—¡Hace tiempo que te he perdonado!... Pero, mira: un miserable, á quien no he de nombrar, me reveló la existencia de ese niño, creyendo que el despecho, el afán de venganza, me arrojarían al precipicio á que quería empujarme... Mentiría si no te dijese que tuve tentaciones de hacerlo... Por fortuna, Dios acudió en mi auxilio, el vértigo pasó; arrojé de mi presencia al delator y quise saber si eran ciertas sus afirmaciones... En parte había mentido: Eusebia Gómez y Ruíz había muerto; tú recogiste ese hijo, que es tuyo, y lo hiciste criar secretamente... Al menos, tal fué tu intención; mas ya te habrás convencido de que en este mundo sólo permanece oculto lo que no se ejecuta... Pues bien, como no quiero que el escándalo cunda y se propague, y que algunas otras buenas almas traten de hacer de ese niño un ariete contra mi honradez, Francisco Gómez y Ruíz, se llamará desde hoy, Francisco Bosque de los Ríos; *¡será nuestro hijo!...* Yo no traje dote al matrimonio; cuanto hay en la casa de ti procede y, en consecuencia, no sería justo que, ni aun en provecho de mis dos hijos, quedara por completo desheredado otro que te debe el sér... Recobra la calma; yo me encargo de orillar todas las dificultades; sentémonos á la mesa y comamos con la alegría de siempre... ¡Mas, procura no volver á someterme á tales pruebas, porque si mi alma es fuerte, mi cuerpo es débil! ¡Jamás te deshonraría, pero podría morir, y creo que aún os hago falta á todos, hasta á este inocente!

Don Antonio reía y lloraba al mismo tiempo. Abrazó á su santa mujer... y desde entonces fué el más fiel de los esposos.



Acto de colocar en la estatua de Rafael de Casanova, último *Conceller en Cap* de Barcelona, las coronas con que varias corporaciones y entidades regionalistas han conmemorado, en este año, la muerte del mismo. *Fot. de Castellá.*

Pero escrito está que el mal sólo puede ser fuente de males.

Aurora cumplió sus generosos propósitos con gran abnegación.

Cuidó de Paco lo mismo que de sus verdaderos hijos y como la criatura se hacía querer, hasta llegó á tomarla gran cariño.

Jamás se le dijo su verdadero origen, y no siendo posible legitimación de ninguna clase, por tratarse de un hijo adulterino, se inventó la fábula que él hubo de referirme con la mayor buena fe, para justificar la diferencia entre los apellidos que usaba y los que constaban en sus documentos oficiales.

Poco después de partir con su familia á San Sebastián, Paco tuvo una pequeña disputa, acaso la primera, con su hermano mayor, y éste, en un arrebato de cólera, echóle en cara su origen.

Mi pundonoroso amigo pidió explicaciones á su padre, averiguó la verdad... ¡y una fiebre cerebral le llevó al sepulcro en pocos días!

Desde entonces, don Antonio no ha levantado cabeza, y es casi seguro que no tardará mucho en seguir al pobre Paco.

Eduardo BLASCO.

ANTE LA PILA DE ABLUCIÓN
DEL PATIO DE LOS LEONES
DE LA ALHAMBRA DE GRANADA (1)

Bendito sea aquel que al Imam, concediera,
Mahomed, las mansiones que aquí los ojos ven,
cuajadas de labores, cual si el alcázar fuera
puerta del Paraíso, del prometido Edén.

Alah dió á este jardín la gracia y la hermosura
para alegrar la vida y su sopor letal,
deslumbrados los ojos de la humana criatura
el único lo encuentran, el solo, el sin rival.
Mira esta fuente blanca, de mil perlas formada
que tiemblan y que brillan con vivo resplandor,
sobre su base el agua á gotas derramada
otras perlas simula de idéntico primor.
El agua se desliza como líquida plata
entre ha'ajas talladas con mágico cincel,
el sol en su mojada blancura se retrata
y un sol en sus entrañas lleva cada joyel.
El agua forma adornos al paso que se riza
y baña las labores macizas del tazón,
á veces no sabemos qué cosa se desliza,
si el agua ó los adornos ¡tan viva es la ilusión!
¿No ves cómo rebosan las aguas desbordadas
y ocultas tuberías la esconden al caer?
¡Pestañas de una hermosa, de lágrimas bañadas,
imitan, que, la triste, se esfuerza en contener!
¿Y qué son, estas aguas y esta copiosa fuente,
sino una nube llena de gracias y de bien,
que, al rasgarse, derrama con chorro providente
mercedes á los leones que sirven de sostén?
De igual modo el Califa, con generosa mano,
de sol á sol, derrama su gracia y protección
sobre el mejor soldado del credo mahometano,
sobre el que es en la guerra un invencible león.
¡Oh tú, Califa amado, que miras estos leones!
No hay sér que no temblara al verlos acechar;
mas, tú, en ellos despiertas extrañas emociones
y la fiereza de ellos se ve en amor cambiar.
¡Oh descendiente y gloria de todos los Ansares!
Tu estirpe es limpia y viene por recta transmisión.
tu herencia igual no tiene del mundo en los lugares
y las grandezas á ella incomparables son.
De Alah la salud sea por siempre más contigo,
la dicha en tu alma y casa no tengan nunca fin,
disperse el viento el polvo de aquel que es tu enemigo
y el hado multiplique tu gusto en el festín.

F. TOMÁS Y ESTRUCH



ESTATUA DE FEDERICO SOLER (Pitarra) que ha de coronar el monumento que se erige al eminente dramaturgo de este nombre, fundador del Teatro Catalán. Es obra del afamado escultor Agustín Querol. *Fot. de Merletti.*

(1) Esta célebre poesía, escrita en árabe y representada con bellos caracteres tallados en mármol y en combinación con otras labores, figura en la faja ornamental del hoy surtidor, antes pila de ablución, sostenida por leones, del patio de este nombre en la Alhambra de Granada. En rigor, mi trabajo, no es otra cosa que una versificación libre de las traducciones que, del árabe al castellano, han hecho en prosa varios autores. — T. y E.

J. PALLARÉS



AVENIDA DE LOS CAMPOS ELÍSEOS (PARÍS).

Exposición Miralles (Escudillers, 5, 7 y 9.)

que ya en otras épocas habían podido apreciar cuán digna y bondadosa era la soberanía de Castilla, que nunca dejara de estimar en todo su valor las elevadas condiciones que distinguían á los guipuzcoanos. Además, ¡cuánto confiaron mutuamente el Rey y la Provincia, cuando no consta se firmaran ninguna clase de pacto ni condiciones, sometiéndose todos á promesas verbales! Tanto más de apreciar en aquellos tiempos en los que ni aun se respetaban solemnes pactos, escrituras y juramentos, de los que dan solemne testimonio las crónicas.

Cesaron desde entonces las intermitencias de la unión de Guipúzcoa á Castilla; ya es una la historia de ambas, y participan los guipuzcoanos de muchas de las glorias de los castellanos; limitémonos por lo tanto en adelante á citar ó relatar puramente los hechos propios de la ciudad de San Sebastián, puesto que sólo á ella se refiere nuestro trabajo.



EL GRAN CASINO
Fot de Hauser y Menet.

«Los terribles incendios y saqueos que ha sufrido la ciudad de San Sebastián (*Diccionario Enciclopédico de Montaner y Simón*) ha borrado las huellas de su origen; pretenden algunos que sea la que con el nombre de *Olarso* aparece en documentos antiguos, en la época de la dominación romana. Es indudable que en una época que no puede precisarse por falta de datos, pero que varios historiadores remontan á los tiempos de la invasión agarena, que arrojó tantos obispos y magnates á esta parte de la Península, postrer asilo de la independencia española, se erigió un monasterio bajo la advocación de San Sebastián, nombre que más tarde hubo de comunicarse á la población misma, y cuyo monasterio se ha conocido modernamente por San Sebastián el Antiguo. Esta denominación, y el existir allí la iglesia parroquial, parecen indicar haber sido éste el sitio que ocupara la primitiva población, de donde pudo ser



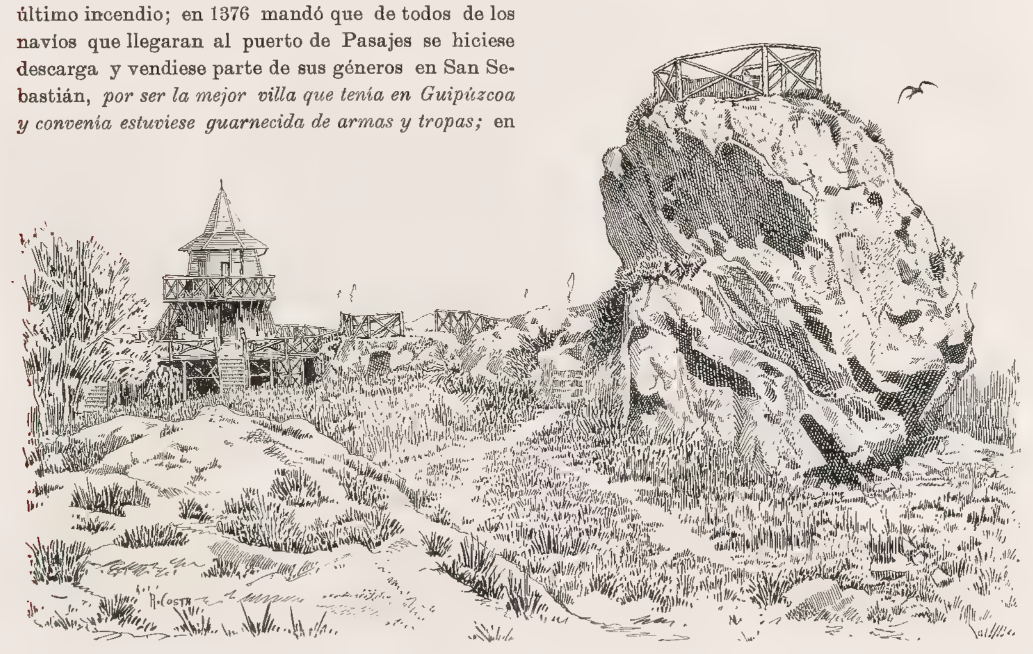
ANTIGUA CAPILLA TORREÓN DEL CASTILLO DE LA MOTTA — Fot. de Frederic.



EL GRAN CASINO — FACHADA PRINCIPAL *Fot. de Frederic.*

traída á su actual situación por las mejores condiciones que para el comercio ofrece, una vez que éste fué adquiriendo desarrollo hasta constituir el principal elemento de riqueza de aquellas costas. En el siglo IX la población de San Sebastián era ya conocida con el nombre de *Izurum,* que significa *tres entradas.*

En el año de 1200 (como hemos dicho), á consecuencia de la unión de Guipúzcoa con Castilla, tomó posesión de San Sebastián Alfonso VIII, confirmándole el fuero que anteriormente le concediese Sancho *el Sabio* de Navarra, y cuyo fuero se mantuvo posteriormente por otros monarcas. En 1247 San Sebastián contribuyó con sus naves y marinos, al mando del burgalés Ramón Bonifaz, á la conquista de Sevilla, y también tomó parte en el sitio de Algeciras en el año 1342 y siguiente. Después de los incendios que sufrió la ciudad en 1278, 1338 y 1361, en Julio de este último año, entró el Rey Don Pedro en su puerto con 22 navíos y otros bajeles, acompañado de sus hijas, y llevando consigo el tesoro real, con que había salido de la Coruña huyendo de la sublevación que allí se había iniciado; encontró buena acogida, y atribúyese á este Monarca el haber declarado á Hernani aldea de San Sebastián, y que las apelaciones de las sentencias de los alcaldes de aquélla viniesen á ésta. En 1374 le concedió los derechos de peaje sobre el pescado para que pudiese reponerse de los estragos causados por el último incendio; en 1376 mandó que de todos de los navíos que llegaran al puerto de Pasajes se hiciese descarga y vendiese parte de sus géneros en San Sebastián, *por ser la mejor villa que tenía en Guipúzcoa y convenía estuviese guarnecida de armas y tropas;* en



MONTE ULÍA — PEÑA DEL ÁGUILA

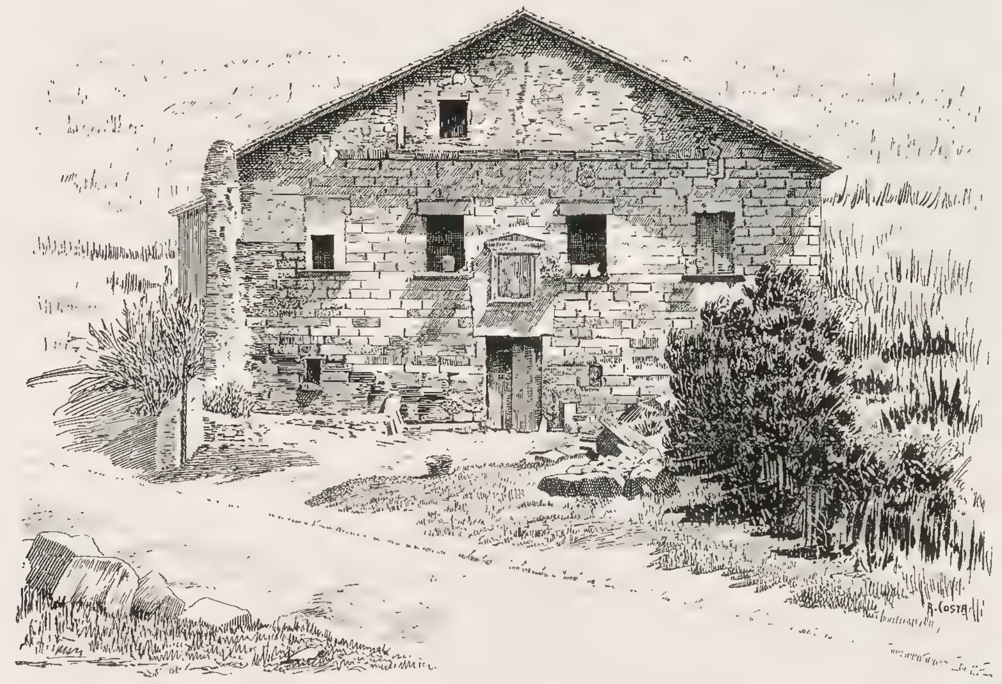
Febrero de 1379 ordenó que los de Igueldo, Zubieta, Ibeata y Andoáin fuesen vecinos de San Sebastián, y en 2 de Marzo del mismo año la concedió el derecho de poner alcaldes en las aldeas ó pueblos de su vecindario, los cuales sólo podían conocer en causas civiles que no pasaran de la cantidad de 60 maravedises. En esta población se congregó luego la Provincia, que ardía en guerras civiles entre oñecinos y gamboínos. Don Pedro López de Ayala presidió la Junta que redactó varias ordenanzas para reprimir los bandos, las cuales fueron confirmadas por Don Juan I, verificándolo también con la gracia de 3,000 maravedises, de 10 dineros cada uno, por año, deducidos de *diezmo viejo*. Hubo concordia entre San Sebastián y Hernani, en virtud de la cual el concejo de ésta tuvo su preboste, alcaldes y jurados, si bien de los juicios de éstos se apelaba á los de aquélla. El Rey aprobó esta concordia en 1380, y al año siguiente confirmó igualmente la sentencia dada en revista por el obispo de Zámara, sobre que los de Oyarzún fuesen vecinos de San Sebastián y nó de Rentería, como ésta solicitaba, y que también se pudiese apelar de sus alcaldes. Este asunto produjo muchos disturbios y derramamiento de sangre por la diferencia de los partidos



COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN — *Fot. de Hauser y Menet.*

En 1397 y 1433 hubo que lamentar dos nuevos incendios.

Los Reyes Católicos confirmaron á San Sebastián todos los privilegios y libertades que habían sido otorgados por sus antecesores.



CASA DONDE NACIÓ EL ALMIRANTE OQUENDO

Al ver que los pueblos de las costas de Galicia tomaban el partido de Alfonso V de Portugal, ordenó el Rey de Castilla *que se armase el mayor número posible de bajeles y que, incorporados á otros que iban á salir de los demás puertos de Guipúzcoa, se dirigiesen á aquel punto.* Los de San Sebastián cumplieron este mandato con gran presteza y lucimiento, acreditando su inteligencia y denuedo en la rendición de Pontevedra, Vivero y Bayona, y como trofeo de estas conquistas trajeron los buques un cañón que lanzaba piedras de 174 libras.

En 1476 el guerrero francés Amant de Labrit acometió con un ejército de 40,000 hombres á esta población, después de haber incendiado á Rentería, siendo rechazado. En 1512 se vió visitada la población por un ejército francés compuesto de 1,500 infantes y 400 caballos, mandados por el célebre Carlos, Duque de Borbón; los habitantes, dirigidos por Don Juan de Aragón, nieto del Rey Católico, hicieron una brillante y gloriosa defensa, entregando á las llamas 166 casas de los arrabales para que no se aprovechasen de ellas los invasores, quienes, en vista de la heroica resolución, levantaron el sitio á los dos días de haberse presentado ante las murallas de San Sebastián.

En 1522 el Emperador Carlos I la concedió el timbre de *Noble y Lael.*

En 1525 el Rey de Francia, Francisco I, cogido prisionero en la batalla de Pavía por Juan Urbieta, natural de la villa de Hernani, permaneció en San Sebastián bajo la custodia del Rey de Nápoles.

En la famosa jornada de San Juan de Luz, en el año de 1588, se hallaron 418 vecinos de aquella villa, los cuales, al mando de don Juan de la Borja y Loyola, fueron los primeros en apoderarse de este pueblo; y bajo el reinado de Felipe II la población contribuyó con hombres y dinero á todas las empresas de aquel Monarca, en las que tanto se distinguió el bizarro y entendido almirante don Miguel Oquendo, siendo estos servicios premiados por el Rey con diversas concesiones.

Una terrible peste redujo en 1597 la población al último extremo, siendo socorrida por la ciudad de Pamplona y por su obispo don Antonio Zapata. Felipe III confirmó una vez más todos los fueros y privilegios de San Sebastián, declarando *por cuanto convenía conservar esta interesante plaza en su entero ser y estado.*



PASEO DE LA CONCHA — *Fot. de Frederic.*

En 1638, tres cuerpos de ejército francés, mandados por el Príncipe de Condé, pasaron el Bidasoa, penetrando en Irún, y pusieron sitio á Fuenterrabía, atacándola por mar y tierra; sin embargo de lo estrecho del bloqueo, los de San Sebastián prestaron á esta población poderoso auxilio, llevándola por mar y en barcas víveres y municiones, asistiendo también al combate contra la armada francesa que mandaba el arzobispo de Burdeos, y al mes siguiente entraron á degüello en el campamente del ejército enemigo, dispersándole hasta Bayona. Al siguiente año, temiendo los habitantes una nueva embestida de los franceses, emprendieron la reparación de las fortificaciones, sin que ni los más pobres quisieran admitir jornal alguno.

RAMÓN COSTA



La mar vieja (Barcelona.)

ALGO SOBRE GOYA

Aunque nacido, el año 1746, en Fuendetodos, pequeña aldea de Aragón, don Francisco Goya y Lucientes es el pintor más genuinamente español.

Duros fueron los primeros años para Goya, pero su amor á la pintura y su ánimo resuelto, triunfaron de sus privaciones y miserias en Zaragoza, Italia y Francia.

Su amistad con el célebre pintor David despertó su afición á las ideas liberales y filosofías de la época, y bien puede asegurarse que la enciclopedia hizo con Goya su entrada en España.

En Madrid, y á pesar de tener que vivir en aquella corrompida corte de Carlos IV, María Luisa y Godoy, y á pesar de ostentar el título de pintor de Cámara, ganado en buena lid, Goya no cedió á los caprichos de los grandes, ni se doblegó ante los poderosos. Quizá por esto fué más admirado y querido; Carlos IV le abrazaba; Godoy le llevaba en coche á paseo, y le sentaba á su mesa; y apenas hubo noble ó persona de importancia que no quisiera lograr el gran favor de ser retratado por el eximio pintor, sin distinción de españoles ó extranjeros. Goya frecuentaba con mayor cariño la sociedad del pueblo: de aquí que sus majas, sus toreros, sus manolos, sean la admiración de propios y extraños.

Según un eminente crítico, tradujo Goya en sus cuadros y tapices sus propios sentimientos: reflejó en ellos no sólo las ideas, sino hasta los vagos deseos de su época; y constantemente bebió su inspiración en la sociedad á que pertenecía. Por esto, principalmente, fué artista y logró imprimir el sello de la inmortalidad á sus obras. No importa que estén poco acabadas, Goya combina el atrevimiento con la originalidad. Podrá haber pintores de mejor firma, pero no de más vida; de más ciencia, pero no de más arte.

* *

Hállase la ermita de San Antonio de la Florida entre el delicioso Paseo de la Moncloa, la alta montaña del Príncipe Pío, y la bulliciosa estación del ferrocarril del Norte.

La primitiva ermita se erigió en el año 1720, á costa de una institución que entonces existía, titulada *Resguardo de Rentas Reales:* en 1768 hubo de arruinarse al abrir el camino del Pardo, reconstruyéndose el templo en el año 1770. Arruinado de nuevo, levantóse en 1792, á expensas del Real Patrimonio y sobre los planos del excelente arquitecto don Ventura Rodríguez. La actual iglesia, *linda,*



Episodio del terremoto de 1884 en Andalucía. — Cuadro de Alejandro Ferrant. *Fot. de J. Laurent.*

fresca, alegre; con airosa cúpula; con un retablo principal de mármol y estuco, en que se venera una imagen de San Antonio de Padua, obra de Ginés; cuadros del notable pintor Jacinto Gómez y los admirables frescos de Goya, los cuales presentan la rara particularidad de que, en varios de ellos, los ángeles que se contemplan son retratos de varias damas de la corte.

Sus enemigos le censuraron por no presentar las figuras vestidas con los trajes del siglo XIII; mas, aparte de que este defecto es común á la mayoría de los pintores, como lo demuestran la casi totalidad de los cuadros religiosos, no puede negarse, sin incurrir en la mayor injusticia, que la composición está admirablemente presentada. Tratábase de un asunto eminentemente popular, y Goya lo concibió y pintó con aquella franqueza y aquella libertad con que realizó todas sus obras y que tan alto renombre le conquistaron.

Todos los frescos que adornan la cúpula dela iglesia de San Antonio, y que tanto alaban los extranjeros, llevan el sello del genio de Goya: el mismo genio que se mira impreso en sus famosos cuadros, en sus admirables retratos, en sus populares tapices, en sus célebres aguas fuertes, que forman esa interminable galería de obras maestras que se llaman *Los caprichos* (sátiras político-sociales y escenas de costumbres en que están retratados los tipos de la época): *Los Proverbios* (conciliábulos de brujas y danzas de espíritus infernales): *Las corridas de toros* (escena de este espectáculo): *Los desastres de la guerra,* (colección de 80 láminas inspiradas por la invasión de España por Napoleón y Guerra de la Independencia).

Inimitable, dice un eminente publicista, en tomar la parte más débil y cómica de los sucesos y de los hombres, el gran artista no vaciló en exponer á la vergüenza pública las personas y sucesos que embargaban entonces la atención pública, con una libertad de pincel y una valentía de pensamiento, que eran los rasgos principales de aquel indomable carácter. ¡Por azares del destino, aquel insigne patricio fué á morir á Burdeos, Francia, el 16 de Abril del año 1828!

Según sus mejores biógrafos, Goya, entusiasta de Velázquez, estudió y aprendió en los lienzos del eminente pintor sevillano el realismo que llevó á sus cuadros: y del famoso Rembrandt los secretos del claro-obscuro, la colocación de la luz, uno de los misterios del arte pictórico.

Los cuadros de Goya y los sainetes de don Ramón de la Cruz, son la historia viva del siglo XVIII. En ellos se refleja, como en un clarísimo espejo, aquella sociedad extraña, hipócrita y disoluta, devota y libertina, conjunto abigarrado de nobles y toreros, de se-



Cuadro de Emilio Sala.

ñoras y majos, de abates y petrimetras, de soldados y escofieteras, de duquesas y chisperos, de covachuelistas y castañeras, de beatas y estudiantes.

. . . .

La nueva iglesia de San Antonio de la Florida abrióse al culto el 13 de Junio del año 1792, día del glorioso santo protector de las doncellas, cuya verbena es la primera y más popular de Madrid, según reza aquel antiguo cantar que dice:

«La primera verbena
Que Dios envía,
Es la de San Antonio
De la Florida.»

F. RODRÍGUEZ-SOLÍS

EL REGALO

(HISTORIA QUE PARECE UN CUENTO)

No soy aficionado á los sub-epígrafes, pero hay casos, como el presente, en que no se puede, ó mejor, no se debe prescindir de ellos, porque expresan con pocas palabras lo que sería mucho más largo de manifestar dentro del trabajo al cual preceden; y baste esta indicación, pues de otro modo lo que no fuera en risas iría en bebederos, con lo que, mi propósito de ser breve en el exordio, quedaría malogrado.

Tenía yo veintiún años, y no muchos antes había trabado amistad, que llegó á hacerse íntima, con un condiscípulo á quien todos cuantos estábamos terminando la carrera de Derecho en la Universidad de Madrid conocíamos por Francisco Bosque de los Ríos, joven de gran provecho, de inteligencia clara y excelente corazón.

Vino la época en que debíamos sufrir los últimos ejercicios y paseando yo con Paco por los claustros del edificio de la calle Ancha, cayósele á mi amigo la papeleta de examen que, á modo de señal, llevaba metida dentro de un libro.

Los dos nos bajamos á recogerla al mismo tiempo; pero quiso la casualidad que yo fuese más ligero y que, al apoderarme del papel, le dirigiese una mirada, que me hizo exclamar:

—¡Chico! Sin duda has cambiado tu papeleta por la de otro; aquí dice: «Francisco Gómez y Ruíz.»

—Pues, sin embargo, no hay tal cambio,—contestó él tranquilamente.

—Entonces será equivocación de secretaría...

—Tampoco hay equivocación: es que me llamo así.

Y como viera la sorpresa retratada en mi semblante, añadió:

—Según parece, mis padres, encontrando demasiado vulgares sus primeros apellidos, han empleado siempre los segundos; yo mismo me acostumbré, naturalmente, á ello; pero comprenderás que en documentos oficiales no pueden tener en cuenta esos caprichos.

Nada de particular hallé en la explicación, y de consiguiente no volvimos á hablar más del asunto.

Pero quiso el azar que, andando el tiempo, hiciera yo mención, no recuerdo á qué propósito, del incidente mencionado, hablando con una persona respetable que conocía á la familia de Paco.

Mi interlocutor repuso:

—¿Hace mucho que no ha visto usted á su amigo?

—Cerca de un mes; me dijo que iba á veranear...

—¡Y ya no volverá usted á verle! ¡El pobre Paco ha muerto hace tres días!

La noticia me causó profunda impresión, pues ya he dicho que se trataba de un buen amigo, y porque nada podía hacerme sospechar semejante desgracia. Precisamente, doce ó quince días antes había tenido carta cuya, escrita desde San Sebastián, y según en ella me decía, estaba completamente bueno.

La persona de referencia, observando el efecto que la infausta nueva me había producido, trató de aminorarlo excitando mi curiosidad, y prosiguió:

—Precisamente, la causa de la muerte de su amigo de usted está relacionada con esa rareza que á usted, con justicia, llamó la atención.

—No comprendo...—murmuré.

—Va usted á entenderlo. Paco, al explicar á usted el hecho no mintió, pero tampoco dijo la verdad, sino lo que por verdad tenía... ¡Oh! Es una historia interesante que ahora ya no importa que sea conocida.

Y me refirió lo siguiente.

Don Antonio Bosque, padre de Paco, después de llevar una juventud algo borrascosa, enamoróse apasionadamente de Aurora de los Ríos, con la cual contrajo matrimonio; mas como quiera que



Cuadro de J. García y Ramos.

Fotogs. de J. Laurent.

ARCADIO CASANOVAS



Cartera de verano.

Exposición de D. Pio Clos (Rambla de Estudios, 6.)



JOSEFINA NESTOSA *Fot. Napoleón.*

PRIMERA ACTRIZ DE LA COMPAÑÍA CÓMICO-DRAMÁTICA QUE ACTÚA EN «ELDORADO».

LOS ARABES Y LAS FLORES

Preciosas niñas de Andalucía, bajitas de color, de ojos negros, rasgados y soñadores, elegantes y graciosas por naturaleza, que las joyas y los nardos forman vuestro principal atavío: sabed que la generalidad de esas flores que tanto os cautivan y enamoran, que cuidáis con tanto esmero en vuestros balcones y tras de la artística cancela de vuestros poéticos patios, las debéis á vuestros ascendientes, á los apasionados árabes, á los hijos del voluptuoso y fantástico Alkorán.

Cuando ellos sentaron el pie en España encontraron el país bañado en sangre fratricida. La dinastía goda la había vertido á torrentes con sus abominables crímenes, desaciertos, rencores, venganzas y desenfrenadas pasiones, y nuestra fecunda tierra estaba anhelosa de cultivo y de cubrirse de galas.

¡Pobre Andalucía! Los godos, como buenos hijos del Norte, no se habían prendado de su brillante sol, de su purísimo cielo, de su azul y transparente mar, de sus fértiles vegas, regadas por bulliciosos arroyos. Se entretuvieron en derribar los monumentos romanos, en destruir muchas de sus ciudades, en convertir en yermo los jardines que rodeaban preciosas *villas*, en donde cónsules y pretores olvidaron la sensual y poderosa Roma.

Estudio; por F. A. Beltrán.

Pero vinieron los árabes, los hombres de la civilización, entusiastas, generosos, soñadores, dotados de imaginación ardiente, que habían atado al carro de sus conquistas la fría Tartaria y la abrasadora Etiopía, y al admirar este bello rincón del mundo exclamaron con loco entusiasmo: «Esto es una Siria por la belleza del cielo, un Yemen por la templanza del clima, una India por las plantas y perfumes, un Egipto por la fertilidad y una China por los metales preciosos», y terminada su conquista, labraron los campos, poblaron las ciudades desiertas, establecieron relaciones comerciales con los demás pueblos, y se dedicaron al cultivo de las ciencias, de las letras, de las artes y de las flores.

Sí, hermosas, sí; España, durante la época goda, no tenía otros jardines que los rodeados por las tapias de los conventos, jardines que constituían el encanto de los monjes, apartados de las intrigas palaciegas y de los desórdenes políticos que eran el azote del país, y los árabes alfombraron de flores nuestro suelo. Quisieron que sus bellas é indolentes mujeres habitasen en verdaderos paraísos, que no echasen de menos el Oriente, que se creyesen en Medina y en Damasco, y concibieron los poéticos y deliciosos jardines de Córdoba, de Zahara, del Generalife de Granada y de Ruzafa, en donde Abderramán plantó una palma, de la cual procedieron todas las que hay en España, y, contemplándola con dulce melancolía, le dedicó estos sentidos versos:

«Tú también, insigne palma,
eres aquí fortaleza,
de Algarbe las dulces auras
la pompa halagan y besan:
en fecundo suelo arraigas,
y al cielo tu cima elevas:
tristes lágrimas llorosas
si cual yo sentir pudieras.
Tú no sientes contratiempos,
como yo, de suerte aviesa:
á mí de pena y dolor
continuas lluvias me anegan.
Con mis lágrimas regué
las palmas que el Forat riega,
pero las palmas y el río
se olvidaron de mis penas,
cuando mis infaustos hados
y de Mabás la fiereza
me forzaron á dejar
del alma las dulces prendas.
A ti de mi patria amada
ningún recuerdo te queda;
pero yo triste no puedo
dejar de llorar por ella.»

Canto que aún repite con honda tristeza el árabe al cruzar, al caer de la tarde, los vastos arenales del desierto.

Pusieron sí, en las frentes de las odaliscas y sultanas, muchas de ellas mujeres españolas casadas con ellos, blancos y transparentes velos; en sus torneados cuellos las perlas de Osmus y Besora, vistieron sus esbeltos y flexibles cuerpos con las más bellas, vistosas y brillantes sedas; ciñeron á sus cinturas costosos cinturones con bordados de oro y plata, extendieron á sus pies pintadas alfombras de Persia, las rodearon de exuberante lujo y comodidades; quemaron en pebeteros de plata los más oloríferos y delicados perfumes de Oriente, y trajeron del Asia las más bellas y graciosas flores, ricas en aroma; y formando con ellas un trono, las sentaron en él, pues la mujer es una exquisita flor, y debe vivir entre sus bellas hermanas, como dice un poético proverbio oriental.

Entonces hicieron su aparición en España y tomaron carta de naturaleza en ella: el alelí, hermosa flor de que los árabes conocían ocho especies, y que, según Abu Zacaria, el que corra con la siembra del alelí, ha de ser varón puro y limpio, sobre la edad de la adolescencia, y distante de contraer peligrosos tratos con mujeres, y ha de cuidar asimismo de hacer todas las labores en creciente luna; el encendido clavel; el jacinto, que es el encanto de Constantinopla; las lilas de Persia, moradas unas y blancas otras; el oloroso nardo de las Indias; la fragante rosa, gloria y orgullo de los pensiles; la pasionaria del Asia; la preciosa azucena de esbelta forma y de alba flor, rodeándolas de vergeles, de árboles frutales y de sotillos de naranjos, de mirtos, de duraznos y laureles, que se miraban en grandiosos y transparentes lagos, alojándose en medio del jardín sobre un altillo, caprichoso pabellón que se convertía durante las calurosas horas del sol en nido de amor y de venturas.

Con la rendición de Granada, primero, y la expulsión de los moriscos, durante el tétrico reinado de Felipe III, decayó el amor á la agricultura y á las flores. Los hombres se olvidaron de ellas; pero vosotras, no. Aquel legado era demasiado puro y bello para echarlo en olvido, y les prestásteis vuestro amparo, vuestro cuidado, vuestro cariño y vuestros besos.

Por eso, las flores os acompañan en todos los actos de la vida, y no se concibe la mujer andaluza sin flores entre las negras y sedosas trenzas y en el pecho, y gracias á vosotras, y no exagero en ello, se ha extendido su afición por toda España, lo que no deja de ser un adelanto.

Continuad en vuestra hermosa propaganda. Y en las plácidas noches de primavera, cuando el cielo parece más bello, las estrellas más brillantes, la luna más clara, y recorréis el patio de los naranjos de Córdoba, la orilla del Guadalquivir, las alamedas de Cádiz y los cármenes de Granada, recordad que tanta poesía, tanto sabor oriental, se debe á aquella noble raza que pobló de maravillas nuestro suelo y os proclamaron las mujeres más bellas, más apasionadas y más graciosas de la nación.

Francisco GRAS Y ELÍAS

AGUSTÍN LIGERO

TENGO para mí que no existen enseñanzas tan útiles, ni ejemplos que influyan tanto en el ánimo, como aquellos que la realidad nos ofrece; y en esta creencia y deseando, á la par que entretener á mis lectores, ofrecerles algo que pueda serles útil algún día, voy á referir un hecho que, sobre ser rigurosamente cierto, interesante y dramático, demuestra evidentemente que los individuos, como los pueblos y las naciones, están tanto más expuestos á toda clase de males, cuanto mayores son su debilidad y apocamiento.

La historia, según Cicerón, es, no solamente testigo de los tiempos y luz de verdad, sino también y además maestra de las costumbres y ejemplo de la vida, y como ejemplo muy conveniente en esta época de decadencia y debilidad, en la cual el valor personal es cada día menos frecuente, voy á relatar un hecho heroico, llevado á cabo por un mozalbete que apenas si se hallaba, á la sazón, en los primeros días de la adolescencia; bien es verdad que el mozalbete, ó poco más, era Garcilaso cuando venció y dió muerte al moro Tarfe en la Vega de Granada, mereciendo que el Rey, según dice el Romancero, profiriera estas palabras:

« Y pues en la Vega hiciste
hazaña tan memorable,
Garcilaso de la Vega
has de ser de aquí adelante. »

Dejando aparte la proeza del paladín que alzó del suelo el pergamino con la leyenda « Ave María » que Hernán Pérez del Pulgar había clavado en la puerta de la Mezquita de Granada, y que el moro Tarfe arrastraba atado á la cola de su caballo, vuelvo á mi cuento, ó sea á relatar un hecho heroico llevado á cabo por un pastorcillo andaluz.

* * *

Allá por el año 1822 del pasado siglo, cuando la guardia civil no existía aún y el paso por Despeñaperros exigía previamente que los viajeros se confesaran é hicieran testamento, en las escabrosidades de la famosa Sierra Morena, y á más de una legua de distancia del pueblo de Santa Elena, existía un cortijo en el cual, en calidad de criado, no obstante su corta edad, habitaba un mozalbete como de unos trece años, cuya ocupación habitual era la de guardar, en compañía de un enorme mastín, un pequeño hato de ovejas.



¡ELLA! — Cuadro de F. A. BELTRÁN.

Agustín Ligero, que así se llamaba el pastorcillo, era un muchacho que, fuerte, robusto y animoso, llenaba perfectamente su cometido, siendo tan intrépido, que, por efecto de su misma intrepidez, á causa de una caída dada en defensa de su ganado, estaba medio cojo y sin poder andar el día en que acontecieron los hechos que referiré, y por esta causa, y casi sin poder moverse, se encontraba solo en el cortijo, cuyo dueño, familia y criados habían marchado á la fiesta de un pueblo inmediato.

Agustín, por tanto, solo y encerrado dentro de la casa, cuya llave se había llevado el dueño, temiendo, y no sin razón, dada la travesura del muchacho, que éste abriera la puerta y anduviera y correteara por el monte; había pasado el día sentado junto al hogar, calentándose y tostando el maíz que desgranaba de una mazorca, ocupación que sólo interrumpía, ya para dar un tiento á una hogaza de pan y á un buen trozo de longaniza que sus amos le habían dejado, ya para apagar la sed, ya para remudar las hilas y paños de su pierna entrapajada.

Aburrido y de mal humor por su forzada soledad é inacción de todo el día, el muchacho, al llegar la noche, se levantó para encender un candil, y como en este momento sintiera ruido de voces junto á la casa, la curiosidad le hizo que, aun juzgando que no podían ser ni sus amos ni sus compañeros de servidumbre los que jnnto á la puerta hablablan, se acercara á ver, ó, por mejor decir, á escuchar, pues que ver le era de todo punto imposible.

— Te digo — oyó que decía uno de los que fuera hablablan — que en el cortijo no hay nadie. El dueño, su mujer y todos los criados y criadas han ido á la fiesta y yo mismo los he visto esta mañana cuando iban por el camino.

— ¿Pero iban todos? — dijo preguntando otro hombre.

— Todos. Hasta los perros; lo cual es una ventaja, porque es-

JOSÉ ESPINÓS





¡HÉROE VENCIDO!

Propiedad de D. F. de A. Beleta.

pecialmente Turco, el mastín que va con el ganado, es una fiera.

— Entonces, manos á la obra, y vamos á saltar la cerradura, porque ni al tejado ni á las ventanas podemos subir, no teniendo una escalera.

— Para luego es tarde — repuso el que había hablado primero, y diciendo y haciendo ambos bandidos, porque no eran más que dos, dieron comienzo á la tarea de forzar la cerradura.

Un escalofrío nervioso circuló por todo el cuerpo de Agustín al escuchar este diálogo; pero, animoso y varonil, no se amilanó ni intimidó y procurando hacer huir á los ladrones, cuyo número ignoraba,

— ¿Quién anda ahí? — gritó, y, decidido á resistir, corrió, previsor, el cerrojo y atrancó la puerta con una formidable barra de hierro que, destinada á este fin, existía en el cortijo.

Un momento vacilaron los ladrones al oir el «¿quién anda ahí?» del muchacho, y uno de ellos, el que había escuchado los informes del otro:

— ¿No decías que no había nadie? — dijo medio amostazado.

— Y no hay nadie; porque ya sé lo que es — contestó su compañero. — El que ha hablado es el pastorcillo, que está cojo y que por este motivo no ha ido con todos á la fiesta. Entraremos; le daremos pasaporte para el otro barrio, á fin de que no pueda dar á nadie nuestras señas y punto concluído. Es un chiquillo, y poco nos ha de costar quitarlo de enmedio.

Doña Juana pide justicia contra el Cid, matador de su padre.
Cuadro de Angel Lizcano.

— ¿Conque estoy solo y queréis matarme, eh? — dijo el muchacho; que — ¡Curro! ¡Perico! ¡José!, — añadió gritando. — Aquí; aquí, venid con las escopetas porque hay ladrones, — y al decir esto, todo lo más ligero que le fué posible, corrió á un armario, cogió dos escopetas y un trabuco que en él había y que Agustín sabía estaban cargados, y con todo este material de guerra se dirigió resueltamente hacia la puerta.

Tenía ésta, á guisa de mirilla ó ventanilla, nueve agujeros que, colocados convenientemente, servían para reconocer, desde dentro del cortijo, á los que llamaban á su puerta ó á ella se acercaban; y colocando el muchacho la boca del cañón de la escopeta en uno de ellos y — Tira, Curro; tira y apunta bien — dijo en alta voz; dándole inmediamente gusto al dedo.

Sonaron un tiro primero y una horrible blasfemia después y una bala se llevó el sombrero de uno de los ladrones, los cuales, á pesar de ello, insistieron en su criminal tentativa, disparando sus trabucos contra la cerradura de la puerta, con intención de forzarla.

Sereno y animoso el muchacho, no se intimidó por esto, y, colocando la boca del trabuco en el boquete abierto en la puerta por las balas de los ladrones, soltó á su vez un trabucazo que le hizo rodar por tierra, pero que hizo rodar también á uno de los foragidos y abandonar el campo al otro, que, sin cuidarse de su moribundo compañero, tomó las de Villadiego.

* * *

Dolorido, lleno de coraje y resuelto á vender cara su vida, Agustinillo, que por no saber manejarlo había rodado por los suelos al disparar el trabuco, se levantó como pudo, acercó su oído á la puerta tratando de averiguar lo que afuera sucedía, pero nada oyó durante mucho rato; hasta que, al fin, lejos, muy



EN EL VENTORRO — Cuadro de Moreno Carbonero.

lejos al principio, pero más próximas después, percibió las alegres voces de los habitantes del cortijo y el bronco ladrido de Turco, que tan conocido y familiar le era.

— Ya, ya están ahí — exclamó lleno de alegría; porque la verdad es que había pasado muy mal rato, y gozoso y alegre descorrió el cerrojo de la puerta, la desatrancó de la gruesa barra de hierro, y, al concluir esta operación, escuchó la voz de su amo que decía con espanto:

— Aquí hay un hombre muerto.

* * *

Después de la sorpresa y de los comentarios naturales de los que volvían, al encontrar el cadáver, el dueño del cortijo, su familia y criados entraron en la casa, y Agustín, que ya á través de la puerta se había comunicado con ellos y declarado autor de la muerte del ladrón, contó detalladamente lo ocurrido enmedio de los plácemes y de la admiración y entusiasmo de todos; admiración y entusiasmo que el amo llevó hasta el punto de regalarle unas cuantas onzas (en aquella época aún circulaba en España esta moneda) y la escopeta con la cual el muchacho, por primera vez en su vida, había disparado un tiro.

Algún tiempo después, nuestro imberbe héroe recibió además un importante donativo en metálico, que, por mandato del Jefe político de Córdoba, le fué hecho de los fondos de propios del pueblo de Santa Elena.

Agustín Ligero, pues, cuyo nombre llegó á ser popular en aquella época en todos los pueblos de Despeñaperros, salvó, gracias á su serenidad y valor, la hacienda de su amo, y, lo que es más importante aún, su propia vida, la cual hubiera perdido seguramente, de haberse intimidado, porque, y esta es una máxima muy digna de ser tenida en cuenta, los individuos, como los pueblos y naciones, están tanto más expuestos á perecer cuanto mayores son su debilidad y apocamiento.

El ejemplo, perfectamente heroico, de Agustín Ligero, es buena prueba de ello.

Mariano VALLEJO



Casas Consistoriales de Sabadell. — Cataluña.

EL PODER ILIMITADO

¿Cómo sucedió? Nadie lo sabe. Pero el hecho es cierto.

En otra época hubo un hombre que pudo tratar de igual á igual con los dioses y pidió á Júpiter la omnipotencia divina.

— No sabes lo que pides.

— Lo sé y lo quiero.

— Es un don que sólo amarguras y desdichas te producirá.

— Sea, pero lo quiero.

— Sé, pues, omnipotente.

Y el hombre, satisfecho, sintió que circulaba una vida más potente por sus venas y se aprestó á satisfacer sus deseos, sus caprichos.

Fué inmensamente rico, y al cabo de unos meses advirtió que la riqueza no proporciona ni un átomo de felicidad.

Fué poderoso entre los poderosos. A un mandato suyo se transformaban los pueblos y las naciones, surgían nuevas dinastías, desaparecían estirpes ilustres, se encendían guerras formidables, millones de hombres se sometían á su ley. Pero al cabo de poco tiempo notó con asombro que el poder no le proporcionaba ni un instante de felicidad.

Fué inteligente como los dioses. La naturaleza no tuvo secretos para él. Y vió que los sábios más famosos eran unos ignorantes ilustres, que los políticos no servían para gobernar á los pueblos, que todas las leyes eran deficientes, que la misma naturaleza se mostraba deficiente y avara. Y pudo convencerse de que la inteligencia sólo sirve para desesperar al que la posee.

Fué admirablemente bueno. En su corazón halló piedad para todas las faltas y crímenes; excusó todos los errores; remedió todas las desdichas; suprimió la muerte. Pero el espectáculo de la maldad ajena le afligía de tal modo que se vió precisado á renunciar á la bondad.

Y su poder le pesó de tal modo que quiso volver á ser hombre, y entonces fué feliz alguna vez engañando al prógimo y más feliz cuando lograba estafarle.

***



Fotografías de Bressanini. Plaza Mayor. — Sabadell.

A. SERIÑÁ



Viento en popa.



Cabeza de estudio; por Ramón Borrell.

CONGRESO DE LA LENGUA CATALANA

Mucho antes de que vean la luz estas líneas, nuestros suscriptores de dentro y fuera de la localidad habrán tenido noticia, por la prensa diaria, única que se presta á rápidas, completas y detalladas informaciones, de haberse celebrado este Congreso filológico, de innegable importancia, con la grandiosidad que se habían propuesto sus organizadores.

A la cabeza de estos y como eje sobre el cual han girado todos los demás organismos, descuella la venerable figura del reverendo don Antonio Alcover, vicario general de la diócesis mallorquina, que, llevado de su amor á nuestra tierra, viene desde hace tiempo consagrado al estudio de su lengua para dotarla en breve de un diccionario digno del visible florecimiento de la literatura catalana. El Congreso recientemente celebrado debe la vida á la acción perseverante de tan ilustre filólogo, y para rendirle un tributo de admiración, han acudido á su llamamiento caracterizados representantes de Portugal, de Colonia, del Rosellón, de Provenza y de toda la región levantina, cuyos nombres no nos es dable consignar por falta de espacio, habiéndose recibido además numerosas adhesiones del extranjero.

Teniendo en cuenta el número considerable de inscriptos (3,000), para este Congreso, la comisión ejecutiva del mismo determinó que tuviese efecto en el «Teatro Principal» la primera sesión, en vez de celebrarla en el histórico Salón de Ciento. La platea del Teatro estaba ocupada por numerosos concurrentes al acto, entre ellos muchísimas señoras.



Mosén Antonio Alcover (Iniciador y Presidente).

Lo más distinguido de Cataluña en letras y artes, catedráticos, personalidades militantes en las diversas agrupaciones políticas, conocidos comerciantes, en una palabra, todo lo más notable de esta región estuvo allí representado, ocupando la mesa presidencial mosén Alcover, el canónigo doctor Casañes, en representación del ilustrísimo cardenal obispo de esta diócesis; Rubió y Lluch, Teodoro Llorente, Sostres, Sanllhey, Bonilla y Sanmartín, catedrático de la central de Madrid, y Casaponce (rector D'Arlessur Tech).

Dicho queda que no nos es posible extendernos en consideraciones sobre tan trascendental acontecimiento ni repetir lo mucho y bueno que en el solemne acto inaugural se dijo, ya lo ha hecho por nosotros la prensa diaria: nos hemos de limitar, por tanto, á dejar consignado que las varias secciones quedaron constituídas del modo siguiente:

Sección literaria: presidencia, doctor don Antonio Rubió y Lluch: vicepresidencia, don Juan Maragall, don Joaquín Ruyra, don Miguel Costa y Llobera y don Juan Alcover; secretarios, señor Massó y Torrents y don José Pijoan.

Social y jurídica: presidencia, don Ramón Abadal; vicepresidencia, don Francisco Albó, don Jaime Carner, don Ramón Picó y don José Franqueza y Gomis; secretarios, conde de Santa María de Pomés, don Jaime Algarra y don Fernando Sans Bohigas.

Sección filológica: presidencia, Mosén Antonio Alcover; vicepresidencia, don Mateo Obrador Benassar, Mosén Mariano



Inauguración del Congreso en el «Teatro Principal». El escenario, con la presidencia, autoridades y delegados.

Grandia, don Pompeyo Fabra y don Pedro Vidal; secretarios, don Joaquín Casas Carbó y don Emilio Vallés.

Estas distantas secciones tenían señaladas respectivamente como punto de reunión en el Palacio de Bellas Artes las dos salas laterales de la planta baja y la gran sala de el Museo Municipal, situada en la planta alta; y en ellas comenzaron sus tareas el domingo, 13 del pasado mes, para darlas por terminadas el miércoles 17, teniendo lugar la sesión de clausura, como la de constitución, en el «Teatro Principal», adornado, lo mismo que en ésta, con guirnaldas de flores y follaje, y lazos de diversos colores, entre los que se veía algunos con las cuatro barras. El escenario estaba cubierto por una amplia bandera catalana, en forma de dosel, y tras de la mesa presidencial se alzaban plantas y arbustos, formando un conjunto decorativo sumamente simpático.

En esta última sesión, M. Pierre Vidal, en nombre del Rosellón, pronunció un breve discurso, afirmando que los lazos históricos que los unen con Cataluña hacen que ninguno de los hijos de aquel país se considere forastero en Barcelona.

El presidente de la Asociación de Lectura Catalana leyó una hermosa poesía del venerable patriarca de las letras valencianas, don Teodoro Llorente, la cual fué aplaudidísima.

El doctor A. Guarnerio, profesor de la Universidad de Pavía, pronunció un discurso en lengua catalana, manifestando los sentimientos que había experimentado durante su estancia en esta capital, y dió á conocer una afectuosa carta de adhesión y simpatía hacia la obra del Congreso que se ha recibido de la Società Stórica Sarda.

El eminente poeta mallorquín don Juan Alcover leyó una poesía simbólica de tonos patrióticos, siendo muy aplaudido.

Otras dos poesías muy vibrantes, escritas en lenguaje alguerés, recitó el doctor A. Ciuffo, quien mereció una entusiasta ovación de la concurrencia.

El catedrático de la Universidad central, doctor Bonilla y Sanmartín dió lectura á una carta del otro catedrático de la misma Universidad don Marcelino Menéndez y Pelayo, quien, después de excusar y justificar su no asistencia al Congreso, se afirma y ratifica en cuanto tiene consignado en obras y discursos en favor de la lengua y de la literatura catalanas; manifestó la satisfacción con que iba á regresar á Madrid, y expresó que al llegar á tierras de Castilla diría á sus compatricios: «He encontrado allí un pueblo grande; grande por su tradición, por su historia, por sus glorias, pero, sobre todo, grande por su entusiasmo; y si logramos que este entusiasmo se propague y reine en todos los pueblos de nuestra desgraciada patria, haremos de España uno de los pueblos más gloriosos del mundo.»

El señor Abadal, como presidente de la sección social y jurídica,



Entrada en el Parque Guell de los invitados á la Garden-party en honor de los congresistas.

pronunció un elocuente discurso-resumen de los trabajos realizados por dicha sección del Congreso.

El doctor don Antonio Rubió, presidente de la sección literaria, al referirse á las tareas de ésta, enalteció la obra del Congreso y dedicó un sentidísimo recuerdo á la memoria de los grandes iniciadores del renacimiento literario catalán, Rubió y Ors, Aguiló, Millá y Fontanals y Verdaguer, de los cuales dijo que si pudieran presenciar la hermosa apoteosis que se estaba celebrando de la lengua que ellos despertaron y por la cual hicieron tantos sacrificios, sentirían la mayor de las dichas.

El doctor Alcover, presidente de la sección filológica, puso de relieve la importancia de la labor realizada por aquella sección, y en general la del Congreso, encareciendo que ella no cese jamás para asentar definitivamente el reinado de la lengua catalana.

Durante el período en que estuvo abierto el Congreso, tuvo lugar, en el Palacio de Bellas Artes, una Exposición de obras, clasificadas por orden cronológico y de materias, que manifiestan claramente el progresivo renacimiento de la literatura catalana; y se agasajó á los congresistas con las fiestas proyectadas; siendo las más notables: la *garden-party* (que bien pudo habérsela llamado fiesta campestre) en el Parque Güell, á la que asistieron más de cinco mil personas, á pesar del mal tiempo reinante, excediendo de doscientos los coches y automóviles; el banquete de 250 cubiertos en el restaurant del Tibidabo, después del cual se descubrió, en la plaza del mismo, la lápida allí colocada en honor del malogrado Verdaguer, y la recepción dada en el Ateneo.

Para honra de Barcelona y prueba de su cultura, cúmplenos consignar, y lo hacemos con íntima satisfacción, que en todos los actos realizados no hubo una sola nota discordante, ni una sola frase que pudiera dar pábulo á la animosidad de los que, de algún tiempo á esta parte, se empeñan en desvirtuar las legítimas aspiraciones de Cataluña, interpretándolas torcidamente, cuando no tienden á otra cosa que á la pronta regeneración y mayor prosperidad de la nación española.

***

Fotografías de Merletti.

JULIO BORRELL





EL REINADO DE LA LOCURA



Como era de prever y nosotros habíamos pronosticado al simple anuncio de que en la presente temporada iba á funcionar en «Eldorado» una compañía castellana de declamación, el público, por fortuna numeroso, que en esta ciudad no se deja arrastrar por las corrientes mal sanas del género chico, más frívolo é indecoroso, en general, que las groseras producciones de los antiguos bufos, busca en el lindo coliseo de la Plaza de Cataluña el culto y delicado entretenimiento con que le brindan la clásica comedia española, que, á pesar de su lamentable decadencia constituye todavía una de nuestras más legítimas glorias, y algunas excelentes traducciones de obras italianas y francesas, oídas siempre con gusto, aunque por el mucho servicio que han prestado están pidiendo á voces el retiro.

Allí se congrega cada noche una sociedad escogida que llena los palcos y las butacas; allí las familias ilustradas y de viso se hallan en su elemento, sin temor á intempestivos exabruptos de espectadores mal educados, ni á chistes cuarteleros que tan mal sientan en la boca de una tiple *chica* como en los oídos castos de una señorita de su casa; allí, particularmente en funciones de moda, convertida la sala en una ascua de oro, todo respira distinción, todo es hermosura y elegancia. En una palabra: la buena sociedad barcelonesa va á «Eldorado», en esta temporada, como ha ido siempre al «Liceo» ó al «Principal».

¿Por qué? Porque el espectáculo lo trae en sí.

Y eso que no acude al reclamo de ninguna *eminencia*, legítima ó de *doublé*, que de todo hay en la viña del Señor. Desgraciadamente, en los tiempos actuales, esas notabilidades en grado máximo no existen, ó no se manifiestan, y claro está que las Empresas no pueden improvisarlas. Conste, pues, que en el cuadro de «Eldorado» no figura *eminente* alguno, ni siquiera quien en su fuero interno presuma de tal; pero lo compone, en cambio, un número no escaso de artistas de ambos sexos (que

Fotografías de Esplugas.



tenemos el gusto de presentar fotográficamente á nuestros lectores, no obstante serles conocidos varios de ellos) adornados de todas las cualidades precisas para brillar en la honrosa profesión á que se dedican, y *¡rara avis!*, muy estudiosos, como lo prueba la variedad continua de títulos en el cartel; artistas que, bajo la experta dirección del señor García Ortega, cuya bien sentada reputación entre nosotros nos exime de consagrarle párrafo aparte, han sabido granjearse el favor y las simpatías del público, que recompensa con mano pródiga su individual labor y la homogeneidad del conjunto (circunstancia recomendable, nada común en compañías á base de *eminencias)*, y... llena el teatro, que es lo que se trataba de demostrar.

Nos congratulamos de que haya empezado tan felizmente la temporada y auguramos un resultado no menos feliz; porque la persona ó personas encargadas de elegir las obras sabrán adaptarlas al gusto de la especial concurrencia con que han de seguir contando y comprenderán, á no dudar, la conveniencia de estrenar todo lo posible, pues sobre ser éste el mejor medio de atracción, ofrece á los actores la inapreciable ventaja de que se les juzgue por su mérito absoluto y no relacionándolo con el de otros actores, que, en el mero hecho de pegar primero... tienen no poco adelantado.

Con esto y con evitar las iras del señor gobernador, procurando que las funciones no traspasen las fronteras del siguiente día (porque aquí no impera la costumbre cortesana de abandonar el lecho á la hora de comer) el negocio es seguro: habrá honra para los artistas, y la Empresa encontrará en su balance final pingües beneficios que le estimularán á continuar marchando por la nueva senda en que ha entrado, con aplauso de los infinitos barceloneses que todavía profesan la máxima de que el teatro tiene la misión de *moralizar deleitando*.

***

Fotografías de Esplugas.

M. OBIOLS DELGADO



Al pie del arroyo.



Cuadro de ANTONIO CABA.

Propiedad de don Leopoldo Monter.

NUEVO HOSPITAL CLINICO

Y FACULTAD DE MEDICINA

Con gran solemnidad verificóse en el día 2 del pasado Octubre la inauguración oficial de este edificio, cuya realización, con ser de evidente necesidad y urgencia para Barcelona, ha requerido nada menos que veintisiete años, á contar desde 1879, en que el Claustro de la Facultad de Medicina, presidido por el entonces Rector, don Julián Casaña, de grata memoria, concibió la idea, formuló el proyecto y acudió por vez primera á los poderes públicos, solicitando su apoyo.

Conocidas son de sobra las continuas dificultades que se ha tenido que vencer durante ese largo plazo y que han subsistido hasta última hora; muchas y buenas razones hallaríamos para condenarlas; pero es mejor callar, ya que por fin el milagro está hecho, gracias á los esfuerzos de todas las autoridades académicas que se han ido sucediendo en aquella Facultad y, sobre todo, á la inquebrantable energía del doctor don Joaquín Bonet, que actualmente rige nuestro Centro universitario.

De que el acto inaugural resultó espléndido, tienen ya conocimiento nuestros lectores por la prensa diaria, y, por lo tanto, juzgamos de mayor interés consagrar el espacio de que disponemos á la descripción del edificio, utilizando algunos de los datos consignados en el erudito discurso del arquitecto-director de su construcción, señor Doménech y Estapá, quien á este efecto, ha tenido la galantería de facilitárnoslo.

El nuevo Hospital Clínico ocupa un solar de 27,700 metros cuadrados constituído por dos manzanas del Ensanche, entre las calles de Casanova, Provenza, Villarroel y Córcega; habiéndose adoptado, entre las distintas posiciones que sus pabellones podían tener, la forma lineal doble paralela á la fachada principal, como en los hospitales de Laribousiere, Nuevo Hotel Dieu, Bourjes, Leeds, Edimburgo y el civil de Montpellier, que reune las circunstancias de una uniforme orientación en todos los pabellones, enlaces regulares de unos cuerpos con otros y facilidad en el servicio por medio de una galería interior de enlace. Consta de doce pabellones, con dos altos, semisótano y un altillo, de los cuales se destinan diez de la planta baja, (cinco para hombres y cinco para mujeres) á enfermedades de cirujía; los correspondientes en la planta alta á enfermedades de medicina general, y los dos posteriores, debidamente aislados, á enfermedades infecciosas; pudiendo en junto albergar á 500 enfermos, con una extensión superficial de 55 metros cuadrados por cama. En lugar de los dos únicos en



Fachada principal.

los pabellones posteriores que se había proyectado, se ha construído ocho anfiteatros operatorios de forma circular en los patios que dejan entre sí los pabellones, con luz central y lateral y anexos cada uno á la respectiva sala de enfermos de cirujía, á los que puede llegarse sin salir al exterior.

En la planta baja y principal de cada pabellón distínguese una gran sala enfermería, de 29 metros de largo la primera y de 31'90 metros la segunda, con un ancho común de 9'80 metros y una altura de techo de 6 metros, con veinte y veintidós ventanas, respectivamente; habiéndose proyectado colocar en los primeros sólo 18 camas y 20 en los segundos, con lo cual se obtiene una capacidad de aire de 95 metros cúbicos por enfermo, superior á los 50 metros cúbicos que en general tienen la mayor parte de hospitales y especialmente el de Hamburgo en que sólo se dispone de 45 metros cúbicos. Van anexas á estas salas las dependencias destinadas al médico de guardia, á la enfermera, un cuarto reservado para enfermos graves, cuarto de baño, ducha, *Water-closet* y un corredor de convalecientes. De los pabellones destinados á hombres se reserva uno para niños de ambos sexos, debidamente separados; y de los destinados á mujeres, uno para Ginecología y otro para Obstetricia, montados con todos los detalles, según las instrucciones del catedrático respectivo. En cada pabellón para infecciosos caben 50 enfermos, debidamente repartidos y aislados, con arreglo á su enfermedad.

La calefacción, problema higiénico de la mayor importancia, se resuelve por medio de estufas de aire caliente obtenido por la combustión del gas; y la ventilación se obtiene merced á orificios de entradas de aire, que en invierno pasan antes por las estufas, y á otros orificios de salida que comunican con chimeneas de aspiración.

La calefacción del ambiente de los anfiteatros operatorios se verifica por medio del agua caliente que desde unas calderas emplazadas en los sótanos llega á unos serpentines que corren unidos á la barandilla que separa el recinto del operador de las gradas



La presidencia. — Acto inaugural en el Paraninfo. — Los concurrentes.

destinadas á los alumnos. Se ha utilizado los semisótanos de los pabellones para cocina, despensa, farmacia, dispensarios públicos y administración del Hospital, pues, gracias á la pendiente del solar, resultan ser verdadera planta baja las correspondientes á los pabellones con fachada á la calle de Provenza. Todas ellas quedan enlazadas por una amplia galería subterránea que pone en comunicación las dos regiones en que se ha dividido el Hospital, por causa de la diversidad de sexos, sin que exista ningún otro punto de comunicación.

Completan la instalación del Nosocomio las cámaras de Hidroterapia, Electroterapia, Neumoterapia y un costoso lavadero mecánico con su estufa de desinfección, correspondiente á un horno crematorio para residuos. Cuatro conductores eléctricos facilitan la conducción de los enfermos desde la planta de sótanos, donde hay la oficina de entrada, á todos los pisos del Hospital, y un montacargas en cada pabellón se destina á la ascensión de alimentos y demás objetos que lo requieran, lo que simplifica extraordinariamente el servicio.

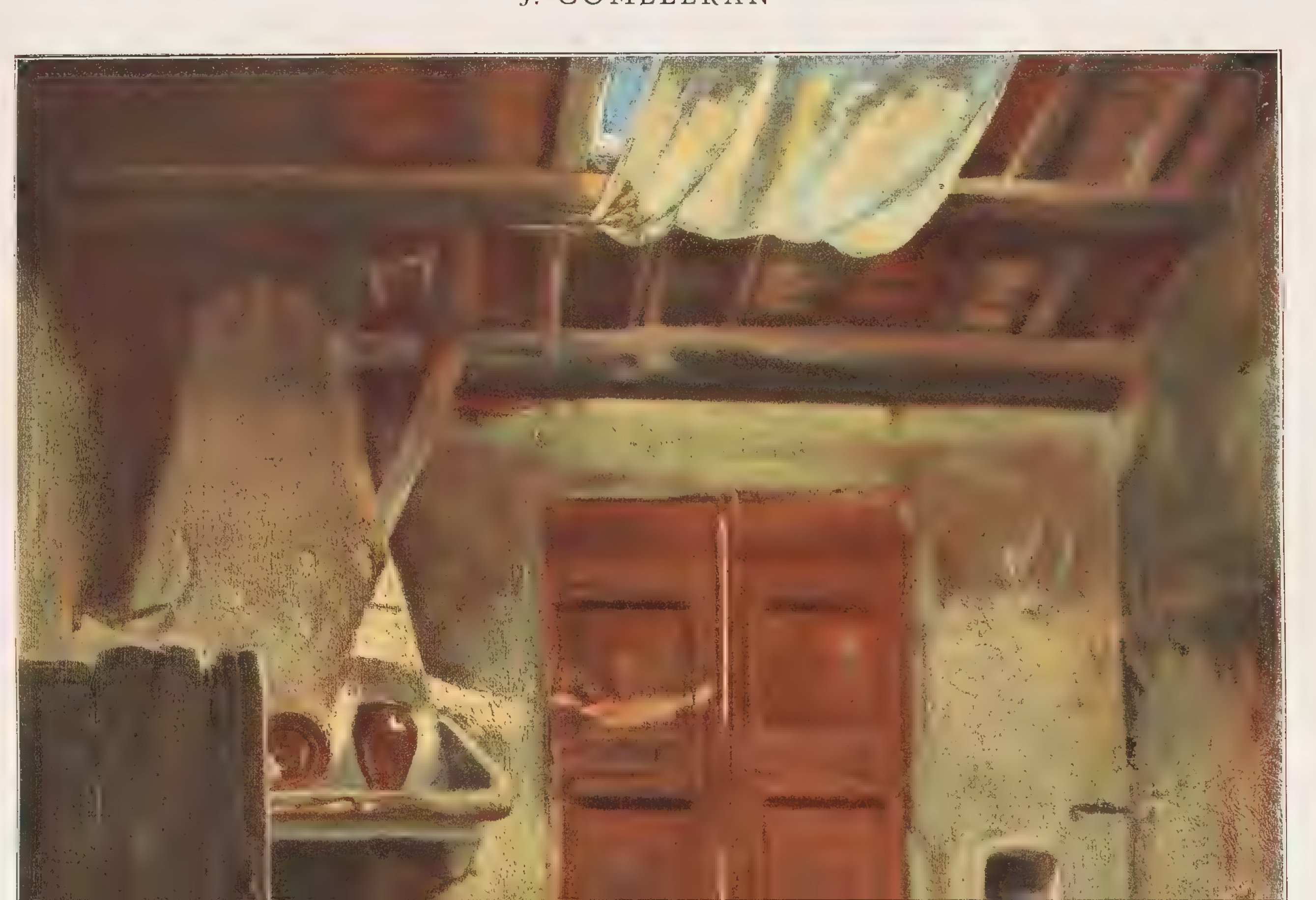
Hasta aquí una ligera descripción del Hospital Clínico; pasemos ahora á la de la parte correspondiente á la Facultad de Medicina. Dada la especial disposición de la planta de aquél y la forma rectangular del solar disponible, debía forzosamente emplazarse en el centro del grandioso patio que limita la galería porticada que enlaza todos los pabellones; y así se hizo, dándole un carácter adecuado á su noble fin, y separándola de la galería del Hospital por una ancha vía de amplitud variable entre 11 y 20 metros cuadrados, con fachada principal en la calle de Casanova. Ocupa un espacio rectangular de 100 metros de longitud en su fachada principal por 74 en las laterales, ó sea una área de 7,000 metros cuadrados, que asciende á 7,800 al sumarse con los del cuerpo circuito posterior y los adelantados del pórtico y cuerpos angulares; y está dotado de siete puertas de ingreso, qus facilitan su cómoda comunicación con el Hospital Clínico: una, la principal, por el pórtico central de la fachada, en cuyo frontón se perpetúa la historia de la Medicina Catalana, por medio de un grandioso alto relieve; dos laterales de acceso á dos vestíbulos de usual entrada para los alumnos, dos posteriores, que conducen respectivamente, la una á la *morgue* y cámara frigorífica, que el público podrá visitar sin penetrar en el interior del edificio Facultad, y otra al depósito de cadáveres; y dos puertas más, situadas en los extremos del pórtico circular posterior y que sirven para facilitar la comunicación con la calle de Villarroel.

El pórtico principal da ingreso á un gran vestíbulo, y siguiendo en el mismo eje la escalera principal se va á las dependencias superiores; para ascender á las cuales emplearán los estudiantes otras dos escaleras de servicio, emplazadas junto á los vestíbulos laterales. Merced á dos pasos laterales se comunica el vestíbulo principal con el patio central perticado, todo él de sillería, y desde éste llégase con facilidad á las dependencias todas de la planta baja, á saber: dos cátedras para enseñanza teórica, en forma de anfiteatro y de 15 metros de amplitud por otros tantos de largo, capaces para 300 alumnos, y con una altura de 13'50 metros y, por ende, con una capacidad de aire más que suficiente; cuatro cátedras de 12 metros de largo, 10 de ancho y 5'40 de alto en la crugía de la fachada principal y parte anterior de las dos laterales, destinadas á las asignaturas de Histología, Higiene, Medicina legal y Patología médica y quirúrgica, con los bancos dispuestos en gradería y poseyendo una antesala para el profesor, gabinete anexo para aparatos é instrumentos y un laboratorio completo; dos salas de desahogadas dimensiones, pues miden cada una 24 metros de largo por 10 de ancho (el general de las crugías), destinadas á primero y segundo curso de Disección, las que están precedidas de guardarropía, para vestirse los alumnos, y seguidas de un cuarto para la preparación de cadáveres, con patio cubierto anexo para el lavado de los mismos, maceraciones y demás detalles; y de un amplio laboratorio para los trabajos propios de los ayudantes y preparadores anatómicos. Una *morgue*, con cámara frigorífica alveolar para la conservación y congelación de los cadáveres, un depósito de los del mismo Hospital, una sala de proyecciones y otra de reunión de profesores, amén de varias depen-



Puerta principal. *Fotografías de Merletti.*

J. COMELERÁN





COCINA DE ALDEA

Propiedad de don Leopoldo Monter.

dencias secundarias, como portería, retretes, pasillos, etcétera completan la planta baja, donde figura en primer término, el monumental Salón de grados ó Paraninfo que, por falta de presupuesto no ha podido ser todavía decorado con la magnificencia que requiere un edificio de tan vastas proporciones y de tal importancia arquitectónica.

En la planta principal, y coincidiendo precisamente con el vestíbulo de la baja, hay dispuesta la Sala de juntas, á la que siguen una Sala de togas, una grandiosa biblioteca; tres grandes museos, (el Instrumental, el Anatómico y el de Higiene); dos aulas para más de 300 alumnos, destinadas, respectivamente, á Fisiología y Ginecología y Obstetricia, con grandiosos gabinetes anexos y un laboratorio completo para Patología médica. Siguen en importancia el Decanato y la Secretaría, emplazados en

Patio entre la Facultad de Medicina y los pabellones del Hospital.



Escalera principal



Sala de juntas.

los centros de las crugías laterales; una hermosa y monumental galería porticada y acristalada, que rodea el gran patio central y está acondicionada de forma que puede servir de Exposición permanente de elementos para la enseñanza: dos laboratorios destinados á las asignaturas de Terapéutica y Patología general y la galería que á nivel de este piso constituye el decorado principal del gran Salón de actos.

En la planta de ático se ha instalado las cámaras fotográficas y los talleres de escultura, habitaciones para los mozos y bedeles, y otros servicios secundarios aunque precisos en construcciones como la que reseñamos.

Por último; siguiendo el eje principal del solar se encuentra otro cuerpo de edificio que divide la galería del Hospital Clínico en las dos porciones destinadas á los dos sexos y que, no obstante, sirve de lazo de unión entre los mismos, pues á sus tribunas pueden llegarse los convalecientes sin pasar por la intemperie. Nos referimos á la Capilla, pequeña en dimensiones, como corresponde; pero en donde se ha procurado la mayor grandiosidad de líneas, para que el ánimo se ensanche al penetrar en ella y halle el enfermo en la imagen de la Virgen del Remedio, que la preside, y en las de los santos Cosme y Damián, que la acompañan, el consuelo y esperanza de que tanto necesitan.

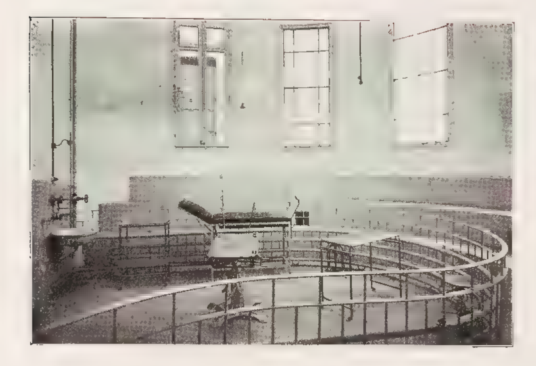
Para que nada falte, se le ha dotado de multitud de viviendas para animales de las razas bovina y caballar, para perros, conejos y aves de diversos géneros, con sitios á propósito para los que requieran curación, emplazadas todas ellas junto al muro que cierra el solar por su fachada á la calle de Provenza; de dos *acuarium* con agua dulce y de mar, respectivamente; de un gran estanque; de un anfiteatro operatorio, que ocupa uno de los sótanos, para experimentar en los animales los múltiples precedimientos curativos; de otro anfiteatro para las prácticas de Clínica quirúrjica, y Medicina legal, y hay dispuestos otros dos, para cuando las necesidades de la enseñanza los reclamen.

Añádase á todo esto que se ha establecido junto á las clínicas algunos *auditorium*, á fin de que, congregados los alumnos con el profesor y sin necesidad de pasar al edificio Facultad, pueda allí éste comunicar sus impresiones y dar útiles enseñanzas que no es conveniente oigan los enfermos; así como, junto á la clínica de niños, un pequeño laboratorio en la planta principal y un desahogado gabinete anexo para análisis y operaciones; dispensario en donde podrá llegar el público utilizando la puerta que existe en el chaflán Sud del solar general.

Merecen, por fin, especial mención las clínicas de Obstetricia y Ginecología, en cuya planta de semisótano se ha instalado un dispensario, á la vez que, en la planta baja dos *auditorium* para los alumnos, cuartos reservados y ascensor para subir los enfermos á los distintos



Biblioteca.



Sala de operaciones



Sala de anatomía.

pisos de los respectivos pabellones.

Además del dispensario general para el público, hay tres más para otras tantas especialidades de Medicina, prontos á funcionar, lo que beneficia en alto grado á la ciudad, y especialmente á los vecinos de las barriadas en que está emplazado el edificio; del que nuestros lectores acabarán de formar aproximada idea por los varios grabados que acompañamos.

Cúmplenos añadir, después de felicitar de todo corazón á cuantos han contribuído directa ó indirectamente á la feliz realización de esta mejora, tan importante para la gran urbe barcelonesa, que el terreno en que radica el Nuevo Hospital Clínico y Facultad de Medicina costó 300,000 pesetas, abonadas por el Ayuntamiento y la Diputación, y que asciende á la respetable cantidad de 6.643,798 el importe total de las obras, pagadas por el Estado.

***



Capilla.

SABIDURIA ARABE

Un halcón y un gallo que vivían cercanos se examinaban mutuamente y acabaron por contraer buenas y amistosas relaciones.

El ave de rapiña al volver de sus sangrientas excursiones contaba sus proezas al gallo y éste, á su vez, le explicaba los disgustos que le proporcionaban sus múltiples esposas. Así departían amigablemente y crecía la estima mutua que sentían uno por otro. El halcón, que era un fino observador, notaba que en cuanto aparecía por el gallinero el dueño de él escapaba el gallo al rincón más lejano, y allí, con la mirada centelleante, erguida la cabeza y sacado el pecho, esperaba en actitud de desafío.

El halcón, en cambio, en cuanto veía á su dueño volaba alegremente hacia él y se posaba en sus manos ó en sus hombros.

Apenas aparecía el amo, las gallinas observaban la misma conducta que su señor y dueño y también se arrinconaban temerosas, como si las amenazara un gravísimo peligro, y lanzaban gritos lastimeros.

La conducta retraída y el humor del gallo le extrañaban más y más, y una vez, sin poder contenerse, dijo á su amigo el de los espolones:

—Paréceme, gallo, que tu conducta y la de tus esposas respecto de vuestro amo deja mucho que desear.

—¿Por qué?

—He observado que en cuanto entra en el gallinero os apartáis de él como de un apestado, siendo así que os alimenta y os alberga. Nosotros los halcones somos más agradecidos. En vez de huir, corremos al encuentro de nuestro dueño, y procuramos demostrarle que le agradecemos sus cuidados.

El gallo reflexionó un momento y luego preguntó al halcón:

—¿Has oído hablar alguna vez de que los hombres coman halcones asados?

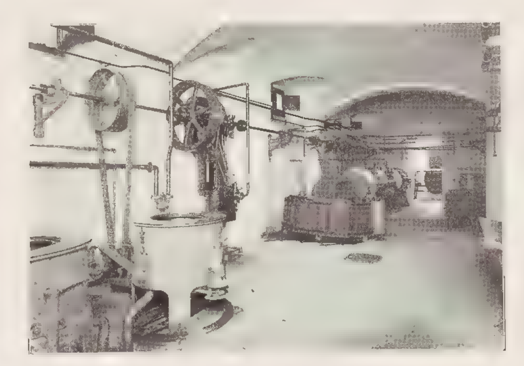
—No.

—Pues nosotros sabemos de continuo que los hombres comen gallinas y gallos guisados de mil maneras. ¿Comprendes ahora el por qué de nuestra prudencia?

***



Cámara frigorífica.



Lavadero automático.

Fotografías de Merletti.

J. F. MILÀ



¡HAY MOROS EN LA COSTA!



Acuarela.

Número dedicado á la memoria del malogrado artista TOMÁS MORAGAS
é ilustrado exclusivamente con obras del mismo

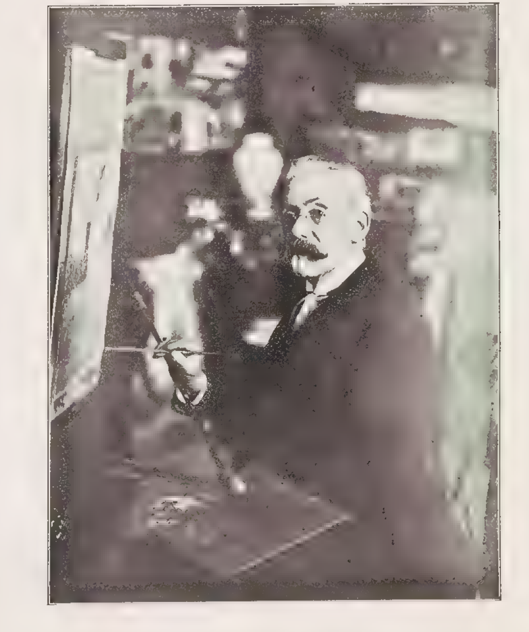
† TOMÁS MORAGAS

Apesadumbrados todavía por la inesperada pérdida del que en vida nos dispensó buena amistad á la par que valiosa cooperación, le rendimos hoy el postrer tributo, á que por ambos conceptos era acreedor.

Ya en el primer año de nuestra publicación nos cupo el placer de dedicarle un número especial (el onceno, correspondiente al 30 de Enero de 1898) en atención á sus relevantes méritos como artista pintor; el homenaje de ahora es una reproducción de aquél, aunque inspirado, por el contrario, en un sentimiento de dolor.

Las notas biográficas que publicamos entonces dan idea aproximada de la importancia de Tomás Moragas en el fecundo campo del arte español; pero como, entre nuestros suscriptores, muchos ó la mayoría no poseerán esas notas, por haberse suscripto en años posteriores, cuando el número á que nos referimos estaba ya agotado, creemos oportuno reproducirlas, siquiera en extracto, ampliándolas con los datos que últimamente hemos podido adquirir.

Tomás Moragas—suprimimos el don, por considerarlo reñido con el genio—nació en Gerona, á mediados del año 1839; pero á los pocos meses de ver la luz su familia le trajo consigo á Barcelona, en donde se crió, educó y pasó la mayor parte de su vida y ha encontrado el eterno descanso.



Apenas se halló en edad de raciocinar, sintió decidida afición por los pinceles, demostrándolo la asiduidad y gusto con que asistía á la Academia de Bellas Artes, instalada como hoy en la Lonja, y sus rápidos progresos en los estudios preliminares.

Aun cuando sus aspiraciones iban más lejos... respetando la voluntad paterna, hizo durante cuatro años el aprendizaje de grabador-cincelador en el taller de don José Pomar y Lladó, reputado á la sazón como el mejor de los escultores barceloneses; quien, viendo la vocación del muchacho y sus felices disposiciones, le concedió dos horas diarias de libertad para que asistiese á la clase de pintura.

Presto se halló el joven Tomás en estado de descansar á su maestro; tanto, que éste no tardó en confiarle los dibujos de cuantos objetos delicados le encargaban, entre los cuales merece citarse, la escribanía que se regaló al ministro de Hacienda, Salaverria, después de la guerra de Africa, las espadas de honor para O'Donnell y Prim con motivo de la misma, y el álbum que la Diputación entregó á la Reina Doña Isabel, cuando la augusta dama visitó el Monasterio de Montserrat.

Por aquella época, la Corporación que de mencionar acabamos sacó á concurso una pensión para el estudio del arte ornamental de Toledo. Moragas tomó parte activa en tan honrosa lucha, alentado por risueñas esperanzas y venciendo á sus contrincantes en los primeros ejercicios, exclusivamente de dibujo. Esos se retiraron, á excepción de uno, el joven Ramón Tenas, al que se adjudicó en definitiva la prebenda, tras una empeñada deliberación; mejor dicho, tres, pues otras tantas sesiones necesitó el Jurado para emitir su fallo, fundándolo en la superioridad de conocimientos arquitectónicos acreditados por el vencedor en los segundos ejercicios.

No desalentó á Moragas su honrosa derrota; antes bien, impulsado por una vocación cada vez más fuerte y sin otros medios que los propios, trasladóse á Roma, en unión del escultor catalán Jerónimo Sunyol, ya difunto. Su amigo Fortuny le recibió con los brazos abiertos, proporcionándole taller junto al suyo, en el ex palacio *Papa Julio* de la *Via Flaminea*, donde al poco tiempo se instalaron también Tapiró, Agrassot y Simonetti, discípulo predilecto éste del autor de *La Vicaria*.

No cabe duda de que fué muy provechosa á nuestro biografiado la intimidad de tales compañeros; pues contribuyó no poco á que se desarrollase y perfeccionara, con asombrosa rapidez, su natural talento.

Casóse Fortuny, trasladando su estudio á la *Villa Riganti;* Moragas no quiso alejarse de él, y aprovechó la feliz conyuntura de hallarse vacante en otro pabellón de la misma la *terraza* que había habitado el célebre arqueólogo *Campana*, en la cual sentó sus reales, teniendo por vecina á la reputadísima escultora Marchelo (Duquesa Colonna).

Convirtiendo su nueva morada en un santuario del arte, trabajó con el afán propio del que anhela labrarse pronto una sólida reputación; á cuyo objeto inscribióse como socio en la «Academia Giggi», que era el punto de reunión de los más afamados artistas.

Fuera de esto, no se permitía otro pasatiempo que el de acudir cada jueves á las veladas del opulento señor Walter Fol, protector nato de los pintores, y poseedor de una muy notable galería de cuadros, comprados casi todos á sus tertulios; entre quienes, además de los anteriormente aludidos, figuraban Rosales, Zamacois, Luis Alvarez, Palmaroli, Herrer y Villegas.

Catorce años pasó Moragas en la ciudad de los Papas, consagrado á una labor incesante; pues con dificultad podía atender á los encargos que se le hacía y á los continuos pedidos del negociante Capobianchi y de las casas Goupil de París y Agneu de Londres.

El género en que más se distinguió fué la acuarela, que le arrebataban materialmente de las manos; llegando á cobrar por alguna de ellas la respetable cantidad de 10,000 francos.

Creemos inútil consignar que el deseo de ver á su familia y la necesidad de reposo le traían con frecuencia á Barcelona.

En uno de sus viajes, tomó estado. Había venido solo, y en la buena compañía de su esposa regresó á Roma, donde permaneció hasta dos años después del triste fallecimiento de su amigo del alma, el inmortal reusense; desgracia que le afectó tanto más, cuanto que hubo de presenciarla muy de cerca.

Establecido por fin en esta capital, acabó de cimentar su justa fama de pintor distinguidísimo, y consiguió muy pronto que sus lienzos fuesen buscados con avidez y remunerados con relativa largueza; constituyendo en materia de retratos una verdadera especialidad, no sólo por la exactitud del parecido, sino también por la belleza de la composición.

Cuando el señor Navarro Rodrigo, ministro de Fomento, creó las siete *Escuelas de Artes y Oficios* que el Estado sostiene todavía, Moragas fué nombrado profesor interino de la de Villanueva y Geltrú, y corrió á su cargo la instalación de la *Clase de adorno y figura, y colorido aplicado á la ornamentación,* que desempeñó durante cinco años; organizando, mediante la superior aquiescencia, en el propio local, otra de *dibujo y acuarela* para señoritas, que estuvo sumamente concurrida y sigue siéndolo en la época actual.

Visto el brillante resultado que el hábil profesor obtenía de sus discípulos, pues según una frase acertadísima, y cual requieren las instituciones de aquella naturaleza, enseñaba *para hacer artífices y no artistas,* la Junta del Museo y Biblioteca-Balaguer, suplicóle que diera, en el recinto del mismo, conferencias dominicales sobre *La historia del arte y El arte aplicado á la industria.*

Moragas se prestó á ello gustoso, cumpliendo á maravillas su cometido por espacio de un año; pero á medida que su edad avanzaba, sentía necesidad de un reposo imposible de obtener mientras

desempeñara el referido cargo, porque, no habiendo levantado su domicilio, implicaba ése un continuo ir y venir de la capital á la villa y de la villa á la capital; por cuya razón, renunció á él, limitándose á los goces tranquilos del hogar... y á sus pinceles.

Desde esa última época hasta el día de su repentina muerte vivió consagrado exclusivamente, con igual entusiasmo que en sus juveniles años, al arte pictórico, gozando tan alta consideración y estima, que su taller era centro de amistosas relaciones, con honores de cátedra, y su nombre figuraba en todas las manifestaciones artísticas de Barcelona, á título de organizador ó de consejero.

Así le vemos prestar su eficaz concurso en la instalación del Museo Martorell; en varias Exposiciones bienales de Bellas Artes, en la Universal de 1888 y en la de Arte Antiguo, verificada más tarde; lo propio que en las fiestas de Colón y de la Merced y en los monumentos á Prim y á Colón; pues los diferentes municipios que durante el mencionado tiempo se fueron sucediendo apelaron repetidas veces á su acreditada maestría é imparcial criterio, ya para que ejerciera de jurado en concursos de obras monumentales que hoy embellecen la ciudad, ya para que dictaminara respecto á la adquisición ó colocación de obras artísticas con destino á sus bibliotecas y museos.

Cúmplenos mencionar, por fin, que dió nuevas pruebas de su clara inteligencia é infatigable amor al trabajo ejerciendo la presidencia del Centro de Acuarelistas, que tomó gran incremento gracias á él; y la vicepresidencia de la Sección de Bellas Artes del Ateneo Barcelonés.

Tamás Moragas ha muerto; pero el recuerdo de lo que valía subsistirá largo tiempo en sus obras que, coleccionadas, formarían un hermoso museo, y que, esparcidas por Europa y América, guardan como oro en paño sus actuales posesores. De entre los infinitos cuadros y acuarelas que llevan su firma citaremos únicamente, en obsequio á la brevedad, los de mayor importancia; á saber:

Un tribunal árabe, que figura en la galería Morgan de Nueva York; *Vía Apia*, adquirido por el Marqués de Goyenache, residente en en Méjico; *Acueducto Claudio (Campiña Romana)*, que posee en Berlín el Barón de Parpat; *Pórtico del Emperador Octavio*, y *Buenos consejos*, pertenecientes al antes citado Walter Fol; *La nobleza romana felicitando el nuevo año á los cardenales*, que está en la galería Agneu de Londres; *Café árabe*, vendido en la exposición de Munich; *Los viernes de cuaresma en Roma*, que figura en el Museo de Berna; *Abrevadero árabe*, vendido en Madrid; *Els guardians de la casa*, propiedad de la Diputación provincial; *El convaleciente*, comprado por el editor Bula de París; *Miseria y Caridad*, adquirido por el Estado, quien lo instaló en el Museo Nacional; *Velázquez retratando al Papa Inocencio X*, que el comprador se llevó á Inglaterra; *Miguel Angel velando á su criado Urbino*, que obra en poder de don Emilio Vidal y Ribas; *Varios lienzos místicos*, pintados para el oratorio del mismo; y *La Aurora*, techo decorativo en el salón del Palacio Marcet.

. . . .

¡Descanse en paz el insigne artista y conceda Dios á su desconsolada familia la resignación necesaria para soportar tan cruel como inesperada desgracia!



TOMÁS MORAGAS EN SU TALLER.

SOR TERESA

Dieron las seis; una dama gentilísima bajó de blasonado coche, y empujando una verja entornada cruzó el minúsculo jardincillo que sirve de atrio ¿? á la iglesia del Salvador; por una puerta lateral penetró en la portería del convento, sucediendo entonces, á la cruda luz diurna y al bochorno callejero, el bienestar de las húmedas tinieblas. Ante las ventanas apersianadas y altas flotaban las cortinas de blanco lienzo, y filtrábase una claridad lechosa que favorecía la fresca penumbra del piadoso recinto; las sombras indecisas jugueteaban sobre el muro, y deslizándose al pavimento de madera acusaban su impecable limpieza, como la de los bancos que se alineaban contra un zócalo pintado en la pared.

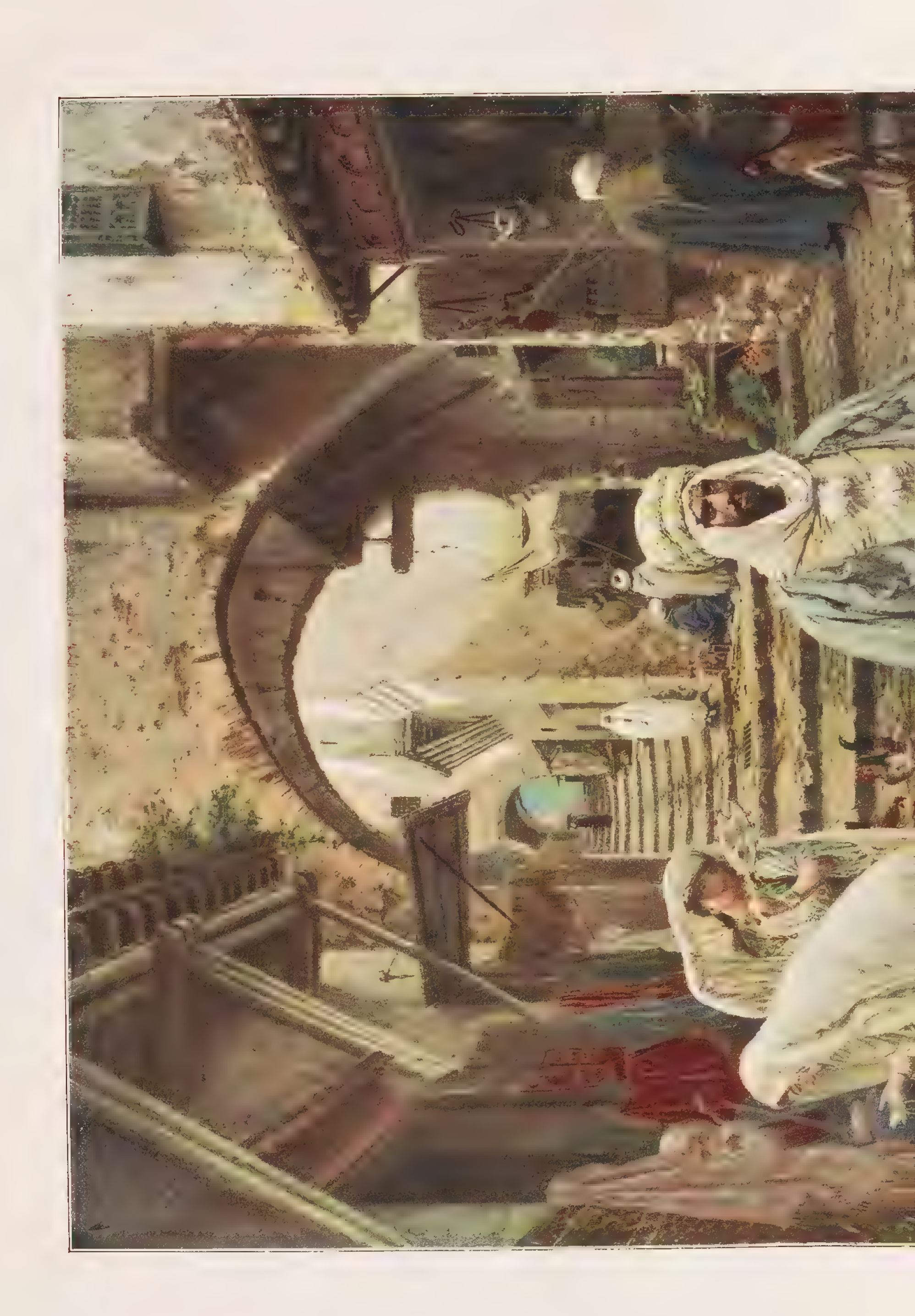
Los pasos discretos de la dama turbaron apenas el augusto silencio; sin embargo, apareció un hombre de mediana edad y estatura, regordete, sonriente, pulcramente trajeado de negro, el cual, al ver á la recién llegada, acercósele muy solícito.

—¿La señora Marquesa por aquí? ¡Cuánto se alegrarán las Hermanas!...

—Tanto como yo, Benigno,... pero esta tarde sólo veré á Sor Teresa.

—El caso es que por la festividad hay completas solemnes y es cantora la Hermana; pero si V. E., no tiene prisa, pase al último locutorio para esperarse.

Asintió la señora, y el mandadero descolgó un manojo de llaves, y, precediéndola por callados locutorios, la dejó instalada en





Último cuadro de TOMÁS MORAGAS



Fuente-abrevadero en Roma.

el más amplio y retirado. Con respetuoso saludo cerró tras sí la puerta, y quedó sola la Marquesa de Aldamar.

. . . .

Cuando Mariana se vió al abrigo de importunos, sentóse á sus anchas en el sitial de cuero claveteado, y, tendiendo la mirada en torno suyo, detalló la estancia conventual...

A un lado cruzábase el hierro de la reja con infinitos huecos, simétricos, como los de un panal de abejas místicas, que cerraban por dentro ligeros bastidores de madera y sarga; enfrente estaba la ventana, donde sólo aparecían las copas de los árboles, y destacándose de las paredes sin mácula veíase algún cuadro religioso, no exento de mérito, que alternaba con versículos del salmista y palabras de los santos, impresos en grandes cartelones.



Apunte del natural.

Todo estaba igual que hacía veinte años, cuando en una tarde maravillosa de Junio entró en clausura la pequeña Mariana de Langreo. En manos de la comunidad quedó la huerfanita, como precioso depósito de los abuelos, que la llevaron á Madrid para educarla; cesando al mismo tiempo la vida fácil que llevaba la niña en un caserón solariego y provinciano que rodeaban extensos bosques, lindantes con un arcaico poblachón.

¡Qué tesoro de cariño derrocharon religiosas y educandas para hacerle llevadera la orfandad prematura, que aun para los ricos tiene crueles abandonos... Sor Teresa, especialmente, fué su madre. Era la monja Aznar hija de un duque poderoso y palaciego; había tomado el hábito después de llorar amargamente su temprana viudez, y el claustro la había acogido y consolado sin malograr sus dotes de inteligencia y de corazón, ni amenguar sus instintos de mujer fina y sus altiveces de gran señora.

Con mil desvelos cuidó á Mariana; la vigilaba y atendía, formando su espíritu conforme al ideal nobilísimo del suyo; como en verjel escogido iba sembrando la flor de las virtudes y arrancando la cizaña de los defectos, al par que inculcaba en la tierna almita un ardiente amor al bien, como la afición al estudio y al trabajo, que, con la elevada idea de su dignidad de mujer y por su condición de aristócrata, «le permitiría ser más tarde ejemplo, columna y hasta *apóstol* de la alta sociedad» . . . .

Al llegar á este punto de su soliloquio mental, Mariana suspiró profundamente, y, apoyando la graciosa cabeza en el respaldo del sillón, cerró los ojos...

En oleadas pasaron los recuerdos por su mente, trayendo las horas apacibles de sus años de colegiala. Vió el refectorio limpísimo, por cuyas ventanas penetraban las enredaderas del jardín, lleno de flores y cantos de ruiseñor; allí las violetas perfumaban el aire, y Mariana sabía dónde buscarlas, haciendo con ellas un ramito que, atado á los pies del crucifijo, guardaba cuidadosa en los pliegues de su corpiño de anascote.

Luego venía la espaciosa sala de trabajo, donde bordaba escuchando la lectura de los grandes místicos; la predicación y penitencia que llenan las vidas del santoral romano; y al ver brotar bajo su aguja una flora multicolor, en los albos damascos, volaba su idea por entre coros de vírgenes, cuya pureza remedaba la blancura de los fondos; el martirio y transverberaciones de maceradas carnes, que fingía el color atormentado de las sedas, y los reflejos del oro deslumbrante se le antojaban nimbos...

Recordaba el coro, que trascendía á mirra y cedro, el rezo en los sitiales de nogal escultórico, las ricas lámparas y una reja severa, asomándose á una iglesia polícroma, donde el culto tenía esplendores de catedral en miniatura y los ornamentos y alhajas fueron dón regio...

Así vivió Mariana aquella vida endiosada y espiritual; feliz en su misticismo; absorta en devota aspiración y tan olvidada del mundo, que hizo temer á sus deudos una vocación religiosa definitiva. ¡Pero un día salió del convento! Sor Teresa, más pálida que de ordinario, le anunciaba urgente visita; cogidas de la mano atravesaron el claustro con los cuadros familiares de la historia del profeta Daniel; la escalera, que adornaban colosales lienzos de los Santos Padres fundadores y de Jesús Nazareno... Cerca de la puerta de clausura sonó el *Angelus*. «Recemos por última vez.» Maria-

na se arrodilló llorando: había comprendido; la arrancaban á su amado retiro para siempre. . . . .

¿Qué fué la vuelta á la casa paterna y los años de vida elegante, al lado de una abuela indulgente que rodeaban amigos frívolos?, ¡humo nada más!... Más tarde, su boda con el opulento Aldamar causaba la envidia de la gente... pero los secretos dolores de su matrimonio, la inferioridad moral del esposo . . . .

. . . .

Aquí las ideas comenzaron á embrollarse; se acentuaba su melancolía y la dama sintió invasora laxitud... Un moscón entró de la calle, y revoloteando rozó la frente de la joven, que no se movió siquiera; pero sus zumbidos sonáronle á Mariana como hervor de resaca y bramar de furioso oleaje... Luego creyó ver dos niñas rubias que reían y lloraban, subidas á una roca... Cuando, alarmada, quiso tomarlas en sus brazos maternales, el mar se interpuso.

* * *

— *¡Dios sea bendito!* ¿Eres tú, hija mía?

La marquesa abrió los ojos y se levantó de un salto.

Detrás de la reja, en la luz crepuscular del locutorio, estaba en pie Sor Teresa; de las negruras del hábito se destacaban las blancas tocas, la cruz de plata y el rostro, como las bellas manos marfileñas que le daban una edad incierta, aunque frisaba en los sesenta años.

— Sí... soy yo — decía Mariana, vuelta en sí y besando la diestra que le tendía la religiosa. — Yo, que vengo á que me aconseje Vuestra Caridad.

— El caso es... que no te esperaba... y debiste aguardar mucho rato — prosigue la hermana, sentándose y sin parecer prestar atención á las últimas palabras de la joven. — ¿Tú por aquí? ¡en Agosto!... ¿Y tu casa de San Sebastián?

— De ella vengo. Acabo de llegar con las niñas, pero dejando allí á Manolo... porque... no podía quedarme más tiempo...

Sor Teresa levantó los ojos y lanzó á Mariana una mirada penetrante, en la que se leían inquietud y sorpresa.

— Mariana, — dijo, — es preciso que te dejes de reticencias y circunloquios conmigo, que de sobra veo el estado de tu ánimo; además, si no me engaña la vista, estás pálida y ojerosa; llevas aún el traje de viaje; nunca te vi tan turbada, aunque en los días malos siempre viniste á buscar á Sor Teresa...

— Es que necesitaba...

— No te reprocho, niña, al contrario; yo sé que mis palabras y actos tienen responsabilidad para *Nuestra Santa Casa*, — y tú sabes que pertenezco en cuerpo y alma á *Nuestra Orden*, — y por ello difícilmente me aventuro á ser consejera en casos arduos y prácticos de la vida, pero en el tuyo es deber de conciencia. Perdiste á tus padres en edad muy temprana, y al confiarte á mi cargo quise ser madre para ti... (Pausa). Pero las madres espirituales podemos muy poco, si no es para el afecto y la oración...



Apunte del natural.

Un sollozo de la marquesita cortó la palabra á la monja, y entre un diluvio de lágrimas, las palabras salieron en tropel. — «Manolo estaba *resuelto* á pedir el divorcio; ¡á quitarle á sus hijas!, y lo que era más triste... ¡con razón! . . . .

Y en la calma del locutorio, que teñía de rosa marchito un crepúsculo glorioso, oyó la religiosa una extraña confesión.

...«Era verdad que *ella*, la virtuosa Marquesa de Aldamar, sorda á las tentaciones y mundana adoración, había salido de su casa una noche con el pretexto de ir á la alquería valenciana, y acompañada de Petra — la fiel doncella, — consagró ocho días, los últimos, á un hombre moribundo que la amó con locura... Había sido... un impulso incoercible, una fuerza de sugestión sobrehumana que la arrancara á su medio, al saber que moría solo y en



Estudio para un cuadro.



Acuarela.

la miseria el pobre Enrique de Almeda; había llegado al pueblecillo costeño donde agonizaba en una casucha el gran señor, asistido por un criado viejo que no quiso abandonarle. . . . . .

. . . . Allí... hubo que pasar por la esposa del enfermo... para... no escandalizar á las gentes y que el cura no negase sus auxilios ni pareciera deshonroso el dinero que prodigaba la forastera... para que á nadie extrañase el íntimo diálogo que sostuvieron ambos, la última tarde, mientras poníase el sol, coloreando de rojo el mar latino.»

. . . .

Sor Teresa había palidecido intensamente, y con los ojos bajos y los labios trémulos escuchaba atenta... Luego cruzó las manos, y con voz que tenía un acento indescifrable preguntó muy despacio:

—Y... ¿nada... más?...

—Sí,... que llegó Manolo el día que volvíamos los criados y yo de enterrar al pobre Almeda... Le habían dado un soplo... Adivinó la situación y...

—*(Reticente).* Y al ver á tu marido, no *supiste* hacer valer tu buena acción, contándole tu aventura, sin avergonzarte. *(severa).* Tu escapada fué imprudencia... y temeraria, pero *no es motivo de divorcio*, si no has cometido ligereza mayor...

Mariana apeló á todo su valor, y apoyando el encendido rostro en la reja, musitó dolorosa:

—Yo amaba á ese hombre. El lo supo... al morir y colgó de mi cuello un medallón con su retrato; *eso* y la primera y única carta que yo guardaba cayeron á las pocas horas en manos de Manolo. ¡Ahora, ya sabe Vuestra Caridad, *toda* mi desgracia!...

Un silencio absoluto siguió á la revelación; en la sombra creciente cayó el sonido de una campana, y la Marquesa de Aldamar, que esperaba palabras de acerba censura, se oyó decir:

—Mariana... ¡pobre hija mía!...

Sor Teresa, puesta en pie, tendíale ambas manos, y mientras la joven, asombrada, las cubría de lágrimas y besos, habló así:

—De grandes males te ha librado el Señor, á pesar tuyo; no le seas infiel y te sacará con bien de lo demás. Desde ahora... vida nueva... á seguir siendo modelo de madres y esposas... *á olvidar*... recibiendo estas humillaciones como penitencia de un afecto... pecaminoso que la muerte ha purificado. Tocaron ya al *Angelus*, y habrás de marcharte; pero que sea consolada. Vamos, serénate; no te quitarán tus hijas *(Persuasiva)*, no habrá divorcio *(Con aplomo)*, porque yo ha-

blaré á tu marido como no puedes tú hacerlo; telegrafíale inmediatamente que se venga. Yo escribo esta noche á Miramar á mi hermano; ya sabes cómo lo quiere el Rey... y si es preciso...

—*(Vivamente alarmada)*. ¡Entonces, esto se sabría!...

—Déjame hacer á mí, criatura...

La religiosa empezó á cerrar los bastidores y crujieron los pestillos; cuando sólo quedaba abierta una hoja, murmuró:

—Mariana; *¡vade in pace!...*

—Adiós... madre mía...

—Adiós, hijita... *(y musitando)*: Nadie sabe la hermosura de ese corazón.

. . . .

Minutos después, la dama salía del convento: en el aire tibio y perfumado del anochecer madrileño vibraba la alegría de las campanas al vuelo.

Febrero. De *La Epoca*: «Ayer regresaron de la Torre Bermeja, donde han pasado larga temporada, los marqueses de Aldamar, presentando en el acto sus respetos á S. M. el Rey, que acaba de concederles la Grandeza de España.»

CONDESA
DEL CASTELLÁ

CARTA ABIERTA

A Doña Rosa Cabezas,
Viuda de Villaronga

Corto ha de ser lo que yo le dedique, mi amable y simpática amiga; por carecer de tiempo... y no por falta de interés... y de estima.

Le hablaré á V. de su tierra, honra y prez de España... por la cual sentí siempre una viva simpatía, que me inspiró los siguientes versos:

«Por qué yo le tengo siempre
por la tierra del Pilar
una simpatía inmensa
que no me puedo explicar...
Y ahora sí que me lo explico
y es tan claro como el sol,
porque aquella tierra encierra
todo el valor español.»

La tierra de la Pilarica es una hermosa región, rica y fecunda en todo.

Poco tiempo estuve en ella para admirarla tal como se merece... y, aunque he paseado por el hermoso paseo de Torreros... y he rezado en la grandiosa Seo... y he besado el milagroso *Pilar;* no he disfrutado ampliamente de todos sus encantos y beneficios.

Como, según dice, y con gran verdad, la *Mariana*, de Echegaray, «la memoria de las niñas es prodigiosa», la



Acuarela.

primera vez que pasé por allí con dirección á la Corte, oí una melancólica jota que no se me ha olvidado ya más... ejecutada por bandurrias y guitarras...

En otra ocasión oí la siguiente y graciosa copla, que se puede muy bien aplicar á usted, mi buena amiga.

«Dos cosas ha de tener
la mujer pa que me agrade,
que esté metidica en casa
y esté metidica en carnes.»

Su tierra inspiró al inolvidable Feliu y Codina la inspiradísima *Dolores*, y al no menos inspirado compositor don Tomás Bretón la música de la misma y de *Los amantes de Teruel*.

Me puede usted argüir que no hay en España, y aún fuera de ella, quien no conozca todo esto ya de sobra, y que todo ello resulta ya vulgar por lo sabido; pero, en todo caso, es una *vulgaridad sublime*, como una de las mejores obras dramáticas de don José Echegaray.

De Aragón es el célebre Pradilla, de Aragón el autor del *Trovador*, y de Aragón fué Eusebio Blasco, autor de preciosísimas comedias, entre ellas, *El anzuelo*, comedia que debieran de ver todas las mujeres casaderas...

También, si no estoy mal enterada, fué nacido en Aragón el celebérrimo novelista Enrique Pérez Escrich, padre de las lindísimas novelas *El corazón en la mano*, *El cura de la aldea* y *Las obras de misericordia...*

La testarudez aragonesa ¡cuántos días de gloria ha dado á nuestra España!...

Parte de esa testarudez, me parece que ha heredado usted, amiga mía... y, (no lo tome á ofensa, que en tales casos la testarudez equivale á heroísmo...) al ver como sigue usted al frente de *su fábrica*, rodeada de sus hermosos y buenos hijos, de sus fieles servidores, sin decaer en sus trabajos... á pesar de faltarle su estimado esposo (Q. D. D. G.).

Como la útil y hacendosa abeja... labran ustedes *su miel* en el panal de su fábrica.

Sí, porque quedéme verdaderamente admirada al penetrar en su amplio taller en el que funcionaban todas las máquinas... con aquel ruido ensordecedor como el del mar cuando uno sumerge la cabeza en su seno. Ruido que no cesa... mientras los metálicos hilos de hierro y bruñido acero, como enormes arañas... van soltando su baba de seda fina y lustrosa y formando aquellos lindos cordones ya rosa, ya amarillos, ya azules, ya blancos.

Bonita y fina industria que ha de servir para tantas cosas útiles... y casi todas bellas...

Unas veces, aprisionando el talle esbelto de niña delicada... otras, el diminuto y bien torneado pie de mujer joven y guapa ó, cuando menos, graciosa y bien formada; y otras también satinados *sachés* primorosamente pintados ó bordados, y bolsas llenas de dulces para casamientos ó bautizos...



Molino en San Hilario Sacalm (Cataluña).

Allí, 15, 20 ó más obreras, casi todas jóvenes y no mal parecidas, se hallan aplicadas... y usted inteligente y laboriosa, como quien no hace nada, cuida de todo y lo dirige todo.

Un aplauso, pues, á la mujer fuerte, orgullo de su raza y de sus hijos... que, con su trabajo y como laboriosa abeja, labra tan bien la miel de su colmena!...

Elisa CASAS

SABIDURÍA ARABE

Al-Hakem ben Adur era un mozo bueno, confiado y rico. Su padre le dejó al morir dinero en abundancia, mucho ganado y un caballo admirable. Los amigos acabaron con su dinero, los chacales con su ganado y el muermo con su alazán.

De las tres cualidades que tenía al morir su padre, sólo dos le quedaban. Era confiado y bueno; pero ya no era rico.

Al verle pobre y robusto le engañaron muchos hombres astutos, haciéndole trabajar de un modo penoso y casi de balde; le engañaron las mujeres porque no podía satisfacer sus caprichos; le engañaron hasta los niños por el gusto de burlarse de aquel buenazo. Y Al-Hakem fué más desconfiado que un mullah, más huraño que un carcelero, más arisco que un chacal.

Aún era bueno; pero ya no era rico ni confiado.

Y sucedió lo que era de prever: pobre y desconfiado, empezó á huirle la gente, y de tal manera le abandonaron todos, que un día, para comer tuvo que apropiarse el bien ageno. Quiso castigarle el robado; pero Al-Hakem, fuerte y vigoroso, y agriado por su mala suerte, le tendió sin vida de un golpe certero de su gumía. La semilla produce el árbol, el árbol los frutos, los frutos la semilla: todo se encadena en este mundo. Al primer crimen sucedieron otros y Al-Hakem fué el bandido más famoso de todo el Yemen, y el más sanguinario también.

Un día cayó en sus manos un viejo muy sabio, pero muy pobre: no pudiendo sacarle dinero, le previno que le mataría. El viejo dijo:

—Allá tú. Lo que ha de suceder ya está escrito. Permíteme sólo que te pregunte quienes te han traído á tan mal traer.

—Los hombres, los chacales y el muermo.

—Por qué, pues, ¿sólo te vengas en los hombres?

—Porque los chacales y el muermo sólo se



Huyendo de la tormenta.

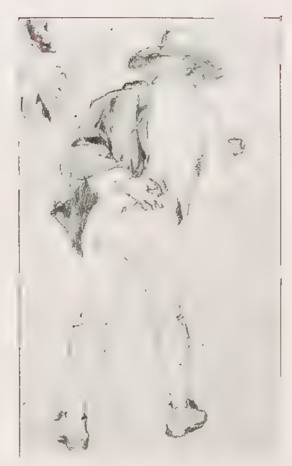
comieron mi pasado y mataron mi caballo. Me dañaron como la tempestad, como el rayo; me arruinaron porque su instinto les impelía á matar. Los hombres no se contentaron con arruinarme, sino que se burlaron de mí y querían matarme por hambre. ¡Ea! Ya que eres sabio, después de esta última lección puedes morir satisfecho. Sábete que nada bueno dejas aquí.

Y de un tajo hizo saltar la cabeza al venerable viejo.

* *

LA RISA DEL PAYASO

Nació listo aquel muchacho
y con cara de alegría;
mas su padre era un borracho
y su madrastra una harpía.
Como en su casa estorbaba,
le pegaban con gran arte,
para ver si se marchaba
con la música á otra parte.
Salió al mundo muy chicuelo,
y, como cosas del mundo,
de él hizo el mundo un pilluelo
según un sabio profundo.
Porque es axioma sabido
que, en este mundo malvado,
siempre el pobre es un perdido
y el rico siempre es honrado.
Como tanto apremia el pan,
aunque es cosa tan pedestre,
dirigió el chico su afán
á entrar en un circo ecuestre.
Y entró con fácil conquista,
sin necesitar latines,
y pronto se vió en la pista
haciendo mil volatines
Y como allí en todo paso
mostraba faz complaciente,
transformáronle en payaso
que divirtiera á la gente.
¿Y la divirtió? Sí tal.
Siempre, de donaire lleno,
se olvidaba de su mal,
por el regocijo ajeno.
En estas amenidades
tocó, al fin, con prontitud
la edad de las tempestades,
esto es, la juventud.
Y no hay que decir, señores,





Apuntes del natural.

si fué su pecho inflamable.
¿Acaso no siente amores
el hombre más miserable?
Amó á una mujer muy mona,
de quien se mostró vasallo.
¡Se prendó de un amazona
que saltaba en un caballo!
Galán sin ningún reproche,
obtuvo una paga infausta,
pues su adorada, una noche,
se escapó con un gimnasta.
Y en tal noche, su actitud
de clown no anduvo remisa
para que la multitud
se retorciera de risa.
Y herido por la traición
y sumido en soledad
vivió, sin interrupción,
produciendo hilaridad.
Ya á la vejez va llegando,
mas sigue, aún su fin sintiendo,
por dentro siempre llorando,
por fuera siempre riendo...
Como esa risa infernal,
yo sé también de otras muchas...
La mía, y además... ¿Cuál?
La tuya, ¡oh, tú que me escuchas!

José DE SILES

Á ÁNGELES

Me han dicho de sopetón
que tus ojos hechiceros
á un teniente de lanceros
han robado el corazón.
Y aunque encuentro natural
que el cariño que te embarga
entrara al paso *de carga*
en tu pecho angelical;
Como ignoro los motivos
de ocultarme tu pasión,
al saberlo, con razón
he perdido los *estribos*.
Tal silencio me atortola
y en grandes dudas me abraso,
porque se trata de un paso
que casi siempre trae *cola*.
Y aumenta mi indignación.
y dobla mi enojo inmenso,
el no tener ni por *pienso*
tu reserva explicación.
Dando á mi queja otro giro,
hasta llego á sospechar
que te obstinaste en callar
sólo por hacerme *tiro*.
Sin temer en tu obsesión,
al jugarme tal pasada.
que *se fuera á la empinada*
mi profunda indignación.
No extrañes que te alce el gallo
y que bufe y que alborote,
ni te sorprenda que vote
por cinco mil de á *caballo*.
Y aunque al escuchar mis quejas,
de tu proceder en pro
te descuelgues con que yo
me *apeo* por las orejas;
No te debe incomodar,
queriéndote á más querer,
que mi enojo te haga ver
dando *rienda* á mi pesar.
Cuando amor el pecho embarga
la reserva no hace al caso,
pues la pasión se abre *paso*
á la corta ó á la larga.
Y de amores la primera
noticia, ve el más miope,
que se despliega al *galope*
y desfila *á la carrera*.
Si tu amor cierto ó nó es
saberlo muy pronto quiero,
y ya, *lanza en ristre*, espero
las noticias que me des.
Que sea jinete me peta,
si su cariño promete
que no tendrá tu *jinete*
los *cascos* á la *jineta*.
Ya sé que vive soñando
con el tálamo nupcial,
que es fino, atento, marcial,
y *muy maestro marchando*.
Y que es tanta su pasión
que, ante tu rostro hechicero,
le da *saltos de carnero*
en su pecho el corazón.
De *perilla* un hombre así
le viene al alma que adora,
si cual la tuya atesora
de ternura un potosí.
Y si marchando á compás
de los dos el dulce anhelo,
aun cuando monte hasta *en pelo*
no *monta* en celos jamás.
En fin, si él forma tu edén,
mientras el regalo encargo,
te anticipo al *trote largo*
mi sincero parabién.

Carlos CANO



Ruinas en las cercanías de Roma.



Antigua portada de la Iglesia de San Pablo (Barcelona).



Soprano dramática en la actual temporada del «Gran Teatro del Liceo».

GRAN TEATRO DEL LICEO

A los esfuerzos de la actual Junta de Gobierno del «Gran Teatro del Liceo», y muy particularmente al valor, por no decir audacia, del empresario don Alfredo Volpini débese el que nuestro máximo coliseo haya podido abrir sus puertas en la actual temporada de ópera italiana.

La índole especial de este periódico hace que lleguemos tarde para formular juicios que han de resultar forzosamente *á posteriori;* pero, amantes de las tradiciones artísticas de nuestro país, no podemos eximirnos de elogiar la labor del señor Volpini, que en pocos días y cuando ya los principales artistas han sido acaparados por los primeros teatros, ha sabido organizar una compañía de *primísimo cartello,* como lo prueban los éxitos que han coronado los primeros espectáculos.

El cartel no puede ser más sugestivo: aparte de las más grandiosas del repertorio conocido, prométese cuatro óperas nuevas: dos de Mascagni, *Amica* y *Zanetto,* dirigidas por el propio autor; *Esperia,* de nuestro eximio paisano Lamote de Grignon y *Atlantide,* del vascongado Nicolás Urien.

La lista de los artistas representa un *tour de force,* pues el empresario ha logrado reunir personalidades tan celebradas como las sopranos señoras Bianchini-Cappelli, Corsi, De Lerma, Magliulo, Finoni, Davyd y Galvany; la *mezzo soprano* señora Verger; los tenores Biel, Cartica, Scampini y Giorgino; los barítonos Battistini y Rebonato y el bajo Navarrini. Y para dirigir tan escogidos elementos escrituró, además del eminentísimo Mascagni, á los maestros Nini Bellucci y Gino Golisciani.

En el día 24 de Noviembre inauguróse la temporada con la ópera *Sansone e Dalila* de Saint-Saens, en la que triunfaron la señora Verger, el señor Biel y el maestro Bellucci.

La primera produjo excelente impresión desde el momento en que apareció en la escena, por su arrogante figura y expresivo semblante; conquistándose el voto favorable de la numerosa y escogida concurrencia no bien hizo gala de su voz fresca y bien timbrada, de la que lució hermosos matices, tanto en la escena de entrada, tentadoramente insinuante, como en el acto segundo, en que disfrazó admirablemente su perfidia con el antifaz de un amor violento, y en el cuadro final, donde la figura bíblica se manifestó desembozadamente tal y conforme la concibió el autor.



ALFREDO VOLPINI
(Empresario). *Fot. de Esplugas.*

El tenor Biel, ya conocido y ventajosamente apreciado del público, se presentó en la plenitud de sus facultades vocales, cantando su parte con excelente gusto, más refinado que antes, pues ahora gana en matiz, lo que con frecuencia perdía en efectos de relumbrón.

Fué muy aplaudido, lo propio que el barítono señor Rebonato, y muy particularmente al maestro Nini Bellucci, que conquistóse las simpatías del público por la brillantez con que condujo la orquesta.

Las dos representaciones que luego se ha dado de la anticuada *María de Rohan* han servido para que triunfara en toda la línea el eminente barítono Battistini, cuyo estreno era esperado con gran ansiedad. Así que se presentó en escena, su figura arrogante, sus modales desenvueltos y su apropiada y rica indumentaria, iniciaron en la sala una viva corriente de simpatía. Cantó magistralmente. Su voz poderosa y bien timbrada domina sencillamente las dificultades de la interpretación. Juega las notas con toda suerte de *fiorituras* y hace *fermatas* con tanta limpidez como una tiple.

El público aplaudióle con entusiasmo. Artistas como éste forman época en la historia de un teatro, y los *amateurs* barceloneses lo recordarán siempre, á modo de estrella de gran magnitud en el cielo del arte escénico.

La señora Corsi cantó muy bien su parte, conquistando muchos y merecidos aplausos que consolidaron la excelente reputación de que goza.

El tenor señor Saludas no desmereció del conjunto; el público le escuchó con gusto, reconociéndole excelentes cualidades para brillar en la espinosa carrera que con cariño cultiva.

La orquesta estuvo muy ajustada, bajo la experta batuta del maestro Golisciani.

La temporada, pues, no ha podido empezar bajo mejores auspicios, siendo generales los elogios que se le tributa al empresario don Alfredo Volpini por su actividad é inteligencia en el arduo negocio que trae entre manos y que deseamos le rinda el feliz resultado á que justamente se ha hecho acreedor.

* * *

NOCHEBUENA

Era verdad!... El niño se moría sin remedio.

Así acababa de manifestarlo el médico que le asistía; y aun cuando él no lo hubiera dicho, tampoco hubiese dejado de comprenderlo la pobre madre, que llevaba dos mortales semanas á la cabecera del lecho, y que, inmóvil, sombría, desesperada, inconsciente de cuanto pasaba á su alrededor, sólo prestaba atención á la menor palabra, al más insignificante movimiento, al más débil quejido del hijo de sus entrañas.

Pálida, ojerosa, demacrada, rendido el cuerpo á causa de la inanición y del insomnio; destrozada el alma por la constante alarma y los bruscos saltos de la esperanza al desaliento, y del dolor ocasionado por la perspectiva de una próxima é irreparable desgracia, á la alegría causada por la idea de una posible convalecencia, aquella madre era cien veces más digna de compasión que el inocente niño, postrado en el lecho y víctima de traidora enfermedad.

El día 23 de Diciembre fué cruel para todos los habitantes de la corte.

Al amanecer, el cielo, cubierto de nubes blanquecinas, la calma de la atmósfera y una extraña elevación de la temperatura, presagiaron la nevada que no tardó mucho en caer, primeramente en impalpable polvillo, luego en nítidos copos, cada vez más gruesos.

Durante cuatro horas, el meteoro acuoso continuó sin descanso

su tarea de cubrir calles, árboles, tejados, con blanco y espeso sudario.

¿Envolvería éste el cuerpo demacrado y calenturiento del tierno niño?

¡Ay! Así lo temía su amantísima madre, cuyas miradas, con muda desesperación, no se apartaban de la enflaquecida faz de la angelical criatura, sino para dirigirse tristemente á la acera, alfombrada de blanco, por la que, con grandes precauciones, marchaba escaso número de transeuntes.

A veces también los ojos, nublados por las lágrimas de la excelente mujer, fijábanse en una imagen de María al pie de la cruz, y á la vez sus labios murmuraban:

—¡Madre!... ¡Madre mía!... ¡Amparo de pecadores y consuelo de afligidos, salva á mi hijo, pide al tuyo que no le corte, en sus comienzos, el hilo de la existencia, aunque haya de tomar la mía en cambio!... ¡Tú, que padeciste en la tierra el inmenso dolor de ver exámine, clavado en la cruz al divino fruto de tus virginales entrañas, no puedes dejar de hacerte cargo de la pena mía... y no desoirás mi ardiente ruego!... ¡Santísima Virgen, salva á mi pobrecito Arturo!...

Calló la infeliz.

Sus ojos, fijos en la imagen, fueron cerrándose poco á poco; mas, un momento antes de que triunfase el cansancio físico de la energía moral, la madre de Arturo creyó ver que la sagrada imagen sonreía dulcemente y que también sus miradas, luego de posarse en la rubia cabecita del niño, se elevaban suplicantes hacia la pálida y sublime cabeza del Hijo Crucificado.



María Galvany (Soprano ligera).

No fué largo el sueño de la madre, á pesar de lo cual, ella se lo reprochó como si fuera un crimen.

Levantóse trabajosamente de la butaca y se acercó al lecho.

Ningún cambio se había efectuado en el pequeño paciente.

Este seguía amodorrado; su piel ardía, en su pálida faz destacábanse los enflaquecidos pómulos, formando dos manchitas rojas, y de sus descoloridos labios, entreabiertos y secos, salía un quejidito angustioso, pertinaz, que partía el corazón. Los ojos, aquellos ojos de grandes é inocentes pupilas azules, continuaban cerrados.

La madre suspiró, largo y dolorosamente, y fué á postrarse á los pies de la imagen, donde de nuevo, tras largo rato de fervorosa oración, se rindió al sueño.

***

Pasó la noche, una noche llena de angustias y de sobresaltos continuos, y en la que, la afligida veladora tuvo, otras dos ó tres veces, breves momentos de sopor.

En uno de ellos, soñó que Arturito había muerto.

El angel de su guarda había venido por él y, cogiéndole amorosamente en brazos, se había elevado al Empíreo, donde los demás ángeles esperaban llenos de ansiosas alegrías la llegada del nuevo compañero...

La madre hizo un brusco movimiento, se despertó y corrió al lado de su hijo.

Amanecía.

El nuevo sol había disipado las nubes.

Al comenzar el día de Nochebuena, una comparsa de ciegos se



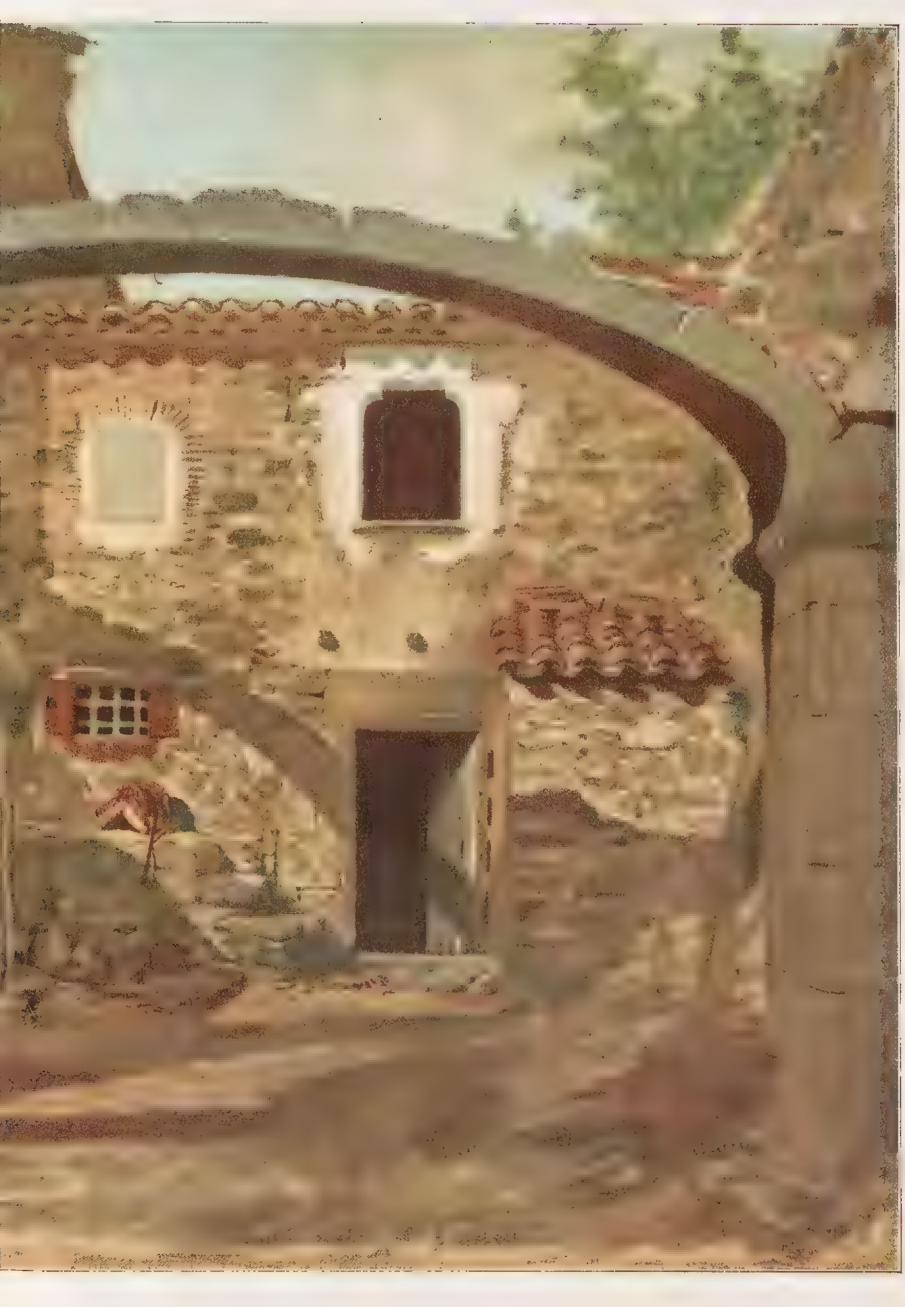
Elvira Magliulo (Soprano dramática).



María Verger (Mezzo-soprano).



ESTUDIO PAR



RA UN CUADRO

situó bajo las ventanas de la casa donde se desarrollaba la triste escena y, al són de la guitarra, entonó alegres villancicos. La madre, alarmada, temiendo que aquel ruido molestase á su hijo, disponíase á enviar un criado á que diese limosna á las pobres gentes y las rogase que se alejaran, cuando de pronto deteniéndose, lanzó un grito.

Arturo acababa de abrir los ojos y la llamaba con débil voz.

—¿Qué quieres, ídolo mío?—preguntó ella, acariciándole.

—¡Mamá!... ¿Sabes que he soñado?

—¡Sí!...

—He soñado que me había muerto... Un ángel había venido por mí y me llevaba al cielo, á pesar de que yo le decía: «—¡Buen ángel, déjame aquí hasta que » mi mamá sea viejecita y, entonces, nos » llevarás á los dos juntos!... »

—¡Hijo de mi alma!...—exclamó la madre, cubriéndole de lágrimas y de besos.

—¡Pero no me hizo caso,—continuó el niño,—y llegamos al cielo!... ¡Ay, mamá, confieso que allí se está muy bien; pero yo me acordaba siempre de ti y lloraba... lloraba, hasta que, por fin, se me acercó una señora muy guapa, muy guapa, con la bondad retratada en el semblante y envuelta en un manto azul, sembrado de estrellas... Una señora que se parece á esa imagen; pero con la cara más alegre, y que me preguntó con voz dulcísima:

«—¿Por qué lloras, hijo mío?

»—¡Porque este ángel no me ha hecho caso y se ha empeñado » en traerme aquí, cuando yo quiero estar al lado de mi pobrecita » mamá, que sin mí se va á morir de pena!...»—contesté.

» Aquella señora fijó en mí una mirada larga, muy larga, que parecía una caricia, y me dijo:

»—Tienes razón... Vuelve á la tierra; sé bueno, muy bueno, » para que, cuando te llegue tu última hora, puedas entrar aquí » nueva y definitivamente... ¡Tu cariño filial y el que tu madre te » profesa, te han salvado la vida...

«Y el ángel me volvió á bajar... y yo abrí los ojos... ¡Ah!... ¡Si supieras, mamá, qué bien me siento hoy!...»

La madre le colmó de ardientes caricias. Luego, llena de fe y de esperanza, con los ojos sumamente empañados por el llanto, cayó una vez más á los pies de la imagen, exclamando:



El célebre actor Novelli y su esposa
á bordo del buque en que ha hecho la travesía de Barcelona á América.



ASAMBLEA DE DIPUTACIONES PROVINCIALES EN BARCELONA *Fotogs. de Merletti.*
Grupo de diputados al salir del banquete celebrado en el Restaurant del Tibidabo.



El funicular de Vallvidrera recientemente inaugurado.

—¡Gracias, Dios mío!... ¡Santísima Virgen, por haberme conservado mi hijo!...

No se equivocaba...

Cuando vino el médico aquel día, declaró que la enfermedad había hecho crisis, que la criatura á quien el día anterior había desahuciado estaba fuera de peligro y, en un arranque de ingenuidad, dijo:

—¡Y la verdad es que... no lo entiendo!...

La madre sonrió con dulzura, levantó los ojos hacia la sagrada imagen, y murmuró:

—¡Pues yo, sí... y Tú también!... ¿No es verdad, Santísima Madre, que amparas á los desdichados y consuelas á los afligidos?... ¿No es verdad que Tú también lo sabes?...

¡Aquella sí que fué para la madre de Arturo verdadera Nochebuena!

Eduardo BLASCO

LA SALA DE ARMAS

Es de noche, la estancia duerme sombría,
la envuelven de negrura flotantes olas,
baña tan sólo un rayo de luna fría
las viejas armaduras tristes y solas.

Brillan los capacetes y las banderas
despidiendo sus hierros extrañas luces.
El negruzco pedrero de las galeras
descansa entre mosquetes y entre arcabuces;

la lanza de tres garfios del lansquenete,
los petos, partesanas y borgoñonas,
los cañones bruñidos del pistolete.
la cazoleta hueca de las tizonas,

dagas filigranadas de gavilanes
que en Milán repujaron sus tenues rizos,
el supremo recurso de los galanes
que andaban á estocadas por los callizos...

Las mazas que blandieron los paladines
y á sus choques hallaron corazas rotas
penden acariciando los espadines
que oyeron los minuetos y las gavotas.

Las mallas se concentran en sus anillos
cual reptiles ya muertos y silenciosos
que arañaran la piedra de los castillos
en asaltos nocturnos y tenebrosos.

Cantan allí sus luchas encarnizadas
con estrofas de hierro que el muro roza
el mandoble gigante de las Cruzadas
junto al fusil de chispa de Zaragoza.

Y en tanto, por los bosques de la llanura
se estremecen los pinos y los nogales
y el ave de las sombras y la negrura
picotea en almenas y ventanales...

¡Esqueleto glorioso de acero fuerte
por el orín del tiempo medio mascado!
¡Corteza del humano que pide muerte!
¡Disfraces con que el odio vistió el pasado!

Ambiciones, bravuras, temeridades,
amores atizados por las bellezas,
destrucción de bastiones y de ciudades,
amalgamas de besos y de proezas.

Torneos en que lanzas cayeron rotas
ante las rojas plumas de las celadas,
pendones que ganaron tierras ignotas,
medias lunas que fueron pisoteadas.

Un mundo de epopeyas desparecidas;
mezcla vaga y horrible de sangre y flores.
¡Allí... entre las pinturas desvanecidas
de los viejos retratos de mis mayores!

¡Ay! En justo castigo de tanto dolo,
de luchas tan horrendas ó tan banales,
todo el himno de muerte vegeta solo
entre la luz velada por los cristales.

Y es que todo el poema de falsa gloria
tiene luego en sus hijos terribles jueces
que lanzan maldiciones sobre la Historia...
¡Mezcla vil de maldades y de vejeces!

José M.ª DE LA TORRE



Estación de partida del mismo.

Fotografías de Castellá.



COPIA DEL CARTEL DE LA QUINTA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE
EN BARCELONA EN EL PRÓXIMO AÑO

Original de JUAN LLIMONA. Litografiado por A. UTRILLO.

INDICE DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO

Artículos literarios, científicos, bibliográficos y festivos; Poesías, Cuentos, Novelas, etc., etc.

Alba de Luque, Soledad

Madre y artista 54

Alderete González, Miguel

La jornada de Rioseco 138

Astort, Antonio

Ser y no ser 70

Blasco, Eduardo

Novela relámpago 63
El regalo 155
Nochebuena 198

Brau, Salvador

Vándalo 122

Cano, Carlos

Tarjetas postales 67, 143, 151
A Angeles 195

Carricarte, Arturo R. de

Resurrección 54

Casanovas, Francisco

Bellas Artes 18 34

Casas, Elisa

Carta abierta 193

Castellá, Condesa del

Sor Teresa 187

Codina Umbert, Josefa

Nieves primaverales 134

Díaz de Escobar, Narciso

Cantares 31, 58, 83, 127

Fabré y Oliver, J.

Cómo se escribe la historia y cómo se rectifica. 86

Girón, R. B.

La casa maldita 70

Gras y Elías, Francisco

Los árabes y las flores 162

Guerrero, Carmen

Los reyes 14

Judit

El cumpleaños de la abuela 30

Mainar, Rafael

La ceguera de los celos 139

Martínez Barrionuevo, M.

Idiosincrasias (ilustraciones de V. Castell) . 6, 10
Amor de amores » » . . 150

Nogueras y Oller, Rafael

De jueves santo 78

Pastor Rubira, S.

Alma sublime 22, 26

Redacción

1900 2
Nuestros grabados 15
† Bartolomé Mitre 26
La compasión 31
Agustín Querol 42
Exposición de Arte Decorativo en el Instituto de Fomento del Trabajo Nacional 59
Dr. D. Andrés Martínez Vargas 62
La mentira 67
Antonio Sala 75
† Casimiro Prieto y Valdés 78
Sabiduría árabe 83, 183
En el Centro Artístico Musical 83
En la Argentina: Las grandes cabañas . . . 91
Fiestas de la Solidaridad Catalana 93
Bodas reales 98
Nota teatral 106
El egoísmo 110
Fiesta de la Música Catalana 111
José Texidor 114
La vida 118
La muerte 119
El hombre sin ilusiones. }
Muebles artísticos . . } 123
Lola Frau y Juliá 130
La canción de la miseria 143
Dr. D. Carlos Pellegrini 146
Regreso de las Colonias escolares de vacaciones organizadas por el Ayuntamiento . . . 147
El poder ilimitado 167
Congreso de la Lengua Catalana 170
Teatro Eldorado, 1906-1907 174
Nuevo Hospital Clínico y Facultad de Medicina 178
† Tomás Moragas 186
Gran teatro del Liceo 198

Rodríguez Solís, E.

La santidad y el ingenio 18
Algo sobre Goya 154

Rueda y Maestro, Emilio de

El otro padre 2

Siles, José de

La risa del payaso (poesía) 195

Tomás y Estruch, Francisco

Ante la pila de ablución del Patio de los Leones de la Alhambra de Granada (poesía). 159

Torre, José M.ª de la

La sala de armas (poesía) 203

Vallejo, Mariano

Con franqueza 34
Derecho de pataleo (poesía) 50
El pilluelo del reloj 87, 106, 115
Pregunta suelta. }
Solus eris . . } 151
Agustín Ligero 163

Xumetra, Fernando

El lenguaje de una mariposa en el reino de la fantasía (ilustraciones del mismo) 39

REPRODUCCIONES, EN COLOR Ó EN NEGRO, DE CUADROS AL OLEO, ACUARELAS, ESCULTURAS, OBJETOS ARTÍSTICOS, DIBUJOS AL PINCEL, AL CARBÓN Y Á LA PLUMA, CARICATURAS, ETC., ETC.

Armet, J.

Una yeguada . . . . 70 y 71

Atché, Rafael

Boceto de un monumento á los héroes del Bruch (escultura) 63

Béjar, Pablo

Cabeza de estudio. 33

Beltrán, J. A.

Estudio 162
¡Ella! 163

Boniquet, José

Acuarelas 24, 32

Borrell, Julio

Cuadro 9
Tipo húngaro . . . . 12 y 13
Iglesia de Santa Leocadia (Cerdaña francesa). 16
El triunfo del Cristianismo 55
Paisaje . . . . 124 y 125
Cabeza de estudio. 137
El reinado de la locura . . . . . . 172 y 173

Borrell, Ramón

Cabeza de estudio. 169

Caba, Antonio

Cuadro 177

Camps, Gaspar

Idilio de la pobreza 75

Campeny, José

Esculturas 35, 38
In extremis (escultura) 110

Canals, J.

Tomando el sol 40
Estudio 60

Casanovas, Arcadio

Cartera de verano. 156

Casanovas, José

Escultura 34, 35, 38

Clarassó, Enrique

Escultura 34

Comelerán, J.

Cocina de aldea . . . . 180 y 81

Cortés Riera, Fernando

L'era d'en Mandri, en Llavaneras (Cataluña). 64 y 65
La pradera de Vilatorta (Cataluña) 67

Costa, R.

Composición y dibujo 25, 27
La mar vieja (Barcelona) 153

Cuchy, José

Cuadro 121

Cusachs, José

A las carreras . . . . 28 y 29
Tomando posiciones . . . . 140 y 141

Espinós, José

¡Héroe vencido! . . . . 164 y 165

Ferrant, Alejandro

Episodio del terremoto de 1884 en Andalucía. 154

Ferrer, A. de

Las pabordesas 111

Ferrer y Carreras, J.

Cabeza de estudio. 17

Galofre, Baldomero

Fiesta andaluza . . . . 148 y 149

García y Ramos, J.

Estudio para un cuadro . . . . . . 108 y 109
Una murga romana 110
Cuadro 155

Gómez, N.

En la biblioteca 8

Jiménez Martín, Juan

Interior de la catedral de Avila 107

Lizcano, Angel

Doña Jimena pide justicia contra el Cid, matador de su padre 166

Martínez Cubells, S.

Educación del príncipe D. Juan 158

Masriera, Francisco

Cuadros 1, 138

Masriera, José

Paisaje . . . . 56 y 57

Meifrén, Eliseo

Marina . . . . 88 y 89

Mestres, Félix

Cabeza de estudio. 77

Milá, J. F.

¡Hay moros en la costa! 184

Moragas, Tomás

Acuarelas. 186, 192, 193
Su último cuadro. . . . . 188 y 189
Fuente abrevadero en Roma. . . . . . } 190
Apunte del natural. . . . . }
Apunte del natural. . . . . } 191
Estudio para un cuadro. . . . . . . }
Molino en San Hilario de Sacalm. . . . } 194
Huyendo de la tormenta. . . . . . . }
Apuntes del natural. . . . . } 195
Ruinas en las cercanías de Roma. . . . }
Antigua portada de la iglesia de San Pablo. . 196
Estudio para un cuadro. . . . . . 200 y 201

Morell, R.

Cuadro 53

Moreno Carbonero

En el ventorro. 166

Obiols Delgado, M.

Florista parisiense. 92
Batalla de flores 152
Al pie del arroyo 176

Pallarés, J.

Avenida de los Campos Elíseos (París) . . . 160

Pellicer, Carlos

Prisionero 20
El velo 21

Pinós, J.

La recolección de la fresa . . . . . . 36 y 37

Pla, Cecilio

Paseo por mar 128
De vuelta del mercado 136

Pla y Rubio, Alberto

Mayo florido y hermoso. . . . . . . 80 y 81

Puig Roda, G.

Acuarela. 61

Querol, Agustín

Portada 41
Frontón de la Biblioteca y Museos Nacionales . . . . } 43
Fragmento y detalle del Frontón . . . }
Monumento al general Bolognesi (Lima) . } 44
Detalles del mismo . . . . }
El último cartucho. — Grupo del mismo . . 45
Figura de la Fe en el mismo . . . . . } 46
Respuesta de Bolognesi al enemigo . . . }
Figura de la Historia en el mismo 47
Monumento á Cánovas del Castillo en Madrid. — Figura de la Historia . . . . } 48
Detalle del sepulcro . . . . }
Estatua de Quevedo en Madrid 49
Monumento á Legazpi y Urdaneta (Filipinas) } 50
Alegoría «La Caridad» . . . . }
Busto de Julia . . . . }
» de San Francisco . . . . . }
» del Conde de Rascón . . . . . }
Bustos de la malograda Princesa de Asturias . . . . } 51
Busto de D. José de Elduayen . . . . . }
» de Helena . . . . }
» de Mr. Butterfield. . . . . . }
Monumento «Los Mártires» (Zaragoza) . . } 52
La Gloria, que corona el actual Ministerio de Fomento . . . . }

Ribera, Román

Taller improvisado . . . . 4 y 5
Cuadros 85, 157
Al salir del baile . . . . 132 y 133

Sala, Emilio

Cuadro 155

Sans Castaño, F.

¡No tendrías tú la culpa! 84

Seriñá, A.

Viento en popa. 168

Tamburini, José M.ª

Cuadro 145

Texidor, José

Cuadro 113
Campesina balear. . . . . }
Ultimo cuadro . . . . } 115
Marina . . . . }
¿Encara no ve? . . . . 116 y 117
Estudio del natural . . . . }
Cabeza de estudio. . . . . } 118
Paisaje en San Hilario de Sacalm. . . }
Apunte para el retrato de su esposa . . }
» » » » hijo Emilio . } 119
» » » » » Modesto. }
» » » » hija Elvira . }
Paisaje de San Hilario 120

Trabal

Sport de verano 144

Vallmitjana, Agapito

Ultima obra (escultura) 14

Retratos

Mariano Perelló . . . 2
Agapito Vallmitjana . . . 14
Mtro. Eduardo Mascheroni
Miguel Mariacher
Virginia Guerrini . . . 15
Amelia Talexis
Nina Frasconi
Mtro Enrique Morera . . . 18
Bartolomé Mitre . . . 25
SS. AA. los Infantes María Teresa y Fernando en traje de boda . . . 26
Tina di Lorenzo (Extraordinario)
Agustín Querol . . . 42
† Francisco Romero Robledo
† Manuel Fernández Caballero . . . 58
† José Mª Pereda
Dr. D. Andrés Martínez Vargas . . . 62
† Ramón Blanco y Erenas . . . 69
Antonio Sala
Abelardo Coma . . . 75
† Casimiro Prieto y Valdés . . . 78
Antonio Margalet . . . 83
Alberto Deschamps
Luis Vergé . . . 83
Mario Vergé
Princesa Victoria de Battenberg . . . 97
SS. MM. Victoria y Alfonso XIII . . . 104
Rosario Pino . . . 106
Enrique Borrás . . . 107
Srta Flora Alfonso
Mtro Federico Alfonso . . . 111
† José Texidor . . . 114
Srta. Lola Frau y Juliá . . . 129
† Dr. D. Carlos Pellegrini . . . 146
Federico Soler (escultura) . . . 159
Josefina Nestosa . . . 162
Mosén Antonio Alcover . . . 172
Francisco García Ortega
Josefa Nestosa
Sofía Alverá
Dolores Bremón . . . 174 y 175
Magdalena Fernández
G. de Castro
Emilio Ariño
Amalia Sánchez
Dolores Soriano
Fernando Montenegro
Rafael Gomila
José López Alonso
Juan Campos
Francisco Comes
R. Casado . . . 174 y 175
Ricardo Calvo
Camino Garrigós
Enrique Núñez
Joaquín Huarte
Mercedes Pardo
Juan M. Román
Tomás Moragas . . . 186
Matilde de Lerma . . . 197
Alfredo Volpini . . . 198
María Galvany
Elvira Magliulo . . . 199
María Verger
Novelli y su esposa á bordo del buque en que han hecho la travesía de Barcelona á América . . . 202

Vistas

Las Garsas: Una escena del acto II
» » » III . . . 3
» Escena final
El taller de Agapito Vallmitjana . . . 14
Poblaciones de Cataluña:
Rubí
Una calle en Blanes . . . 19
Caldas de Montbuy
Hostalrich
Ripoll . . . 22
La Garriga
Portbou . . . 23
Torre de Aguas de la Sociedad «Tibidado»
Observatorio Fabra
Torre Arnús . . . 27
Café de Novedades
Farmacia del Dr. Comabella
Torre Güell en las Costas de Garraf . . . 30, 31
Taller de Agustín Querol . . . 42
Grupo de autoridades, periodistas y amigos de Querol . . . 43
Interiores del taller de Querol . . . 52
Exposición de Arte Decorativo en el Instituto de Fomento del Trabajo Nacional . . . 59
Vistas parciales del «Parque Güell» (Barcelona) 66, 67
El cadáver del general Blanco en la capilla ardiente improvisada en la estación de los ferrocarriles de M. Z y A. . . . 70
Entierro del general Blanco . . . 71
Ascensión del Sr. Fernández Duro para cruzar el Mediterráneo . . . 74
Puente viejo (Manresa)
Cueva de San Ignacio (Manresa) . . . 79
Puerta de la iglesia de San Ignacio (Manresa)
Vista de Blanes (Cataluña) . . . 82
Iglesia de Ripollet »
Ruinas en Blanes » . . . 83
Convento antiguo en Blanes . . . 86
Plaza de Manlleu (Cataluña) . . . 87
Caldetas
Cabaña «Las Acacias» (Argentina). — Vista general . . . 90
Galpón de Rambouillets argentinos
Polikao II . . . 91
Grupo de carneros del Rambouillet
Fiestas de la Solidaridad Catalana
El apeadero de la calle de Aragón á la llegada de los diputados y senadores . . . 93
Entrada de éstos por el Paseo de Gracia
Llegada de los mismos al Hotel Colón
Público estacionado en el Arco de Triunfo esperando la manifestación cívica . . . 94
El Salón de San Juan antes de la llegada de ésta . . . 94
Tribuna, en el Salón de San Juan, donde se hallaban los diputados y senadores
Paso de la manifestación por delante de la tribuna . . . 95
Banquete de 325 cubiertos en el Restaurant del Tibidabo . . . 96
La plazoleta del Tibidabo durante los discursos
Las bodas reales:
Llegada de la Princesa Victoria al Apeadero de «El Plantío»
Fiesta automovilista en el Pardo . . . 98
S. M. el Rey y la Princesa Coburgo-Gota en ella
Traje de boda, confeccionado en los talleres de la casa Herce
Manto del traje de boda . . . 99
Manto real de Isabel II, regalo del Rey á su esposa
La Princesa Victoria bajando de la carroza en la iglesia de los Jerónimos . . . 100
Los Reyes Alfonso y Victoria saliendo de los Jerónimos después de la ceremonia nupcial
Las augustas madres de los desposados saliendo de los Jerónimos después de la ceremonia nupcial . . . 101
Paso del coche de la Corona por la Puerta del Sol, al regresar á Palacio
Vestido de corte, de raso color rosa
Vestido princesa, de encajes blancos
Traje de recepción, de raso blanco . . . 102
Traje de recepción, de crespón de China azul pálido
El «Weddin Cake»
Corona regalada por el Rey á la Princesa
Tapa del Album de pintores catalanes, regalado al Rey por los monárquicos de Barcelona . . . 103
Corona regalada á la Princesa por los monárquicos barceloneses
Arquilla donde va encerrada
Tapa de dicha arquilla
La corrida regia
Palco de los Reyes
Tendido 9, ocupado por las Srtas. de la aristocracia . . . 104
Concurso de globos en honor de la Princesa
Muebles artísticos:
Salón-comedor de la Sra. Vda. de Baixeras . . . 123
Detalles del mismo: Aparador . . . 126
» » » Sillas
» » » Vitrina . . . 127
Arqueta estilo romano
Fiesta de la Real Sociedad Colombófila en el Tibidabo:
Conducción de las palomas belgas á la meseta del Funicular . . . 131
Traslado de las palomas á la estación del mismo
Nueva sucursal de la Caja de Ahorros de Barcelona: Detalle de la puerta . . . 134
Vista general del edificio . . . 135
» » de Manlleu (Cataluña) . . . 134
» » de Palau-Tordera » . . . 135
Vista general de Mataró
Playa de Blanes » . . . 139
Regreso de las «Colonias escolares de vacaciones» organizadas por el Ayuntamiento . . . 147
Estación de viajeros en el Muelle de la Paz . . . 151
Acto de colocar en la estatua de Rafael de Casanovas las coronas de varias corporaciones y entidades regionalistas, conmemorando la muerte del mismo . . . 159
Sabadell: Casas Consistoriales . . . 167
» Plaza Mayor
Inauguración del «Congreso de la Lengua Catalana» en el Teatro Principal . . . 170
Entrada en el Parque Güell de los invitados á la *Garden-Party* en honor de los congresistas . . . 171
Nuevo Hospital Clínico y Facultad de Medicina: Fachada principal . . . 178
Acto inaugural: La Presidencia
» » Los concurrentes . . . 179
Puerta principal
Patio entre la Facultad y los pabellones del Hospital
Escalera principal . . . 182
Sala de Juntas
Biblioteca
Sala de operaciones
Sala de anatomía
Capilla . . . 183
Cámara frigorífica
Lavadero automático
Taller de Tomás Moragas . . . 187
Asamblea de diputaciones provinciales: Grupo de diputados al salir del banquete celebrado en el Restaurant del Tibidabo . . . 202
El funicular de Vallvidrera, recientemente inaugurado . . . 203
Estación de partida del mismo

Alfonso, Federico «Intima». — Melodía para piano

Argila Niqui, Mercedes de «The Joy». — Cake-walk para piano.

Carvajal, Miguel «¡Mon bijou!» — Valz Boston para piano.

Aymamí, E. «Ideal». — Melodía para canto y piano; con letra de A. Hernández Cid.

Coma Travaglia, Abelardo «Fiesta de negros» — Cake-walk de la zarzuela «La Venus de Milo». para piano.

Escolas, Matilde «Hora baixa» — Canción catalana; con letra de la misma y acompañamiento de piano.

Fernández Monjo, Francisco «Graciosa». — Mazurca para piano.

Font y Llagostera, Miguel «Lo Foch del Grau». — Sardana larga militar, fácil y brillante, para piano

— «¡Pobre madre!» — Romanza á solo de mezzo-soprano, con acompañamiento de piano.

— «Salve» á solo de barítono ó coro unísono, con acompañamiento de órgano.

García Robles, J. «Romiatje». — Melodía para canto y piano; con letra de J. Soler y Escofet.

Gasset Mach, José «Cuentos de antaño». — Capricho para piano.

Goberna, Roberto «6.ª Mazurca de salón» para piano.

Grau, Ignacio «Anémona». — Mazurca de salón para piano

Kolb Ayala, Angela «Barcarola» para piano.

Maestro Gil, Félix «Un sueño». — Valz para piano.

Martínez Imbert, C. «Cantares» con acompañamiento de piano.

Masriera, Enrique «Patiné». — Schotisch para piano.

Noblom, Augusta «Zaira». — Schotisch para piano.

Otto, Araminda «Vencedor». — Paso doble para piano.

Partagás, Teresa «Marcha fúnebre» para piano.

Pueyo, Eduardo «Vaporeux». — Valz Boston para piano.

Sánchez, Gonzalo «Melodía» para canto y piano; con letra de G. Becquer

Serra Turiella, Francisco «Fedora». — Mazurca para piano.



